

LAS CUATRO ESTACIONES DE MANUELA

TIPO DEL ORIGINAL
EN INGLÉS:
"THE FOUR REASONS OF MANUELA"

Traducción de
RAMÓN ULÍ

VICTOR W. VON HAGEN
en colaboración con CHRISTINE VON HAGEN

LAS CUATRO ESTACIONES DE MANUELA

Una Biografía

Los amores de Manuela Sáenz (1793)
y Simón Bolívar (1783)



EDITORIAL HERMES
MÉXICO BUENOS AIRES

A SILVIA

COPYRIGHT
BY
EDITORIAL HERMES
CALLE IGNACIO MARISCAL, 41
MÉXICO D. F.
1953

MANUELA SÁENZ
1797-1856



PRIMAVERA

El año 1822

PRIMERA PARTE

QUITO

UNA MUJER DE QUITO

Para junio de 1822, la lucha por Quito había terminado.

El cuerpo principal de los derrotados españoles había sido capturado, los fugitivos sacados de sus escondites en las heladas alturas de los Andes y todos los prisioneros concentrados para la marcha hacia el mar. Durante días, las largas filas de los odiados realistas, desdeñosamente llamados *godos*, todavía con sus uniformes azul y oro, se desplazaron hacia la costa bajo custodia; eran una multitud amorfa, humillada y abatida, que arrastraba los pies por la fría tierra, bajando por valles que mostraban todavía la violencia de la guerra.

El paisaje era hermoso. Un sol inmenso inundaba las desnudas montañas y procuraba a las alturas de un gris moreno, sin árboles, un lustre cromático. Sin embargo, sus rayos no podían calentar la descolorida atmósfera ni a los míseros soldados, y con la noche llegaban el viento y el frío. Mientras los prisioneros avanzaban valle abajo, los insepultos muertos yacían donde habían caído y sus chupados cuerpos eran un regalo para los cóndores que seguían a las serpeantes columnas.

Los guardias, que mantenían en alto los pendones rojos, dorados y azules de la República de la Gran Colombia, cabalgaban junto a los prisioneros, aguijoneándolos con las puntas de las partesanas. Estaban uniformados con prendas verde y rojo de telas caseras y pobre confección; cabalgaban descalzos, con los pies metidos en estribos de bronce en forma de zapatos; sus desnudos talones mostraban espuelas de grandes rodajas, como espolones de gallo de pelea. Los rostros de la tropa eran rostros

55164A

LAS CUATRO ESTACIONES DE AÑO
 indios, redondos y coltrijos, con barbas ralas y oblicuos ojos mogólicos, pues tal era la herencia racial de los guerreros que habían derrotado a las orgullosas legiones de la España imperial en las vertiginosas laderas de los Andes, encima de Quito.

Mientras las confusas columnas desfilaban por el camino, los indios, entundados en sus ponchos de lana, salían de sus casas para contemplar en silencio las largas filas de los "godos". Porque estas eran el enemigo que, durante los últimos quince años, había convertido su vieja tierra en un campo de batalla, los había incorporado al ejército como bestias de carga y los había utilizado como un arma más contra las fuerzas siempre en aumento de la independencia. Pero los agotados prisioneros no hacían caso a las miradas de los indios. Estaban ya más allá del odio.

En un estrecho paso de montaña, donde siglos de cansados pies habían abierto una profunda cuña en el suelo, la columna de prisioneros se detuvo bruscamente. Desde su cabeza llegó una áspera orden: debían apretarse contra las paredes del paso. Una caravana que se dirigía a Quito avanzaba en la dirección opuesta. Era un escuadrón que acompañaba a algún personaje, pues su oficial, que contestaba al saludo de los descalzos lanceros, era persona apuesta y atildada, con su verde uniforme y sus altas botas de charol. Y la montada tropa del escuadrón tenía aspecto muy marcial, con botas y espuelas. Detrás de los soldados venían las mulas de carga, abrumadas bajo los mal equilibrados baúles; eran baúles de mujer, sujetados con toscas correas. Detrás de los baúles venían dos esclavas, ambas a caballo. La primera, una negra de piel relativamente clara y rasgos finos, montaba muy poco a sus anchas, de costado. Llevaba un turbante y pendientes dorados que colgaban de sus agujereados lóbulos, pero también un verde uniforme de soldado bajo el grueso poncho indio. No contestaba a los gritos de los soldados, a quienes rozaba con sus piernas vueltas hacia afuera. No sucedía lo mismo con la compañera que la seguía y montaba a horcajadas; replicaba a todas las obscenidades, hasta volviéndose en su silla para continuar la zumba.

Esta Jonotás, una españolización de "Jonathan", era inmensamente fea. Su negro rostro estaba picado de viruelas y su rizado cabello peinado hacia abajo, hasta parecer un cortinaje que colgaba de lo alto de su cabeza. Pero era un rostro de una expresión en extremo móvil y había una luz libidinosa en sus ojos; llevaba su uniforme de soldado muy abierto al cuello, de modo que podían ser advertidas las oscuras sombras de sus pechos.

Hubo en la fila un movimiento repentino, con estiramientos de cuellos y presiones hacia adelante, mientras hombre tras hombre se apretaban contra las paredes del declive. Cabrioleando sendero arriba se acercaba un brioso caballo negro, con su fuerte cuello arqueado por la acción de las riendas y el freno, con sus herrados cascos bailando delicadamente entre los surcos y cantos del suelo. Quien manejaba esta vigorosa montura mediante hábiles presiones de mano y rodilla era sin duda un jinete consumado; prisioneros y guardias quedaron asombrados por igual al ver que este jinete era una mujer blanca.

Esta mujer era indudablemente el personaje escoltado por el escuadrón. Su rostro, su porte y su equipo lo decían bien a las claras; cuanto había en ella evocaba el orgullo y la elegancia. Cabalgaba *en amazone*. Sus menudos pies, calzados con botas de charol, descansaban levemente en los estribos y las doradas rodajas de sus espuelas tintineaban como campanillas con los movimientos del caballo. Su vestido de montar, de color verde botella, seudomilitar de corte y provisto de doradas charreteras, revelaba una impresionante combinación de esbeltez y sinuosa gracia. Su alzacuello rosa ponía de relieve el rostro oval y la clara piel alabastrina; su negro cabello, recogido en gruesas trenzas, asomaba por debajo del quepis de oficial con guarniciones doradas. Un levisimo vello acentuaba la curva de los gruesos labios, unos labios risueños que procuraban al rostro una voluptuosidad silvestre. Y su nariz, fina y un poco aguileña, mostraba la arrogante herencia de la aristocrática España. Pero sus ojos eran negros, desafiadores y maliciosos; miraba a los soldados republicanos uniformados de verde con audacia escu-

deñadora, como si esperara encontrar entre ellos a algún conocido. Había en ella algo muy libre, casi descocado; sin embargo, las manos de bellas y cuidadas uñas que sostenían levemente las riendas mostraban los alusados dedos de la dama. Y eran manos también capaces de acción. Dos enormes pistolas turcas de bronce, amartilladas y preparadas para su uso, estaban enfundadas en sendas pistoleras a la altura de las rodillas. Era fácil leer el nombre grabado en las culatas de bronce: *Manuela Sáenz*.

Hacia siete años que había abandonado este Ecuador, la tierra de su nacimiento; habían pasado siete años desde que había sido expulsada del Convento de Santa Catalina de Quito y escoltada a la fuerza, bajo la vigilancia de monjes inflexibles, por este mismo camino, hasta el puerto tropical de Guayaquil. Desde aquí fué enviada en un barco, rebelde la actitud, a su padre, en Panamá. Y ahora esta tierra, antes el Reino de Quito, era uno de los estados libres de la República de la Gran Colombia. Pero la forma de gobierno no había cambiado la esencia del país. El cielo seguía teniendo su color de lapislázuli, un azul que ningún artista podía captar con las limitaciones de su paleta; la larga hilera de nevados volcanes, algunos de cinco mil metros de altura, seguía tal como la viajera la recordaba, como un grupo de gigantes que incrustaban sus blancos glaciares en el cielo ecuatoriano. Las chozas indias, casas de barro pardusco sin ventanas, tachonaban el paisaje; los indios, al margen del tiempo, seguían trabajando en sus campos, cultivando la patata de flor morada que ponía una nota de color en el gris de las altas mesetas.

Sin embargo, a pesar de su aspecto de paz bucólica, era peligroso viajar por estos montes hasta en la mejor época. Ahora, con los ecos de la guerra resonando en todo el país y un desesperado y disperso enemigo escondiéndose todavía de los triunfantes patriotas, parecía una locura que una dama distinguida hiciera el viaje de la costa a la ciudad de Quito, rodeada de montañas. Así tuvieron que pensar necesariamente los soldados patriotas, que miraban disimuladamente a esta bella joven que

manejaba su negro caballo como un húsar. Pero, cuando la joven se detuvo para solicitar de uno de los oficiales detalles de la batalla, quedó contestada una de las preguntas no formuladas. Era una mujer de Quito. Aquel inconfundible ceceo de su castellano era la característica del habla ecuatoriana. Y sus preguntas eran incisivas; su interrogatorio revelaba que era persona muy al tanto de las técnicas y la terminología de la guerra.

Se le dijo que la batalla había sido librada el 24 de mayo. Y había sido, en esta guerra de vaivenes que se desarrollaba en América del Sur, desde hacía trece años, una batalla decisiva. Había caído en poder de las fuerzas patriotas todo el ejército español, con sus jefes y equipo. Ahora todo el Ecuador quedaría incorporado a la recién formada República de la Gran Colombia.

Era, en realidad, el penúltimo paso del gigantesco movimiento de pinzas, en escala continental, destinado a comprimir a los ejércitos de la España imperial en una sola concentrada región, donde una victoria final aseguraría la liberación del continente. Desde hacía años, los americanos, mal armados y adiestrados, habían librado una guerra terrible, sin reglas, contra los veteranos de España. Finalmente, el general Simón Bolívar había limpiado Venezuela de enemigos, entrado en Colombia, derrotado aquí a los *godos* y empujado sus restos, a lo largo del espinaza de los Andes, hacia el sur, dentro del Ecuador.

Entretanto, más de seis mil kilómetros hacia el sur, sin más coordinación que un invisible espíritu de triunfo, el general José de San Martín había reunido un ejército en la Argentina, cruzado los Andes —una expedición que empequeñecía el cruce de los Alpes por Napoleón— y caído sobre los confiados realistas de Chile. Las pinzas estaban funcionando; caída Lima, el enemigo estaba siendo comprimido en el Perú. Para despejar el Ecuador y reducir todavía más la libertad de movimientos de los españoles, un poliglota ejército patriota, reunido apresuradamente, subió por las laderas de los Andes, superando una encarnizada resistencia, en dirección a Quito. Aquí esperaba con arrogante confianza el grueso de los ejércitos realistas. El general Sucre, el

Cuando volvió al convento, la abadesa no quiso saber nada de ella. Como había afrentado el decoro de la sociedad, fué expulsada de Santa Catalina, porque había complicado una situación ya difícil. En todo Quito, cuando el escándalo se difundió, la gente decía: "Es lo que cabía esperar de una bastarda."

• • •

Las huellas de la batalla, todavía muy al desnudo, aumentaban a medida que el escuadrón se acercaba a Quito. Los campos estaban desiertos y había casas de las que sólo quedaban los muros. Cada vez con más frecuencia tropezaban con cóndores que se alimentaban con los cadáveres de los caballos; eran grandes aves de carroña que desplegaban su blanco collar y batían el aire con sus gigantescas alas cuando el escuadrón de Manuela se acercaba. También estaban todavía allí los huesos de los muertos insepultos y las destrozadas armas. Era una tierra devastada por la guerra, pero que Manuela recordaba muy bien.

Dedicó escasa atención a las rígidas figuras abstractas que colgaban de las ramas de los *molés*, porque la muerte había sido parte de su infancia y se habían visto muchas cosas así diez años antes, cuando las fuerzas de la revolución habían hecho huir a su padre de Quito. Durante todos estos agitados años había estado torturada por su ilegitimidad. Cuando se enteró de la cosa y fué llamada "bastarda" por otros niños, se asustó y no quiso creerlo. Desde que comenzó a tener uso de razón supo que algo andaba mal; su aya india lo había insinuado más de una vez. Luego, descubrió de qué se trataba. Joaquina Aispuru, con la que vivía, era realmente su madre, pero su padre estaba casado con otra y su madre no era una mujer casada. No "pertener" a nadie era ya cosa mala, pero todavía era peor el conflicto ideológico entre sus padres. Su madre era natural del país, mientras que su padre era un *godo* español, un consumado caballero cuya fidelidad al rey de España nada podía quebrantar. Nunca hubo un descanso en aquella juventud. Todo estaba en conflicto. Durante

años, hasta la fecha y el lugar de su nacimiento fueron un misterio, y sus contestaciones al respecto eran de una estudiada ambigüedad: "Mi patria es todas las Américas; nací en la línea ecuatorial."

Tal vez tuvo que ver algo con esto el momento de su concepción; tal vez su carácter estuviera implícito en su génesis. Era como para pensarlo. ¿Nos hacemos partícipes de nuestro momentáneo ambiente durante la concepción y adquirimos, como por ósmosis, algo de la tónica del tiempo y del lugar? Manuela fué concebida durante aquel terrible 1797, el año del cataclismo, del terremoto que destruyó la mitad de Quito.

La tierra se abrió y vomitó su furor interno. A lo largo del espinazo de los Andes, donde una avenida de volcanes actuaban como válvulas de seguridad, la tierra se estremeció y tembló. La sacudida fué sentida a mil kilómetros a la redonda, pero Quito, la pequeña población llena de iglesias situada a más de tres mil metros de altura, sobre el ecuador, fué la ciudad que más sufrió. La torre estilo Renacimiento de la iglesia de los padres de la Merced cedió y cayó a la calle, sepultando a cientos de personas aterrorizadas bajo los escombros. Las casas se hundieron y las iglesias se desintegraron, dando muerte a los miles que se habían refugiado bajo sus grandes naves con doradas incrustaciones. Cuando terminó la última sacudida, los sacerdotes organizaron una procesión, y los indios, llevando en hombros la Virgen de los Terremotos, se movieron trabajosamente por las calles llenas de escombros, mientras cantaban una letanía especialmente escrita para momentos de esta clase. Durante semanas el campo estuvo lleno de personas que iban de ruina en ruina, aturdidas por la conmoción. Era un día que iba a ser recordado ese día de destrucción de 1797.

El tiempo curó las heridas de Quito. Los muertos fueron sepultados, los edificios restaurados y las grietas rellenas con escombros por legiones de trabajadores indios. El virrey del Perú envió a sus ingenieros y el rey de España —aunque agobiado por guerras en sus fronteras— hizo una importante donación de

dinero a esa "noble y leal ciudad de Quito". Pero los clérigos no permitieron que sanaran las heridas del alma, la cicatrizada conciencia del pueblo quiteño. El terremoto de 1797 fué tema de interminables sermones. Había sido enviado por Dios como castigo, pues Quito tenía la reputación de ser la ciudad más licenciosa de todo el virreinato. Era ya muy sabido en qué medida el juego y la lascivia se habían enseñoreado de las casas principales de la ciudad. Un informe sobre estas condiciones, las *Noticias Secretas de América*, era tan devastadoramente preciso, que los ministros del rey juzgaron necesario suprimirlo.

Esta moralización en relación con el terremoto de 1797 fué muy amarga para muchas damas de Quito, pero muy especialmente para Joaquina Aispuru. Estaba ahora en una condición que le impedía ir a la iglesia, pues ni las faldas con miriñaque lo graban ocultar su embarazo. Para cualquier transeúnte, dejando a un lado a los miembros de la casa, Joaquina iba a ser madre. Y madre de un bastardo.

Joaquina Aispuru era la hija menor de Mateo José de Aispuru, un vasco de noble cuna que había venido a América a rehacer su fortuna. Había casado con Gregoria Sierra, tenido cuatro hijos y adquirido vastas tierras en los alrededores de Quito. Para 1797 había, afortunadamente, muerto, pues de otro modo le hubiera matado la deshonra de su hija. Joaquina soportó la pesadilla de su embarazo y, a su debido tiempo, dió a luz una niña. En la noche de Santo Tomás, en la semioscuridad del cuarto de luna, la criatura, envuelta en un fino mantón de delicados flecos, fué llevada al rector de la iglesia de una parroquia de la periferia quiteña, quien procedió a bautizarla. "...el 29 de diciembre de 1917 bauticé solemnemente a Manuela... nacida dos días antes, una criatura espuria cuyos padres no son nombrados..."

Padres no nombrados... Sin embargo, la mitad de los treinta mil habitantes de Quito hubieran podido llenar los blancos de la partida de bautismo de Manuela. Su padre era un noble español, Don Simón Sáenz y Vergara, miembro del Consejo de la Ciudad, capitán de la Milicia del Rey y recaudador de los Diezmos del

Reino de Quito. No se hubiera sospechado una cosa así en Don Simón. Era una figura muy conocida en Quito, sin fama de mujeriego. Impecablemente vestido con su levita color de ciruela y sus cortos calzones de seda, llevaba siempre bien puesto su sombrero de tres picos sobre el cabello pulcramente empolvado. Era un hombre probo, muy puntilloso en la gestión de los asuntos del rey, inflexible en los negocios. Se había casado con una mujer noble y rica y era padre de cuatro hijos, uno de los cuales, un niño, había nacido pocos días antes de esta chiquilla.

Simón Sáenz había nacido en España a mediados del siglo XVIII, en Burgos —así rezaban sus credenciales—, en la villa de Villasur de Herreros, de familia de distinción. Llegó a Panamá durante la Revolución norteamericana, bajó hasta el Reino de Quito y se casó con la rica viuda Juana María del Campo. Comenzó a importar mercaderías españolas para su reventa, sus negocios prosperaron y los emolumentos de sus oficios reales aumentaron su fortuna. Se creó una familia y canalizó sus grandes energías en la acumulación de dinero y títulos. Pero las cartas, como el recientemente introducido juego francés del *trente-et-un*, y la seducción de jóvenes no parecían entrar en la esfera de sus intereses. ¿Cómo diablos, pues, había preñado, así decían los murmuradores, a Joaquina Aispuru, una muchacha de dieciocho años?

El nacimiento de Manuela dió origen a una guerra de lenguas mordaces. Con frecuencia se hablaba más en Quito de la batalla entre las familias de la linda criatura bastarda que de la revolución que estaba fermentando dentro de las casas de la ciudad.

* * *

Mientras cabalgaba por la Carretera Real, todo recordaba a Manuela su pasado; la tierra, los campos y las casas evocaban siempre algún recuerdo punzante. Pero eran muchos los cambios que se habían producido en ella desde que abandonó Quito hacía siete años. Su caballo adoptó un holgado medio galope detrás del

escuadrón de lanceros y las evocaciones del agitado pasado vinieron a turbar el bien asentado presente. A los diecisiete años, en 1815, había sido una muchacha repudiada, expulsada del convento, con su padre en el destierro, con la familia de su madre hostil y con perspectivas poco atractivas. Ahora, siete años después, era la esposa de un acaudalado inglés residente en Lima, señora de una casa dentro de los muros de la ciudad y de otra en los elegantes alrededores; había sido condecorada con la codiciada orden del Sol; era una mujer bella y con gran dominio de sí misma, de veinticuatro años, respetada en todas partes y en todas partes envidiada.

A medida que se acercaban a Quito, la carretera se llenaba de soldados. Las sabanas andinas cedieron de nuevo el lugar a los montes y por todas partes el terreno comenzó a subir rápidamente hacia ese duro mundo de roca que rodea a Quito. A lo lejos se veían los volcanes que encierran a la ciudad en un círculo. Más allá —en junio la visibilidad de los Andes es ilimitada—, las montañas cubiertas de nieve daban al paisaje una nota de inmensidad y serenidad. Había soldados en los prados haciendo ejercicios en cerradas formaciones; había soldados que limpiaban sus armas a las puertas de las casuchas con techo de hierbas que bordeaban el camino; había soldados en las cantinas, desde donde invadía el paisaje el olor a *chicha*, la bebida nativa procedente de la fermentación del maíz; había soldados por todas partes y los húsares pasaban con gran estrépito de sables. Cuando el escuadrón se acercó al linde de la edificación urbana, más allá de los puentes que salvaban unos riachos, advirtieron una intensa actividad fuera de las casas. Por orden del Comandante —habían visto los pliegos impresos a lo largo del camino—, todas las casas debían ser pintadas de nuevo para la celebración del Día de la Liberación. Las casas de adobe, de un solo piso, estaban siendo pintadas con llamativos colores —rosas, azules, verdes, rojos— por legiones de habladores indios envueltos en sus ponchos. A todo lo largo del camino se advertía una especie de excitación. Sin embargo, cuando el escuadrón se acercó y la gente vió a los

oficiales elegantemente uniformados, las esclavas negras de extraño atuendo, las numerosas mulas abrumadas por baúles y cajas y, finalmente, la bella y distinguida joven montada a horcajadas, cesó la zumbadora actividad y los peones se reunieron en grupos para mirar y hacer conjeturas sobre la identidad de los viajeros.

En una elevación del camino se vió la blanca ciudad extendida por el valle de Añaquito. Las montañas se alzaban muy por encima de la ciudad y los suburbios se extendían por los declives; se veían calles que trepaban decididas por los escarpados Andes. Había sido una deliciosa ciudad colonial —“la más bella de toda la América del Sur”, según había dicho el gran viajero Alejandro von Humboldt— antes del terremoto de 1797. Se había formado en torno a tres plazas principales, de las que partían calles derechas y estrechas que dividían el casco urbano en ordenadas secciones, como los cuadros de un tablero de ajedrez. En el centro exacto de Quito estaba su plaza principal, con sus losas y su enorme fuente de piedra, donde los animales calmaban su sed y de donde los indios sacaban el agua, en enormes recipientes color de siena, para las casas de sus amos. La catedral, rechoncha y baja —la menos impresionante de las magníficas iglesias de Quito—, estaba a un lado de la plaza y tenía enfrente el palacio del arzobispo, un edificio tan frío y distante como el mismo Dios. En otro lado estaba el Cabildo, construido en 1534 para alojamiento de las oficinas municipales; era un edificio inmenso bajo cuyo pórtico numerosos plumistas públicos se sentaban a mesitas y, envueltos en ponchos para defenderse del insistente frío, escribían las cartas de sus clientes. En el cuarto lado de la plaza se levantaba el palacio de gobierno, el centro administrativo de la zona que incluía las antiguas ciudades de la Presidencia de Quito. Por encima de las viviendas de un solo piso de la ciudad, en cuyas entradas se veían tallados muchos orgullosos escudos de armas, se elevaban las iglesias de Quito, maravillosamente ideadas con sus fachadas de complicados adornos.

El pueblo de Quito era la más extraña aglomeración de castas y clases sociales que haya constituido nunca una comunidad. Antes de la revolución, la población de la ciudad excedía de las treinta mil almas. De ellas, unos seis mil eran españoles de las sangre, muchos de ellos con títulos de conde o marqués de pura tan antiguos que podían comenzar sus oraciones: "Madre de Dios, prima nuestra..." Los de sangre mezclada, los *cholos*, representaban más de un tercio de la población; eran los *barberos*, tenderos, agentes, artesanos, mayordomos, plumistas... Y como estaban devorados por el resentimiento, eran revolucionarios activos. Los indios, el grueso de la población, que se vestían con unos calzones blancos de algodón que les llegaban hasta las rodillas y unos ponchos de lana, eran los *braceros*, los animales de tiro, los peones de labranza. Había finalmente, como un factor que completaba la suma, cierto número de negros dispersos, todos esclavos.

Esto era Quito.

A las puertas de la ciudad, el escuadrón pasó junto a una tosca horca de la que colgaba un cadáver. La cabeza, ladeada hacia la derecha, parecía empeñada en leer el cartel prendido a la casaca, en el que se había escrito la única palabra: *godo*. Algo más allá pasaron junto a unas jaulas de hierro que colgaban de altos cabrios sobre el camino; desde detrás de las rejas, unas cabezas humanas momificadas sonreían todavía de un modo horrible a los transeúntes. Para Manuela Sáenz eran reliquias de un espantoso pasado: las cabezas de los patriotas que habían dirigido la fracasada revuelta de 1809. En la lucha, su padre había huído, perdiendo su fortuna en la precipitada fuga, y su media hermana, una *goda* belicosa, se había puesto un uniforme de oficial y había vuelto a la ciudad al frente de una compañía de realistas. La Corona triunfó en esta ocasión y las calles quedaron saturadas de sangre de patriotas. Manuela tenía entonces sólo doce años, pero recordaba muy bien ahora el cadalso de la plaza y cómo los conspiradores de poca monta eran ahorcados en monótona sucesión. Los de más alto rango fueron despedazados, para lo que

sus piernas y brazos fueron atados a caballos lanzados después hacia los cuatro puntos cardinales. Para los miembros del Consejo revolucionario se reservó muerte más adecuada: fueron bajados de la horca todavía con vida, se les decapitó y se colocaron sus cabezas en jaulas de hierro que fueron exhibidas por toda la ciudad. En cuanto a sus corazones, arrancados de los cadáveres, fueron a parar a una caldera que hervía en el centro de la plaza. Por órdenes del virrey, estas ceremonias fueron presenciadas por todas las familias de los condenados. Manuela recordaba especialmente a Carlos Montúfar, hijo del marqués de Selva Alegre y último del Consejo en enfrentar la muerte. Tuvo que presenciar la ejecución de todos los demás; sus oídos estaban llenos de gritos y lamentos; sus ojos habían visto todos los detalles de la tortura y el derramamiento de sangre antes de que le llegara el turno. Permaneció de pie, pálido como el mármol, sin ceder, inmovible, hasta cuando Manuela, eludiendo a los guardias, se acercó y puso en las esposadas manos una sola flor medio marchita.

Apenas parecía posible, después de todos estos años de odio, guerra y crueldades, que Quito fuera finalmente libre. Y ahora —Manuela lo había oído a un grupo de soldados en el camino— se esperaba en cualquier momento la entrada triunfal en Quito del general Bolívar, quien proclamaría la libertad de la ciudad e incorporaría oficialmente el país a la República de la Gran Colombia. Bastaba ver cómo se levantaban por todas partes decoraciones, cómo se pintaban de nuevo las casas y cómo los sastres se atareaban en los portales inundados de sol cosiendo nuevos uniformes, para darse cuenta del entusiasmo que se había apoderado de la ciudad ante la perspectiva de la llegada de su héroe. Algo de este mismo entusiasmo se agitaba en el interior de Manuela, porque no había nombre en todo el país que provocara tanta emoción como el de Bolívar. Vencedor en una veintena de duras batallas, liberador de Venezuela, Colombia y Ecuador, era para Manuela, lo mismo que para miles y miles, el verdadero símbolo de la lucha por la independencia.

Inmediatamente dentro de la ciudad, junto a la entrada, se había tendido una barricada, un larguero que cerraba el camino y exhibía los colores rojo, azul y oro de la República de la Gran Colombia. A un lado había soldados con la bayoneta calada; un oficial, apoyado en un sable de caballería, esperaba la llegada del pequeño escuadrón. Se examinaban minuciosamente los documentos de cuantos trataban de entrar en la ciudad, porque hacía solamente dos semanas que se había librado la batalla de Quito y había todavía desesperados soldados españoles que se ocultaban en el casco urbano y los montes del contorno. Atendiendo la orden del oficial, Manuela entregó el pasaporte que hasta entonces le había permitido viajar sin inconvenientes. El documento decía en parte:

Don Francisco Freicano, Teniente Coronel Graduado Capitán de este Puerto y Comandante Militar de sus Matrículas: Certifico: Que dió la vela de este Puerto el Bergantín inglés "Deadema" con destino al de Guayaquil el Veinte y Cinco de Mayo Ultimo, constando por el roll expedido en esta Comandancia de Matrículas los individuos siguientes: Capitán D. Jarper Roche, su sobre cargo D. Jayme Thorne... D^a Manuela Sáenz, con dos criadas... Y para que conste a los fines que convengan doy este y a pedimento de Dn. Jayme Thorne. Capitanía del Puerto Callao, veintidós de agosto de mil ochocientos veinte y dos...

¡Manuela Sáenz! Eran pocos los que aquí no conocían su nombre. Todo Quito la recordaba. El documento pasó de mano en mano; oficiales y soldados levantaban la vista con asombro. Manuela había escandalizado a la ciudad por su mismo nacimiento tanto como por sus escapadas de la adolescencia; las disputas de su dividida familia habían sido tema de conversación durante quince años. Se acercaron otros oficiales a examinar el documento, a leer el nombre conocido y a mirar después a la serena amazona que, desde lo alto de su caballo negro, les miraba con una expresión de malicia y frío cálculo en sus negros ojos.

Se levantó la barrera y Manuela continuó su viaje hacia el centro de la ciudad, pero la noticia de su llegada fué por delante. Quienes conocían los detalles íntimos de su agitado pasado los repitieron a cuantos querían oírlos; quienes los desconocían no vieron en la escueta verdad un impedimento para el vuelo de una imaginación espeluznante. Hasta el esperado arribo de Simón Bolívar era en este momento menos interesante que esta nueva sensación. Porque Bolívar, aunque indudablemente un gran hombre, era, al fin y al cabo, un extraño, mientras que "la Sáenz" era de casa y tenía adherida a su nombre la deleitosa especia del escándalo. De puerta en puerta, de calle en calle, la voz se extendió; al cabo de una hora, todo Quito había oído la impresionante nueva.

Manuela Sáenz había vuelto.

LA VENIDA DEL SEMIDIÓS

Un solo cohete se elevó raudo, arrastrando su llameante cola de cometa, y miles de ojos vieron cómo se deshacía en estrellas azules y rojas allí arriba, en el cielo de Quito. Luego, el cielo se hizo vivo con la explosión de innumerables cohetes. En lo alto del Panecillo, el monte que en forma de pan de azúcar domina el centro de la ciudad, el cañón entró en acción y sus salvas retumbaron sobre la congregada multitud. En seguida, las campanas, todas las campanas de la ciudad, repiquetearon simultáneamente. Los campaneros indios tiraban jubilosos de las cuerdas, sin hacer caso al caos de sonidos sobre sus cabezas. Las gentes, que luchaban por conseguir un sitio ventajoso, eran contenidas sin violencias por los soldados, a fin de que la estrecha calle empedrada quedara despejada para la entrada de Bolívar.

Todo Quito se había echado a la calle para el gran acontecimiento. El marqués ataviado de cortesano a la antigua, con un chaleco de terciopelo azul profusamente bordado en plata y sombrero de tres picos, se codeaba con indios de ponchos de lana y trenzadas coletas. Una joven damisela con vestido de muselina blanca, recogido el cabello en un moño griego, desafiaba la vibración aturdidora del ambiente y avanzaba de losa en losa por la acera con sus chapines de baile, tratando de eludir a los soldados. Por todas partes, en gran confusión, barberos, monjas, mercaderes, chiquillos y personas de toda condición se abrían paso hacia los lugares que habían elegido. A lo largo del Camino Real, grandes letreros en las paredes proclamaban el día: 16 de junio de 1822. Pero apenas era esto necesario: todos sabían que Simón Bolívar hacía hoy su entrada en la ciudad.

Bolívar llegaba y, después de días de preparación, Quito estaba en condiciones de recibirlo dignamente. Las tropas republicanas, que habían triunfado en la Batalla de Quito, estaban ya con sus nuevos uniformes verdes; se habían adiestrado con mil ejercicios, hasta que cada soldado dominaba todos los movimientos militares con precisión casi prusiana. A intervalos había arcos de triunfo; las fachadas de las casas se animaban con el laurel indígena y frondas de palma traídas de la costa tropical. A lo largo del camino había racimos de niñas vestidas como ángeles multicolores, a la espera impaciente con sus plegadas alas de gasa: iban a lanzar sobre el héroe una lluvia de pétalos de rosa. Una banda de instrumentos de viento, en los que sólo podían soplar, en el aire enrarecido de Quito, los indios de poderosos pulmones, avanzaba calle abajo; tras ella venían otros indios llevando en sus brazos un verdadero arsenal de fuegos artificiales. El entusiasmo era contagioso. En todas las iglesias ondeaba la bandera republicana, y las casas con balcones que daban al itinerario lucían los colores rojo, azul y oro. Se habían levantado puestos en la Plaza de San Francisco, y vendedores ambulantes con prendas azules de tejidos caseros ofrecían tortas, salchichas, pastelitos, hogazas de pan de cuatro libras, vino y la *chicha* de fermentado maíz. Otros vendedores callejeros vendían himnos patrióticos impresos en la única imprenta de Quito; había escarapelas tricolores para los sombreros, y cintas para que colgaran de las coletas de los indios; había toda clase de baratas chucherías para la festiva ocasión.

Calle abajo, haciendo caracolear su caballo, avanzó un jinete sin sombrero; hacía retirarse a las personas que habían invadido la calzada y anunciaba a voz en grito que el Libertador estaba en los lindes de la ciudad. Hubo una última agitación entre la multitud, empeñada en procurarse puestos ventajosos; sin perder el buen humor, todos se empujaban y forcejaban, como en una escena de muchedumbre de una *opéra bouffe*. Los angelitos indios desplegaron sus alas a la brisa de los Andes y fueron llevados a sus puestos, mientras las monjas que los cuidaban meneaban

sus cabezas envueltas en tocas, como diciendo: "Es un milagro, es un milagro."

Y lo era. Para 1819, España había aplastado toda resistencia organizada de los patriotas en el norte, y los insurgentes habían quedado reducidos a pequeñas partidas de guerrilleros, mal armados y medio muertos de hambre. De pronto, el general Simón Bolívar irrumpió desde los llanos de Venezuela, donde había estado contenido, flanqueó a los *godos* y avanzó sobre los Andes. En la mañana del 9 de agosto de 1819, enfrentó y destruyó a las tropas españolas que tenían la misión de capturarlo. El último virrey de Nueva Granada, Juan Sámano, disfrazado con una capa de paño verde y un sombrero de cuero rojo, abandonó Bogotá y se dirigió río abajo hacia el destierro. Dos años después, Bolívar había reconquistado Venezuela, despejado Colombia de enemigos e iniciado en la periferia de Quito las escaramuzas que llevaron a su final liberación. Ahora el genio de esta victoria —Bolívar— iba a estar con ellos.

La flor y nata de Quito estaba en los balcones. Porque no era únicamente una victoria del pueblo, sino un movimiento de independencia iniciado por muchos de los grandes con título de la ciudad. El Marqués de Selva Alegre, que había dado a la causa su fortuna y la vida de su hijo, se mostraba con las prerrogativas de su rango, luciendo una casaca bordada, calzones cortos, suntuosa peluca y sombrero de tres picos cuyo estilo había desaparecido hacía una década; miraba desde arriba a la abigarrada multitud con expresión burlona. La mayoría de los otros nobles, aunque de sentimientos republicanos, estaban análogamente ataviados al estilo del antiguo régimen. Pero los jóvenes habían ya descartado hacía tiempo estos recuerdos del pasado y se mostraban como caballeros de la regencia, con un frac muy ceñido y un cuello tan duro como el horcate de un caballo y tan alto que casi llegaba a las orejas. Las damas de edad todavía se aferraban al estilo de 1790, con todos sus adornos y exuberancias, y no ocultaban su estupefacción ante las nuevas modas de París. Las jóvenes asomadas a los balcones lucían ligeros vestidos de gra-

ciosas faldas amplias, con un talle muy alto y un escote bajo y cuadrado ribeteado con una cinta negra o un encaje a mano. Para el vulgo de la calle, estas reuniones aristocráticas constituían una parte importante de la fiesta. Y ninguno de los grupos llamaba tanto la atención como el del balcón de la mansión de Juan de Larrea. Era la mejor casa de Quito, de dos pisos, con ventanas enrejadas y barandados de madera de complicada talla. Había en el balcón una docena de damas y caballeros, pero quien atraía las miradas de todos era el fascinante ser que se apoyaba en el brazo de don Juan. Estaba vestida de blanco, un color puesto de moda por la *Psiquis* de Gérard: era un linón audaz de las modas modernas. La dama lucía una banda de *moiré* rojo y blanco y, debajo del pecho izquierdo, llevaba una medalla de oro que los más al tanto reconocían como la Orden del Sol. Mucha gente de la calle la conocía de vista; otros la reconocían por su lozana voz ronca con tonos de burla y desafío. La joven vestida de blanco era Manuela Sáenz.

Durante los febriles preparativos de la recepción a Bolívar, la buena sociedad sólo había podido enterarse de muy poco de la vida de Manuela desde que abandonó Quito, pero este poco era obsesionante. Sabían que se había casado con un inglés llamado James Thorne y que vivía con él en Lima. Pero apenas sabían nada más ni comprendían por qué se había aventurado en este momento al largo y azaroso viaje a Quito. Sin embargo, aquella reluciente medalla del sol decía más que cualesquiera dimes y diretes. Era la más alta condecoración que el Perú revolucionario podía conceder, y quien la llevara tenía que haber servido con distinción a la causa insurgente.

En realidad, Manuela había llegado a Lima en 1817, y el año que siguió inmediatamente a su matrimonio fué el más alegre de su turbulenta vida. Como esposa de un próspero comerciante, fué presentada al Virrey, asistió a las funciones oficiales y se convirtió en una figura conocida de la buena sociedad limeña. Hasta mereció favores especiales de la madura Micaela Villegas,

la famosa cortesana apodada "la Perricholi", a cuyo palco del viejo Teatro de la Comedia Manuela acudía con frecuencia. Cuando James Thorne viajaba en uno de sus barcos, Manuela se dedicaba a actividades de clase muy distinta. Se movía en los círculos patrióticos, entre quienes conspiraban contra la Corona. Perú estaba entonces en pie de guerra. Los realistas, picados por las derrotas en Chile, estaban trayendo mucho material de guerra de Panamá. El general San Martín, con sus victoriosos insurgentes, avanzaba sobre las fronteras del Perú y, en la misma Lima, los amigos de la libertad conspiraban para minar el terreno al Virrey. En el salón barroco de una de sus compatriotas, Manuela participaba fervorosamente en estas conspiraciones. Era un juego peligroso, y el hecho de que su marido fuera inglés no la hubiera salvado si hubiese sido descubierta. Pero había aceptado los riesgos. Con su *saya* y su *manto*, prendas muy queridas de las mujeres de Lima, podía moverse con un disfraz muy efectivo, porque el ropaje elástico le envolvía el cuerpo y el velo de seda le cubría la cabeza, de modo que sólo los móviles ojos se asomaban al mundo. Con este atavío —era considerado monstruoso arrancar el velo a una mujer—, las damas podían entrar en las habitaciones de sus amantes y engañar a sus maridos a la luz del día sin miedo a contratiempos. La *saya* y el *manto* exhibían con cada breve paso todos los deliciosos movimientos del cuerpo; este vestido era uno de los milagros de la naturaleza y llenaba a los hombres de asombro y perplejidad. Y para Manuela constituía un disfraz maravilloso, porque podía con él llevar las proclamas sediciosas de las prensas clandestinas a quienes las colocarían en todos los muros de Lima al amparo de la noche.

La intriga se adaptaba muy bien a los talentos de Manuela y le procuró cierta fama anónima cuando el Virrey declaró: "El Fiscal me ha traído un montón de proclamas introducidas en esta capital por una mujer desconocida."

Pero la doble vida de Manuela como dama de la sociedad limeña y conspiradora revolucionaria no podía permanecer indefinidamente oculta. James Thorne llegó a enterarse de lo que

sucedía y se mostró muy disgustado. Como extranjero, se suponía que estaba al margen de la lucha. Además, era un hombre de negocios y no estaba de acuerdo con la revolución; perturbaba las actividades mercantiles y multiplicaba los problemas con las autoridades. Por otra parte, era un católico tradicionalista y la revolución estaba adquiriendo ya un cariz anticlerical; su olor era claramente antirreligioso. No solamente se negó a la propuesta de Manuela de que ayudara a la causa patriota con dinero, sino que ordenó a su esposa que desistiera de toda actividad ulterior. Y esto significaba un choque, el primero que en realidad se producía en el matrimonio. Porque nadie podía ordenar nada a Manuela. Procedía siempre de acuerdo con su voluntad.

Continuó, pues, trabajando por la revolución y, en 1820, obtuvo una notable victoria. Su hermanastro José María Sáenz era capitán del Regimiento de Numancia del ejército realista. Manuela consiguió convencerlo —y por medio de él a los demás oficiales de la unidad— de que debía pasarse con sus fuerzas al campo de los patriotas. Esta defección en el campo de la Corona provocó el derrumbe de todas las defensas de la capital y Lima cayó en el caos. Las gentes de las afueras acudieron a refugiarse detrás de las grandes murallas de la ciudad y las cinco puertas estaban ahora muy guardadas por temor a un ataque directo de las *montoneras*, los terribles guerrilleros a caballo del general San Martín. El 21 de julio de 1821, los ejércitos patriotas llegaron ante las puertas de la ciudad y ésta cayó sin un tiro. Las fuerzas liberadoras entraron en Lima bajo una nevada de papel picado y pétalos de rosa ante muchos duques, marqueses y condes que hacía sólo una quincena habían jurado lealtad inquebrantable al Rey de España; también ellos se pusieron escarapelas bicolores en los sombreros y se unieron al pueblo en la delirante celebración.

Manuela se decía que había sido algo muy parecido a lo que ahora estaba sucediendo en Quito, pero aquí eran pocos los miembros de la nobleza que disintieran de la nueva República. Cabía ya oír a lo lejos la caballería que se acercaba a la ciudad

entre aplausos cada vez más entusiastas. Allí en la calle, el alcaide, reteniendo en su mano libre el sombrero de seda, montó rápidamente a caballo y se lanzó al galope seguido por dos oficiales para dar la bienvenida a los que llegaban. Ahora la confusión era mayor en el portal de Larrea, pues los servidores, que hacían rodar unos barriles de vino, trataban de abrirse paso entre la multitud. Porque esta noche, en esta misma mansión, iba a celebrarse el gran baile de la victoria en honor a Bolívar. Pero la presión de la multitud era excesiva para los servidores; éstos tuvieron que pedir ayuda a los soldados. Hubo muchos empujones y forcejeos antes de que la tarea quedara terminada, con el acompañamiento de comentarios indecentes y de consejos de los mirones. El elemento más joven del balcón participó en la escaramuza, incluida la lengua mordaz de Manuela.

Era exactamente lo que había esperar de "la Sáenz". Así parecían decir los ojos de las damas maduras de los balcones, quienes miraban fijamente a la joven con expresiones de desaprobación y sorna. Manuela había mantenido a Quito en la agitación durante toda su primera juventud; había sido un torbellino. Tenía un genio manifiesto para descubrir las debilidades humanas y ponerlas de manifiesto. Nunca había sido humilde ni mostrado el recato de la doncella. Era agresiva, decidida y voluble: alegre, sensible, de genio vivo y valiente, según soplara el viento. Desde luego, se comprendía la razón de todo esto: era un ser al que nadie aceptaba, una bastarda sin posición alguna en la sociedad. ¿Qué más natural que fuera lo que era? Y ahora esta... Bien, estaba de nuevo en Quito, había sido recibida en la casa de Larrea y lucía una condecoración patriótica del Perú.

En realidad, la Orden del Sol era más que una mera condecoración; era la insignia de una nueva nobleza republicana. El 23 de enero de aquel mismo año, Manuela Sáenz de Thorne se había incorporado a un impresionante grupo de ciento doce mujeres, destacadas patriotas de Lima, que iban a recibir este honor. Habían desfilado por las calles de Lima hasta el antiguo palacio del Virrey, donde se desarrollaron las lucidas ceremonias. Ma-

nuela figuró entre las grandes damas de Lima, muchas de las cuales llevaban viejos títulos de nobleza —la Condesa de la Vega, la Marquesa de Torre Tagle, la Condesa de San Isidro—, y fué condecorada con la más codiciada orden del Nuevo Mundo. Apenas parecía posible que, a menos de siete años de que hubiera dejado Quito de manera ignominiosa, hubiese...

"¡Bolívar! ¡Bolívar! ¡Bolívar!" Las voces de la ciudad parecían fusionarse en una sola palabra. Como respondiendo al llamamiento, los oficiales que venían en cabeza se detuvieron y un escuadrón de lanceros avanzó en una sola fila por cada lado del camino. Luego, de aquel amontonamiento de figuras brillantemente uniformadas, surgió un jinete. Avanzó... solo. Era Bolívar.

Montaba en Pastor, su caballo blanco favorito, al que, al mismo tiempo, contenía con las riendas y pinchaba suavemente con las espuelas. El animal bailaba y caracoleaba, sacando mil chispas de los adoquines con sus herraduras, curvando su cuello como el de un cisne; era, en verdad, una montura muy propia para un semidiós. Y era un semidiós lo que el pueblo esperaba, pues tan grande era el renombre de Bolívar, tan heroica su vida, tan maravillosas sus realizaciones en la paz y la guerra, que ya, a la temprana edad de treinta y nueve años, había sido divinizado por la imaginación popular. Su físico tenía poco de divino; era un hombre bajo, de manos delicadas y pies menudos que podía envidiar una mujer, pero se podía advertir que su cuerpo era ágil y hecho para la acción. Y, mientras saludaba al tumulto de las voces con orgullosa elegancia, aunque también con sencillez, su figura parecía crecer y nadie se fijaba en que no era alto.

No podía decirse que Bolívar era un hombre apuesto; muy tostado de color, su rostro era estrecho y su expresión sombría; su boca grande y su lozana dentadura desaparecían bajo un erizado bigote de soldado de la guardia. Pero sus hundidos ojos negros eran vivos y penetrantes y su fácil sonrisa tenía mucho encanto. En contraste con sus oficiales, cuyos uniformes lucían dorados y medallas suficientes para satisfacer los bárbaros

gustos de un inca, el Libertador llevaba una sencilla guerrera de alto cuello con una sola medalla y apretados pantalones de ante. Ahora, en la silla, ante la vasta multitud admirativa, su porte revelaban la gallardía, la alegre impetuosidad, la cortesía y el valor que lo caracterizaban y que podían ser resumidos en una sola palabra castellana: *hombria*. Y *hombria* era, en verdad, o tal vez un exceso de virilidad, porque se trataba de un hombre para quien los favores de las mujeres eran tan necesarios como la carne y el vino. Era también un hombre que amaba la gloria; aun ahora, mientras cabalgaba recibiendo los aplausos de la multitud, se podía ver que estaba extático con la aclamación pública.

Para quienes veían a este Bolívar resultaba difícil creer que detrás de la figura pública había una personalidad distinta y más profunda. Todo lo que es profundo busca una máscara. Y detrás de esta máscara estaba el genio de América del Sur: una imaginación poderosa, el sentido de la organización, la habilidad en proyectar campañas, el conocimiento de los hombres, la habilidad para atraerse seguidores fieles, todo lo que había procurado realidad al sueño de la independencia. La inteligencia proteica de Bolívar lo abarcaba todo: disponía las batallas, la diplomacia y la enseñanza, diseñaba medallas y uniformes y preparaba sus apariciones en público como un coreógrafo prepara un ballet. No desperdiciaba ni uno solo de sus movimientos; utilizaba la estrategia lo mismo en la guerra que en la diplomacia y el amor. Su modo de hablar reflejaba esta mentalidad: sensual, a veces adornado y complejo y otras sencillo, con una sencillez un poco estudiada y en ocasiones exagerada. Y tras todas estas contradicciones había una voluntad inmensamente poderosa, porque Bolívar había tenido que combatir a los hombres, las montañas y hasta los elementos para llegar a su gloria actual.

Mientras cabalgaba hacia la plaza, saludando a uno y otro lado —inclinándose de cuando en cuando para aceptar la flor que le ofrecía una niña o estrechar la mano de algún soldado herido—, apenas había entre los miles de personas que aplaudían un hombre que no conociera los acontecimientos de su vida o una mujer

que no hubiera oído los detalles íntimos de sus prodigiosas aventuras amorosas. Simón Bolívar había nacido en Venezuela en 1783 y pertenecía a una vieja familia muy noble y rica; era marqués por derecho propio. Aunque había sido criado en la vasta hacienda de San Mateo, donde rudos vaqueros cuidaban de inmensos rebaños, tuvo una educación adecuada, si se tienen en cuenta el tiempo y el lugar. Aprendió geografía y literatura con Andrés Bello, un revolucionario incipiente; los elementos de aritmética le fueron proporcionados por un fraile capuchino que Rodríguez, maestro de francés e inglés, vagabundo mental que saturara sus enseñanzas con el romanticismo sentimental de Rousseau. Fué este cura degradado quien dió a Bolívar su amor por la naturaleza y por la vida y desarrolló el estilo charro de sus escritos.

A la impresionable edad de diecisiete años, ya un adepto del amor, Bolívar visitó París con el Marqués de Ustaris y luego fué a España a terminar su instrucción en la Real Academia Militar. Y aunque hablaba el ceceante *patois* de Venezuela y tenía un color *café au lait*, se atrajo inmediatamente la simpatía de la corte de Madrid. Poco después de su llegada —por lo menos así se murmuraba— había reemplazado a Godoy, el Príncipe de la Paz, como amante de la reina María Luisa. Ya a esta edad Bolívar tenía fama de ser un hombre que se enamoraba con las trémulas pasiones de un obseso.

Su matrimonio en 1802 con María Teresa, la hija del Marqués de Toro, fué un idilio trágico; apenas vueltos de España a Venezuela, María Teresa murió de la fiebre amarilla. Viudo joven, sin raíces y prodigiosamente rico, Bolívar volvió a Europa. Viajó por España e Italia; luego, atraído por la estrella ascendente de Napoleón, se instaló en París para contemplar el nacimiento de un imperio y disfrutar de la vida sibarítica de un elegante.

Pero tenía sus momentos de seriedad. Quedó muy impresio-

nado por Napoleón, cuyos triunfos militares y diplomáticos eran dignos de profundo estudio y cuya extrema sencillez en el vestir iba a ser emulada por el Libertador. La influencia del curso fué muy honda; un francés que conoció bien a Bolívar dijo después: "El ideal de Bolívar era el Emperador."

Y luego estaba Humboldt. El ilustre sabio, entonces en el apogeo de sus facultades, acababa de llegar de cinco años de viaje por América del Sur y estaba en París cuidando de que se publicaran sus escritos. Los dos hombres se conocieron en el salón de Fanny du Villars, con la que Bolívar mantenía relaciones más estrechas que las del simple conocimiento. La conversación acabó refiriéndose a la hacienda de los Bolívar, que Humboldt había visitado en ausencia de Simón, y pasó luego a la posición política de la América española. Finalmente, Bolívar observó:

—Verdaderamente, ¡qué destino más brillante sería el del Nuevo Mundo si su pueblo pudiera verse libre de su yugo! Y Humboldt contestó:

—Creo que su país está maduro para la independencia. Pero no acierto a ver el hombre que ha de lograrla, que ha de dirigirla.

Fué una frase que desencadenó la segunda revolución americana.

Todo el mundo sabía el curso que siguió la vida de Bolívar después de este episodio. Fué guerra, guerra y guerra; Bolívar perdió su fortuna, vió cómo Venezuela se disolvía en el caos, huyó a Jamaica y volvió para continuar la lucha. Finalmente, con un ejército que recordaba a los galopines de François Villon, superó en la maniobra al mejor general de España, marchó más de mil quinientos kilómetros a través de los Andes y derrotó a los españoles en Boyacá, Colombia. Luego, el 17 de diciembre de 1819, formó la unión de la Gran Colombia, una unión que incluiría los virreinos españoles de Venezuela, Colombia y Ecuador cuando fueran liberados. Era el primer paso en un plan de proporciones continentales que estaba ya tomando forma en los más íntimos pensamientos de Bolívar.

Y hoy, en Quito, el designio se estaba desplazando hacia su realización. Ecuador había sido ganado para la causa.

Ahora se estaba acercando a la playa y las niñas vestidas charramente de ángeles corrían delante de él esparciendo flores. Desde los balcones caía una verdadera cascada de pétalos de rosa y, de cuando en cuando, se enviaban hacia el Libertador coronas de laurel con los colores de la Gran Colombia. Los hombres saludaban y las mujeres se inclinaban hacia adelante, en un esfuerzo por captar la sombría mirada de aquellos ojos hundidos y turbadores. Allí delante estaba la gran plaza, donde se habían congregado los regidores de la ciudad para dar la bienvenida al héroe. Era hora de que Bolívar esperara a su escolta, la larga fila de jinetes uniformados que venía detrás de cuatro en fondo, con los desenvainados sables reluciendo al sol. El Libertador contuvo a Pastor y miró ociosamente hacia arriba, al balcón de Larrea, y luego a la multitud que le aclamaba.

Desde el alto lugar que ocupaba junto a Juan de Larrea, Manuela se inclinó hacia adelante con repentina excitación. Era él por fin, el hombre más grande de todo el continente, la encarnación de todos los sueños y entusiasmos, la causa por la que se había luchado durante tanto tiempo. Y era también un hombre fascinante, cuyo rostro revelaba el sufrimiento y la meditación, cuyo flexible cuerpo se movía graciosamente con cada brioso caracoleo de su magnífico caballo blanco. Manuela tomó una corona de laurel y la lanzó a los pies del Libertador. Y luego observó con horror que el objeto cambiaba de rumbo en el aire e iba a dar al jinete de lleno en una mejilla.

El Libertador se volvió bruscamente, con manifiesto enfado, hacia el balcón. En seguida vió a la culpable: los negros ojos muy abiertos y luminosos, el rostro encendido, las blancas manos apretadas contra el blanco pecho que lucía el dorado emblema del Sol.

Bolívar se inclinó y sonrió su perdón a los ojos de Manuela Sáenz.

EL BAILE DE LA VICTORIA

La casa de Larrea parecía en llamas. Del salón del piso alto, inundado de luz por una gigantesca araña, llegaban las desorganizadas primeras notas de la orquesta que afinaba sus instrumentos; los sonidos iban a la deriva por la noche de Quito. Durante toda la tarde, después de la triunfal entrada del Libertador, había habido una gran confusión en la mansión, mientras los servidores preparaban habitaciones y colaciones para el baile de la Victoria, pero, llegada la hora de las vísperas, todo había quedado preparado. Fuera, los lacayos indios, con sus negros cabellos empolvados, con chalecos de seda y calzones cortos, aunque fueran descalzos, mantenían hachones en alto para guiar a los invitados por las oscuras calles adoquinadas.

A aquella primera hora de la noche, las calles de la ciudad estaban llenas de gente que festejaba el acontecimiento. Algunos soldados, emborrachados con *chicha*, daban bandazos o se venían al suelo en el arroyo; las mozas de partido traficaban abiertamente en las plazuelas, donde, a la luz de los fuegos artificiales, el amor se exhibía en todas las formas imaginables; de cuando en cuando, se producían riñas. El sereno, envuelto en su negra capa, trataba de frenar la exuberancia popular, pero con muy escasos resultados. Era una noche desenfrenada y, en aquel barullo, la nobleza de Quito tenía que correr sus riesgos. Los distinguidos invitados al Baile de la Victoria comenzaron a presentarse temprano. Unas cuantas damas de edad, aferradas todavía, con cierta angustia otoñal, a las cosas del pasado, llegaban en sillas de mano, transportadas por indios de librea, porque no

había coches en toda la ciudad. Sin embargo, la mayoría de esta gente encumbrada llegaba a pie por las calles adoquinadas, guiada por criados que llevaban farolillos, mientras otros lacayos sostenían sobre las cabezas parasoles llenos de brocados, considerados por esta sociedad como un signo de distinción. No había persona de importancia que no viniera al baile y cabía ver todos los estilos de vestido que habían estado de moda desde los tranquilos tiempos de Carlos III de España.

Los caballeros de mucha edad llevaban los calzones cortos de seda y los floreados chalecos del siglo XVIII y hasta el sombrero de tres picos y la empolvada peluca. Los de media edad llegaban con el traje de corte español de 1795: una estrecha casaca a rayas, con grandes botones ornamentados y anchas y sueltas solapas. Pero los más jóvenes, los productos de la era revolucionaria, venían con *frac*, pantalones con presilla bajo las altas botas barnizadas, sobretodos con esclavina y altos sombreros de copa. Eran los republicanos convencidos y, para demostrar sus simpatías democráticas, aun en esta noche de licencia para la multitud, caminaban solos por las atestadas calles.

Las mujeres también reflejaban la batalla de los estilos en sus vestidos de gala. Las que todavía soñaban los sueños del antiguo régimen venían con rígidos brocados, altos tacones y empolvadas pelucas y, caminando con la ayuda de bastones, dirigían a todas partes miradas altaneras. Todas las jóvenes y aquellas que se jactaban de su modernismo lucían atrevidos vestidos de gasa con brocados o de organdí rosa o blanco; sus menudos pies estaban calzados con sedosos chapines de baile y su cabello estaba recogido arriba, a la griega. Hasta había unas cuantas —escandalosamente audaces— que avanzaban por el adoquinado vestidas a *la sauvage*, con el cabello corto, lo más revolucionario que una mujer podía hacer en Quito.

La entrada de la mansión era un portal con gruesos clavos en las puertas y sobre el que se veían las armas de Larrea. Dentro, el patio era un despliegue de flores en torno a una fuente de piedra, coronada por un tallado querubín que abrazaba el cuello

de un cisne. Del pico levantado del animal salía un chorro de agua fresca, traída por una tubería desde las cumbres nevadas que rodeaban a la ciudad.

En la sala de baile del segundo piso, el general Simón Bolívar y su anfitrión estaban de pie, recibiendo a los invitados. Era una sala suntuosa, larga y ancha, con altas ventanas enrejadas y una gran araña que la bañaba de luz. Las sillas, canapés y mesitas, en las líneas rectas del estilo Directorio, con ornamentos de bronce sobre el damasco rojo, habían sido retiradas junto a las paredes para despejar el piso. Junto a la puerta, los seis indios de librea que constituían la orquesta estaban preparados en sus asientos con sus instrumentos de cuerda y de viento. En la habitación inmediata, llena de muebles barrocos con las incrustaciones de oro que habían hecho a Quito famoso, otros indios atendían la larga mesa tallada donde se habían colocado los vinos y la ponchera.

Desde su sitio, bajo el dosel de seda tricolor del extremo de la sala, Simón Bolívar observaba con interés a los invitados que llegaban. Había venido con estricta puntualidad militar, exactamente a las ocho, y de muy buen humor. En atención a la fiesta, había abandonado su sencillo uniforme de costumbre y llevaba una casaca militar roja con muchos galones de oro; sobre sus charreteras, que sobresalían mucho de los hombros, se veían tres estrellas doradas, símbolo de su rango de Teniente General de los ejércitos aliados de liberación. Su cabello estaba peinado hacia atrás y sus negras y laqueadas botas Wellington tenían tacones muy altos; además, permanecía sobre un estrado, por encima del nivel del piso, de manera que la ilusión de gran estatura era completa.

Ahora, los invitados que entraban en la sala eran muy numerosos y Bolívar, apoyado levemente en su sable de gala, se mostraba muy a sus anchas. Cumplido caballero, criado en el lujo, conocedor de Europa y con gran dominio del francés, tenía maneras exquisitas. A cada dama que se le presentaba dedicaba toda su atención, besándole la mano y mirándola con la cálida

y vehemente intimidad de un hombre habituado a las conquistas. Con los hombres, mostraba una camaradería cordial, des-
cendiendo con amistosa llaneza de los pináculos de la fama. Los patriotas destacados cuyos nombres conocía —tenía una memoria prodigiosa— eran saludados con un abrazo latino; los largos brazos del Libertador se plegaban sobre ellos y daban unas cariñosas palmadas en la espalda. Para todos tenía Bolívar unas palabras o una pregunta amables, pues el anfitrión y el edecán permanecían allí cerca y le procuraban en apresurados murmullos los antecedentes indispensables de cada desconocido. Era indudable: todos quedaban conquistados por tanta simpatía.

En la mansión de Larrea, esta noche, Bolívar parecía llegado a las cumbres de su ambición. La independencia estaba punto menos que conquistada y la gloria de esta realización le pertenecía. Sin embargo, si el héroe tenía alguna debilidad, era su embriaguez con el *aura popularis*. Pero aquí, por primera vez en los largos años de lucha, tenía finalmente una ocasión de solazarse. Aquí el ambiente tenía algo del que había conocido en Europa, con los refinamientos y los lujos que los años de campaña le habían negado. El salón estaba saturado de sonidos agradables: murmullo de violines, susurros de vestidos femeninos y, ante todo, el rumor sostenido de la risa y la charla en media docena de idiomas diferentes.

La guerra por la independencia había adquirido un sabor internacional. Durante mucho tiempo había sido un asunto puramente americano —un asunto de lanceros medio desnudos, con largos cuchillos atados a cañas de bambú, enfrentados con las bien armadas legiones del ejército español—, y el mismo Bolívar no había sido más que un inteligente jefe de partidas de guerrilleros. Pero el año 1822 presenciaba ya un gran cambio. Con sus victorias y su formación de la Gran Colombia, Bolívar había llegado a los consejos de Europa. Después de Waterloo, muchos veteranos oficiales de las guerras continentales habían buscado empleo junto a él y obtenido mandos en su ejército. Su oficialidad incluía a muchos europeos: ingleses, escoceses,

irlandeses, alemanes, polacos y hasta rusos figuraban en las plazas mayores de sus regimientos.

Por toda la sala cabía ver ahora a jóvenes jefes del contingente extranjero luciendo los uniformes de sus unidades: casacas de un verde oscuro, con puños y solapas ribeteados de oro y pantalones con apretaderas y galoncillo dorado. Allí estaban Sowerby, el de Bremen; Duckbury, el de Londres; y el capitán Hallowes, de Kent, todos tan jóvenes que no les había crecido todavía el bigote erizado que se juzgaba necesario para un oficial. Los irlandeses estaban bien representados: O'Connor, de los combativos de Dublin, muy atractivo para las damas a causa de su cabellera rubia; y William Fergusson, impetuoso y valiente, con un corazón tan grande como su afición al whisky de su patria, un hombre cuya temeridad creaba mil dificultades a Bolívar, sin que por ello éste dejara de admirarla. "Un buen amigo —decía el Libertador—, servicial y generoso... y que me tiene mucho afecto."

Pero el favorito era O'Leary. Acicalado como un gallo de pelea, Daniel O'Leary, de Belfast, había estado con Bolívar desde que llegó a los diecinueve años de edad, todavía con todo el verdor de Irlanda en su persona. Era el capitán O'Leary, quien, bandera blanca en mano, había entrado en las líneas realistas durante la reciente batalla por Quito, llevando la intimación de rendición. Aunque era el más tranquilo de todo el contingente irlandés, podía, cuando se excitaba, olvidarse de su castellano y gritar todas las ordinariencias de un ama de burdel de su ciudad natal. O'Leary no tenía ahora más que veintidós años, pero comprendía ya la grandeza de Bolívar; estaba reuniendo todos los papeles del héroe, a fin de que su gloria quedara preservada.

Los legionarios extranjeros daban a la guerra una necesitada dirección profesional y un toque de encantamiento, pero los jefes militares a las inmediatas órdenes de Bolívar eran todos sudamericanos. Uno de ellos era Antonio de Sucre, a quien Bolívar podía ahora ver dirigiendo una solemne polonesa con la bella Mariana, la hija del marqués de Solanda.

Sucre, el vencedor de la batalla de Quito, tenía solamente veintisiete años y era ya un mariscal, pero su delicado rostro era más de cortesano que de guerrero. Sus grandes patillas, que le llegaban casi a los labios, no ocultaban sus finas facciones, reveladoras en cierto modo de su herencia, pues su familia procedía de Flandes y pertenecía a la nobleza valona. Sucre, nacido en Venezuela, dejó la universidad a los dieciséis años para incorporarse a las partidas de Bolívar y había ascendido rápidamente por sus propios méritos. Era el más ilustre jefe militar de la revolución, el caballero blanco de las guerras de la independencia. No perdía ninguna batalla, salvo las que libraba consigo mismo. Era capaz, callado, minucioso; le desagradaba la exuberancia tropical de sus compañeros de armas, tenía un espíritu muy delicado y era sensible como una mimosa. Y todavía más. Estaba locamente enamorado de Mariana.

También estaba aquí, naturalmente, Córdoba, el joven José María Córdoba, un general de veintitrés años cuya heroica carga hacía un mes había deshecho la resistencia de los *godos* y traído la victoria. Era un hombre magnífico y peligroso, hecho para la guerra, agresivo y violento a pesar de sus finas facciones y de sus ojos dulces y melancólicos. Soldado a los catorce años, había cabalgado con los *llaneros* y aprendido el oficio de la guerra; le encantaba la lucha y se había lanzado a ella con frenesí. Era un colombiano inmensamente orgulloso, pero carecía de equilibrio e imaginación, defectos fatales. Y cerca de él, charlando y riendo con una copa de oporto en la mano, estaba otro pulcro enamorado de la guerra, el escocés Rupert Hand.

Desde su ventajosa posición en el estrado, Simón Bolívar podía ver a todos ellos, a estos hombres que, de una u otra manera, habían sido los elementos de su gloria. Muchos habían sido sus compañeros de armas durante los terribles años de lucha; otros, con los que se encontraba ahora por primera vez, le eran conocidos por su reputación o por una larga correspondencia. Era una reunión extraña y maravillosa, porque aquí —como iba a recordarlo más adelante— estaba todo el reparto que iba a

representar el drama de su vida en los años futuros. Estaban todos los personajes, salvo uno, una mujer. Y esta mujer llegaba ahora.

El Baile de la Victoria estaba en su apogeo; se había ya bebido lo suficiente para quebrantar la rigidez de una sociedad no habituada a las maneras libres de soldados fuera de servicio. De pronto hubo una agitación en la entrada y una interrupción en el ritmo de la risa y las voces. Los bailarines continuaron con los majestuosos pasos de la *contredanse*, pero ahora de un modo mecánico; todas las miradas se volvían hacia la puerta. Alguien llegaba, abriéndose paso entre quienes contemplaban el baile junto a la entrada; era una mujer que se señalaba por su risa fácil y franca.

Se acercaba ahora sorteando a las parejas y Bolívar vió que era una joven de veintitantos años, en el apogeo de su irregular belleza. Avanzaba leve y erecta, con movimientos graciosos y suaves, con algo de sensualidad y hasta de abandono bajo la regulada delicadeza del paso y del ademán. Llevaba un ligero organdi a la moda moderna, con una falda que caía en pliegues medio reveladores desde el alto talle hasta las puntas de los sedosos chapines de baile. A través de su bajo *décolletage*, ocultando a medias el bello marfil de sus pechos, estaba la banda de *moiré* rojo y blanco de su condecoración y, bajo el pecho izquierdo, relucía la dorada Orden del Sol. Su cutis era también claro marfil y sus mejillas estaban coloreadas por la excitación del momento. Sus largos cabellos estaban recogidos como una tiara, en trenzas que se entrelazaban con unas blancas flores naturales.

Juan de Larrea, de frac negro y calzones cortos, se inclinó excusándose ante Bolívar y se dirigió al encuentro de la recién llegada. La joven se acercó ahora del brazo de Larrea para ser presentada. Honró al héroe con una flexible reverencia, mientras él se inclinaba sobre los esbeltos dedos.

—Su Excelencia... La señora Manuela Sáenz de Thorne.

Manuela le miró con no disimulada admiración y él, siempre sensible al atractivo de las mujeres, no hizo nada por ocultar el interés que ella le inspiraba. Pero había otros a la espera de ser presentados al Libertador. Cuando Bolívar besó aquella mano y miró aquellos ojos negros y maliciosos, pudo tratarse de una bella mujer más en una vida llena de mujeres. Pero Manuela tenía veinticuatro años y él tenía treinta y nueve; era una peligrosa coyuntura de edades.

Avanzada la fiesta y agotadas las existencias de halagos a los presentados, Bolívar escogió a Manuela: primeramente, bailaron una polonesa, con rara habilidad, y luego se reunieron al grupo que rodeaba la mesa de los vinos. Manuela habló a los legionarios en su inglés natal, cosa que agradó mucho a aquellos hombres. La joven había aprendido el inglés junto a su marido y, como recibía en su casa a muchos hombres de mar, era un inglés salpicado de expresiones picantes. Contó historias cómicas y atrevidas y una de ellas fué tan de doble sentido que hizo que Fergusson hiciera explosión sobre su whisky irlandés. Manuela, como de costumbre, estaba llamando la atención y disfrutando con ello. Ahora, para espanto de las demás damas, estaba bailando, no con una pareja en el piso de baile, sino sola, para beneficio de los oficiales que la rodeaban. Levantada la falda con las dos manos y retorciendo el cuerpo con sinuosas sugerencias, comenzó la famosa y contorsionada *ñapanga*. "Eso no es un baile —había dicho el obispo de Quito, que la había presenciado en una ocasión—; eso es la resurrección de la carne."

Era evidente que Bolívar iba a ser atraído por esta mujer imprevisible. El hermanastro de Manuela, el coronel José María Sáenz, era miembro del estado mayor del héroe, quien ya sabía algo de la joven: que había nacido en Quito, que era hija ilegítima y que había servido a la causa de los patriotas con distinción. Si quería saber más —y se lanzaba a sus aventuras amoro-

sas como se lanzaba a la guerra, dedicando una exorbitante atención a los detalles y sin dudas ni escrúpulos—, tenía a mano a quien podía contarle cosas. Era el coronel Andrés Santa Cruz, el alto y joven comandante de la Legión Peruana, un natural de Lima.

Santa Cruz podía, desde luego, contar muchas cosas de la vida de Manuela en la sociedad de Lima y del importante papel que la joven había representado en el movimiento revolucionario. Pero, en relación con ese personaje posiblemente importante, el marido de Manuela, sabía poco, punto menos que nada.

James Thorne era, en realidad, un tanto misterioso para todos; nadie sabía de él más de lo que él mismo quería contar, que no era mucho. Se sabía que había conocido a Manuela por medio de su padre en Panamá, en 1816; que se había formalizado un contrato de matrimonio, que Simón Sáenz había proporcionado una dote a su hija y se había ido después a España y que Thorne y Manuela se dirigieron a Lima en 1817 para casarse.

Poco podía añadir Santa Cruz a este cuadro. Lima había sido el hogar de Thorne desde 1812, fecha en que llegó de Cádiz, como un preso, según decía la gente, aunque no se sabía por qué. Era natural de Aylesbury, en Inglaterra; bajo y fornido, de ojos grises, era también, de modo bastante extraño, un devoto católico. Nunca reveló su edad, pero era manifiesto que llevaba unos veinte años a su esposa. Logró como fuera el favor del Virrey; adquirió propiedades y barcos y comerció a lo largo de la costa, desde Panamá a Valparaíso, en Chile. Para la época de su matrimonio, se había convertido en un hombre importante e influyente, pero continuó siendo una personalidad fría y enigmática, solemne, correcta y distante.

Ahora Thorne había ido por cuestiones de negocios a Panamá y aquí estaba su joven y bella esposa animando el Baile de la Victoria en Quito y atrayendo la atención de Bolívar; pero sólo muy avanzada ya la noche, después de bailar con todas las damas según el decoro de la ocasión lo exigía, el héroe se dedicó de lleno a ella. Bolívar era un entusiasta del baile. Podía pasar

días enteros montado a caballo y después encontrar solaz en permanecer bailando hasta la madrugada. Como a caballo, se mostraba en el baile hábil, gracioso y a sus anchas. Además, utilizaba la danza —el contacto físico, las emociones acentuadas, la presión de la mano y del cuerpo— para su propósito original, como preludeo del amor. Mientras bailaba, podía hacer de modo casual caricias exploradoras, que se repudiaban si la mujer objetaba y se continuaban con insinuaciones más explícitas en otro caso.

En Manuela había encontrado su ideal y bailaron y bailaron durante horas los minués y *contradanses* de aquel sexteto de delgados tonos. Comprendían muy bien —era lógico— que todas las miradas estaban fijadas en ellos. Pero aparentemente nada les importaba; esta perfecta correlación, esta manera de complementarse mutuamente, era algo nuevo para los dos y demasiado precioso para que acabara pronto. Manuela también amaba el baile; se mostraba por turnos alegre, seria, inconsecuente, tierna y atrevida, revelando a cada paso una nueva e impresionante faceta de su calidoscópica personalidad. Bolívar comprendió inmediatamente que no era ésta una mujer ordinaria. Su lenguaje, sus réplicas, su porte, su historia personal y hasta sus lapidarias observaciones sobre los que les rodeaban no eran el equipo usual de las mujeres que había conocido.

Y había conocido a muchas, porque las mujeres eran esenciales para Simón Bolívar. Nunca estaba sin ellas, fuera en casa, de viaje o hasta en sus expediciones militares. Después de la muerte de su esposa, dijo: "No me volveré a casar." Y cumplió este voto, entregándose libremente a la pasión, pero huyendo de cuanto pudiera parecerse a un lazo emocional durable.

Los nombres de sus mujeres eran legión y algunos de ellos muy conocidos. En París, joven y rico, había hecho cornudo a un general de Napoleón y proporcionado tanto deleite a la dama, Fanny du Villars, que, pasados veinte años, ésta le envió su retrato y le recordó aquellos amores. En Venezuela, mientras, alternadamente, perseguía a los *godos* o era perseguido por ellos,

su querida había sido la bella Isabel Soubllette, cuyo hermano, simple subalterno del ejército, había ascendido espectacularmente en la estela de Eros. Luego había sido Josefina Núñez, su amada "Pepita", que había cabalgado junto a él durante todas las terribles campañas de Los Llanos. Después, durante una tregua en la lucha, había sido Anita Lenoit, seducida en una hamaca; Anita le recordaba con ansias y fué en su busca pasados algunos años.

Bolívar actuaba en amores como actuaba la administración militar de los rusos; vivía sobre el terreno y podían seguirse sus aventuras amorosas con un mapa de sus campañas. En la plaza fuerte de Cartagena fué una damisela y, en Bogotá, fué otra. En Calí, camino de Quito, fué Bernardina. "Eres la única en el mundo para mí", escribió el Libertador a su "ángel celestial". Pero, apenas secada la tinta de esta carta, ya había encontrado otro "ángel" en Popayán. El catálogo era largo y detallado y, a su manera, Bolívar había querido a todas ellas, escribiéndoles fervorosas cartas de amor y murmurándoles al oído poco más o menos las mismas cosas. Pero nunca había caído en las trampas que inteligentemente le habían tendido. Y ahora, esta Manuela...

Bailaron juntos casi continuamente; entre las demás parejas, perdiéndose en la medida de lo posible en la multitud, huyendo de las paredes, junto a las que se sentaban las espectadoras que les miraban con expresiones de reproche a través de los imperinentes. Sin embargo, a medida que transcurría la noche, este mismo afán de no llamar la atención atraía todas las atenciones. Las damas de edad, con sus pelucas y sus lunares postizos, meneaban la cabeza y murmuraban detrás de sus abanicos, pues aquí estaba el héroe de la hora entregado de lleno, de modo personalísimo, a esa notoria perendeca, a esa Manuela.

De pronto, desaparecieron. Habían bailado, charlado y reído juntos durante horas; se habían acercado juntos a la mesa de los vinos y dulces para la colación de la medianoche; habían vuelto juntos al salón de baile. Todos les habían estado observando, pero nadie les había visto marcharse. Simón Bolívar y Manuela se habían desvanecido.

TRIUNFOS DE UNA CORTESANA

Su *amoretto* era conocido en todo Quito a la mañana siguiente. Puso en movimiento toda la verbosidad de la pequeña ciudad, donde nada, ni asuntos tan secretos como los del amor, podía esconderse de las murmuraciones al tanto de todo de su sociedad provinciana. Se habían discutido minuciosamente las aventuras anteriores de Manuela, inventándose lo que se ignoraba; ahora, se entendía que este nuevo asunto —y ella era, además, una mujer casada— estaba muy a tono con su pasado de *demi-mondaine*. Al fin y al cabo, genio y figura... Toda la pátina de la respetabilidad —los finos vestidos, el matrimonio con un acaudalado comerciante, la nueva posición en la buena sociedad de Lima, las condecoraciones y los honores— no podía ocultar su verdadera naturaleza. Apenas era más que una mujerzuela. Se había llevado al héroe bajo las mismas narices de todos y las mujeres estaban furiosas. Y celosas también, porque eran muchas las quiteñas que aquella mañana hubieran deseado estar en el lugar de Manuela como el objeto elegido de las vehemencias amorosas de Bolívar.

Manuela se dió perfecta cuenta de cómo era espiada, a hora avanzada de la mañana, cuando se dirigió al hospital para participar en la atención de los heridos. Procuró pasar inadvertida, pero sabía que su brillo interior era muy manifiesto, que la gente la miraba, que estaban hablando de ella. Porque todos repetían aquella mañana el viejo refrán: tal la madre, tal la hija. Habían visto antes algo parecido y recordaban a Joaquina Aispuru y su aventura amorosa con Simón Sáenz.

Había sido el único pecado de Joaquina, pero llevó la vergüenza a la familia Aispuru, que odió en adelante a Manuela, considerándola el símbolo vivo del deshonor de la madre. Después del nacimiento de Manuela, la vida de la pobre Joaquina había sido una amarga sucesión de días en la iglesia y noches en oración; había en su habitación un mohoso olor a Sagrada Escritura, un vaho de Joroboán y San Juan. Y aunque la madre había muerto hacía tiempo en olor de santidad, Manuela seguía siendo un blanco perfecto para las venenosas lenguas de sus parientes.

Hasta cuando la señora de Thorne se dirigía a sus tareas del hospital, con su esclava negra Jonotás siempre a mano, era seguida por las insinuaciones maliciosas. Era, se murmuraba, una disoluta que no podía dejar en paz a ningún hombre; era estéril e insaciable. Jonotás, la esclava marcada de viruelas y de cabello ensortijado, fundamentaba muchas de estas calumnias; adoraba a su ama, la bañaba y vestía y le dedicaba todas las manifestaciones exteriores de la idolatría. Acompañaba a Manuela a todas partes y la estrafalaria figura de la negra, con su uniforme de soldado, su turbante rojo y sus llamativos pendientes, se estaba convirtiendo en uno de los espectáculos de la ciudad. En sus horas libres, recogía las murmuraciones de la capital y las llevaba a Manuela con toda clase de espeluznantes detalles; tenía razón la gente cuando decía que "Jonotás era un espejo de Manuela". También estaba ganando fama entre la clase baja de ser una habilísima imitadora y trascendió que más de una *grande dame* de Quito había sido puesta en la picota con sus caricaturas. Con unos impertinentes prestados, una faja de percal que recordaba una peluca y un oído asombroso para las voces y los giros del lenguaje, Jonotás podía ridiculizar a la más digna de las aristócratas. Era escandaloso que se permitiera esto a una esclava. Esto y sus obscenidades, capaces de poner colorado a un sargento mayor.

Todo esto era, naturalmente, leña para el fuego de los Aispurus. La verdadera razón de la maldad de esta familia nunca fué revelada: Manuela les había promovido un pleito.

Simón Bolívar nada sabía de las complicaciones creadas por su casual aventura amorosa. Nada había sucedido que fuera desusado para él; se había encontrado con una bella mujer, le había dedicado toda clase de halagos amorosos y ella había su-
Además, los asuntos de estado reclamaban todo el tiempo.

En las salas, frías como las del Escorial, que habían sido las oficinas reales, Bolívar estaba muy atareado creando el nuevo orden. Durante todo el día se paseaba como un tigre enjaulado, dictando a tres secretarios a la vez y lamentándose de que no le pudieran seguir. Salía de sus habitaciones un torrente de decretos: reforma de la enseñanza, revisión de la Tesorería, designación de nuevos gobernadores y nuevos jueces, nuevas leyes, nuevos nombres para las calles. Se enviaban cartas a distantes puntos de América del Sur: a Lima, agradeciendo al general San Martín el contingente de tropas peruanas que había ayudado a la victoria de Quito; a Bogotá, mil quinientos kilómetros al norte, pidiendo al vicepresidente dinero y más dinero para completar las operaciones militares. Había interrumpidas consultas con el general Sucre, gobernador militar de la provincia, y prolongadas discusiones con el clero, angustiado ante la demanda de que su plata ayudara a pagar la guerra que todavía se estaba librando. Bolívar actuaba como un Prometeo desencadenado; su energía discurría en todas direcciones. Contestaba a todas las cartas, por muy humilde que fuera quien le escribiera. ¿Pedía dinero un soldado herido? Se le satisfacía con los fondos personales de Bolívar. ¿Había pruebas contra un juez indigno? Se le arrastraba a la horca. Así transcurría todo el día, hasta que Bolívar dejaba totalmente agotados a cuantos le rodeaban.

Sólo llegada la noche, cuando el frío de la ciudad a tres mil metros de altitud penetraba en las habitaciones sin calefacción, se permitía Bolívar un descanso. Tomaba un vaso de vino que le traía su mayordomo y se dejaba llevar por una languidez sensual; entonces, recordaba a Manuela. Era el momento de llamar a José Palacios —su criado desde niño, su guardia de

corps, el cuidador vigilante de su vajilla de plata— y enviarle, en unión de sus mastines, con el sencillo y significativo mensaje: "Ven, ven junto a mí. Ven ahora."

Y Manuela iba, envuelta en un inmenso manto, guiada por el farolillo de José Palacios, entre dos enormes perros. Las calles estaban oscuras y desiertas, con la excepción de unas pocas figuras percibidas en las sombras. No se oía más que el rumor del agua en las fuentes y la distante llamada del sereno: "Ave María, las diez y sereno; sin novedad."

La noche de Quito no era segura en modo alguno para el transeúnte, pero con aquellos mastines color de paja como protección y el corajudo Palacios por delante, Manuela nada tenía que temer. A la hora de acudir a su cita de amor, la plaza estaba silenciosa, salvo el suave canto del agua que caía al estanque desde la trompeta de piedra de la estatua de la Fama. Ninguna figura se movía en el vasto espacio que había presenciado tanto derramamiento de sangre durante la última década; el palacio, la residencia de estilo toscano de la Real Audiencia, también estaba desierto. Totalmente a oscuras, exceptuada una habitación —la de Bolívar—, donde las velas ardían furiosamente.

* * *

Había algo febril en estos amores. Tal vez era la insistente presencia de la guerra lo que les procuraba una sensación de excitación reprimida; tal vez era el conocimiento de que debían terminar demasiado pronto. Y, por otra parte, Manuela podía amar sin consecuencias, según lo sabía ya para ahora. Era estéril, "una mujer de conformación singular", como había dicho un médico escocés que la había examinado; nunca conocería la normal realización de la maternidad y, por ello, sus más profundos impulsos reclamaban con insistencia otras salidas.

Bolívar también era empujado por poderosos estímulos y se mostraba habitualmente pródigo con sus energías, en esta dirección como en las demás. Por otra parte, estaba ya en la primera

fase de la tuberculosis, una enfermedad mortal exagerada por sus pasiones. Su madre había muerto tísica y él estaba predispuesto al mal. Ahora, después de las privaciones de su vida de soldado, después de vivir durante años y años a costa de su capital de energías, la enfermedad se estaba imponiendo. Hasta el rostro lo indicaba a veces; había un brillo de fiebre en los ojos y la piel tenía un aspecto seco, casi de barniz.

Era el ardor de un hombre y una mujer que se habían conocido en un ambiente de violencia tropical. En la fría noche quieta, con un solo brasero para calentar la gélida habitación, olvidados por el momento de todo lo demás, los dos revolucionarios cambiaban ardorosos besos. Y en estas desnudas batallas nocturnas Bolívar se vió por una vez ante su igual. No era únicamente la pasión física de Manuela, que devoraba energías ya minadas por largas jornadas de trabajo, sino algo más profundo y duradero. Era una necesidad íntima de Manuela, un impulso que sacaba a la superficie lo que Bolívar apenas había sospechado que hubiera en él.

No lo había advertido en un principio, pero ahora veía que Manuela ofrecía un amor que podía sumergir por completo al amado. Anunciaba una relación que, desde la muerte de su esposa, Bolívar había tratado de evitar a toda costa. Quería evitarla. Había pasado muchas veces por situaciones así y tenía el adecuado sentido de la proporción. Manuela no era más que una mujer y la pieza que se quería cobrar era mucho mayor. Bolívar quería seducir a todo un continente.

* * *

Los problemas de Manuela se multiplicaron repentinamente. Cuando llegó a Quito de una manera triunfal, sólo había un combate que librar: la escaramuza con la familia Aispuru. Ahora se le venían encima las consecuencias inmediatas de sus amores con Bolívar; la escaramuza con los Aispuru se había convertido en encarnizada batalla; y, de la manera que fuera, tenía que

encarar la violenta reacción de su marido cuando se enterara del escándalo. Pero todos estos dilemas personales tenían que ser puestos ahora a un lado para que tuviera sitio el único que verdaderamente importaba: la guerra.

Manuela era ahora una persona necesaria. En Lima había organizado a las mujeres en unidades de lucha, recaudado dinero para la construcción de barcos y dirigido un sistema que recogía de casa en casa paños para uniformes. Aquí, en su pueblo natal, utilizó esta experiencia. Acompañada por Jonotás, la del turbante rojo, y de la linda Natán, peinada a la moda, visitaba a las damas de Quito. Cada hogar se transformó en un taller, donde las mujeres de la nobleza y sus criadas indias trabajaban juntas cosiendo uniformes para el nuevo ejército. Se hacían colectas de dinero, joyas y plata para los fondos de la próxima campaña. Manuela estaba en todas partes, organizando, suplicando, halagando y hasta obligando a hacer contribuciones con su lengua mordaz, su conocimiento de los viejos escándalos quiteños y su hábil empleo de la extorsión social. Esto llevó muchas preciosas herencias a las arcas públicas, pero no hizo ganar nada a la Sáenz en la estimación pública.

Entretanto, el aire de Quito estaba saturado de rumores. El ejército iba a marchar hacia la costa y tomar Guayaquil por la fuerza, sin hacer caso de la oposición del Perú. No, no, iba a ir hacia el norte, a Bogotá, No, no, iba a ir, a través de los montes, al Amazonas. El general San Martín iba a venir para entrevistarse con Bolívar. No, no, se iba a Europa, a encontrar un príncipe alemán para un nebuloso trono peruano. Habría paz en el Perú. No, no, habría guerra, porque los realistas avanzaban sobre Lima con diez mil soldados veteranos. Todo esto se decía, mientras llegaban cada día a la ciudad nuevos reclutas. Y era preciso uniformar a todos.

Manuela ya había pasado por todo esto. Sabía lo que costaba la lucha por la independencia, lo que esta lucha significaba en desorganización de la vida privada, en sacrificios, en sangre y lágrimas. Para la guerra, tenía un sentido práctico; comprendía

la urgencia de las cosas en la batalla. Reclamó a la finca de los Aispuru ocho mulas —poco importaba que fueran legalmente suyas o no— para el servicio de transporte del general Sucre. Jonotás, con su uniforme de soldado, trajo la recua y la entregó a Sucre con una carta de su ama:

Y si algo sienta es no tenerlas tantas cuantas puedan necesitar los bravos soldados sobre cuyas fatigas descansamos. En todo caso, cuente V. S. con las facultades que poseo, que, a pesar de ser pocas, serán las más prontas, sin que jamás les dé el nombre de sacrificios, los que tan sólo conozco por un deber.

Sucre se emocionó mucho, tanto por la carta como por el regalo de los animales. Prescindiendo de su secretario, se dirigió a Manuela de su puño y letra:

... Y viendo, con el aprecio merecido, la virtuosa oferta de sus propiedades para la defensa del Estado, cree un deber suyo publicar este brillante rasgo de generosidad y estímulo, que honra a las colombianas del Sur. Usted aceptará el agradecimiento de los Cuerpos del Ejército libertador que se hallan en el Departamento, a cuyo nombre puedo asegurar que nada les es tan lisonjero como hallar heroínas con quienes partir las glorias que la República concede a sus guerreros...

Pero si Sucre llamaba heroína a Manuela, los Aispuru la llamaban otra cosa. Se libraba ahora una guerra social de desgaste. Y por una razón que era evidente para Manuela: el pleito que había entablado contra ellos. Desde la muerte de su madre y la lectura del testamento, la habían odiado y también temido. Porque Joaquina, convenientemente casada poco antes de su muerte, había conservado sus derechos en las vastas tierras familiares de las afueras de Quito y, por medio de una cláusula secreta de su testamento, había transmitido estos derechos a su hija. De acuerdo con las leyes de Castilla, esta cláusula era inviolable. Cuando Manuela alcanzó la mayoría de edad, recla-

mó los diez mil pesos que representaba su herencia. Los Aispuru no hicieron caso de la reclamación; hubieran tenido que vender la finca para reunir el dinero de Manuela. Pero Manuela era una combatiente nata, dispuesta a defender sus derechos en cualesquiera circunstancias. Ya en Lima había iniciado los procedimientos en los tribunales para imponer un arreglo. Su venida a Quito tenía por finalidad dirigir el pleito en persona.

Su aventura con el general Bolívar acabaría indudablemente llegando a oídos del marido con esta insistente campaña familiar. Esto iba a significar un serio conflicto. Thorne era terriblemente posesivo —y "más celoso que un portugués", según decía Manuela de él—, y había tomado el matrimonio con el rígido sentido de la propiedad de un inglés más que con la graciosa levedad de un latino. Para él se trataba de un contrato con las obligaciones más estrictas: el marido era el indiscutido amo del hogar, y la familia y la esposa mero ganado, sin más derechos que los que el amo quisiera concederle. Para ella, criada en el licencioso Quito y sazónada en el libre ambiente de la sociedad limeña, era un entendimiento de mutua conveniencia social y económica; la fidelidad estricta no figuraba entre sus obligaciones. El divorcio era imposible, pero, de acuerdo con el espíritu de la época —y conforme con las mismas palabras de Manuela—, "el matrimonio no obligaba a nada".

Por ello, Manuela no juzgó que hacía mal al entregarse a Bolívar; lo que estaba mal era someterse a un matrimonio sin amor. No era partidaria de la relajación y nunca tuvo amantes circunstanciales; dijera lo que dijese de sus cosas los que traficaban con el escándalo, sus aventuras brotaban siempre de una auténtica pasión. En estas materias, el amor era la piedra de toque y la única justificación. Y la fascinación que ejercía Bolívar era tremenda; Manuela no ponía en tela de juicio su derecho a ser la querida del Libertador. Pero Thorne no vería así las cosas y difícilmente perdonaría. Llegar a un entendimiento con él, organizar un nuevo sistema de vida: tal era la turbadora perspectiva. No había pensado todavía en separarse total-

mente de su marido y, por otra parte, no podía forzar las cosas. Porque este Simón Bolívar... Era terriblemente impersonal y tortuoso y no alentaba en modo alguno la idea de que estas relaciones pudieran ser permanentes.

Las doce noches —porque sus amores eran discretamente nocturnos— fueron completa y plenamente satisfactorias. Manuela cubrió de tal modo las necesidades que Bolívar, mientras estuvo en Quito, no miró a ninguna otra mujer. Pero esto era únicamente el elemento superficial del amor. Comenzó a insinuarse en sus relaciones algo diferente y más hondo, algo que procuraba equilibrio y profundidad al deseo. Manuela conocía —como pocas de las mujeres de Bolívar habían conocido— el valor de los espacios vacíos. Comprendía instintivamente cuándo debía ser tierna y apasionada y cuándo debía escuchar en silencio, mientras la charla devolvía el equilibrio al organismo saciado. Bolívar descubrió gradualmente que Manuela era la única persona en Quito a la que podía hablar libremente de sus intenciones y móviles más íntimos. Manuela no le traicionaría, porque no deseaba nada; se diría —y era verdad— que las esperanzas, las aspiraciones y los temores del Libertador se estaban convirtiendo también en los de esta mujer. Así, apaciguada la pasión de los dos en las frías habitaciones del último administrador realista de Quito, Bolívar podía pasearse de un lado a otro y exponer libremente sus pensamientos. Fué entonces cuando Manuela comenzó a comprender algo acerca del Libertador y sus ideales.

En un principio, estas interminables guerras por la independencia no habían tenido para ella un significado real. Las había concebido primeramente como una expresión de resentimiento contra los *godos*, a los que atribuía todas las dificultades de su infancia. Se convirtieron luego en una cruenta venganza contra quienes mataban, encarcelaban o desterraban a las personas amadas, en un juego consistente en dejar con un palmo de narices a la tediosa majestad del gobierno y, finalmente, en una desesperada lucha por la supervivencia. Pero nunca, hasta ahora, había

percibido la razón esencial de todo, el fondo intelectual de la revolución.

Después de trescientos años de fidelidad a España, las colonias se habían sublevado. Los orígenes del movimiento de la independencia eran complejos; había razones comerciales que brotaban de las restricciones al comercio; había también motivos sociales, porque sólo los nacidos en España obtenían los altos cargos. Además, la idea de la independencia estaba en el ambiente: la afortunada rebelión de las colonias de América del Norte contra Inglaterra y la Revolución Francesa habían infectado a todas las mentalidades liberales con el virus de la libertad. Se habían registrado abortados movimientos en favor de la libertad desde fecha tan temprana como el 1780. Pero, de modo bastante curioso, fué Napoleón, un producto de estas revoluciones, quien inició sin proponérselo el alzamiento de la América del Sur. Cuando sus ejércitos invadieron España, obligando a abandonar el trono al Borbón reinante, coronó rey a su hermano José Bonaparte; fué entonces cuando los patriotas de América del Sur protestaron: no querían ser vasallos de un príncipe extranjero. Pero España, aun en las garras de la ocupación extranjera, se reveló como un enemigo implacable del liberalismo; sofocó el moderado movimiento de sus colonias con una carnicería; la revolución conservadora fué ahogada en sangre. Manuela sabía cómo se había desarrollado después la guerra; la había vivido aquí, en Quito. Pero, en Venezuela, donde Bolívar había luchado, había sido una guerra sin cuartel. Durante trece años Bolívar había combatido en los llanos, los montes y las selvas y de todo ello había surgido finalmente lo que había soñado, lo que las palabras de Humboldt habían desencadenado dos décadas antes: una gran República, las provincias de Venezuela, Colombia, Panamá y ahora Ecuador unidas en la federación llamada Gran Colombia.

Manuela comprendía ahora lo que Bolívar quería. En primer lugar, España debía ser derrotada decisivamente en todas las Américas. Luego, como resultado de las batallas y de la libertad de

todos estos territorios, surgiría de los Andes un gran imperio, mitad democrático, mitad feudal, que, mediante la adopción de una política común, se transformaría un día en los Estados Unidos de América del Sur. Y con la nueva forma de gobierno, una nueva raza: "Los lazos que nos unían con España han quedado cortados y no somos ni indios ni europeos, aunque tenemos algo de unos y otros."

No sería cosa fácil de lograr. Exigiría hombres, tesoros, abas-tecimientos; exigiría valor, sacrificios, tenacidad. Y el primer requisito era la unidad: unidad en el sentimiento, unidad en el propósito, unidad en el mando. "Mientras no unifiquemos nuestro gobierno americano, el enemigo nos aventajará. Nos veremos cogidos en la inextricable red de la guerra civil y nos derrotarán vergonzosamente las pequeñas partidas de bandidos que pululan por nuestro país."

Con el fin de obtener la unidad era preciso, pues, que hubiera un fuerte gobierno central, con amplias facultades, de modo que el estado no cayera en la incompetencia. Esto significaba muchas limitaciones para la soberanía popular. Era evidente que Bolívar desconfiaba de los instintos de las masas, especialmente de la raza "en formación". No era un pueblo homogéneo como el de los Estados Unidos de América del Norte, donde casi todos eran anglosajones. Una tercera parte del territorio era el Valle del Amazonas, donde los salvajes vivían todavía como habían vivido antes de la conquista. Por todos los Andes, la base de la ecuación humana era el *cholo*, mitad español, mitad indio, con las emociones contradictorias de las dos razas. Quienes constituían la clase gobernante eran en su mayoría de ascendencia española, una delgada veta de funcionarios competentes que habían sobrevivido a las guerras civiles. La disciplina y la autoridad del gobierno debían compensar la inconstancia de las masas. Manuela comprendió entonces que Bolívar creía en la nación, pero no creía totalmente por el momento en el pueblo. No creía que el pueblo fuera capaz de gobernarse. Le desagradaban los políticos que apelaban al pueblo; odiaba la mezquindad y la

estupidez de quienes fomentaban las doctrinas del "regionalismo" recurriendo a los prejuicios de las masas. "El individuo lucha contra la masa; la masa lucha contra la autoridad... En todo gobierno debe haber un organismo neutral que se mantenga al margen del ataque y desarme al atacante."

¿Qué forma debía adoptar el nuevo gobierno? Ya que la masa no había aprendido todavía a gobernarse, ¿qué estructura debía regirla? En primer lugar, un presidente vitalicio; esto procuraría al gobierno tiempo, sin las repetidas crisis de las elecciones, para enseñar al pueblo los elementos de la democracia. Luego, siguiendo el sistema inglés, Bolívar establecería un senado hereditario, correspondiente a la Cámara de los Lores. No pensaba en una nueva nobleza, sino que quería desarrollar un nuevo patriciado americano, un senado compuesto de personas habituadas al poder y sus tradiciones, situadas por encima de las batallas comerciales y en condiciones así de utilizar su prestigio para el bien común. La cámara baja sería de elección popular y expresaría libremente la voluntad del pueblo. El gobierno ideal debía ser fuerte e imponer una recia disciplina; la dirección debía brotar de los grupos intelectual y moralmente más selectos. En otro caso, vendría la anarquía que engendra a los politicastros; esto llevaría a la desunión y España recuperaría su poder. "No los españoles, sino nuestra propia desunión nos devolverá a la esclavitud."

Pero, ¿no era quimérico pensar en estos tiempos en la unificación de todo un continente y la creación de una sola nación con un solo propósito? Al fin y al cabo —hasta Manuela sabía esto— el continente era ahora un caos; nadie pensaba en función de estas ideas. En el sur, la Argentina estaba libre, pero en un estado caótico, y el estado indio del Paraguay que lindaba con ella se hallaba separado por un cinturón de selva. Chile, que se había liberado de España en 1817, había caído ya en esa especie de anarquía que Bolívar describía como un resultado de la desunión.

¡Y Perú! Sólo la capital, Lima, y un pequeño sector de la costa

estaban en manos de los patriotas. En el interior, en los Andes, había un gran ejército realista que se desplazaba libremente por los montes y amenazaba caer en cualquier momento sobre Lima. Perú era hostil a la República, porque la libertad le había sido impuesta desde fuera. Eran pocos los limeños republicanos y muy pocos habían participado realmente en las primeras fases de la revolución. Lima establecía las normas para todo el país y era la metrópoli de las clases aristocráticas; tres siglos de colonialismo habían eliminado la voluntad de independencia del Perú. Pero, precisamente... Aquí está, aquí, la misión de la Gran Colombia.

Simón Bolívar se acercó al enorme mapa que cubría la pared. Ahí, a lo largo de todo el septentrión de América del Sur, estaba la Gran Colombia; en su lado del Atlántico, Venezuela se extendía hasta el Brasil; frente al Caribe se hallaba Colombia, con las mejores cabezas jurídicas del continente —eran las que habían forjado la República de acuerdo con el concepto de Bolívar—; al norte estaba Panamá, la factoría del Pacífico; y al sur, completando la unión de cuatro estados de la Gran Colombia y reteniendo la llave que daba acceso al continente, estaba Ecuador. Aunque la República estaba desgarrada en algunos sitios por luchas locales, demostraba lo que podía hacer la unión política. Gran Colombia debía ser el sol en torno al cual giraran los planetas sudamericanos. Aun ahora, antes de que la realidad comenzara a desmentir el sueño, Bolívar estaba enviando un representante a México y un embajador al Perú para ganarlos a la idea de la solidaridad continental y, en el terreno de las cosas prácticas, había contratado a varios ingenieros suecos para que inspeccionaran el istmo e informaran sobre la posibilidad de abrir un canal de Panamá. Desde luego, admitía, eran muchas las veces que hacía las cosas necesarias de manera expeditiva e indagaba después acerca de su legalidad. Además, tenía que conceder que no eran muchos los políticos de Gran Colombia que creían en esta concepción grandiosa. Pero insistiría en su realización, en pos de su ideal, como Don Quijote había com-

batido con los molinos de viento en pos del suyo. Desde luego, eran muchos los problemas que había que resolver, y uno de ellos era inmediato y urgente.

Manuela sabía bien en qué consistía este problema, pues el gran mapa de la pared lo explicaba gráficamente; era la frontera meridional de Gran Colombia, era Ecuador. Las secciones andinas del país estaban ya ligadas a la República; al este se hallaba la vasta región sin caminos del Amazonas; al sur, Perú; y en la franja costera y tropical del Pacífico, la ciudad de Guayaquil. Era un puerto sórdido; sus casas de bambú seccionado sobre zancos se alineaban a lo largo de calles que eran tremedales. Tres siglos de saqueos de los termes y los piratas le habían dado el informe carácter de un matadero tropical; era un lugar famoso por sus plagas, feo, malsano, peligroso. Pero había sido edificado a corta distancia del Pacífico, junto a un profundo río formado por una madeja de ríos menores. Construía barcos, comerciaba mucho en maderas y pasaban por él el cacao, el algodón y el caucho. Guayaquil no era únicamente el puerto que manejaba todo el comercio del país; era también el único puerto seguro que había en mil millas a la redonda. Quien fuera dueño de él sería dueño de Ecuador. Bolívar comprendía su importancia, para Ecuador y para toda Gran Colombia; estaba decidido a ocuparlo. "No he tenido tiempo para nada, porque he estado meditando cómo conseguir que Guayaquil se nos incorpore, cómo conquistar Guayaquil preservando la armonía con Perú."

¡Preservando la armonía con Perú! Tal era el cogollo del problema. El general San Martín, el triunfador de Lima y su Protector, también había prometido a su gobierno conquistar Guayaquil. No había que enojar a San Martín ni quebrantar su prestigio; esto debilitaría al Perú y le haría caer en brazos de los realistas, que estaban rondando por las afueras de Lima con una fuerza de diez mil soldados. Valía más celebrar una confederación con el general San Martín. Era una reunión que debió haberse celebrado ya y que San Martín también deseaba ansio-

samente. "Debo verme con el Libertador de Colombia —había dicho—. Los intereses comunes de Perú y Colombia, la conclusión efectiva de la guerra que estamos librando y la estabilidad de la forma política a la que América se está acercando rápidamente hacen nuestra entrevista muy necesaria."

La oportunidad de Manuela estaba aquí; ella lo sabía. Estos dos grandes hombres nunca se habían visto. Y en relación con San Martín, don Simón revelaba una evidente inquietud. No quería actuar sin conocer a fondo lo que tenía entre manos, sin estar al tanto de la fuerza y las debilidades del adversario. Y carecía de información de los recientes acontecimientos del Perú y del mismo Protector. En realidad, sólo había en Quito una persona en posesión de estos datos: la misma Manuela.

Apenas habían transcurrido cinco semanas desde que abandonara Lima, donde, durante cinco años, había conocido a todo el mundo: realistas, patriotas, clérigos, extranjeros, truhanes, soldados y hasta mujerzuelas. Sus relaciones abarcaban todos los sectores de la sociedad limeña. Sus esclavas le habían traído todas las habladurías de *picanterías* y tabernas; había recogido los rumores, insinuaciones, planes y proyectos que se exponían en las tertulias nocturnas de las gentes de calidad; poseía datos aportados por los capitanes de mar que frecuentaban la mesa de su marido. Nada de importancia sucedía en Lima sin que lo supiera tarde o temprano. Además tenía una extraordinaria facultad para valorar a amigos y enemigos y esbozar en unas cuantas trazos de intencionado lenguaje el carácter de los hombres. Conocía íntimamente a las personas con las que era preciso tratar en este asunto: los titulados y reaccionarios aristócratas de Lima; el confuso patriota Marqués de Torre Tagle; el voluble y sensible José de la Riva Agüero, quien ya estaba rasgando el tejido apenas fabricado de la República del Perú; Bernardo de Monteagudo, la fuerza intelectual de la revolución. Y conocía —esto era lo más importante— al general José de San Martín; en realidad, Rosita Campusano, la querida del general, era una de sus íntimas. Sí, Manuela, recostada en el canapé de alto res-

paldo en la actitud que hizo famosa a Madame Récamier, no deseaba otra cosa que poner todos sus conocimientos a disposición de Bolívar.

Estaba surgiendo una nueva Manuela, y Bolívar lo advirtió muy pronto. Era más que una mujer deseable; tenía muchas facetas, y aquí estaba una que podía ser muy útil. Manuela también advertía esto. Comprendía que el amor en sí mismo no era suficiente para Bolívar. Esto era lo que únicamente le habían procurado sus muchas amantes circunstanciales, y tal era la razón de que se hubiera alejado de ellas para siempre. Para retenerlo había que hacer profunda la relación, añadirle una tercera dimensión. Manuela sujetaría a Simón Bolívar con los lazos de la creación compartida.

Y volvámonos hacia San Martín: sepamos de él lo suficiente para comprender su reputación. Bien, en esencia, San Martín era un soldado: actuaba sin alardes ni rimbombancias. Y era también un hombre —lo que en esos tiempos constituía casi un enigma— sin ninguna ambición personal. Alto, muy derecho, reservado, apuesto, con un nariz aguileña y grandes patillas, tenía conocimientos militares y dotes de mando que todos reconocían como extraordinarias.

San Martín, como Bolívar, era americano: había nacido en la aldea de Yapeyú, en la Argentina. Educado en el Seminario de Nobles en España y alistado en un regimiento español cuando la edad se lo permitió, se había distinguido en las guerras peninsulares contra la invasión napoleónica. A los veintidós años había alcanzado el grado de coronel y pertenecía al mando de los ejércitos españoles, pero, cuando estalló la revolución en la Argentina, renunció a su cargo y ofreció sus servicios a la tierra natal.

Llegado a la Argentina en 1812, San Martín organizó un cuerpo de granaderos a caballo, congregó alrededor de este núcleo un ejército de rudos combatientes y se lanzó a una de las campañas más audaces de la historia militar. Sabía, como lo sabía Simón Bolívar, que el cogollo de la resistencia española

estaba en el Perú, y decidió atacar el Perú desde el sur. Le cerraban el paso las imponentes alturas cubiertas de nieve de los Andes y la angosta longitud de Chile, pero emprendió la marcha. Cruzó los Andes en veinte terribles jornadas, cayó sobre los españoles por la retaguardia y se hizo dueño de Chile. Luego, lentamente, avanzó sobre Lima. La flota patriota, varios barcos de línea al mando de un aventurero marino británico, Lord Cochrane, dominaba los mares. Dentro de la ciudad, el movimiento patriota clandestino sembraba la desunión y minaba las defensas; los españoles no se sentían con coraje para la batalla. El 26 de junio de 1821 abandonaron Lima sin combate y se retiraron a los Andes para reorganizar su ejército, mientras San Martín entraba por las puertas de la amurallada ciudad. Pero una vez que Lima y la costa inmediata quedaron en manos de los patriotas, San Martín pareció invadido por un extraño letargo. Sus actividades se hicieron más políticas que militares. Fué nombrado Protector del Perú, con Bernardo Monteagudo como ministro de Estado; fué elegido un congreso y se creó una nueva nobleza democrática, la Orden del Sol. Hasta se intentó reorganizar la estructura financiera. Pero el letargo persistió. Se decía que San Martín estaba enfermo, debilitado por las privaciones de los últimos cinco años. Estaba atormentado por el reumatismo y sufría agudos dolores de estómago —Manuela sabía esto por Rosita Campusano, que era quien más veía al general—; se veía obligado a tomar opio en pequeñas dosis para aliviar el sufrimiento. Estaba ya abusando de este peligroso anodino.

Sin embargo, cualquiera que fuera la causa, la inacción militar estaba alimentando las llamas de la discordia. Los *godos* se paseaban a lo largo de la costa, casi a voluntad; el almirante Cochrane —el "lord metalizado"— desertó, a causa de una discusión en relación con lo que se le pagaba; dentro de los muros de Lima, los espías y *agents provocateurs* minaban la República. Hubo derrotas en el campo, conspiraciones y revueltas en la ciudad, traición y perfidia por todas partes. Para esta situación

caótica, Bernardo Monteagudo, el secretario de Estado, no tenía más que una panacea: el terror. Se ahorcó a simpatizantes realistas, se desterró a otros muchos y se confiscó a derecha e izquierda. El terror alcanzó a todas las edades y todos los sentimientos; hasta ardorosos patriotas temblaron ante esta revolución. El movimiento patriótico había comenzado a desintegrarse y jefes de alto rango hablaban abiertamente de una república rival. San Martín comprendió ahora que sin Bolívar no podría constituir un ejército con la suficiente fuerza para combatir a los españoles; tenía, pues, que ir al Ecuador con muy pobres medios de regateo.

Todo esto era precisamente lo que Bolívar necesitaba saber. Ya no había incertidumbres en relación con Guayaquil; estaba dispuesto a tomar una decisión. "Son días para aprovechar el hechizo y la sorpresa... por lo que me propongo entrar en Guayaquil al frente de los ejércitos aliados."

Como siempre con Bolívar, la acción siguió muy de cerca al pensamiento. Perfeccionó sus planes, reunió a sus oficiales y dió las órdenes. "Marchen a Guayaquil y dispongan mi entrada como su Libertador." Luego, él mismo se preparó para salir por la mañana del 4 de julio. Su duodécima noche de Quito había llegado a su fin.

Bolívar creía indudablemente que se alejaba de la vida de Manuela como se había alejado de las de tantas otras mujeres y que tampoco habría en este caso complicaciones emocionales. Había advertido ya el vigor de Manuela: su pasión, que podía absorberle por completo si se descuidaba; su inteligencia, que podría asumir una importancia perdurable en los consejos. No quería que esto sucediera. La expedición a la costa, a Guayaquil, no podía producirse en momento más propicio. Había encontrado una buena excusa para escaparse de Manuela.

Mientras bajaba a caballo por el mismo camino que había traído a su amante de doce noches a esta ciudad encaramada en la altura, Manuela se daba perfecta cuenta, observando la marcha, de este gran miedo a la permanencia. Hasta hombres tan astutos como Bolívar creían que las mujeres no toman deci-

siones por propia cuenta, que se limitan a expresar las decisiones de los hombres que han elegido.

Al pensar en esto hubo una sonrisa de recordación en el rostro de Manuela; era una sonrisa extraña y enigmática que contenía tanto un desafío como una promesa. Hubiera aterrado a Bolívar si la hubiese visto.

EL PRECIO DEL TRIUNFO

En los meses que siguieron, no hubo cartas de Bolívar. Esto preocupó y enfadó a Manuela, pues había obtenido de él la promesa de que escribiría, por muy complicados que fueran sus movimientos. Desde luego, hubiera sido inmensamente tranquilizador tener cartas de él. Como la mayoría de las mujeres, no quedaba totalmente satisfecha con las protestas de amor; necesitaba el sentido de la permanencia que procura la palabra escrita. Pero, como todas las promesas hechas bajo coacción —y hay coacción en el arrebató pasional—, ésta no era más que una media promesa y Bolívar no la cumplió.

Pero si no había noticias directas de Bolívar, no faltaban detalles de lo que estaba ocurriendo en el cálido suelo de Guayaquil. De la caldera del puerto tropical surgían toda clase de rumores; cada viajero que llegaba a Quito traía su propia versión de los acontecimientos. Todos estaban de acuerdo en un punto. Bolívar llegó al puerto sin incidentes, entró en la ciudad a caballo como Libertador y desfiló al frente de sus tropas, en marcha triunfal, por las barrosas calles. Ante este despliegue de fuerza, los agentes del Perú, que habían esperado atraerse a la ciudad antes de que se dejara sentir la influencia de Bolívar, abandonaron a éste el campo político. Había utilizado "el hechizo y la sorpresa" para ganarse a las personalidades de Guayaquil. La ciudad y su provincia quedaron clavadas en el asta de la bandera de la República; Guayaquil formaba parte de la Gran Colombia.

Todo estaba preparado cuando la goleta *Macedonia*, que traía

al general San Martín del Perú, echó el ancla frente a la ciudad. Los pendones de Gran Colombia ondeaban junto a las banderas rojiblancas del Perú, las calles estaban cruzadas por arcos triunfales de palmas, la gente, con sus mejores ropas, se agolpaba en los muelles para presenciar el histórico encuentro y una banda, con sus instrumentos reluciendo al sol, se disponía a tocar un aire patriótico. Todo el reparto estaba a la espera de que su director supremo le diera la entrada.

Bolívar, con botas altas, espuelas y uniforme de gala, esperaba en el desembarcadero rodeado de sus suntuosos oficiales. El general del Perú desembarcó. Había esperado que uno de los temas de la conversación fuera el futuro de la provincia de Guayaquil y había venido armado con todo un arsenal de propuestas. En lugar de esto...

En lugar de esto, el general Bolívar lo recibió con una amable sonrisa, hizo una señal para que la banda iniciara su himno y la claque sus aplausos y, por encima de los vítores y la música, dijo:

—Bien venido, mi general, al suelo de Gran Colombia.

Nadie estaba de acuerdo en lo que había sucedido después de este encuentro. Manuela tuvo la fortuna de contar con una fuente oficial de información: su hermanastro José María Sáenz. Era de la misma edad que Manuela y se parecía mucho a ella; tenía el mismo cutis de alabastro, los mismos ojos oscuros y vivos; mostraba la misma animación, la misma lealtad y las mismas maneras libres e inequívocas. De todos los hermanos y hermanas, era el único que adoraba a Manuela. Las fidelidades de Manuela eran ahora también las suyas, pues era el único patriota fervoroso que había en la familia Sáenz. Manuela lo había convertido a la causa revolucionaria cuando los dos coincidieron en Lima; José María había luchado por la liberación de Quito y ahora tenía un puesto de confianza en su ciudad natal. En un ambiente saturado de rumores, no permitía que nada se impusiera a su credulidad. Pasaban por sus manos los documentos oficiales y los hechos que incluían, aunque no eran muchos, fueron comunicados a Manuela.

Al parecer, después de la recepción oficial y el banquete de gala, los dos generales se retiraron solos a una habitación de puertas guardadas. Manuela, que conocía a los dos íntimamente, comprendía la oposición básica de caracteres tan distintos, creados para llenar huecos diferentes en el rompecabezas político. San Martín, Manuela lo sabía, era solemne, correcto, austero, con una rigidez de soldado y un alto sentido del honor y del propósito. Bolívar, su Simón, era alegre y ligero, con un don de simpatía que ocultaba sus maniobras maquiavélicas. Podía representar la comedia humana con períodos de buen humor, pero era, nadie lo sabía mejor que ella, tortuoso en sus campañas cuando entendía que debía triunfar a toda costa.

En sus concepciones políticas sobre América, no tenían un terreno común de entendimiento. El choque con el problema de la democracia en el Perú —donde las tres cuartas partes de los habitantes eran analfabetos— había provocado una alteración fundamental en la idea primitiva de San Martín de un gobierno estrictamente democrático. Creía ahora sinceramente que la única solución era una forma interina de monarquía y estaba, según lo admitía, en contactos con una casa principesca de Alemania a fin de encontrar un candidato para el trono del Perú. Bolívar odiaba la idea de la monarquía y, aunque coincidía con San Martín en que la masa del pueblo no estaba preparada para la democracia, seguía creyendo en una sociedad de naciones americanas libres, gobernadas en un principio por un presidente vitalicio conforme al modelo de Gran Colombia, con una gradual extensión de la base democrática. Pronto quedó establecido su fundamental desacuerdo político; San Martín se volvió inmediatamente hacia el cuadro militar inmediato en el Perú.

Era impresionante. El ejército realista crecía constantemente y las fuerzas patriotas se estaban encogiendo a causa de las deserciones. Habría que presentar batalla antes de mucho y Perú no tenía las tropas necesarias. Propuso San Martín a Bolívar el envío de tropas para la liberación del Perú, del mismo modo que él había enviado a Bolívar una brigada para la libe-

ración de Quito. Pero Bolívar no quería verse atrastrado a aquel Maelström político. Ofreció exactamente el mismo número de soldados —mil sesenta y dos— que había recibido del Perú, aunque era evidente para los dos que se necesitaba la totalidad del ejército colombiano. De nuevo se vió San Martín en mate ahogado. Se ofreció entonces a servir a las órdenes de Bolívar si este se decidía a entrar en el Perú con su ejército. Era un rasgo generoso, abnegado. Pero Bolívar no quiso oír hablar de una cosa así. La rechazó, como Manuela lo comprendía muy bien, porque no podía aceptarla; todavía no tenía autorización para salir del territorio de la República. Pero había otra razón. Perú estaba muy dividido y esto asustaba a Bolívar. "No quiero ir al Perú si la gloria no me sigue. . . No quiero perder los frutos de once años de guerra con una derrota y no quiero que San Martín me vea de modo distinto a como merezco ser visto; es decir, como el hijo elegido."

Fué esteril y decepcionante esta primera entrevista. El general San Martín se retiró a su alojamiento y trabajó hasta hora avanzada de la noche en nuevas propuestas, mientras Bolívar bailaba. Al día siguiente se entrevistaron de nuevo. Como en la primera reunión, nadie estuvo presente, nadie tomó notas. San Martín, lejos de la dominante personalidad de Bolívar, había reunido todos sus argumentos y, ahora, presentó una serie de demandas que parecían casi un ultimátum. Bolívar no se molestó en rechazarlas; buscó en el interior de su casaca militar y sacó una carta que acababa de recibir de su embajador en el Perú. Había habido una revolución de palacio en Lima. Al día siguiente de la partida del general para la reunión de Guayaquil, los otros miembros del Gobierno se habían apoderado del ministro de San Martín, el odiado y menudo lechuguino Bernardo Montegudo, lo habían metido en un barco que se dirigía a Panamá y habían instalado un Gobierno provisional. Era manifiesto que San Martín no estaba en una posición política que le permitiera insistir en condición alguna. Fué un momento terrible para un hombre que había dado tanto de su vida a las guerras

de la independencia. Todos sus esfuerzos sólo habían servido para verse desautorizado en cuanto había vuelto la espalda. Silenciosamente abandonó la sala de la conferencia. Silenciosamente abrazó a Bolívar y, cabizbajo y amargado, se dirigió a su alojamiento.

Aquella noche hubo un gran baile en honor de los dos, con el habitual despliegue de encajes y audaces *décolletages*, vino en abundancia y alegría espontánea y vibrante. En la vasta sala sólo se transmitían murmurados rumores, porque nadie sabía lo que había ocurrido en la habitación de la conferencia. Ni Bolívar ni San Martín soltaron prenda, pero quienes los observaban podían identificar por las actitudes al triunfador. Bolívar se mostraba alegre y despreocupado; bailó con abandono un vals recién llegado de Europa y, entre baile y baile, bromeó con las tres hermanas Garaycoa. El general San Martín estaba taciturno hasta el punto de casi parecer grosero; bailó varias veces, rígido, como si fuera de madera, tratando heroicamente durante toda la noche de ocultar la amargura que lo consumía. Finalmente, no pudo resistir más; recogió rápidamente su capa y su bicorneio de charol, besó la mano de la dueña de la casa y se sumió discretamente en la oscuridad exterior.

Pero Bolívar lo vió marcharse y, abandonando bruscamente a su encantadora dama del instante, salió tras él. Se reunieron en el malecón, a orillas del río, y conversaron allí mismo, largo y tendido. Cada cual admiraba la grandeza del otro, pero, como el genio es egocéntrico, alguien tenía que ceder. Iba a ser San Martín. Había estado en Guayaquil sólo treinta y seis horas, y en este breve lapso todo lo que había levantado durante años se había deshecho como un globo pinchado. Volvería al Perú y renunciaría a su cargo; se eclipsaría en el apogeo de su gloria; abandonaría el campo —todo el escenario de América del Sur— a su rival. Se abrazaron silenciosamente. Bolívar dió unos pasos atrás para el saludo, pero San Martín lo retuvo por el brazo y le dijo en voz baja, serenamente:

—Ha terminado mi vida pública. . . Iré a Francia y pasaré

lo que me queda de vida en el retiro. Sólo el tiempo y los sucesos dirán quién de nosotros vió el futuro con más claridad.

Manuela sabía que Simón Bolívar había ganado. Guayaquil y toda la tropical provincia habían quedado incorporadas a la República de Gran Colombia, cuyas fronteras iban ahora del Atlántico al Caribe y de este tormentoso mar al Pacífico y las yermas costas del Perú. Bolívar había ganado, pero Manuela sabía también que el ganar consiste a veces en perder, porque se había provocado precisamente lo que se había querido evitar. Se había disminuído el prestigio de San Martín, se había debilitado el Perú y estaba ahora más cerca que nunca el gacinate devorador de las fuerzas realistas.

Si hacía falta una confirmación, no tardó en llegar. Manuela tuvo una llorosa carta de Rosita Campusano, quien, en términos puramente personales, lo contaba todo. San Martín había vuelto, renunciando a todos sus cargos, y partido para Europa, dejándola, tras haber sido la primera dama del Perú, en la oscuridad. Una emisión de papel moneda había hundido la moneda y los precios eran astronómicos. Quienes podían huían con su plata y no había lujo alguno para los que quedaban. Y los sanguinarios *godos* seguían haciendo incursiones hasta los mismos muros de Lima, saqueando, incendiando y matando a cuantos habían mostrado simpatías republicanas. El Gobierno, que no era más que un consejo disputador, no podía ponerse de acuerdo sobre nada; los ejércitos que organizaba para derrotar a los realistas quedaban diezmados antes de llegar al campo de batalla; el contingente argentino del ejército peruano se había licuado; los soldados, a quienes no se pagaba, estaban pillando las granjas de la costa. Las tropas colombianas enviadas por Bolívar habían sido recibidos con abierta hostilidad, en forma que los oficiales se apresuraron a embarcar a sus hombres y devolverlos a Guayaquil. Así decía la carta. Y, entretanto, el ejército realista se cernía sobre la amurallada ciudad, a la espera, como un ave de carroña, que Lima quedara exangüe de las heridas que a sí misma se infligía. Y, desde luego, el escándalo de Manuela y

su aventura con Bolívar eran conocidos por toda Lima... Pero Rosita no necesitaba decirle esto; había también cartas del marido. La *Macedonia* había devuelto al Perú a más de un desilusionado San Martín.

El efecto de la aventura amorosa en Thorne tuvo que ser horrible; siempre se había murmurado de Manuela y el inglés era muy celoso. Los asuntos galantes eran mirados en Lima con risueña tolerancia, pero no por Thorne. Era inglés y tenía en cuenta tanto la forma como la sustancia del matrimonio; había deducido una moral de su incompetencia. La sacudida de verse convertido en un marido burlado hería su propia estimación y lo colocaba en posición desairada en el campo de los negocios. Además, estaba muy enamorado de Manuela. Sin embargo, Thorne había aprendido algo durante los cinco años de matrimonio. No amenazó ni halagó a Manuela; tampoco insistió en sus derechos. Todos sus argumentos giraron en torno al tema del honor. El divorcio era imposible. No había modo de que Manuela creara una nueva relación permanente. Ni el tiempo podía sancionar el desdichado asunto. Lo más honroso, lo más juicioso, era acabarlo.

La reacción de Manuela fué inmediata e inequívoca: No.

El 16 de noviembre, transcurridos más de cuatro meses desde su partida, Simón Bolívar volvió a Quito sin anunciarse. Volvieron aquellos días de junio febriles de pasión. Durante las mañanas y las tardes había conferencias con los oficiales, visitas a los heridos, peticiones de soldados que satisfacer, cartas que contestar. Las llegadas y salidas de correos a todas horas llenaban aquella blanca y pequeña ciudad de piedra con el estrépito de los cascos de los caballos.

Luego, a la noche, era Manuela. Pero ya no era la Manuela de antes. Había increpado y exigido cuentas por los devaneos circunstanciales con otras mujeres durante la separación. Se mostraba muy enfadada por estas aventuras. Pronto comprendió Bolívar que no era una mujer con la que se podía bromear; cuando se excitaba, tenía el genio de una tigresa. Pero sus vio-

lentas disputas eran breves y las reconciliaciones resultaban delicadas. Una vez transmutada la ira de Manuela, contenida y canalizada hacia el amor su fiereza, pasado el momento de violencia, la mutua atracción volvía a unirlos.

Los asuntos personales eran ahora un agobio para Manuela. No deseaba cargar a Bolívar con un problema individual de esta naturaleza, pero eran asuntos verdaderamente complicados. De nuevo había que bregar con los Aispuru. Habían descubierto otra triquiñuela legal para mantener a Manuela alejada de la herencia; estaba tan distante de sus bienes como había estado cinco años antes. Las tierras eran suyas por la ley y hasta el derecho moral y resultaba intolerable que esta gente se interpusiera en el camino con sus ardides y trampas de leguleyo; estaba decidida a imponerse. Además, en este momento, cuando la seriedad del matrimonio parecía estar a punto de eclipsarse, la modesta medida de seguridad que las tierras podían proporcionar sería una ayuda.

Cuando Manuela pensaba en esto, se olvidaba de todo lo demás: la guerra, los soldados, el marido, el amante. La posesión de su herencia se convirtió en una obsesión. Bolívar llegó a sentir estas angustias de su querida. Prometió intervenir personalmente cerca de los tribunales y comenzó a dar pasos en este sentido, pero, cuando se vive en una revolución, la vida está llena de incertidumbres. Antes de que pudiera hacerse algo decisivo, estalló una contrarrevolución en un rincón distante de Ecuador. "¡Ah! —suspiró Bolívar—. Estos días me han dejado muy fatigado. La insurrección de Pasto ha alarmado a todos los patriotas de Quito."

La gente tenía los nervios de punta. El caos de Lima, el descontento en Colombia y la insurrección aquí, en el recién liberado Ecuador, alarmaron a todos. Bolívar actuó con prontitud. Envio al joven general Sucre al frente de una columna volante de lanceros para sofocar el levantamiento. El mismo Bolívar siguió a su lugarteniente con la infantería. Era una larga expedición, unos ochocientos kilómetros a través de la yerma y

nevada meseta de los Andes. No tenía nada de agradable. Pero la presencia de Bolívar era indispensable. Tenía que reconquistar la provincia, con palabras amables, si ello era posible, y, en otro caso, a sangre y fuego. Así, de pronto, sin tiempo para decir adiós a Manuela, desapareció.

Sólo transcurridos algunos días, liquidada la rebelión por Sucre y alcanzado el misero pueblo de montaña de Yucanquer, se acordó Bolívar de Manuela. Se había olvidado de la promesa que le había hecho. En una pequeña choza de barro, fría, con techado de hierbas, sin fuego ni amigos, Bolívar se sentó a la luz de una vela y escribió su primera carta a la que esperaba impaciente en Quito. Se excusó por no haber cumplido lo prometido, dió cuenta de la victoria de Yucanquer y se explayó sobre su aburrimiento. "¿Qué hacemos aquí? Conjuguar el verbo *ennuyer*..."

Manuela contestó a esta carta el 28 de diciembre; hay en su respuesta algo de la penetrante frialdad de los encumbrados Andes.

En la apreciable de usted, fecha 22 del presente, me hace ver el interés que ha tomado en las cargas de mi pertenencia. Yo le doy a usted las gracias por esto, aunque más las merece usted porque considera mi situación presente. Si esto sucedía antes, que estaba más inmediata, ¿qué será ahora que está a más de sesenta leguas de aquí? Bien caro me ha costado el triunfo de Yucanquer. Ahora me dirá que no soy patriota por todo lo que le voy a decir. Mejor hubiera querido yo triunfar de él y que no haya diez triunfos en Pasto.

Demasiado considero a usted lo aburrido que debe estar usted en ese pueblo; pero, por desesperado que usted se halle, no ha de estar tanto como lo está la mejor de sus amigas, que es

MANUELA.

Las campanas de Quito saludaban el Año Nuevo de 1823 cuando Simón Bolívar, muy cansado, introdujo su caballo en la

ciudad. Manuela no esperó esta vez el mensaje: "Ven junto a mí. Ven. Ven ahora." Estaba ya allí, esperando en la escalinata. Bolívar se hallaba completamente agotado; el hecho era asombroso, porque se lo consideraba incansable. Años antes hubiera podido cabalgar cinco mil kilómetros por selvas y llano y llegar al fin del viaje tan lozano como al emprenderlo; sus soldados lo hacían de hierro. Ahora, su médico personal, el Dr. Charles Moore, de la Legión Británica, propuso el descanso como el mejor remedio posible. Pero, ¿cómo podía descansar como el mejor desahogó con el Dr. Moore —"un buen hombre, pero fútilmente tímido"— todas las irritaciones de su impaciencia. Pero Manuela se hizo cargo de todo; cuidó de que las instrucciones del médico se siguieran y asumió los deberes de una secretaria confidencial. Decidía quién debía y quién no debía ver al Libertador, daba órdenes al personal de la casa y se erigió durante la enfermedad en la figura dominante del círculo íntimo, mitad amazona y mitad ramera. La "mujer ideal", según dijo el capitán Ferguson, irlandés de Dublin, para un luchador como Bolívar.

No aceptó éste de grado los nuevos arreglos. Odiaba ser absorbido por una mujer, especialmente por una mujer tan capaz, apasionada y decidida como Manuela. Luchó contra ella en toda la medida que su enfermedad le permitió. Sin embargo, ella se impuso y Bolívar mejoró mucho durante sus días de descanso. Estaba todavía convaleciente cuando Manuela le trajo un distinguido visitante.

Era un petrimetre muy pulido, marcado de viruelas y con cara de gato, fornido, con una hermosa y resonante voz. Su cutis oscuro, sus gruesos labios y su cabello negro, apretadamente ensortijado, indicaban la sangre negra. Estaba vestido a la última moda, con pantalones sujetos bajo las botas relucientes y una casaca de alto cuello de un elegante castaño londinense. Había diamantes en los botones de su camisa de cambray, en el anillo que lucía en el dedo y en el reloj que llevaba en el florido chaleco, un reloj colgado de una cadena de oro con una pepita todavía encerrada en el cuarzo de su nacimiento. Sus manos

estaban cuidadas como las de una duquesa y toda su persona despedía un fuerte aroma a agua de colonia. Pero había en el personaje algo más: era la fuerza intelectual de la revolución y se llamaba Bernardo Monteagudo. Había venido a pedir la protección de Bolívar.

Este era, pues, el hombre cuya metafísica revolucionaria aplicada había provocado el hundimiento de la casa de San Martín; Bolívar advertía el atractivo del personaje. Tenía una inteligencia afilada como la cuchilla de una guillotina y se expresaba con elocuencia y fuerza persuasiva. Como definidor del pensamiento revolucionario —una especie de Tom Payne de América del Sur—, era hombre de importancia y su demanda de protección exigía muy detenido estudio. Era otra de las personas que Manuela había conocido muy bien en Lima. Manuela proporcionaría en el momento oportuno la información adecuada acerca del visitante: su personalidad, su formación, su carrera política.

Monteagudo era un patriota, un argentino; había estado con San Martín desde el comienzo. Como estudiante universitario, había actuado en la logia masónica Lautaro, uno de los semilleros de la revolución; había sido condenado a muerte, indultado y desterrado. Uniendo su suerte a la de San Martín, había vuelto a la Argentina en 1812, escrito los manifiestos, reclutado tropas y organizado a los revolucionarios civiles. Se convirtió en el hombre más importante del movimiento, después de su comandante militar. Cuando se ocupó Lima, se transformó en el *poder* del Perú. Y, en pos de sus ideales, había utilizado este poder de modo implacable.

Todo lo español le era odioso y siempre tenía prisa. Ante el nacimiento del nuevo orden —y, como Bolívar, pensaba en función de todo un continente liberado y organizado—, debía ceder todo. Tenía que haber una nueva organización de la sociedad, una nueva economía, nuevas formas políticas, nuevos nombres para las ciudades, calles y edificios y hasta nuevos calendarios y emociones. La moral también debía cambiar, como un eco de

los extremos de la Revolución Francesa. Y todos los que se opusieran a estas reformas debían ser eliminados.

Obsesionado por el poder, ejecutó sus planes sin escrúpulos. Confiscó haciendas, desterró a cientos de realistas bien mirados y envió al cadalso a otros, incluidos algunos patriotas muy sin-ceros, aunque de distinta formación que este mulato de maneras finas. Su completa indiferencia para las personalidades y los servicios pasados trajo de modo inevitable la discordia. Se creó innumerables enemigos que conspiraban activamente contra él. Sólo su alto cargo como ministro de Estado en el Gobierno de San Martín lo libró del asesinato, y su réplica a estas conspiraciones, como a toda oposición, fué una aplicación todavía más rigurosa del terror. Pronto todas las facciones de Lima, discrepando en todo lo demás, estuvieron de acuerdo en un punto: su odio sin atenuantes a Monteagudo.

La oportunidad se presentó cuando San Martín partió para Guayaquil. Se apoderaron de Monteagudo, lo metieron en una arpillera como si se tratara de una bala de algodón y lo cargaron en un barco destinado a Panamá; quedó proscrito y se anunció que se lo ejecutaría si volvía a poner los pies en el Perú.

Ahora, Monteagudo estaba en Quito. Su futuro constituía un serio problema, y Manuela, aunque le tenía simpatía y se había dejado influir por muchas de sus ideas, era contraria a hacer de él un aliado político. Sabía que los limeños verían esto con muy malos ojos. Tendrían la impresión de que, al proteger a Monteagudo, Bolívar se ponía contra ellos. Sería una imprudencia política de la peor especie. Pero Bolívar no se dejó vencer por los argumentos de Manuela. Tenía en abundancia jefes militares, embajadores y juristas muy precisos en sus conceptos para redactar leyes y constituciones. Pero hombres de visión, hombres capaces de ver América en términos amplios, hombres que como él pensarían en un continente unido, había muy pocos. Y uno de ellos era Monteagudo.

Además, Monteagudo convenía en que había que hacer algo con el Perú. El país sería inevitablemente reconquistado por las

armas realistas si no se despachaba una ayuda con premura. Sólo había un camino para salvar al Perú y, al mismo tiempo, para dar realidad a la visión de Bolívar de una unida América del Sur. Este camino era que Bolívar condujera personalmente su ejército hacia el sur y derrotara a los *godos* en una última y gran batalla. El plan tenía muchas dificultades, pero era preciso aceptar el riesgo. Bolívar tenía que encontrar una excusa para la acción inmediata.

La excusa no tardó en aparecer. Llegó a Quito una delegación del Perú con urgentes mensajes de la junta. Su fuerza estaba disminuyendo rápidamente, los españoles presionaban cada vez más de cerca y la situación era desesperada para el Perú y todo el continente. ¿Estaba dispuesta la República de Colombia, lo estaba el mismo Simón Bolívar, a intervenir en la guerra del Perú y salvar la independencia de los peruanos? Aquí estaba la oportunidad buscada, el fin de todas las incertidumbres. Bolívar tomó su pluma y escribió a los dirigentes del Perú: "He decidido salvar ese país de los tiranos."

Durante la primavera y el verano de 1823 bajó hacia Guayaquil, el puerto de embarque, una corriente continua de hombres y materiales. La ciudad estaba llena de espías realistas, pero nada se hizo para ocultar la operación. Bolívar estaba preparando un ejército para ponerlo al servicio del Perú. Estaban aquí los lanceros de Venezuela con sus chacós de piel de jaguar, duros llaneros que cabalgaban descalzos, se alimentaban con cecina secada al sol y podían combatir en todos los climas. Estaban los granaderos de Colombia, tropas veteranas muy eficientes para el ataque en masa. Estaba la Legión Británica, el "Regimiento de Fusileros", tachonado de veteranos escoceses, ingleses, alemanes, rusos e irlandeses de Waterloo. Estaban los regimientos ecuatorianos, con sus nuevos uniformes verditrojados de fabricación casera, hombres endurecidos por las campañas andinas. Todas estas unidades, la flor de los ejércitos aliados, bajaban hacia el puerto de Guayaquil. Los problemas del transporte eran enormes. La flota patriota era pequeña, pero estaba siendo aumentada con

los audaces ataques de dos *condottieri*, los marinos ingleses Illingsworth y Wright. Merodeaban por el mar a la caza de barcos españoles, disponían despreocupadamente de las tripulaciones arrojándolas al plácido Pacífico o colgándolas de los penoles de las vergas, y añadían las presas a la flora aliada. Si cada problema debía ser resuelto inexorablemente. El general Sucre fué designado comandante de los ejércitos, para que precediera a Bolívar en el Perú con el principal cuerpo de tropas. Llegaban diariamente víveres, uniformes y municiones; todo abundaba. Salvo una cosa: dinero.

Simón Bolívar tenía escasas nociones financieras. Su familia había sido una de las más ricas de América del Sur y él mismo había sido criado como un caballero y siempre había tenido dinero a su disposición. Ahora, aunque la guerra había consumido casi toda su herencia, vivía todavía como le habían enseñado a vivir, sin pensar en los gastos. Era excesivamente generoso; repartía la mayor parte de sus emolumentos presidenciales en pensiones para las viudas de guerra y donativos a los veteranos heridos y gastaba lo demás en finalidades oficiales. La mayor parte del dinero con que se hacía la guerra procedía de Colombia, empobrecida ya por los largos años de lucha. Con todo su comercio arruinado y sus famosas haciendas arruinadas en el holocausto de la batalla, la República estaba abrumada por las cargas financieras. Sin embargo, era a Bogotá a la que Bolívar pedía fondos para la continuación de la guerra. Dinero, dinero y dinero: estos eran los tres elementos de la victoria final.

"Y, hablando de dinero —escribió el Vicepresidente en contestación a una de las impacientes demandas de Bolívar de fondos adicionales—, hoy no hay un solo centavo en el Tesoro. El presupuesto de este Gobierno consume por sí solo de 1500 a 2000 pesos diarios. Usted necesita dinero urgentemente. ¿Qué hacemos ahora, mi general?" Francisco de Paula Santander, el Vicepresidente de Gran Colombia, había estado escribiendo a Bolívar cada vez más en este tono. Estaba manifiestamente irritado por tanta insistencia y no veía con buenos ojos lo que llamaba la

"aventura peruana". Aun ahora, en medio de los preparativos finales para la campaña, seguía invitando a Bolívar a que volviera a Colombia. El país necesitaba el efecto unificador de su presencia. Pero Bolívar se mantenía inexorable. "Pero comprenda esto... Yo no pertenezco ahora únicamente a los colombianos... ni pertenezco a Caracas. Pertenezco a toda la nación; además, allí está todavía el ejército realista, que quiere conquistar el Perú."

Finalmente, los argumentos de Bolívar prevalecieron; llegaron fondos de Colombia. Pero había todavía retrasos que repercutían en toda la campaña. Los despachos que le enviaba el Congreso de Bogotá parecían muy lentos en llegar, aun concedidas las seis semanas que un correo tardaba ordinariamente en cubrir a caballo los mil quinientos kilómetros de tierras altas andinas, hondos valles y selva tropical. Bolívar necesitaba noticias, informes, copias de los últimos decretos; todo esto llegaba con demasiada lentitud. Necesitaba la "Ley de Autorización" que le permitiera abandonar el terrotorio de Gran Colombia y dirigir la expedición al Perú, y el documento no llegaba. Poco a poco, Bolívar comprendió que todos estos retrasos no eran mero accidente; eran la obra de un hombre, no de un dios, y este hombre era Santander.

Conocía bien a Santander, muy bien. Podía recordar el día, años antes, en que Santander era uno de sus lugartenientes militares y estaban luchando contra los *godos*. Había ordenado un ataque y Santander se negó a obedecer, hasta que él, Bolívar, se volvió hacia el renuente, pistola en mano, y le gritó: "Va usted a dar la orden de carga; de otro modo, tendrá que matarme, porque le aseguro que lo voy a matar."

Sin embargo, Santander había demostrado bastante valentía en otras ocasiones y, en realidad, era hombre que disfrutaba con el derramamiento de sangre. Siempre asistía a las ejecuciones y gozaba al contemplar un cuerpo que se retorció al extremo de una soga. Solía citarse solemnemente con los agentes realistas capturados "para celebrar nuestro encuentro en la plaza pública".

Tal vez tenía que ver con esto su mezclada herencia, porque tenía en sus venas la sangre del conquistador Diego de Colmenares unida a la de la hija de un cacique indio. Era un americano auténtico. Había trabajado mucho en la esfera civil, organizando la República, redactando la Constitución, consolidando la victoria, administrando los mil y un detalles que reclama la dirección financiera y jurídica de una nación. Pero carecía por completo de las visiones continentales de Bolívar; su propio horizonte estaba limitado por los perfiles de Gran Colombia, no era aventurero y le desagradaba totalmente la forma de gobierno personalizado que Bolívar propugnaba. Era un perfecto burócrata, dominante e imperioso, un "hombre de leyes", como Bolívar desdeñosamente lo describía a Manuela.

Mientras ejercía las funciones presidenciales durante la ausencia de Bolívar, se enamoró del poder. Ahora trataba de contener a Bolívar en la órbita de la República; lo hacía hasta cuando un ciego podía ver que no existía seguridad alguna para Gran Colombia mientras un poderoso ejército se mantuviera amenazador junto a sus fronteras. En todo caso, Santander daba ya señales de estar erigiéndose en un serio rival para la autoridad de Bolívar.

Manuela no conocía a Santander, si se exceptuaban la descripción que Bolívar le había hecho del personaje y las imágenes que aparecían en aquellos carteles que, impresos en la única imprenta de Quito, estaban difundiendo por todo el país los retratos de los héroes de la revolución. Estos retratos, grabados en acero en su mayoría, mostraban al Vicepresidente como un hombre apuesto de buen porte cuyos ojos negros y un poco oblicuos indicaban su sangre india. El cabello negro acentuaba la palidez de la piel, dándole un aspecto casi lívido; la expresión era de altanería. A Manuela no le agradaba aquel rostro; revelaba un carácter muy ducho en las artes dilatorias de la negociación, en las tretas y trampas. Para ella, cuyas reacciones eran prontas y muy hondas, todo era muy sencillo. Santander era una persona desagradable. Lo odiaba. Era el enemigo. Era el enemigo.

personal de Manuela, porque se interponía en el camino de la victoria final de Bolívar, y los amores y odios de Bolívar eran ahora los propios amores y odios. Comenzó a odiar a Santander con vehemencia y, como no sabía distinguir entre una personalidad y un argumento y carecía del don de la reticencia, se dedicó a decir en público cosas mordaces del Vicepresidente.

Esto, desde luego, llegó a Bogotá y no ayudó mucho a Bolívar, porque Santander podía decir ahora que el Presidente se burlaba de los sagrados dogmas del matrimonio como se había burlado de la Constitución. En cuanto a Manuela, la descartaba desdeñosamente como "la Sáenz" y afirmaba que era poco más que una ramera. No lo sabía entonces, pero, a mil kilómetros de distancia, estaba chocando con una de las Furias.

* * *

Pasó el tiempo; corría el mes de agosto de 1823. Durante toda la temporada, los transportes se habían dirigido hacia el sur. El general Sucre estaba ahora en Lima con un ejército de cinco mil hombres. Los despachos que enviaba estaban llenos de presagios; los realistas se acercaban y no tenían ninguna intención de permitir que un ejército enemigo totalmente equipado siguiera asentándose en el Perú. La caótica situación política que existía en Lima hacía imposible la realización de operaciones militares. Sin la magia de la presencia de Bolívar se perdería todo. Debía ir al Perú sin pérdida de tiempo.

Impaciente, agitado, Bolívar dirigió otro requerimiento a Santander: "El comandante de los transportes dice que, si no voy al Perú, es inútil que envíe un solo soldado más."

Y la Ley de Autorización seguía sin llegar.

Finalmente, decidió desafiar al Congreso; se iría sin Ley de Autorización. Ordenó a la fragata *Chimborazo* que se preparara para zarpar y dió instrucciones de embarque a su estado mayor y a un contingente de húsares. Hubo una escaramuza final. Fue con Manuela. Ésta suponía que iba a ir a Lima con los trans-

LAS CUATRO ESTACIONES DE MANUELA

portes militares, porque ya se sentía parte integrante del círculo oficial de Bolívar. Pero las cosas estaban decididas de otro modo; Bolívar tenía en mucho su libertad. Había recuperado su antiguo vigor y Manuela no era adversario para él. Tuvo que quedarse atrás.

Luego, inmediatamente antes de que la *Chimborazo* levantara el ancla, llegó al galope en una mula cubierta de barro un correo; traía un despacho oficial del Congreso de la República. Este despacho contenía la Ley de Autorización; Bolívar quedaba legalmente autorizado para abandonar el país y tomar el mando de los ejércitos aliados en la campaña por la liberación del Perú.

Cuando la fragata zarpó de Guayaquil el 8 de agosto de 1823, Simón Bolívar tenía motivos para felicitarse. Había triunfado sobre el espacio, el tiempo y las titánicas dificultades de la naturaleza. Se había impuesto a Santander y al Congreso. Iba al Perú en las condiciones que él mismo había fijado. Y se había escapado de los terribles tentáculos de Manuela. Eran grandes victorias y podía incluirlas entre sus batallas más hábilmente conducidas. Lo había calculado todo, lo había sopesado todo y había triunfado sobre todo.

Sobre todo, salvo sobre un elemento indefinible: el amor. No había contado con el poder de esta ambigua palabra.

Todavía iba a tener que luchar con Manuela.

VERANO

Los años 1823-1827

SEGUNDA PARTE

LIMA

LIMA, CIUDAD DEL CAOS

Bolívar fué el ídolo de Lima desde el momento en que puso el pie en el Perú. Era la única esperanza. Para los patriotas, los que se apretujaban a lo largo del camino bordeado de árboles, en los diez kilómetros que separaban el Pacífico de la amurallada ciudad, Bolívar era el salvador, el héroe que aseguraría la victoria final. Para otros, cuyo amor por la República se había entibiado, era por lo menos el símbolo del orden, un orden que permitía salir del caos. Fué recibido como un rey. En aquel soleado 3 de setiembre de 1823, el alcalde de Lima acudió a recibirlo luciendo una casaca roja, se dispararon veintiuna salvas desde la fortaleza que dominaba el puerto del Callao y se ofreció al Libertador, para su entrada triunfal, la suntuosa carroza de seis ruedas del Virrey, con lacayos de empolvadas pelucas y calzones cortos de seda. A todo lo largo del sombreado camino, los soldados de su ejército colombiano, uniformados de verde, le presentaban armas y vitoreaban con el entusiasmo, acorde con las instrucciones recibidas, de una claque. Pero las instrucciones eran superfluas. El recibimiento fué espontáneo y delirante. El carácter deslumbrante de sus pasadas victorias, el sacrificio de su fortuna personal, el sentido creador con que había manipulado las vidas humanas, su pasión por América, la cualidad lírica de su lógica y la humanidad capaz de abarcarlo todo que parecía brotar de su persona habían conquistado las imaginaciones de cuantos bordeaban la ruta.

Era la primera vislumbre que Bolívar tenía del Perú. Desde los días de su infancia, había oído hablar de la capital del más

importante virreinato de América. Era el centro del lujo y de la cultura; sus mujeres tenían fama por sus menudos pies y sus encantadores modales y sus hombres por la opulencia con que se vestían. Era el París de la América del Sur.

El país era inmenso y se apoderaba de la imaginación. Por que, en cuanto el barco abandonó las orillas de la selva tropical del Ecuador y llegó a las aguas peruanas, el paisaje cambió bruscamente. Era como el piloto había dicho que sería: "Cuando ya no vea árboles, estará en el Perú." La aridez de la tierra era casi increíble. A lo largo de la costa, no estaba muerta —porque esto supone haber vivido—, sino que era contraria a toda vida. Sin árboles, sin hierbas y hasta sin cactus. Más allá del desierto de la costa, estaban las imponentes eminencias de los Andes, inmensas murallas de roca en la bruma azul, gigantescas, abrumadoras.

Sin embargo, el aire era desabrido; una fría corriente oceánica impedía que lloviera y transformaba miles de kilómetros de costa en un desierto. Lima, que no estaba en la misma costa y distaba unos diez kilómetros de su puerto del Callao, era en realidad un oasis en este vasto desierto peruano. La reluciente blancura de las torres de Lima, con los Andes como telón de fondo, y los altos muros en forma de media luna que rodeaban la ciudad podían ser vistos desde kilómetros de distancia. Entre Lima y el mar estaba el desierto; no había aquí el perfume de los trópicos, ni el olor a tierra húmeda, ni el musical susurro de las frondas de palmas; todo era yermo y sin agua.

Mientras Bolívar avanzaba por el camino de tres sendas bajo la delgada sombra de árboles plantados a matemáticas distancias, sus experimentados ojos militares estudiaban los problemas estratégicos del terreno, el palenque donde tendría que combatir. En la rada, se alzaba la fortaleza de piedra gris, con sus murallas lamidas por el mar; nunca había sido tomada por asalto y se la consideraba inexpugnable. Aquí estaba el camino que podía llevar a las tropas, en tres horas de rápida marcha, junto a los muros de Lima. Al fondo de la ciudad, desde una de las cinco

fortificadas puertas, un camino llevaba al interior de los Andes. Alrededor de todo esto se extendía el desierto.

A medida que se avanzaba, los grupos abandonaban sus lugares a ambos lados y corrían detrás de la carroza, en masa creciente que abrumaba a Bolívar. Delante, los bastiones de Lima estaban llenos de gente asomada a los parapetos. La multitud se apretujaba junto a la Puerta del Callao.

Esta maciza puerta era el más directo acceso al mar. Sobre la entrada estaban esculpidas las armas de Carlos IV, rey de España, que cinco años de sitios y contraataques no habían conseguido borrar; a la izquierda se veía el escudo de la ciudad de Lima, un águila doble coronada, con las alas negras extendidas, sobre un campo azul con tres estrellas de oro; a la derecha, el símbolo de la Cámara de Comercio.

Frente a la puerta había una guardia de honor, soldados de la Legión Peruana uniformados de azul con paramentos rojos y pesados morriones. Brilló un sable al sol y, por encima de los vítores, una corneta dió un vibrante toque abriendo ceremoniosamente las puertas de la ciudad.

Una vez dentro de los muros, Lima tomó para Bolívar el aspecto de una sensual Sevilla; los balcones moriscos con tallados arabescos avanzaban sobre las adoquinadas calles y procuraban el ambiente de las ciudades de la España meridional. Las calles de Lima, de curiosos nombres —Calle del Huevo, Calle de los Escribanos, de los Siete Pecados, de los Cuchilleros, de los Botoneros—, estaban trazadas conforme a preciso plan, como un tablero de ajedrez. Y sobre las casas de limitado horizonte se alzaban las torres, cúpulas y barbacanas de las iglesias, muy por encima de las chatas viviendas. Más alta que todas las demás se levantaba la torre de Santo Domingo, desde cuyo pináculo la figura de bronce de la Fama hacía resonar su trompeta en los cielos sin nubes de la ciudad.

Bolívar advirtió inmediatamente que esta no era la Lima que Manuela le había descrito tantas veces. El Moloc de la guerra había reclamado su tributo. Cuando Manuela estuvo aquí por

primera vez, en 1817, la ciudad estaba llena de carruajes de la nobleza, que vivía en sus mansiones barrocas de rico diseño que constituían una evocación de los *hôtels* de Chantilly. Ahora, Bolívar veía que las grandes casas habían caído en el abandono; las calles estaban muy sucias y el agua que discurría por el arroyo del medio de la calzada se veía detenida por los amontonamientos de basura. Había en Lima una especie de donosura raída, a pesar de que sus habitantes habían procurado presentarse del mejor modo posible a quien venía a restaurar el orden. Pero este desorden era comprensible. Porque los realistas, aprovechándose de la confusión causada por el destierro que el general San Martín se había impuesto a sí mismo, habían irrumpido en la ciudad inmediatamente antes de que Bolívar zarpara para el Perú. Obligaron a los defensores a refugiarse en la fortaleza del Callao, se apoderaron de la capital y la saquearon. Permanecieron en la ciudad únicamente cinco días, los suficientes, sin embargo, para ahorcar a unos cuantos de los jefes patriotas que apresaron dentro de los muros y para sacar una fuerte suma a los habitantes. El venerable magistrado Prevost, cónsul de los Estados Unidos, escribió a John Quincy Adams:

La retaguardia realista a las órdenes del general Canterac abandonó su acantonamiento de Lima en la noche del 16 de julio... Con la excepción de unas cuantas casas privadas... de individuos que se habían distinguido por su adhesión a la revolución, los españoles se han desviado de su feroz modo habitual de hacer la guerra... obtuvieron 300.000 dólares como primera contribución y se llevaron otros 200.000 en mercaderías.

Los *godos* también se llevaron algunas vidas. Unos cuantos patriotas quedaron columpiándose como frutas de los árboles de Lima. Uno de ellos fué bajado del patíbulo y colgado por los brazos de una cruz próxima a la plaza. Una linterna colocada sobre su cabeza permitía a los transeúntes leer la inscripción: *Aquí se columpia Besanilla hasta que los insurrectos entren en Lima.*

Cuando terminaron las recepciones oficiales, Bolívar se vió convertido en el dictador militar del Perú. Y con esto, bajó del encantador pedestal de un semidiós al cenagal de la confusión política.

Había cuatro distintos ejércitos republicanos en Lima —el peruano, el chileno, el argentino y el colombiano—, todos obediendo a comandantes diferentes, cada uno de los cuales tenía diferentes ideas sobre el modo de librar la guerra. Había además, aparte del dictador, dos presidentes rivales que se combatían mutuamente. Uno de ellos, un *ci-devant* marqués, José de Torre Tagle, parecía responder de su conducta ante un Congreso que no funcionaba y que, por su parte, no respondía ante nadie. Unos quinientos kilómetros al norte había otro presidente; era el prudente y decidido Riva Agüero. Había ejercido el cargo legítimamente y luego había sido depuesto, pero se negó a que le pusieran al margen y había organizado un gobierno republicano rival por propia cuenta. Hasta el mismo Bolívar se sentía perplejo. "Los asuntos peruanos han llegado al colmo de la anarquía... Sólo el enemigo se muestra bien organizado, unido, fuerte, enérgico y capaz."

Había caído en la trampa que había querido evitar. Había venido al Perú a luchar contra los españoles, pero, como "dictador", se veía mezclado en una guerra civil. Cada facción trataba de convencerle de que debía utilizar sus legiones colombianas para aplastar a la otra. Era un asunto sumamente delicado; el triunfo de su misión, de la guerra, de sus planes y hasta de su gloria dependía de la decisión que tomara. Pronto se sintió asqueado de todo el asunto y, a los pocos días de su llegada, dijo a un amigo: "Estoy ya lamentando haber venido aquí."

Bolívar encontraba muy difícil tomar decisiones en la ciudad; sentía una extraña languidez que nunca antes había sentido. ¿Era el insidioso hechizo de Lima? ¿Era el ambiente? Tenía

que trabajar intensamente; necesitaba tiempo para pensar, proyectar, elaborar su estrategia; no podía hacer esto en el corazón de Lima. Dejó, pues, el palacio de los Virreyes y se retiró a la que había sido su mansión de verano, fuera de los muros de la ciudad.

Magdalena, a corta distancia del mar, era una aldehuela deliciosa, un oasis a unos doce kilómetros al oeste de Lima. Se hallaba en un terreno húmedo y arbolado que había sido elegante lugar de veraneo desde comienzos del siglo XVIII. La villa de los Virreyes era una estructura de ladrillos sin grandes lujos; tenía grandes ventanas enrejadas y una imponente doble escalinata que llevaba a las grandes puertas de la entrada. Enfrente había una pequeña plaza, sombreada densamente por grandes higueras de Indias que dejaban caer sus pálidas raíces aéreas sobre el suelo cubierto de frutos. Alrededor del patio, detrás de la casa, había un jardín con macizos de flores y viejos y retorcidos olivos. Las habitaciones se adaptaban muy bien a las necesidades de Bolívar; eran espaciosas y estaban empapeladas con diseños floridos y agradables. Los muebles pertenecían al estilo provenzal y los pisos eran de baldosas color de siena en las que resonaban las botas de altos tacones del estado mayor. A los pocos días Bolívar estaba ya definitivamente instalado en la villa. Había centinelas en las puertas y los húsares se hallaban estacionados con sus largos sables en la plaza. Una casa próxima quedó convertida en establo para los caballos de los correos.

Se celebraban consejos de guerra diariamente y se organizó una oficina de información militar. Se sondeó toda la ciudad, a la busca de rumores, habladurías y comentarios que pusieran de manifiesto el estado de la opinión pública. Los *agents provocateurs* inducían a los miembros de las facciones en lucha a revelar los respectivos planes. Se obtenían muchas noticias y muchas conjeturas, pero cada trozo de información parecía sumergir todavía más a Bolívar en la ciénaga de la incertidumbre.

La mayoría de sus viejos compañeros de armas acudían a la villa a exponer opiniones y dar consejos. El general Sucre, mos-

trando la tensión de la confusión política, asistía a todas las deliberaciones; era especialmente sagaz cuando discutía los problemas en términos puramente militares. El joven Córdoba, ahora general, que eternamente manifestaba su aburrimiento ante la inactividad, permanecía silencioso en los consejos; sólo se sentía en su elemento cuando estaba en el campo de batalla. Era Jacinto Lara quien aconsejaba prudencia a Bolívar. Alto y solemne, sin nada de la rimbombancia de sus compañeros, Lara era un venezolano de edad madura. Y era el único a quien Bolívar admitía críticas personales. En esencia, representaba la conciencia de Bolívar, un freno para la impetuosidad del Libertador.

El ministro de la Guerra, Tomás de Heres, insistía en que el verdadero problema eran los españoles. Tenían nueve mil hombres y este número aumentaba constantemente con las desertiones de las fuerzas patriotas. Los *godos* estaban bien adiestrados y bien equipados; estaban dirigidos por algunos de los mejores jefes militares de España, muchos de los cuales habían actuado en las guerras de Europa. Dominaban la región montañosa, el corazón del Perú, con ocho escuadrones de la mejor caballería que se había visto en América; los infantes constituían una tropa bien alimentada, bien pagada y bien disciplinada. Por tanto, antes de que pudieran ponerse en movimiento, los patriotas debían reorganizar su ejército. El grupo irlandés agregado al estado mayor de Bolívar era del mismo parecer. Arthur Sandes, que se había dejado crecer un marcial bigote rubio desde que fué promovido al mando de los Fusileros, entendía que sus hombres, originalmente una legión británica, debían ser reorganizados para una campaña en los Andes. Después de él, expresaron por turnos su opinión O'Leary, O'Connor y el siempre cordial William Fergusson. Pero eran opiniones militares y el problema era ahora político. ¿Cómo podía Bolívar encontrar los extremos de esta enredada madeja de la política peruana?

Y en esto, para complicar más las cosas, llegó Manuela. Bolívar casi se había olvidado de ella. Tal vez había creído que, al dejarla en su tierra natal, ponía fin a las relaciones entre

los dos. Pero aquí estaba Manuela de nuevo. Había llegado en el bergantín *Helena* y le habían dado la cabina generalmente reservada a la esposa del capitán. El capitán Simpson, buen juez en materia de whisky irlandés y mujeres, al servicio de los patriotas, se había creído un servidor de Eros al traer a Manuela al Perú. En privado, el general Bolívar le dijo que era otra cosa. En Quito no había existido el problema del marido, pero aquí, en el Perú... Y aunque James Thorne estaba en Chile, quedaba el hecho desagradable de que era Lima donde Thorne residía. Aquí no podían haber subterfugios y disfraces y, con todo el mundo al tanto...

El general Lara, pensando en las circunstancias, se expresó con claridad. La llegada de Manuela no podía ser más inoportuna. Pero Manuela no tenía conciencia de ningún "problema". Se trajo sus esclavas y sus baúles de trapos y se instaló a corta distancia de la villa de Bolívar, en "mi casa... en el pueblo de La Magdalena, donde siempre he vivido".

Manuela se dedicó en seguida a renovar sus amistades. No existía "problema" para ella. Se paseaba en su calesa de dos ruedas por las abandonadas calles de Lima y hacía con completa naturalidad la vida que había hecho meses antes, como si nada hubiese cambiado desde su partida de Lima hacía un año. Sus esclavas, encantadas de verse de nuevo en Lima, se movían otra vez entre las extrañas cofradías que se permitían a los servidores negros, esclavos o libertos. Manuela se hizo cargo de las actividades comerciales de su marido —tenía un poder notarial de éste—, y, al cabo de unos días, estaba de vuelta en los círculos íntimos de la buena sociedad de Lima.

Las intrigas galantes eran cosa corriente en Lima, pero había un protocolo aceptado; tenían que ser realizadas *de tapadillo*; una dama jamás exhibía sus amores prohibidos en público. Era socialmente imperdonable que Manuela hiciera una cosa así, aunque sus visitas fueran nocturnas, porque "generalmente era de noche cuando Manuela iba a las habitaciones del general".

Por lo visto, esto no importaba; era cosa sabida.

Una vez más, Simón Bolívar estaba sintiendo los efectos de la personalidad de Manuela. Desde luego, era delicioso verla luciendo un vestido a la moda, con las mangas cortas abullonadas y el bajo escote mostrando el atormentador marfil de sus pechos. Y era estimulante estar con ella, porque se mostraba a la altura de la apasionada naturaleza de su amante. Manuela sabía disciplinar la poligamia natural de Bolívar con una expectación que no supo crear ninguna de las otras mujeres que había conocido.

De un modo curioso, se unían en ella la pasión y la utilidad y Bolívar advirtió que cada vez se basaba más en los juicios sobre las personas que esta mujer emitía. Manuela estaba en su elemento. Se diría que Lima había sido creada para ella, que era el ambiente perfecto para su modo de ser. Conocía íntimamente a toda la nobleza limeña; conocía a los patriotas, a los vacilantes y los firmes; y el hecho de que perteneciera a la Orden del Sol la colocaba al nivel de las más distinguidas familias del Perú. Gracias a los contactos de su marido, conocía a todos los comerciantes ingleses; hablaba el inglés con ellos y, con el barómetro de los respectivos negocios, precisaba hasta qué punto estimaba cada uno de ellos la causa de los patriotas. Era mujer siempre alerta, atenta a cualquier cambio en los sentimientos y las opiniones. Estaba muy al tanto de las intimidades de cuantos trataban con Bolívar, de sus debilidades y sus escondidos escándalos. Y sus dos esclavas, especialmente la irrefrenable Jonotás, la de los turbantes de bárbaros colores, traían a casa los decires y habladuras de las capas inferiores de la sociedad. Todo esto formaba parte del servicio de información de Bolívar y era importante. Pero más importante todavía era la misma Manuela. Estaba ligada a él por una lealtad a toda prueba. Bolívar podía confiar en ella y, en esta inmensa tierra, tan dividida, donde cada cual tenía sus reservas, era una gran cosa tener al lado a una persona como Manuela. "Siempre seré un extranjero para la mayoría; siempre provocaré celos y desconfianzas."

Manuela era muy estimada por cuantos rodeaban a Bolívar, irlandeses, ingleses o criollos. Veían que esta mujer podía comunicar al Libertador muchas desagradables verdades que ellos no osarían decirle. Estaba enamoradísima, pero tenía el sentido del humor y de las proporciones y no vacilaba en explayarse sobre los defectos de su amante. Manuela se había convertido de pronto en una necesidad vital para el Libertador.

En octubre, a pesar de las objeciones del general Lara, Manuela fué incorporada oficialmente al estado mayor de Bolívar. A propuesta del coronel O'Leary, que llegó a sentir por ella un profundo afecto, quedó a cargo de los archivos personales del héroe. Tomó muy en serio estos deberes. Y se vistió para la función. Se otorgó a sí misma el grado de coronela y apareció en el cuartel general con casaca azul y vueltas y cuello rojos; en cada una de las charreteras doradas, donde una tira de paño azul indicaba el rango, se hizo bordar en plata una hoja de laurel. Cumplía sus deberes con el fervor que mostraba en todo y pronto quedó tan identificada con las cosas del Libertador, que no pareció en modo alguno *outré* que estuviera agregada al cuartel general.

José Palacios, el mayordomo del general, estaba encantado de tenerla con ellos. Sus dos mastines recordaban los días de Quito y, cuando no paseaban con el pelirrojo y ojizarco José, reposaban junto a Manuela sobre el fresco piso de baldosas color de siena. Palacios, aunque no se entendía bien con las dos esclavas, estaba muy contento de compartir con alguien la responsabilidad del bienestar del Libertador. Había prometido a la madre de Bolívar —llevaba su mismo apellido de Palacios— que nunca se apartaría de Simón. Y nunca lo hizo. Aunque no sabía leer ni escribir, era en extremo astuto. Sus cromosomas habían producido un cuadro impresionante; con sangre española, negra e india en sus venas, tenía, de modo bastante extraño, ojos azules y cabello rojo rizado. Parecía un gladiador, pero era sencillo como un niño; tenía una cabeza tan dura como el jacarandá y un corazón tan capaz como su corpachón. Él y sus

perros seguían a Bolívar a todas partes —en viajes largos, los dos enormes animales eran llevados en cestas—, y, hasta que Manuela entró en aquella familia, el fiel servidor no tuvo más amor que el par de mastines.

Manuela estaba ahora, como lo había deseado, en el centro de las operaciones. Eran innumerables los visitantes: un general que reclamaba más armas, un intendente que pedía dinero para que las tropas no se fueran otra vez sin pagas, comerciantes, políticos, soldados, madres. Entre audiencia y audiencia, Bolívar, tendido en una hamaca o paseándose como un tigre enjaulado, dictaba cartas a sus secretarios. Eran cartas que abarcaban toda la América del Sur y daban la vuelta al mundo: cartas a Italia, Francia, Inglaterra y América del Norte. Manuela trabajaba en íntima colaboración con los secretarios: el joven Diego Ibarra, un primo lejano del general; José Pérez, cuya reputación entre las damas era peor que la de la cicuta; y el coronel Juan Santana, el amanuense principal. Juan acabó siendo un amigo comprensivo de Manuela y hubo entre los dos una relación que duró toda la vida, una amistad indiscutible y sin ambigüedades. Santana, que tenía entonces veinticinco años, había nacido en Caracas, pero había estudiado en Baltimore y conocía el inglés. Era difícil satisfacer a ser tan proteico como Bolívar y el general advirtió en su secretario falta de entusiasmo: "Todo es frío en Santana; su espíritu, su corazón, su moral... tiene un humor melancólico y es ya un joven misántropo... No es un militar, a pesar de su título de coronel, pero sabe guardar un secreto... Así es Santana."

Pero Manuela tenía simpatía por Santana y Santana la adoraba. Durante toda la guerra, Manuela confió en el joven amanuense para obtener detalles íntimos del Libertador. Santana le entregaba copias de las cartas personales de Bolívar para los archivos y ella las guardaba como un castellán. No admitía excepciones al ukase de Bolívar de que nadie podía ver sus cartas sin autorización. Ni el propio Heres, el ministro de la Guerra, pudo husmear en aquella correspondencia privada. Finalmente

tuvo que quejarse ante Bolívar: "He necesitado publicar un importante documento en facsimil. Pedí la carta a Manuelita, pero ella, siguiendo sus instrucciones de usted, me puso mil reparos antes de que por fin la obtuviera."

Durante las últimas semanas, los asuntos políticos habían mejorado un tanto en Lima. Bolívar pudo convencer al Congreso, que se había reunido para oír los planes del Libertador, de la necesidad de ejercer un dominio personal completo sobre el Perú durante el período de emergencia. "Os prometo —dijo— que mi autoridad no pasará del tiempo necesario para preparar la victoria."

Su nombre seguía siendo el talismán de la victoria final. Ni en los momentos más sombríos perdió la esperanza y su optimismo se reflejó durante algún tiempo en el pueblo: "Lima me gusta más cada día. Hasta ahora, me he entendido muy bien con todos. Los hombres me respetan y las mujeres me quieren. Todo esto es muy agradable. Hay muchos placeres para quienes puedan pagarlos... Naturalmente, no carezco de nada. La comida es excelente. El teatro sólo regular, pero está adornado con ojos muy hermosos... coches, caballos, excursiones, tedéums... nada falta, salvo el dinero."

Y la unidad. Había habido últimamente más deserciones y, en la amurallada ciudad de Trujillo, a unos quinientos kilómetros al norte, el *soi-disant* Presidente del Perú, el orgulloso José de la Riva Agüero, se hallaba ahora en abierta y traidora rebelión; los espías de Bolívar habían interceptado su correspondencia con el Virrey. Estaba haciendo ofrecimientos al enemigo español. Bolívar trató de llegar a una transacción y se mostró propicio. "La ruina del Perú, Señor, es inevitable, si, en estas circunstancias, vacila un momento en aceptar mi generoso ofrecimiento de amnistía."

La oferta fué rechazada. Bolívar sabía que tenía que actuar ahora, pero con cautela, porque no se trataba de un hombre ordinario. Riva Agüero era orgulloso, capaz y tan intangible como una sensitiva; de carácter inquieto, tenía maneras frías y rasgos

heroicos. Había nacido en Lima en 1783 de sangre tan azul que hubiera podido ser utilizada como papel de tornasol; su madre era hija del Marqués de Monte Alegre y su padre era un grande de España. Hombre instruido, había ejercido importantes cargos junto al Virrey, pero, cuando la revolución comenzó a echar raíces, trabajó junto a Manuela como agente secreto de San Martín. Era el autor de muchas de las andanadas sediciosas que los agentes republicanos pegaban por las noches en los muros de Lima. Cuando la ciudad cayó en poder de los patriotas, surgió como uno de sus dirigentes, lo que confirmó, según O'Leary, "la parábola de que quienes se presentan en la undécima hora reciben tanto como los que han soportado el calor y los agobios del día".

Sin embargo, Riva Agüero pertenecía a esa clase de hombres dispuestos a sacrificar el principio por la forma. Después que San Martín se impusiera el destierro, quedó convertido en el jefe del Perú y se mostró en un principio incansable. Recaudó dinero, colocó un empréstito en Inglaterra, llegó a un acuerdo con comerciantes extranjeros para equipar a las tropas e invitó a Bolívar a venir al Perú. Pero sus fatales errores estratégicos, al enviar a sus tropas a luchar con los realistas, dejaron a la ciudad en la indefensión y, después que los españoles ocuparan Lima y se fueran con medio millón de pesos, el Congreso le destituyó. Pero se negó a que le destituyeran. Huyó a Trujillo, donde comenzó a organizar un ejército propio... y a conspirar con las fuerzas realistas de los Andes. Era inteligente, pero su misma inteligencia fué su perdición. Así, cuando el edecán de Riva Agüero llegó al cuartel general del Libertador, ostensiblemente para efectuar negociaciones, vió ante sí las cartas interceptadas.

No había duda posible. El oficial accedió a capturar a Riva Agüero. Pero Bolívar no quería correr riesgos. Tan pronto como el edecán se marchó para cumplir su pérfida misión, el Libertador dió orden de marcha y concentró toda su flota. El 15 de noviembre partió de Lima hacia el norte, para aplastar aquella oposición.

Manuela era ahora el gran visir de lo que había sido la villa del Virrey. Lima, o, por lo menos, su sociedad aristocrática, estaba estupefacta ante esta transformación de Manuela en la *mujer* del Perú; las damas se sentían escandalizadas hasta las puntas de sus chapines de baile. Era inverosímil. ¡Esa bastarda notoria! Tenía ahora, ¿era posible?, el mismo poder que la consorte del Virrey. Con Bolívar ausente e instalada en la villa, se había convertido en una especie de *maitresse-en-titre* del Gobierno. Era demasiado, francamente demasiado.

Se hallaba ya en desarrollo una campaña de murmuraciones contra ella. Manuela reaccionó precisamente como se suponía: nada de ocultaciones, disimulos o ponderación. Era para ella puntillo de honor escandalizar a la sociedad; utilizó su poder en los círculos militares y, para coronarlo todo, echó en cara a Josefa, la esposa del Marqués de Torre Tagle, su propia conducta poco ejemplar. No era muy juicioso este proceder, aunque fuera muy propio de Manuela.

"En Lima —dijo su confidente—, Manuelita se comportó con terrible imprudencia... Se convirtió en una Mesalina. El edecán del general me contó algunas cosas increíbles que sólo Bolívar ignoraba. Pero los amantes, cuando están enamorados, son tan ciegos como los maridos."

Luego, para empeorar las cosas, Bernardo Monteagudo volvió a Lima.

Era un acto muy valiente o muy estúpido. Porque el pueblo de Lima, aunque pudiera estar dividido en todo lo demás, coincidía en relación con Monteagudo, hombre universalmente odiado. Había sido desterrado del Perú a perpetuidad y puesto fuera de la ley, pero ahora estaba por encima de ésta, porque había vuelto bajo la protección de Bolívar. Las gentes sabían que atacar al menudo Dr. Monteagudo era atacar a Bolívar y nadie tenía todavía el coraje de levantar la mano contra el Liberta-

dor. Los aristócratas, que eran los que más habían sufrido con Monteagudo, proyectaban abiertamente su muerte, pero el miedo detenía sus manos. Entretanto, con el dinero que le proporcionaba la Tesorería peruana, mantenía su habitual modo opulento de vivir. Su mesa, gracias al cocinero francés que había traído con él, era la más exquisita de Lima y el café —pocos eran los que lo tomaban— constituía su pasión. Exhibía su llamativo exterior: el diamante en su blanco alzacuello, la cadena de oro en su chaleco, su penetrante olor a agua de colonia. Lima observaba todo esto con furor. Nadie se interesaba ya en las ocultas profundidades de Monteagudo: su aguda inteligencia, su hermosa prosa, sus frases incisivas. Nadie daba una higa por sus visiones de América y su histórico Congreso de Panamá, la Liga de las Naciones Americanas, que estaba ahora redactando. El odio no tiene atenuantes: Monteagudo, era indudable, estaba condenado a muerte.

La población de Lima se había convertido en una legión de descontentos. Un coro de voces femeninas se lamentaba de la escasez y la carestía de los alimentos. Protestaba de que hubiera que mantener a ocho mil soldados inactivos, la mitad de ellos extranjeros. La gente estaba cansada de la guerra. Se impacientaba ante las privaciones y se enfurecía ante las depredaciones que los dos bandos cometían. Los soldados estacionados en Lima y los que guarnecían la fortaleza del Callao reclamaban sus pagas, ya retrasadas en seis meses. Y había rumores de que un grupo de aristócratas, antes patriotas ardorosos, se aprestaban a cambiar de nuevo de campo.

Manuela incluía todas estas noticias, con el picante añadido de lo personal, en sus cartas a Simón Bolívar.

Éste había triunfado por lo menos en una cosa. Para cuando llegó a la amurallada ciudad de Trujillo, Riva Agüero había sido apresado por sus propios oficiales, con lo que había desaparecido el peligro de una guerra civil. Liberado de una empresa que odiaba, Bolívar fué generoso con los rebeldes. Incorporó a oficiales y soldados a su propio ejército y, aunque el Marqués

de Torre Tagle reclamaba en Lima la cabeza de su rival, se permitió al derrotado jefe de la rebelión que partiera para el destierro. Finalmente, llegó a Bélgica, donde encontró cierto consuelo casándose con Carolina de Loos, una aristócrata flamenca.

Mientras el ejército se reorganizaba, Simón Bolívar viajaba por el interior, tratando de calcular los abastecimientos que podría obtener para una ofensiva contra el ejército español. Fue la razón de que las cartas de Manuela sobre el estado de cosas en Lima nunca le llegaran. En lugar de él, contestó Juan Santana:

Mi estimada señora:

En este instante recibo la estimada carta con que ha tenido la bondad de favorecerme: yo me creo tanto más obligado a Ud. cuanto que aún mi palabra no estaba satisfecha por haberme ausentado del cuartel general y sólo ahora cuatro días me incorporé a él. En prueba de mi reconocimiento quiero ser el primero en dar a Ud. una noticia que yo sé le será en extremo agradable.

Dentro de cuatro días marcha el general hacia Lima y creo pasará todo el verano en esa ciudad. Ya tiene Ud. destruida la facción de Riva Agüero: sus tropas y este vasto departamento obedecen al legítimo Gobierno del Perú y confieso que nunca ha obrado el Libertador con tanta destreza, con tanta política y tino que en esta ocasión. Si el Perú es reconocido debe dar a este suceso todo el precio de una brillante victoria: ésta nos prepara otra que sellará la gloria del Libertador y la independencia de este desgraciado país. ¡Ah, mi señora Manuelita, qué país es éste y qué hombres! Con cuánto dolor veo al general comprometido tan de corazón; pero yo confío en su fortuna y no puede ser desgraciado quien hace a tantos felices. En fin, señora, yo quisiera ser muy largo, mucho podría decir a Ud. sobre estas cosas; pero mi destino es escribir mucho y nada para mí. Yo me lisonjeo mucho, mucho, en tener la ocasión de serle deudor a Ud. por sus letras y por primera ocasión firmarme su afectísimo amigo.

J. SANTANA

Bolívar pagaba un alto precio por esta actividad. Tuvo varios anuncios, mientras iba Andes arriba, de que la tensión era excesiva y el Dr. Moore había tratado a su modo irlandés de explicarle la necesidad de un descanso. Como de costumbre, Bolívar no hizo caso. La predisposición a la tuberculosis que había heredado de su madre se había manifestado ya y el Dr. Moore le habló de la "terrible tisis". Y ésta cayó sobre el Libertador. Tosió, escupió sangre, vomitó y, durante varios días, permaneció tendido con los escalofríos de la fiebre. Fue llevado a un barco, pero, a mitad de camino de Lima, tuvo un acceso de tos tan impresionante que el capitán temió por la vida del pasajero. El barco entró en una de aquellas radas desiertas y Bolívar fue desembarcado en el pueblo de Pativilca en un estado de completa postración. Sin médicos ni medicina, permaneció siete días entre la vida y la muerte. En Lima circularon rumores de que se estaba muriendo. Manuela se preparaba ya para acudir junto a él, pero el viaje fue detenido por una carta de Juan Santana:

Pativilca, a 14 de enero de 1824.

Mi apreciada señora:

Por fin tengo la satisfacción de anunciar a Ud. que el Libertador se halla tan bueno de sus males que está en estado de convalecencia. Sin embargo, al mismo tiempo, tengo el sentimiento de decir a Ud. que nuestro viaje a Lima no es tan pronto como yo me lo prometía y como todos los deseamos. Mi compañero Medina es el dador de ésta; él podrá informar a Ud. de todo lo que Ud. desea saber, porque tendrá sin duda un placer en hacerlo.

Aquí estamos como alma que se lleva el diablo, muertos de calor, de fastidio y aburridos como nunca.

Crea Ud., mi señora Manuelita, que deseo saludar a Ud. personalmente y que soy su affmo. amigo.

JUAN JOSÉ SANTANA

Bolívar estaba, pues, fuera de peligro. Pero no Lima. Desde la noticia de la enfermedad del Libertador se había intensificado la actividad entre los disidentes. Manuela tenía ahora pruebas

positivas de que el Marqués de Torre Tagle estaba en comunicación con los realistas. Bolívar se había enterado de esto por otras fuentes y se incorporó en su lecho de enfermo para dictar una carta al hombre que en una ocasión calificó de "caballero en toda la extensión de la palabra":

Créame, créame, el país no será salvado de este modo. El mío fué librado porque tuvimos unión y disciplina. No puede Ud. imaginarse lo que esta guerra por la libertad puede ser y puede costar. Soportamos una guerra a muerte durante catorce años y Ud. se queja del pan negro durante cuatro...

La carta surtió poco efecto, porque José, Marqués de Torre Tagle, era solamente una sombra del patriota que había sido. Su orgullo era grande y pueril y estaba totalmente dominado por su esposa, Josefa, quien influyó cerca de él contra Bolívar. Había sido ofendida por Manuela, la brutalidad de las tropas colombianas y la ostentación de Monteagudo, y esto, combinado con el descontento general, había cambiado los sentimientos del marqués. Caballero corpulento, sanguíneo y apuesto, con el uniforme azul de general de las legiones peruanas, Torre Tagle había pasado por todas las fases de la política. Extravagante, indeciso y a merced de cualquier fugaz impresión, era tan voluble como la primavera en Nueva Inglaterra. Se convirtió en patriota cuando la perfidia estuvo de moda y, cuando pareció conveniente un cambio de casaca, se pasó al otro bando sin escrúpulos ni dudas. La revolución le había dejado en posesión de sus cargos, emolumentos, tierras y títulos de nobleza. Ahora la revolución ya no le convenía.

El 4 de febrero, precisamente a las tres de la madrugada, la fortaleza del Callao fué traicionada. Unos pocos días después, el propio Marqués de Torre Tagle abrió las puertas de Lima a los realistas.

PASO DE VENCEDORES

Los *godos* estaban sedientos. Penetraron en Lima el 12 de febrero por la Puerta del Este, se abrieron en abanico por toda la ciudad y, al cabo de una hora, habían tendido un cordón en torno a las cinco puertas de las murallas; Lima estaba herméticamente cerrada. Luego, guiadas por sus confidentes, las tropas de uniformes azules efectuaron registros casa por casa, a la busca de los jefes republicanos.

Fuó una suerte para Manuela, pues figuraba entre los primeros en la lista de los buscados, que estuviera fuera de la ciudad, en la villa. Esto le procuró un precioso tiempo para escapar. Aun así, si no hubiese sido por sus esclavas, la hubieran tomado totalmente desprevenida. Jonotás había estado entendiéndose con un soldado de la fortaleza del Callao, quien le había prevenido que se estaba gestando una tormenta. Como precaución, Manuela había comenzado a guardar los archivos de Bolívar; estaba sumergida en esta tarea cuando le dieron la noticia. Se habían pasado a los realistas, con Torre Tagle, trescientos funcionarios del Gobierno republicano y un regimiento de caballería de las Legiones peruanas.

Todo era confusión en la villa. Muchos soldados, temiendo por sus vidas, se quitaban los uniformes y se ponían los harapos de los campesinos. Nadie hacía caso de las órdenes de los oficiales. Hubo momentos en que parecía que todos estaban perdidos. En esto se presentó el general Miller con un escuadrón de caballería que había logrado salvar de la traición, tendió un cordón alrededor de la villa y dió tiempo a Manuela a recoger todas

sus cosas. Fueron presentándose otras personalidades que habían escapado a la redada realista: el general Lara, alto, tranquilo, imperturbable; Monteagudo, elegantísimo con su casaca inglesa de montar, lamentándose de la pérdida de su *chef* francés; Heres, el ministro de la Guerra, y todos los otros miembros del gabinete de Bolívar.

Prevost, el cónsul norteamericano, en marcha apresurada hacia Trujillo para embarcarse en una nave norteamericana, dijo: "Estoy convencido de que toda la trama es obra de los que rodean a Torre Tagle." Y tuvo un momento para redactar un informe al presidente John Quincy Adams:

Señor:

El día 4 del mes último (febrero), las tropas negras de Bs. Ays. (Buenos Aires), a quienes había sido confiado el Castillo del Callao, se amotinaron en número de unos 1100 y, arriando la bandera del Perú, se negaron a reconocer la autoridad del Presidente y del Congreso hasta que se les satisficieran las pagas atrasadas... Al cabo de una semana, los negros liberaron a los presos confinados en la fortaleza, izaron la bandera española y enviaron un agente a Canterac (el general de las fuerzas realistas) para darle cuenta del suceso... y un Cuerpo de mil españoles acudió a sostener a los conspiradores.

Seguidamente, el cónsul se fué a Trujillo, para ponerse bajo la protección de las tropas de Bolívar. Manuela consiguió recoger todos sus archivos, los uniformes de Bolívar, la vajilla de oro del general y algunas de las propias ropas. Luego, se puso el uniforme y se incorporó al escuadrón.

Por la noche, con media luna, avanzaron por el desierto. Sin árboles que les ocultaran, el general Miller les condujo por un camino sinuoso, entre las dunas, a fin de que las siluetas no fueran percibidas. En un punto de la ruta se les unió un grupo de guerrilleros que formaba parte de la caballería del general Miller. Silenciosamente, sin más ruido que el rumor de la arena pisada por los cascos de los caballos, se desplazaron en dirección

al Pacífico. Una vez alejados de los principales caminos, cruzaron el hinchado río Rimac, dieron un rodeo para no pasar por los pueblos lindantes con el desierto y, finalmente, cambiaron de dirección y marcharon durante toda la noche hacia el este, hasta que llegaron a las desnudas alturas de las estribaciones de los Andes.

* * *

El pequeño destacamento parecía muy poca cosa en aquel imponente mundo de dura roca de la cordillera. La senda de mulas que seguían era tan estrecha que las espuelas rozaban los farallones; había que dar mil vueltas en aquella serpenteante ascensión. Se abrían a los lados abismos que recordaban las bocas del infierno; un tropezón del animal o un descuido del jinete podían precipitar hasta el temeroso silencio de la eternidad. Las desnudas rocas cedían y se desmenuzaban mientras la tropa subía lentamente hacia laderas cubiertas de cactus. A una altura todavía mayor, se veían grupos de achaparrados árboles que habían hundido sus raíces en la tierra recogida por los intersticios de las rocas; luego, estos árboles cedieron el sitio, ya en las altas mesetas, a matas de marchitas hierbas y al verdegrís y espinoso magüey.

A unos tres mil metros sobre el nivel del mar, cabalgaron entre montañas cubiertas de nieve por una vasta llanura ondulada, la temible puna. Estaba completamente desierta, sin vida, inerte. En un cielo increíblemente azul, se deslizaban las oscuras siluetas de los cóndores; un pajarillo zumbador, no mayor que un pulgar humano, se empeñaba en obtener un poco de miel de una fina flor roja que se veía junto a un arroyuelo de aguas heladas. Durante horas, no vieron nada más en la yerma puna.

La montonera precedía al escuadrón y se mantenía siempre alerta. Estos guerrilleros montados, incansables en la silla, habían adquirido instintos de guerra que eran subhumanos; podían oler al enemigo antes de que apareciera y, cuando se les perseguía,

eran capaces de fundirse con el paisaje de la estática puna y desaparecer de la vista. Eran los despozcidos. Eran hombres cuyas familias habían sido pasadas a cuchillo por los realistas, quedado devastadas por aquella guerra sin leyes. En 1821, la localidad de Reyes, a orillas del lago Junín, había sido arrasada por el enemigo; de sus cuatro mil habitantes, sólo trescientos hombres sobrevivieron. Se constituyeron en seguida en una par-tida de guerrilleros. Se incorporaban a estas montoneras los asesinos, los fuera de la ley, los sin tierra, los hambrientos y los desilusionados. No se necesitaban más calificaciones que el odio y la habilidad para montar a caballo. Crueles e implacables, estos hombres servían sin paga, sacando el dinero, de manera nada bonita, a los *godos* que encontraban. Con sus sombreros de fieltro de anchas alas, sus ponchos sobre los hombros y sus lanzas, cuchillos y pistolones, su mero aspecto bastaba para ins-pirar terror a cualquier viajero. Eran de inmenso valor para la causa patriota, pero también una pesadilla para los oficiales; el único de todo el Perú que no les temía era William Miller, el general que cabalgaba ahora junto a Manuela.

Se hubiera dicho que este inglés esbelto de ojos azules era el hombre menos apropiado para estar al frente de las montoneras, pero Miller, que tenía a su cargo toda la caballería patriota, se había conquistado el respeto de estos seres feroces. La mano izquierda con la que sostenía las riendas había quedado inutili-zada por una bala; su rostro mostraba las cicatrices de la explo-sión de pólvora que había provocado al preparar cohetes Con-greve para atacar a la flota española en la rada del Callao. Había permanecido en indecible tormento bajo una máscara de yeso durante semanas, alimentado por una cánula de plata antes de que pudiera ver de nuevo la luz del día. Cojeaba, de otra herida que había recibido en Chile luchando por la causa pa-triota. Era un hombre sin miedo, buen jefe; las montoneras le idolatraban. Había nacido en Kent, ingresado en el ejército inglés a los dieciséis años y combatido en España contra las

legiones de Napoleón. Como la guerra era su fuerte, fué después de Waterloo a la Argentina para servir en las guerras de la inde-pendencia. Había estado en todas las acciones importantes. Había disparado los primeros tiros en la campaña contra los españoles en el Perú y dispararía el último. Era un valiente, este general Miller, con su esbelta figura de delicadeza casi femenina, su larga nariz, sus finas cejas y su cabello claro. Y también un hombre inteligente. Era este mismo guerrero quien un día pro-porcionaria la descripción de los Andes sobre los que ahora ca-balgaban para *La Conquista del Perú* de William Prescott. Y sabía discernir, además: tenía mucha simpatía a Manuela.

Durante varios días, la tropa avanzó hacia el norte por la puna, en busca de Bolívar. Este no huía como ellos, pero cam-biaba constantemente el emplazamiento de su cuartel general para que los realistas perdieran totalmente la pista. Al mismo tiempo, buscaba con su estado mayor por todo el país hombres, alimentos y ropas para el ejército que estaba organizando en los desiertos costeros. Nadie podía revelar su paradero o el asiento exacto de su cuartel general; tal era el motivo de que el escua-drón que escoltaba a Manuela, los archivos y los ministros de Estado, Hacienda y Guerra —el "Gobierno ambulante"—, se desplazara por los desnudos Andes a la busca del Libertador.

Ahora comprendían lo que el ejército tendría que encarar en cuanto abandonaran las cálidas tierras de la costa y subieran a los Andes a presentar batalla a los realistas. El mundo era aquí yermo, color de estiércol, de temperaturas extremas. Por las noches, helaba; durante el día, el termómetro subía por encima de los treinta grados centígrados. No había más alimento que el cultivado por los indios para su propio consumo. Los vacunos merodeaban por las alturas tan indómitos como los leones; había que cazarlos como animales salvajes. No había dónde refugiarse del viento. Las tropas que cruzaban la puna durante una granizada tenían que cubrirse los rostros con las mochilas, porque un hombre podía fácilmente quedar maltrecho por aquellos trozos de hielo que llevaban la velocidad de una bala perdida.

Manuela había visto las manos de un regimiento sorprendido por una de estas tormentas; estaban desolladas, cortadas y san- enfermedad de la montaña que provocaba repentinos desvaneci- mientos. A cuatro mil metros de altura, el aire enfriado hacía la respiración muy penosa. En una ocasión, un batallón de pa- triotas pasó a Manuela, en rápida marcha, por la puna; de pronto, al escalar una elevación de la meseta, los hombres se derrum- baron uno tras otro, como segados por invisible guadaña. Nunca, en toda la historia del mundo, se habían librado batallas en terreno tan inhospitalario.

Manuela había quedado tan aturdida por la rápida sucesión de los acontecimientos, que hasta ahora no había podido valorar el desastre de Lima. La situación era angustiosa. Con Lima y la fortaleza del Callao en manos de los españoles, los patriotas sólo dominaban ahora una delgada franja del Perú septentrional. Los Andes eran una tierra de nadie. El campo no podía man- tener a fuerzas numerosas; las patatas, la cebada y la quinua que se cultivaban en aquellas áridas tierras altas apenas bastaban para alimentar a los indios. Bolívar había perdido la capital, el tesoro y el puerto por donde podían llegar los abastecimientos. Su Gobierno eran tres hombres a caballo, sus ejércitos carecían de medios de ataque y el enemigo, con diez mil hombres, los rodeaban. El Libertador enfrentaba un desastre. Sin embargo, cuando le preguntaron: "¿Qué hará usted ahora, mi general?", contestó: "¿Yo? ¿Yo? Triunfaré."

El escuadrón que protegía al "Gobierno ambulante" se dividió en el camino andino. Jacinto Lara, impaciente de tener que seguir el paso lento de las mulas de carga que llevaban los baúles de Manuela y los archivos de Bolívar —asqueado también con el perfume a agua de colonia del Dr. Monteagudo—, tomó un destacamento de lanceros, dobló hacia el oeste y se dirigió a la localidad de Huarás.

El pueblo, con sus tejados de tejas color de siena, se extendía en un protegido valle, bajo las dentadas cumbres de los montes

más magníficos del Perú. Por el este y el oeste, picos de más de seis mil metros de altura, cubiertos de glaciares eternos, contenían a los tormentosos vientos. Frente a la mayor casa de la plaza montaban la guardia varios soldados con el uniforme azul y rojo de la Legión Peruana. A la entrada, se veía el pendón del Libertador.

El general Lara encontró a Bolívar entre papeles, sumergido en tareas administrativas. Acababa de volver de una inspección personal durante la que había secuestrado rebaños, paños de los telares de los indios y plata de las iglesias. Después de un cambio de impresiones sobre la situación en Lima, Lara anunció con un tono de irritación extrema:

—Han llegado la señora Manuelita y el Doctor Monteagudo.

Bolívar recibió esta noticia con escaso interés aparente y volvió al trabajo de su mesa. Pero Lara no estaba dispuesto a que le pasaran por alto.

—Estamos en vísperas de vérnoslas con los *godos* y Vuestra Excelencia está de nuevo acompañado de mujeres. —Entre las "mujeres", incluía a Monteagudo.

—Bien, corren los riesgos de la campaña.

—Eso está muy bien —replicó Lara—, pero la verdad es que alguien va a matar a Monteagudo.

Bolívar se levantó de la mesa y, con la voz aguda con que revelaba su enfado, gritó:

—¡Que se atreva alguien a tocarle un pelo de la cabeza y...!

Y no se habló más del asunto.

A pesar de su mucho trabajo, Bolívar envió una carta a Manuela —ésta se había instalado en Huamachuco, a unos ciento cincuenta kilómetros de distancia—, expresando la satisfacción que le causaba saberla sana y salva y la esperanza de que pronto pudieran verse. Y en seguida partió de nuevo con su estado mayor, a registrar los Andes en busca de los elementos necesarios para la guerra.

Ya en camino, decidió pasar unos días en el pueblo de San Ildefonso de Caras. Era como los demás pueblos de los Andes,

un grupo de casas de rojos tejados arracimadas alrededor de una plaza dominada por una vieja iglesia medio desmoronada. Los oficiales de la vanguardia tenían sus instrucciones. A su llegada al pueblo, buscaron al alcalde, un rústico cuya múltiple papada caía en cascada sobre la sucia camisa.

En seco tono militar, repitieron mecánicamente las necesidades del general Bolívar:

—Necesitamos habitaciones para Su Excelencia y su estado mayor, una casa para el escuadrón de caballería, buen forraje para los caballos y, en relación con la persona, un buen dormitorio, una buena mesa, una buena cama, etcétera, etcétera, etcétera.

¿Comprendió el alcalde? Sí, el alcalde comprendió. ¿Sabía qué exigente era el general Bolívar en estos asuntos? Sí, lo sabía. Seguiría al pie de la letra las instrucciones de los oficiales.

Cuando éstos se fueron, llamó a las personalidades del pueblo, quienes todavía llevaban las ropas rurales del siglo último, con toscas medias y calzones cortos. Les explicó los deseos del general, que iba a llegar aquella noche. Lo comprendieron todo, o casi todo, hasta llegar a los "etcéteras". Se discutió lo que esto podía significar, pero Don Pablo, que había estado una vez en Lima y tenía así algún conocimiento del mundo, creyó atinar con aquello a lo que el general se refería.

Aquella noche, con una luna llena que se reflejaba en las nieves de los montes de Huarás haciendo que pareciera de día, Simón Bolívar penetró a caballo en el pueblo de San Ildefonso. Don Pablo, con una camisa recién lavada, estaba a la puerta cuando Bolívar llegó al alojamiento que se le había preparado. El alcalde, frotándose las manos, especificó todo lo que el general había reclamado. Cuando Bolívar entró en su dormitorio, vió allí, de pie, temblando de miedo y a punto de llorar, a las tres jóvenes de mejor aspecto que Don Pablo había podido amedrentar en plazo tan breve.

—¿Y éstas? —preguntó Bolívar, con un movimiento de la mano—. ¿Quiénes son?

Sacudiendo sus seis papadas, Don Pablo se acercó, arrastrando los pies, a las tres jóvenes.

—Estas, Excelencia, son Etcétera, Etcétera y Etcétera.

Las palomitas cautivas fueron puestas en libertad, pero el general eligió otra, llamada Manuelita Madroño, una jovencita de dieciocho años de la que se decía no tenía su igual en toda la provincia. Compartió el lecho de Bolívar aquella noche y, a estar a los habladores del cuartel general, todas las otras noches hasta que la luna llena desapareció. Desde luego, Manuela Sáenz se enteró de todo; el episodio no podía ser guardado ni por ciento cincuenta kilómetros de montañas. Sola, aburrida y enfadada por lo que juzgaba una aventura sin sentido, se sentó en Huamachuco y escribió a su amigo Juan Santana:

Huamachuco, 28 de mayo de 1824.

Mi amigo:

Las desgracias están conmigo, todas las cosas tienen su término, el general no piensa ya en mí, apenas me ha escrito dos cartas en diecinueve días. ¿Qué será esto? Usted que siempre me ha dicho que es mi amigo, ¿me podrá decir la causa? Yo creo que no, porque usted peca de callado. ¡Y que yo se lo pregunte a usted! Pero, ¿a quién le preguntaré? A nadie; a mi mismo corazón, que será el mejor y único amigo que tenga. Estoy dispuesta a cometer un absurdo; después le diré cuál, y usted me dará la razón si no es injusto. No será usted temerario; se acordará usted en mi ausencia de la que es muy amiga de usted.

MANUELA

P. D. Adiós, hasta que la casualidad nos junte, que yo estoy muy mala y puede que muera de ésta, porque ya no quiero tampoco vivir más. Ya basta, ¿no le parece?

Eran estos momentos muy raros en la vida de Manuela; tenía una confianza ilimitada en sus encantos y su dolor fué de corta duración.

Y pronto Bolívar, en sus interminables recorridos, llegó a Huamachuco. Manuela lo recibió con pasión. Su reconciliación

fué deliciosa. Fué un breve momento de amor robado al torbellino de la revolución; el mañana era incierto, pero la mezcla de terror y deleite los embriagó.

Y en seguida, Bolívar se fué de nuevo.

Transcurrieron así semanas y meses. Se escribían y las interrupciones en esta correspondencia solían ser salvadas por Santana. Manuela, protegida por un destacamento de lanceros colombianos, seguía la senda de Bolívar, llevando las cajas de los archivos por la accidentada superficie de los Andes.

Al tomar el camino que llevaba al cuartel general de Huarás, Manuela pudo advertir los preparativos que se hacían para cruzar las montañas. La estrategia era tan evidente que nadie se esforzaba por ocultarla; Bolívar iba a llevar a su ejército Andes arriba, a las regiones dominadas por los realistas, y buscar allí un lugar adecuado para la batalla decisiva.

El encargado del cruce de los Andes era el general Sucre. Sabía lo que una operación así suponía; había luchado en los montes durante quince años y sabía que, por cada soldado que moría en combate, morían una docena en las marchas. Por esta razón, a todo lo largo de la ruta que se había proyectado, se estaban levantando refugios de madera. Era preciso traer todo, de la costa o de la selva húmeda, a esta tierra sin árboles. Mientras los carpinteros construían los toscos abrigos, los soldados mantenían a distancia a los exploradores realistas. Los indios cortaban *champas*, la turba indígena, para que sirvieran de combustible; se ordenó a los habitantes de la región andiña que señalaran la ubicación de cuevas donde pudieran guardarse los abastecimientos. A estas cuevas, donde la temperatura siempre estaba bajo el punto de congelación, las cadenas de indios llevaban fardos de charqui —la carne de llama secada al sol—, arroz, tabaco, sal y hojas de coca, de donde se obtenía la cocaína. Todos los indios que participaban en estas actividades iban a permanecer bajo la vigilancia hasta la ascensión del ejército, a fin de que ninguno revelara a los realistas la ubicación de los depósitos.

En Huarás, Manuela era de nuevo una mujer. Abandonó su

uniforme de montar, seleccionó sus vestidos más femeninos y se entregó luego a Jonotás, quien dispuso las largas trenzas de un negro azulado en una especie de tiara o corona entretejida con flores recién cortadas. Perfumada con verbena, maravillosamente peinada y con un vestido que dejaba al descubierto sus hombros, de manera que todos pudieran admirar el alabastro de su carne, Manuela quedó preparada para el improvisado banquete.

Bolívar se había ido, pero sus oficiales se disponían a obtener unos momentos de placer de aquella guerra terrible. Estaban allí O'Connor, que compartía una habitación con el general Sucre, y el coronel Sandes, encantado de poder lucir su uniforme de gala azul con guarniciones rojas y sus charreteras doradas con la cinta azul y la hoja de laurel que revelaban su rango. También estaban presentes otros antiguos amigos de Manuela: el capitán Simpson, que era quien la había traído del Ecuador en el *Helena*, y el animado William Fergusson, que adornaba su castellano con el acento y los giros de Dublin y hacía grandes honores al whisky irlandés que Simpson había traído. Era el mismo Fergusson de siempre, pero un poco refrenado desde su consejo de guerra: había sido condenado a muerte por desobedecer órdenes y Bolívar le había salvado sólo en el último momento.

Charles Sowerby se mostraba especialmente alegre. Sus hombres habían tendido una emboscada a una columna de abastecimientos de los realistas y habían vuelto con víveres y vinos destinados al Virrey. Tenía un aspecto muy juvenil, a pesar de que, con veintinueve años, había visto ya todos los horrores de la guerra que pueden ser creados por el hombre. Había recorrido media Rusia y combatido en las legiones de Napoleón en Borodino; aquí, en América, había participado en todas las acciones. Y había salido de todo esto —siempre se jactaba de ello— sin un solo arañazo.

Algo distinto sucedía con Bruiz, quien trataba de comprender el francés que Manuela le estaba hablando. Un valiente francés de París de maneras rimbombantes había sido paje de

Napoleón. También había prestado servicio en Rusia; había pertenecido al primer destacamento que irrumpió en Moscú y su hermoso rostro tenía una cicatriz de sablazo que iba desde la oreja hasta la comisura de los labios.

La noche se fué convirtiendo en una bacanal. Jonotás hizo una exhibición de la lasciva *ñapanga* y Manuela acentuó la nota con el *bondu* peruano, un bolero de moda que bailó con el acompañamiento del tamborileo de los dedos de Jonotás con el un tambor prestado. Fergusson bailó una jiga irlandesa y hasta Sucre, que siempre era comedido en estas reuniones, se animó y bailó con Manuela.

Quando la fiesta estaba en sus postrimerías, Sucre, "ese caballero completo", como O'Connor le llamó, se volvió muy serio hacia Arthur Sandes. Todos los presentes sabían que los dos estaban enamorados de la misma joven, de la bella Mariana, la hija de dieciocho años del Marqués de Solando, a quien habían conocido en el Baile de la Victoria de Quito.

—Don Arturo —dijo Sucre—, dicen que la joven hija del Marqués de Solando le ha prometido casarse con usted. Yo también la quiero. Por eso, si usted no se opone, hagamos que la suerte decida quién de los dos ha de obtenerla. Tiremos un peso a cara y cruz para ver quién se lleva la mano de la marquesita. Si usted pierde, enviaré ahora mismo a Quito mi petición de mano, aunque estemos separados por trescientas leguas.

—¿Por qué no? —contestó Sandes—. Al fin y al cabo, los dos podemos morir en esta guerra tan cruenta.

O'Connor tiró un peso al aire.

—¡Cara! —gritó Sucre.

La moneda, que mostraba en el anverso el perfil del rey de España —la nariz romana, el bello borbónico—, y las armas de Castilla y León en el reverso, subió y bajó dando vueltas, rodó y acabó deteniéndose con un tintineo. Había quedado arriba la efige imperial de Carlos IV.

Sucre había ganado.

Detrás de las murallas de Trujillo, la tercera ciudad del Perú, Bolívar había creado un nuevo ejército. Tomó los restos de las unidades de Argentina y Chile, los incorporó a las Legiones peruanas y al Cuerpo colombiano y puso a todas las fuerzas bajo un mando único. El uniforme oficial era la casaca azul de puños rojos, pero el paño escaseaba tanto, que Bolívar quedó muy contento de poder comprar a crédito —y, por tanto, a precios fantásticos— todo el que le ofrecieron los mercaderes ingleses. Habían encargado en Europa la adquisición de todo el atuendo militar disponible. Había grandes capotes destinados a abrigar a los franceses en su marcha sobre Moscú y equipos recogidos en el campo de batalla de Waterloo. Algunos oficiales llevaban bicornios de charol y algunos granaderos se cubrían con morriones de la Guardia. Otros se sentían muy contentos con sus botas Wellington o sus borceguíes hasta el muslo, pero, en general, el ejército calzaba sandalias, *jatas*, hechas de cuero verde. Cada compañía recibía unas cuantas pieles de buey y cada soldado cortaba un trozo para fabricarse su propio calzado. Pero, a pesar del estrafalario atuendo, el ejército tenía muy buen aspecto. El general William Miller, que estaba al frente de la caballería, declaró a un amigo: "Le aseguro que la infantería colombiana, lo mismo que la caballería, podría desfilar por el Parque St. James y atraer la atención."

Pero, sin Lima y su casa de la moneda, Bolívar andaba con graves preocupaciones de dinero; por ello puso a todos sus hombres, cualquiera que fuera el rango, a un cuarto de paga. Un capitán, que ganaba mensualmente setenta y cinco pesos, sólo recibía dieciocho. Un soldado, cuyos haberes eran diez pesos, tenía que ceder cuatro para el rancho y el uniforme; el resto se reducía a la mitad, por lo que el saldo era únicamente de centavos semanales. Pero se cobraba, por lo menos. Y esto creó un nuevo espíritu en el ejército.

Bolívar se había mostrado despiadado en la creación y el abastecimiento de sus fuerzas. Incorporó a filas a muchos renuentes peruanos, a fin de que participaran plenamente en la campaña por su propia libertad; el reclutamiento era muchas veces cruel e injusto, pero así era al fin de cuentas todo el proceso de la guerra. Quitó a las iglesias su plata, a los indios sus ponchos y a los dueños su ganado, a veces contra un recibo, pero otras sin ningún reconocimiento de obligación.

Pero, ante todo, quería levantar los ánimos de la tropa, pues iban a encarar una de las más terribles marchas de la historia militar. Cuidó personalmente de que se alimentara bien a los soldados. Cada cien hombres tenían asignado diariamente un gran vacuno. El cuero se reservaba para sandalias y la carne se dividía. Los soldados se reunían alrededor de las fogatas, asaban su carne y la hacían bajar con tragos de *chicha*. El pan era reemplazado en la ración cotidiana con dos puñados de grano que se comía tostado. A veces, la ración se aumentaba con arroz, verduras y *charqui*.

Sin embargo, no había todavía suficientes soldados adiestrados, y Bolívar volvió a pedir más hombres a su Vicepresidente, en Bogotá: "Si se me envían tropas, obtendremos la libertad."

Tenía que convencer todavía a Santander, su rival, de las ventajas del plan general. Hasta ahora todo había sucedido como Santander lo había anunciado: Perú era una ciénaga política y Bolívar había caído en ella por insistir en que allí estaba el campo de batalla final y decisivo. Por ello, Santander vacilaba deliberadamente una vez más y hacía caso omiso de las peticiones de más tropas. Bolívar lo acusó entonces de ampararse detrás de la letra de la Constitución; veía en él de nuevo al "hombre de leyes" que retenía con deliberación los medios de la victoria. Después de esto, las cartas del Libertador se hicieron cada vez más agresivas.

Santander, sentado a su mesa de trabajo en Bogotá, lejos de los campos de batalla, con las manos plegadas sobre el voluminoso vientre, se lamentaba ante todos los que querían oírlo, sin

contar a quienes no querían hacerlo: "El Libertador me cree un Dios que puede decir 'Hágase' para que quede hecho. Reclama despiadadamente armas y hombres, y lo peor es que Bolívar obtiene todos los aplausos, sin que los peruanos reconozcan el esfuerzo que realiza el Gobierno de Colombia." Pero a los vituperios de Bolívar de que era un mero "hombre de leyes" contestó de manera más directa:

Nada es tan penoso para mí como su carta oficial, en la que acusa a este Gobierno de todos los males del Perú, porque acoge sus peticiones de más tropas con una aparente indiferencia. Soy un hombre honrado, mi general, y mi conducta en estos asuntos no merece que nadie, y menos que nadie usted, la haga objeto de censura tan injusta y deliberada. Gobierno Colombia, no el Perú. Las leyes que me dieron para que gobernara esta República nada tienen que ver con el Perú y su carácter no cambia por el hecho de que el Presidente de Colombia, Vuestra Excelencia, mande un ejército en suelo extranjero. O hay leyes o no las hay... Y si las hay, deben ser guardadas y obedecidas.

Cuando las copias de esta correspondencia llegaron a Manuela para que fueran incluidas en los archivos de Bolívar, la vehemente quiteña se mostró muy indignada. ¿Qué clase de hombre era este Santander, que así atacaba la gloria del Libertador? Manuela lanzó sapos y culebras contra Santander, como si éste fuera más enemigo que los regimientos de godos que se mantenían a la espera al amparo de los Andes. Pero pronto terminaron estos especiosos argumentos sobre la metafísica de las leyes. Había llegado el momento de la decisión; el ejército se había puesto en marcha.

Durante toda la segunda mitad de junio, los soldados pasaron por el valle de Huarás, camino de su ascensión de los Andes. Día tras día, las tropas, que sumaban nueve mil hombres —tres divisiones de infantería, una de caballería y otra de granaderos montados—, serpentearon hacia el paso de la montaña. Desde

aquí, el ejército avanzó en tres columnas, cada una de las cuales tomó un camino distinto. Así, si los realistas tendían una emboscada en las traicioneras angosturas de las montañas, no se vería en peligro toda la fuerza. Las montoneras montadas, armadas con trabucos, iban delante de las columnas para proteger los pasos; detrás de ellas iba la caballería, con cada soldado montado en una mula y llevando a su caballo de batalla de la rienda. Luego, en una sola fila, tan estrechos eran los pasos, venía la infantería, subiendo lentamente por los desfiladeros de los Andes. A mucha distancia de la tropa venía la administración militar, con seis mil cabezas de ganado. Y en algún perdido lugar de todo este despliegue iba Manuela, montada, con su uniforme de coronel, sobre el que se había echado un poncho azul y rojo de alpaca. Sus papeles, sus esclavas y su equipaje formaban, a pesar de las protestas del general Lara, un pequeño escuadrón propio.

Durante todo el día, las cornetas, transformadas en medios de comunicación, resonaban por los valles, despertando en los muros de roca mil ecos que descendían hasta invisibles abismos. Era una marcha lenta y penosa. Día tras día, la ascensión; luego, las inquietas noches de un frío que embotaba. Los que no lograban alcanzar alguno de los abrigos de madera contruídos para tal fin morían de pie apoyados en la roca. Y las mulas, incapaces de encontrar alimento entre las inhospitalarias peñas, se debilitaban y perdían la firmeza de su paso. Varias veces al día, alguna mula resbalaba en el estrecho retallo y se precipitaba al vacío con su jinete. Los aterrorizados soldados se apretaban contra el muro mientras oían los gritos del hombre que caía, el golpe sordo de los cuerpos que daban contra el fondo, el rumor de las piedras arrastradas... Luego, se hacía un silencio imponente... Pero se oía una vez más la estentórea voz de mando y los soldados reanudaban su lento paso, casi a la funerala, cuesta arriba...

Así día tras día.

Se veían ahora tumbas. Con cada kilómetro que se avanzaba,

moría algún soldado. Sin embargo, la noticia emocionante fué que el grueso del ejército había pasado los dentados Andes y alcanzado las frías tierras llanas de la puna. Los relieves no habían conseguido detener a las fuerzas patriotas. No sabían, a causa de la táctica de avanzar en tres columnas, si se trataba de un reconocimiento poderoso o del esfuerzo principal y, cuando descubrieron que Bolívar estaba desplazando la totalidad de su ejército, era demasiado tarde para detenerlo.

Sin embargo, la puna sin árboles y barrida por el viento estaba llena de caballería realista, y Manuela se vió en peligro en cada paso del camino. Sabía que figuraba entre los primeros de la lista de proscripción y que, aunque mujer, se balancearía en una horca apenas fuera capturada. En cuanto a Simón Bolívar, no lo había visto desde hacía semanas. Iba a establecer su nuevo cuartel general en la vieja aldea de Huanuco, en los Andes centrales, pero ella se alojaría en otro sitio. Se convino, pues, entre Santana y ella, que en sus cartas emplearían la palabra de código "coronel" para designar a Bolívar. De este modo, si alguna de las cartas caía en poder de los exploradores realistas, nadie podría determinar dónde se hallaba el general. El 23 de junio, Manuela recibió la primera carta de Santana:

Mi apreciada señora:

En este momento se me presenta Luis a pedirme un pasaporte para Huanuco. No quiero pues perder la ocasión de saludar a Ud. y preguntarle mil cosas que deseo saber: ¿cómo le ha ido en su viaje? ¿Por qué fué esto? Ud. me perdonará mi curiosidad: el interés que tengo en todo lo que le toca me obliga a dar este paso que en otro tiempo sería indiscreto. Yo me acuerdo que Ud. muchas veces ha depositado su confianza en mí y ciertamente es lo que más agradezco. No sé por qué dejé de ver a Ud. cuando visitó el cuartel general. Vine a buscarla a casa del coronel y estaba Ud. hablando francés; me fuí a la mía con intención de volver por la mañana, pero al levantarme supe que Ud. no había amanecido...

Hablaré de todo a un tiempo. El 28 nos vamos al Cerro.

El 1º de agosto emprenderemos las operaciones y el ejército se está reuniendo. Ud. dirá que soy un caballero extravagante, y aun yo no sé qué, cuando hablo a Ud. de guerra. Pero qué quiere Ud. que le diga, mi Señora. Ciertamente, no hablaré a Ud. de Braceros, ni-e-ve, gr-a-to de-ber, etc., porque entonces merecería algunas notas...

Déme sus órdenes, porque deseo servirla a Ud. Por Ud. repito lo que he dicho en mi anterior sobre el coronel...

Poco podía hacer Manuela, aparte esperar. Bolívar, que generalmente escribía un torrente de cartas, aun en plena marcha, no tenía tiempo para dictar; era ahora un guerrero a la busca de un campo de batalla. Sus tres ejércitos se habían reunido y estaban ahora reparando el daño causado por la ascensión. Los realistas habían aceptado el desafío; los exploradores informaban que había hacia el sur una concentración de tropas azul y oro.

El 18 de julio, Santana escribió de nuevo facilitando detalles del cuartel general, informando sobre Bolívar y hasta extrayendo un poco de buen humor de las terribles realidades de la guerra. La carta está fechada en la aldehuela de Huriaca.

Mi apreciada Señora:

Tres días ha que llegamos a este pueblo y estaremos en él algún tiempo. No todo va como quieren los coroneles; las cosas siguen su curso y en la guerra siempre son lentas. Muchos se desesperan, pero yo me armo de mi filosofía y, ahora que acaba de llegar un inglés, me creo invencible. Ud. dirá que soy maniático, pero como todos los hombres lo son, poco más o menos, bien puedo confesarme con Ud., sobre todo cuando lo principal es querer la nación que me ha adoptado y hablar un idioma que es casi el mío. Ud. dirá que esta frase es larga, pero yo nada tengo que decir a Ud., aunque no me falten nunca deseos de escribirle. Verdaderamente no tengo cabeza para nada y, para completar esta carta, sólo faltan algunas de las notas de Ud. para despertar mi imaginación. Ud. dirá que soy un caballero malhumorado. No, señora, cuando converso con Ud., todo se disipa y soy el mejor hombre y ¿quién no lo ha

de ser con Ud? Dirá Ud. que soy lisonjero. No, soy franco; mi amistad por Ud. tiene algo de gratitud y es tan desinteresada como sincera. Siempre he dicho a Ud. que el día que me despida el coronel nada le pediré y todo le agradeceré. Entendez vous madame. Yo también hablo mi poquito de francés, pero, como este es el idioma privilegiado, son tan pocas las palabras que apenas pasan de tres. Como del inglés nada se ha dicho, cuando Ud. quiera le escribiré una carta en esta lengua. Ud. ha de creer que estoy escribiendo por escribir.

Torre y Moore han llegado esta mañana y ayer se nos presentó el *hombre de las cortinas*. Mañana aguardamos el *hidráulico* y el *Coronel* se porta bien, aunque estuvo algo enfermo. Nada me ha dicho Ud. sobre sus cartas de Quito. ¿Las ha recibido? ¿Cumplo o no? Todo, todo es por Ud. y así será siempre...

En una altura que dominaba una gran extensión de terreno, el general Bolívar estaba pasando revista a sus tropas. Era uno de los mejores ejércitos que había mandado; hasta donde podía alcanzar la vista en el claro horizonte, los soldados se estaban concentrando. En este lugar, a tres mil quinientos metros de altitud, contemplaba uno de los más espectaculares panoramas de toda América. A su espalda, hacia el oeste, estaban los dentados picos de los Andes entre los que había pasado con sus tropas; al este, oculto por la niebla, se hallaba el Amazonas; en el llano que se extendía por el norte, se divisaba un gran lago de aguas glaciales que era la más alta fuente del poderoso río. Las pampas que rodeaban al lago iban a ser el campo de batalla de Bolívar. Las divisiones realistas se acercaban y los exploradores informaban que las largas columnas del enemigo convergían hacia los llanos de Junín.

Desfilaron ante Bolívar nueve mil hombres. Era un auténtico ejército aliado: veteranos de las batallas de Quito y Lima, fuerzas que habían cruzado los Andes con San Martín para combatir en Chile, soldados que habían sobrevivido a la "guerra a muerte"

de Venezuela y, entre las legiones de extranjeros, sobrevivientes de las batallas del Rin, Moscú y París.

El general Miller mandaba la caballería. El fino polvo levantado por miles de cascos anunció la proximidad de esta fuerza; luego, llegó el estrépito de los escuadrones en rauda marcha. Eran los mejores jinetes del mundo: gauchos de las pampas argentinas que podían recoger un peso de plata del suelo a todo galope; guasos de Chile que habían montado desde su infancia; llaneros de Venezuela, con sus ladeados morriones de piel de jaguar; y, con la caballería regular, las muy temidas montoneras peruanas.

El primer choque era inminente. Era agosto. Los realistas, engañados por una defectuosa información, se desplazaron hacia el este del lago, agotándose en una larga marcha, porque creían que sólo tenían delante una división de los rebeldes. En lugar de esto se vieron ante todo el ejército patriota. Se ordenó una retirada. Bolívar envió sus tropas a marchas forzadas al otro lado del lago, en un intento de cortar el paso a todo el ejército realista. Por la tarde, los exploradores patriotas apostados en las alturas vieron a los *godos* en retirada a unos ocho kilómetros de distancia. Los oficiales tenían dificultades para contener a los soldados. La caballería cambió sus mulas por sus caballos, tomó sus lanzas de tres metros y medio de longitud y se lanzó a una tenaz persecución; detrás, se puso en movimiento todo el ejército.

Era tarde y las sombras de la gélida noche se echaban ya sobre la tierra. Los indios montañeses salieron de sus chozas de barro y subieron a puntos ventajosos para contemplar el espectáculo. Ahora los realistas se habían detenido. Desplegaron su caballería, numéricamente superior, y se prepararon para una acción de retaguardia.

Cayeron sobre ellos los patriotas, haciendo retemblar el llano con los cascos de sus caballos y lanzando terribles gritos. La caballería realista, obedeciendo las órdenes de sus clarines, espoleó a sus animales y se lanzó hacia adelante a pleno galope. Las líneas se encontraron en choque imponente. Las lanzas estaban

impelidas con tanta fuerza que pasaban de parte a parte al adversario. La fuerza de la carga llevó a los patriotas a través de las formaciones enemigas y, al poco tiempo, la batalla era una informe rebufiña. Se abandonaron las lanzas y las dos fuerzas se acometieron con los sables. No se disparó un tiro. Los patriotas se replegaron y reorganizaron. En seguida, entró en acción una reserva de caballería peruana y, sacudidos por la nueva carga, los *godos* rompieron sus formaciones y huyeron. Tras ellos iba la caballería de Miller, sableando a diestro y siniestro. Pronto se hizo de noche. El enemigo rompió el contacto y se replegó a toda prisa. En una hora, los patriotas habían derrotado a la flor de las legiones de España. Cientos de cadáveres quedaban sobre el terreno. Los caballos sin jinete, muchos mal heridos, lanzando relinchos de espanto, pisoteaban a los caídos. Los heridos, temiendo el frío de la noche, llamaban incesantemente a sus camaradas. Un realista, que había quedado clavado a la tierra por la lanza que le había empalado, se mantenía levantando y bajando su cuerpo por el asta; un soldado que pasaba por allí cerca le saltó compasivamente los sesos. Durante toda la noche, a la luz de las linternas, los patriotas buscaron a los heridos, pero los indios ya habían despojado a los caídos de sus uniformes y aquellos que no fueron hallados en seguida murieron de frío.

• • •

Dentro de una choza india, donde el inerte pendón rojo de Simón Bolívar colgaba de una lanza, los oficiales de su estado mayor trataban de precisar el alcance de la victoria. Habían tenido siete oficiales y cincuenta soldados muertos y menos de cien heridos; el enemigo había perdido seis veces más hombres. El efecto de la victoria sería como Bolívar lo preveía: enorme. Era la primera vez que las legiones de España chocaban con los ejércitos aliados en un combate en toda regla. El triunfo daría nuevos ánimos al ejército de Bolívar; los que se habían pasado al campo realista tendrían ahora mucho que pensar y los que

habían vacilado se sentirían ahora más firmes. Ahora que los soldados patriotas habían oído la sangre de los jactanciosos *godos* vencidos en la batalla, las órdenes de Bolívar eran seguir al enemigo en retirada, elegir un lugar conveniente y librar en él la lucha decisiva. A la luz de una linterna, los oficiales, todavía manchados de sangre, brindaron por la victoria.

Uno solo de los oficiales presentes no levantó la copa. No pudo hacerlo; una vieja conocida había detenido su mano. Sowerby, apoyado contra la pared, estaba pálido y silencioso. Durante la reunión nocturna del estado mayor, no había hablado; en las comisuras de sus labios se estaba formando una espuma sanguinolenta. Había recibido dos lanzazos en la primera fase de la batalla. Creyó que sólo había sido herida la carne y continuó luchando hasta que cayó del caballo por la pérdida de la sangre. Vendado con una de las finas camisas de lino del general Miller, había insistido en permanecer de pie, como si quisiera recibir a su antigua amiga en posición de lucha. Finalmente habló. Quería hacer una corrección a las cifras de muertos y heridos; la lista de bajas incluía siete oficiales muertos. Era un error.

—Son ocho —dijo Sowerby.

Dicho esto, se deslizó poco a poco hacia el suelo, dejando en la pared un trazo de sangre que señalaba su caída.

Miller se inclinó sobre él. . . Sowerby, que había luchado bajo las banderas de Napoleón y había sobrevivido a los horrores de la retirada de Moscú, se estaba muriendo ahora, a los veintinueve años, de un lanzazo recibido en una batalla librada en la cumbre del mundo.

—Miller —murmuró—. Hemos combatido juntos. Es usted mi más antiguo y mejor amigo. Estoy demasiado débil para hablar mucho. Escriba a mis padres y dígales que he caído luchando por una causa gloriosa.

Manuela seguía a la victoria con tres días de retraso. El ejército estaba muy delante de ella y hasta la administración militar, con sus rápidamente menguantes rebaños, le llevaba días de ventaja. La intrépida mujer se detuvo en el campo de batalla de Junín el tiempo estrictamente necesario para enterrar al coronel Sowerby en la iglesia india de Carahuamayo y poner en la sepultura el epitafio que el general Miller había escrito. Luego, desplazándose hacia el sur, se vió perdida de nuevo entre las montañas cubiertas de nieve. Perdió todo contacto hasta que llegó finalmente una carta de Santana:

Huanta, 28 de agosto de 1824.

Mi mejor amiga:

Muchas cartas he escrito a Ud. desde que salí de Huariaca. Tengo el sentimiento de decirle que aún no he visto ninguna suya; no sé cuál es su paradero, el estado de su salud y en qué ha parado el viaje a la costa. Nada, nada me quiere Ud. decir. Yo soy siempre el mismo y conforme a mi eterna máxima en amistad, estoy a cien leguas de Ud. pero muy inmediato a la buena amistad que siempre le he profesado. Sobre esto nada debo decir a una señora que debe conocerme. Dígame, pues, dónde se halla para poder dirigir mis cartas con seguridad, porque no quiero que en ningún tiempo me acuse Ud. de indiferente.

Estamos a seis leguas de Huamanga y mañana entraremos en esta tercera ciudad del Perú. Los *godos* van huyendo largo; los nuestros los persiguen y les hacen perder mucha gente. Nosotros no veremos la costa en mucho tiempo, porque las circunstancias de la guerra nos arrastran hacia el Alto Perú. Destruir los enemigos antes de que se reformen es el objeto principal que nos ocupa ahora. Lima y El Callao, por sí mismos, quedan aislados y cualquier fuerza puede bloquearlos.

La campaña se había convertido ahora en una guerra de posiciones. Había escaramuzas, retiradas, avances. El sufrimiento en ambos campos era horrible, pero los patriotas sufrían más, por-

que estaban en tierra hostil. El Virrey había sido dueño de esta región montañosa durante cinco años, y los indios, que tenían en las tropas godas un mercado continuo para sus productos, favorecían a los realistas y eran la base de su ejército.

En una ocasión, una compañía de patriotas, a la busca del enemigo, quedó atrapada en un paso cubierto de nieve; al poco tiempo, todos sus componentes estaban sufriendo la ceguera de la nieve, el *surumpi*. Se les formaban unos tuberculillos en el globo del ojo y sólo podían bajar los párpados con un dolor agudísimo; a los dos días estaban completamente ciegos. Los indios los encontraron apretujados a un lado del precipicio y se ofrecieron a llevarlos a un lugar seguro. En fila, siguieron al guía, cada hombre agarrado al poncho del que tenía delante. De este modo, bajaron por las resbaladizas laderas heladas hasta el llano. Cuando recobraron la vista estaban ante los fusiles de los *godos*, en cuyas manos los indios los habían entregado. Una descarga a quemarropa los dejó de nuevo ciegos. Así se desarrollaba la guerra.

Y Manuela esperaba.

Esperaba con toda la impaciencia con que una mujer espera a su amante. Había seguido a Simón Bolívar y sus ejércitos a lo largo de mil quinientos kilómetros, por uno de los más terribles paisajes del mundo, sin más afán que el de estar con él entre batalla y batalla. Al comienzo, cuando estaba sin noticias, se torturaba, imaginándose que algo había sucedido, pero poco a poco ganó confianza en la propia creencia del Libertador de que su gloria lo protegería. Manuela se instaló en el vallecito de Jauja, no lejos del cuartel general de Bolívar, y esperó. Había llegado la primavera, que en esta tierra significa únicamente lluvia. Los arroyos, alimentados por los constantes chaparrones, se convirtieron en tumultuosos ríos que se salían de madre; los caminos se transformaron en cenagales; los días comenzaban con lluvia y terminaban con lluvia. Lo único que podía hacer Manuela era recoger la charla de los viajeros y escuchar los rumores, que caían sobre ella como aquella lluvia incesante.

Como Simón Bolívar había supuesto, la victoria de Junín, aquella cruenta escaramuza entre dos cuerpos de caballería, había tenido efectos electrizantes en el Perú. Los que habían cambiado de campo se preguntaban ahora si los realistas iban efectivamente a triunfar. El cónsul norteamericano, en carta dirigida al secretario de Estado, expresó lo que la mayoría de la gente pensaba:

Lima, 24 de agosto de 1824.

El 6 del corriente se produjo un combate entre patriotas y españoles que terminó con el triunfo de los primeros... Parece ser que el general Canterac... avanzó... Las unidades avanzadas de ambos ejércitos chocaron entre sí y la fuerza española llevó la peor parte, con grandes pérdidas... Es un mal augurio para ellos que hayan sido derrotados... De las contradictorias y confiadas afirmaciones de los dos bandos, es difícil sacar la verdad, pero el aspecto de las cosas ha cambiado esencialmente en favor de los patriotas en los tres últimos meses. Los grandes esfuerzos realizados por el Gobierno patriota de Colombia y la energía y capacidad del General Bolívar han creado un ejército lleno de entusiasmo...

El general español al mando de este distrito ha trasladado todos los fondos públicos de la Casa de la Moneda y de otras partes a los Castillos del Callao y la pequeña guarnición que queda en la ciudad está preparada para abandonarla al primer aviso. La Montonera ha efectuado incursiones por la vecindad inmediata con fines de pillaje estos dos últimos días y se espera ahora la aparición de una fuerza patriota en cualquier momento.

Y las consecuencias de la victoria de Junín se sentían en lugar tan al norte como la capital de la Gran Colombia. Santander había recibido noticias de la victoria. Significaba para él algo muy distinto que para los demás. Por ello, cuando la noche tendía sus velos azules sobre las estrechas calles de Bogotá, permanecía desvelado... y meditando.

Manuela esperaba y, entretanto, leía. Entre sus libros figuraban *Belisario*, que le había facilitado O'Connor; Tácito, que,

según insistía O'Leary, debía leer si quería comprender la naturaleza de la guerra; y luego, para el puro placer, las deleitosas aventuras de Don Quijote, un manoseado ejemplar de la biblioteca de Simón Bolívar que éste había llevado durante algún tiempo en sus alforjas. Lectura, lluvia y rumores; así se desarrollaba la guerra privada de Manuela. Durante semanas, no hubo noticias de Bolívar; finalmente llegó un correo con un mensaje empapado, del cuartel general. Era de Santana y estaba fechado en Huncayo el 24 de octubre:

Mi querida amiga:

En este momento acabamos de llegar. Va una carta. Repito lo que siempre he dicho. El coronel urge por que salga el muchacho. ¿Veré a Ud. mañana? Sí, yo lo espero.

Y antes de que Manuela pudiera pensar una respuesta, llegó un destacamento de caballería y se presentó Simón Bolívar.

• • •

Algo parecía haber surgido entre ellos durante las dos noches que pasaron juntos. No era que Manuela hubiera perdido nada de la fascinación que ejercía sobre Bolívar, porque ni el tiempo ni la guerra la habían privado de una sola partícula de sus exigentes pasiones; antes bien las habían multiplicado. Pero las cosas no eran como habían sido. Simón Bolívar parecía preocupado al llegar y pronto se sumió en un silencio malhumorado y distraído. Finalmente, en un acceso de furor, el Libertador sacó a la superficie lo que lo mantenía con los nervios de punta. Manuela había tenido razón. Algo había surgido entre ellos para echar a perder sus pocas horas de felicidad. Este algo era alguien que se llamaba Santander: había logrado que el Congreso colombiano revocara la Ley de Autorización.

¿Qué significaba esto? Significaba que Santander —porque él era el verdadero "Congreso"— se había asustado con la victoria de Junín. Cuando el Libertador llevó sus tropas al Perú, juzgó que Bolívar caería en un cenagal político y volvería con su

reputación disminuía, con lo que él, Santander, llegaría a ser el *poder* y establecería la República que había imaginado. Pero no había contado con la fuerza interior de Bolívar. La organización y el adiestramiento de un ejército en medio del caos, la ascensión de los Andes y la derrota de las legiones de España en la primera batalla eran malos augurios para los planes de Santander. Si Bolívar llevaba personalmente a las tropas aliadas a la victoria final, su prestigio sería tan enorme que no habría modo de contener sus ambiciones. Por ello, el "Congreso" había decretado que, "por razones políticas", el general debía abandonar el mando activo del ejército. No se le permitiría que llevara las fuerzas al combate.

Manuela insistió en que Bolívar debía pasar por alto al Congreso y lanzarse a la guerra al frente del ejército que había creado. Y, para empezar, debía ordenar que Santander fuera ahorcado por traidor. Pero Bolívar no quería oír hablar de esto. Se murmuraba ya demasiado que era un dictador. Si pasaba ahora por alto al Congreso, por muy justificado que estuviera el hacerlo, todos sus planes para América podían venirse abajo. Cedería; todo el asunto le daba náuseas.

Informó al general Sucre de su decisión. En un principio, todos los mandos amenazaron con sus renunciaciones. Sucre, a punto de llorar, se negó a tomar el mando del ejército a menos que Bolívar los condujera a todos a la victoria final. Pero los puntos de vista de Bolívar acabaron prevaleciendo. La suerte del Perú y el resultado final de los largos años de lucha quedaban en manos de Sucre. Sólo faltaban dos instrucciones: Sucre debía encontrar en este conglomerado de montañas el campo adecuado para la batalla final y debía cuidar de no cansar a las tropas con marchas excesivas. "Los pies salvaron al Perú y los pies pueden causar su pérdida... Ya que no podemos huir como nuestros enemigos, debemos conservar nuestras energías... Tarde o temprano se detendrán, y los derrotaremos."

Luego, con sólo un escuadrón de caballería como escolta, Simón Bolívar se fué.

Semanas después, Manuela estaba ya a la espera en la villa de las afueras de Lima cuando llegó Bolívar. Éste había tomado un camino indirecto, describiendo un vasto arco por el norte con el fin de reclutar más soldados para el general Sucre. Al acercarse a la ciudad, el mero anuncio de su llegada asustó de tal modo a las escasas tropas realistas que estaban detrás de las murallas, que abrieron apresuradamente las puertas y huyeron, acompañadas por cientos de tráfugas, a la fortaleza del Callao. Bolívar llegó a Lima el 7 de diciembre de 1824: "Tengo el honor de informarle —dice un despacho— que el general Bolívar entró hoy en esta ciudad sin más tropas que un cuerpo de caballería."

Ya en Lima, Bolívar parecía enloquecido. Bebía más que su usual vaso de vino, se irritaba con los cigarrillos de Manuela e increpaba al pelirrojo José; se paseaba continuamente por la villa y sus tacones hacían resonar las baldosas en forma que el estrépito se imponía a los agudos chirridos de las cigarras del jardín. Sus secretarios estaban macilentos por falta de sueño y con los nervios deshechos. Santana mordía el cañón de su pluma de ganso hasta convertirlo en hilachas. Todo esto se debía a las noticias de que se estaba gestando una batalla en las montañas. Bolívar, maldiciendo la pérdida del mando, estaba dictando un plan de batalla para el general Sucre. Pero, en el momento en que ponía su firma al documento, la acción se iniciaba...

* * *

El 8 de diciembre amaneció despejado y frío. Durante toda la noche precedente, en la meseta de más de tres mil metros de altitud que domina la vieja ciudad de Ayacucho, las fogatas de las tropas patriotas habían ardido sin interrupción. Se había dormido poco. Los grupos de soldados, envueltos en sus ponchos

de lana, habían permanecido alrededor de los fuegos, que titilaban en la fría noche como miríadas de estrellas. Algunos habían estado afilando sus bayonetas, otros vertiendo plomo fundido en los moldes de bala, otros más sin hacer nada, sentados y en contemplación de las llamas. Se oían disparos lejanos y, de cuando en cuando, un cañonazo; era la única pieza de artillería que quedaba en el campamento de los patriotas. Hacía fuego contra las sombras. A menos de dos kilómetros de distancia, en la cumbre de una elevación del terreno llamada Condorcanqui, el "Cuello de Cóndor", estaba el enemigo.

Durante dos meses, los ejércitos se habían perseguido mutuamente, tratando cada uno de llevar al otro a una zona adecuada. Las marchas habían desorganizado al ejército patriota. Había perdido la mitad de sus hombres por enfermedades y desertiones y habían desaparecido todas sus piezas de artillería, salvo un cañón de proyectiles de veinticuatro libras con la cureña rota. Había sido izado a los altos de Quinua. Sólo quedaban víveres para dos días y no había posibilidad de retirada. Al norte y al sur se abrían profundas barrancas y, a su espalda, cientos de indios esperaban el momento de la retirada para caer sobre ellos. Enfrente estaba todo el ejército realista, más de nueve mil hombres, de los que mil estaban montados: los famosos regimientos españoles de Burgos, Guías, Victoria, Gerona y Fernandinas. También estaban allí el Virrey y sus dieciséis generales. Los patriotas no tenían más opción que la victoria o la muerte.

A pesar de verse superados en la proporción de dos a uno, los ejércitos aliados habían decidido aquella noche en consejo de guerra dar la batalla. En una choza india, de la que el humo de un fuego se abría paso por las pajas del techo como mejor podía, se hallaba el estado mayor del general Sucre. Mientras deliberaban, comían queso, pan duro y trozos de azúcar morena.

—No moriremos de indigestión —dijo el general La Mar, cortando un trozo del pan de azúcar.

La Mar estaba al mando de las Legiones peruanas. El general de más edad en el campamento, había nacido en el Ecuador

en 1777 y se había educado en España, donde había luchado contra Napoleón. Ascendido a general por el rey de España, después de las primeras luchas de la revolución, presentó su renuncia y ofreció su persona a la tierra natal. Córdoba, el apuesto joven colombiano de los ojos endrinos, un general de veinticuatro años, mandaba el contingente colombiano. Jacinto Lara, reservado y muy tieso, estaba al frente de las reservas.

Al amanecer, los realistas se estaban ya desplegando. Cabía ver cómo las largas filas de uniformes azules bajaban de las alturas hacia el campo de batalla. El grueso de sus fuerzas se desplegó al pie de los farallones, pero una sección se desplazó a la barranca del flanco izquierdo con varias piezas de artillería. Los exploradores acudieron presurosos para comunicar al general Sucre que esas tropas estaban mandadas por el general Valdés.

Sucre conocía muy bien a Valdés. Violento, brusco y altivo, era temido por sus oficiales e idolatrado por sus hombres; aunque general, llevaba un curioso uniforme de su propio diseño: un sombrero de copa de anchas alas, un levitón gris de toso paño y altas sobrecalzas. Cumplía su tarea de matador con dignidad. Sucre estaba muy seguro de esto. En una ocasión en que huía a caballo perseguido muy de cerca por Valdés, fué golpeado por una soga que le arrojó desde una ventana una fervorosa realista.

—¡Eh, Sucre, mestizo indecente, ahí tienes una soga para ahorcarte! —gritó la dama. E incitó a su esclavo para que arrojara un pedrusco al fugitivo.

Cuando el general Valdés entró en la ciudad, la dama se jactó de lo que había hecho. Valdés se apresuró a poner un nudo corredizo en torno al cuello del esclavo.

—Señora —dijo—, Sucre es tan general como yo, aunque combatamos en campos distintos. Lo que su esclavo hizo a Sucre ayer, me lo haría a mí mañana. ¡Sargento! ¡Ahorquen a este hombre!

Mientras el enemigo se organizaba en sus posiciones de ata-

que, un grupo de jinetes se destacó de la masa y galopó hacia las líneas patriotas con una bandera blanca de parlamento. El general Monet, esplendoroso con su uniforme de gala lleno de condecoraciones, saludó a los oficiales:

—Señores, hay en vuestro ejército, como en el nuestro, oficiales que luchan en bandos opuestos y están ligados por lazos de familia o íntima amistad. ¿No sería posible, antes de que nos descalabremos mutuamente, charlar un poco y despedirnos?

Mientras se desarrollaban estas ceremonias caballerescas, las tropas realistas tomaban lentamente sus posiciones. A las ocho, los oficiales volvieron a sus propias líneas y los patriotas se dispusieron al ataque. Los realistas habían ya abierto el fuego con su artillería y las balas de cañón rodaban campo abajo. Sucre, que llevaba una apretada casaca azul con una hilera de botones dorados, sin cinto ni medallas, se quitó el tricornio adornado con plumas blancas y pronunció una breve alocución. Fueron unas cuantas palabras, pero inolvidables.

—Soldados, la suerte de América del Sur depende de cómo luchéis en esta jornada.

Las tropas comenzaron a cruzar el kilómetro que las separaba del enemigo, cuyo fuego pronto comenzó a causarles daño. Córdoba, al frente de los colombianos, ordenó el alto; sacó un largo cuchillo, desmontó, se acercó a la cabeza del animal y lo mató de un golpe bien dirigido:

—No quiero caballo que me permita huir de esta batalla —dijo.

Luego, levantando su panamá de anchas alas en la punta de su sable, gritó:

—¡Adelante! ¡Armas a discreción!

Un capitán, ya herido por una bala perdida, preguntó:

—¿Qué paso, mi general?

—¿Qué paso? ¡Paso de vencedores!

Los patriotas se lanzaron hacia adelante, sin detenerse siquiera para apuntar. Desde sus posiciones fijas, el enemigo hacía un fuego mortífero. Las balas de cañón se llevaban cabezas y piernas

y los fusiles, disparando a corta distancia, abrían claros en las filas. Estas vacilaron, se replegaron un instante y avanzaron de nuevo. Los muertos eran ya muchos. Pero continuó el avance y pronto se introdujo una cuña en el centro realista. En seguida, entró en acción la caballería del general Miller. Por aquel hueco abierto por la infantería, se lanzaron los guerrilleros montados sableando a diestro y siniestro, abatiendo a los alabarderos que defendían los cañones y convirtiéndolos en masa informe bajo los cascos de los caballos. Los infantes patriotas se lanzaron sobre las piezas y las volvieron contra las filas enemigas.

La batalla entró ahora en una nueva fase: la retirada realista se convirtió en derrota. Los soldados abandonaron sus fusiles y corrieron hacia los farallones, tratando de escalarlos y de ponerse a salvo. Las balas de cañón se estrellaban contra la roca y mataban más con fragmentos de piedra que directamente o con trozos de metralla. Los jinetes no daban paz a sus sables y la infantería, apuntando cómodamente desde abajo, hacía caer a los fugitivos como muñecos de una galería de tiro. Ya no era una batalla, sino una mañana en un matadero de la montaña. Los realistas dejaron en el campo mil cuatrocientos muertos y setecientos heridos. Los que escaparon a la matanza y llegaron a la altura fueron reunidos en algo que parecía una formación, pero estaban totalmente desfallecidos. Los que sobrevivieron en el llano pronto cayeron prisioneros, incluso el propio virrey La Serna, con su cabello cano manchado de sangre y sus fuerzas agotadas por una herida en la cabeza. En el mismo momento en que La Serna ponía su firma a los artículos de la capitulación, su rey, en la lejana España, le recompensaba por sus pasadas victorias con el sonoro título de "Conde de los Andes".

La batalla terminó en una hora. Fué uno de los más decisivos encuentros de la historia: había sido derrotado el último de los ejércitos imperiales que pisaba suelo de América.

Fueron llegando prisioneros durante toda la tarde: dieciséis generales, dieciséis coroneles, todos los restos del ejército destruido. El general Sucre fué en seguida a su ínfimo puesto de

mando y sobre una caja de botellas de coñac vuelta hacia abajo dió cuenta a Bolívar de la victoria de Ayacucho. Se hicieron dos ejemplares idénticos del despacho. Uno fué entregado a un amigo de Manuela, el coronel Medina, y el otro al capitán Alarcón; sus órdenes eran galopar como Pegasos por aquellas impo- nentes distancias y llegar a Lima cuanto antes. Medina fué el primero en partir. Apenas había alcanzado la primera altura cuando un pedrusco bien dirigido le dió en la cabeza; cayó del caballo y fué destrozado instantáneamente por merodeadores indios. Esta distracción permitió a Alarcón pasar sin daño y allá fué cuesta abajo, llevando la noticia a Lima.

* * *

Estaban solos aquella noche en la villa. Simón Bolívar se había sentido mal durante todo el día; no había cesado de toser en su pañuelo de cambray. Envuelto en una larga capa azul con alto cuello rojo lleno de bordados, tenía los pies al calor de un brasero de bronce. Con los ojos entornados, escuchaba lo que le leía Manuela con su suave ceceo quiteño. Desde afuera llegó rumor de pasos, un ruido creciente, gritos de centinelas; luego llamaron a la puerta. Entró Juan Santana, sin botas, abotonándose su casaca roja. Había noticias, importantes noticias: se había librado una batalla... Y el capitán Alarcón irrumpió en la habitación como a punto de caerse. Había salvado la distancia desde el campo de batalla de Ayacucho en ocho días. Entregó el despacho al general.

Bolívar lo leyó con expresión de incredulidad. Durante unos instantes miró hacia adelante, como a una visión; luego, agitando el despacho en su mano, como embriagado, subió a unas sillas, saltó a una mesa y comenzó a bailar gritando: "¡Victoria! ¡Victoria! ¡Victoria!"

EL TRIÁNGULO

Manuela tenía que librar su propia guerra privada. Durante algún tiempo, absorbida totalmente por la guerra, se había olvidado de su conflicto personal, o, por lo menos, le había dedicado escasa atención. Ahora todo se le venía encima; James Thorne volvía a su residencia limeña. No había modo de ocultar o disimular las cosas. El marido estaba al tanto de todo y las cartas que habían esperado el regreso de Manuela eran demostración de la logomaquia que iba a producirse en cuanto Thorne pisara Lima.

Manuela era incapaz de disimulos. Sus odios y sus amores se reflejaban en su rostro, pero ahora tenía que tomar una decisión. Lo sabía, porque Thorne le había anunciado que volvía con todas las prerrogativas del marido. Vivían, había señalado, bajo la rígida ley católica. El divorcio era concedido únicamente en las circunstancias más extremas; los maridos podían —muchos lo hacían— encerrar a sus esposas en conventos cuando la conducta merecía la desaprobación del obispo. Los derechos del marido sobre los bienes y los hijos eran absolutos. Manuela era la heredera legal de Thorne; tenía un poder de su marido que podía utilizar para bien o para mal de éste, a voluntad. Además, era Thorne, al fin de cuentas, quien tenía que soportar las insinuaciones de la conversación cada vez que se pronunciaba el nombre de Bolívar.

Manuela había dicho en una ocasión: "El matrimonio no obliga a nada." Tal vez. Pero había obligaciones con la sociedad y, en un sitio como Lima, estas obligaciones eran muy rigurosas.

Su matrimonio era, en realidad, una de las pocas cosas convencionales que había hecho en su vida, aunque el obispo tuvo que apresurarse para "arreglar la conciencia" de James Thorne. Sin embargo, en 1817, Thorne había ofrecido a Manuela las cosas que ésta más deseaba: seguridad, posición, respetabilidad; gracias al matrimonio, Manuela había "pertenecido" a algo, a alguien. Y esto sucedió después de Panamá.

Cuando Manuela llegó a Panamá en 1815 para vivir junto a su padre después de la escandalosa aventura con Fausto en Quito, todo el istmo estaba en fermentación. España había decidido aplastar la rebelión de sus colonias de América y estaba enviando hombres y materiales a través de las selvas del istmo. Llegaban constantemente barcos a los puertos del Atlántico y las recuas de mulas, en ininterrumpida corriente, llevaban los cargamentos por sendas de montaña a la ciudad de Panamá, en el Pacífico, para que los cargaran de nuevo y los enviaran a destino hacia el sur, a lo largo de la costa. Aquí, metido en los negocios, Simón Sáenz trataba de rehacer su fortuna. Manuela se introdujo en esta vida fácil e indisciplinada, donde dió los últimos toques a su educación. Ayudaba a su padre en el trabajo, porque había heredado de él la buena cabeza para los negocios y el amor al dinero. Adquirió dos esclavas personales, aprendió a fumar —cosa que parecían hacer todas las mujeres en Panamá, cualquiera que fuera su posición social—, y se aficionó a la bebida. Además, en el ambiente de exuberancia tropical del país, descubrió lo que después se llamó "un hechizo secreto para hacerse adorar". No era que necesitara recursos afrodisíacos: sus maneras, su modo de caminar y sus movimientos bastaban para despertar en todos los hombres el deseo de poseerla. Detrás de las mesas de escritorio de su padre, tuvo que parecer una ninfa seductora a los capitanes de barco que frecuentaban el lugar.

Por lo menos tal pareció a un mercader que visitaba a Don Simón por cuestiones de negocios. Si sus ojos azules y sus maneras reservadas no revelaban en él al inglés, lo hacía su modo

de hablar; su español, aunque gramaticalmente correcto, era soso, poco musical. No tenía la lengua persuasiva de los oficiales que hacían la corte a la joven ni la poesía era su oficio; no podía decir esas lindas cosas que trastornan las cabezas de las chicas y las dejan así maduras para la suave caída. Sin embargo, este inglés estaba enamorado de Manuela. Se llamaba James Thorne.

James Thorne —los españoles le llamaban Don Jaime— era una paradoja en una paradoja. Siendo inglés, era católico y, cuando todos los ingleses estaban proscritos y excluidos, vivía en Lima. Era amigo del Virrey y un misterio para todos. Thorne hizo su propuesta a Simón Sáenz y, al estilo de la época, se convino el matrimonio. El padre entregó ocho mil pesos oro de dote y lo único que quedó pendiente en la transacción fue informar a Manuela.

Nunca se podía prever la reacción de Manuela, especialmente en un asunto como éste. Thorne tenía dos veces más años que ella y era hombre muy correcto y puntilloso, en agudo contraste con quien se burlaba de todas las convenciones. Era anglosajón y ella latina. Sin embargo, el matrimonio propuesto tenía sus ventajas. Manuela podía abandonar América con su padre, pero esto no la atraía; era americana y todos sus sentimientos se pronunciaban contra España. Había sido precedida en Panamá por su reputación, lo que le cerraba virtualmente las puertas de un matrimonio ventajoso. La única alternativa era quedarse en el istmo y convertirse en la querida de algún personaje, con posibilidades de descender lentamente hacia la prostitución.

Se convino, pues, el matrimonio. Simón Sáenz bendijo a la pareja y partió para España. James Thorne llenó sus cofres con los ocho mil pesos oro y se embarcó con Manuela para Lima. Residieron en distintas casas de la parroquia de San Sebastián, para cumplir con las leyes de la ciudad, que prescribían que cada cual debía casarse en el lugar de su residencia.

San Sebastián, fundada en 1561, era una de las más antiguas parroquias de Lima. Limitada por el ruidoso y turbulento río Rimac, que descendía en cascada de los Andes, sus lindes estaban

a dos manzanas del corazón de la ciudad. Se distinguía por la calidad de sus vecinos; vivían allí muchos limeños con título. Los condes de Casa Boza ocupaban la más importante de las casas y el conde de Fuerte González tenía su mansión en la Calle de las Palmas. Allí cerca estaba "Al signo de las seis palmas", una farmacia del siglo XVI a la que acudían todos los médicos de Lima, porque tenía fama de no adulterar nunca las medicinas. Los disolutos también conocían esta farmacia, porque obtenían en ella ciertos elixires de amor. San Sebastián era sin duda un distrito de campanillas.

James Thorne fue invitado a pasar los días precedentes al matrimonio en el hogar de Domingo Orué, ahora en negocios con él. Manuela, desdeñando a sus lejanos parientes, los Sáenz y Tejada, paró en la casa de Don Toribio Aceval, secretario del Virrey. Era amigo del padre de Manuela, caballero de la Orden Militar de Calatrava y dueño de un coche, cosa sólo poseída por los más nobles y que era mayor índice de importancia que cualquier apellido o rango.

El 22 de julio de 1817, Manuela, con velo negro, falda flo-tante y chapines de baile, fue con James Thorne al Palacio del Arzobispo para someterse al examen premarital. Había muchas cosas de Thorne que Manuela ignoraba. Thorne nunca le había dicho su edad exacta, aunque era probable que le doblara la edad, por lo menos. Nunca había explicado por qué él, un inglés, podía vivir en Lima cuando la mayoría de sus compatriotas estaban excluidos; tampoco había dicho cómo había llegado a América. Tenía ya excelentes relaciones; podía obtener una audiencia del Virrey siempre que se lo propusiera, era amigo de muchos españoles bien situados y sus negocios como factor y naviero tenían mucho alcance. Aquí, como testigo del matrimonio, estaba León de Altolaquirre, contador principal de la Tesorería del Rey. ¿Cómo James Thorne, un inglés, se había metido tan de cabeza y tan rápidamente en la celosa buena sociedad de Lima? Manuela se decía que obtendría la respuesta en las que diera Thorne al Vicario General. Pero Thorne no

descubrió su edad, se limitó a decir que tenía más de veinticinco años. Había nacido en el pueblo de Aylesbury —el notario español escribió Ayleburis—, en el Buckinghamshire, un condado que estaba lleno de Thornes, "pecheros de sangre y condición".

Hubo una cosa que Manuela descubrió en relación con Thorne. Uno de los testigos declaró que "había llegado de Cádiz con James Thorne como preso". ¿Por qué era un preso? ¿Quién lo había apresado? ¿Lo había sido mientras comerciaba en España durante las guerras de la Península y había sido enviado en una galera al Nuevo Mundo? En este caso, ¿cómo había logrado salir de este predicamento, llegar a Lima, emprender negocios y, al cabo de cinco años, alcanzar la prosperidad necesaria para traer como testigo de su boda a un funcionario del séquito del Virrey? Esto quedó sin contestar. Manuela nunca supo la edad de Thorne ni lo que a éste sucedió en Cádiz.

Se casaron en la iglesia de San Sebastián, en la noche del 27 de julio. Manuela, "velada y ungida", formuló sus votos de esposa a James Thorne; el caballero Don Toribio Aceval actuó de padrino, según había prometido al padre, e hizo entrega de la novia. Cambiaron los votos y, como los dos eran católicos, se presumía que para toda la eternidad.

El matrimonio funcionó bien en un principio. A pesar de que eran amores huecos, Manuela se mostró solícita con Thorne; tenía los ojos muy abiertos y el sentido de las cosas; su opinión era siempre muy sagaz. Invitaba con frecuencia a su mesa a capitanes de barco, y aprendió así el inglés, traduciendo sus pensamientos españoles en términos picantes, si bien no siempre muy gramaticales. Durante algún tiempo se asombró de lo bien que estaba representando su papel de "señora de Thorne". Luego vinieron las irritaciones. Thorne le procuraba muy escasa satisfacción. "Como marido, eres muy chapucero. No procuras ningún placer. Créeme, la vida monótona está reservada para tu nación."

Luego, ya en 1819, el movimiento revolucionario entró en una fase muy activa. Manuela participó en él, poniendo en peligro las vidas y los bienes de los dos. Hubo muchas discusiones por

esta causa y por las dos esclavas y su inclinación a vestirse como hombres. Thorne sentía por ellas profunda antipatía y no podía soportar la intimidación que tenían con Manuela. Siempre estaban presentes, como sombras de su esposa. De esta manera, las discordias del matrimonio aumentaron con la cacofonía de la guerra.

Ahora, en este año de la victoria, 1825, había llegado el momento de la decisión. Manuela llevaba muchos meses separada de su marido, primeramente en Quito y luego, durante casi un año, cabalgando por la helada puna como parte del círculo del Libertador. Durante todo este tiempo apenas había recordado que era una esposa y tenía obligaciones maritales. Pero esto era Lima, donde estaban los intereses y los amigos de Thorne, donde se conocían todos los movimientos de su señora y donde él mismo podía presentarse en cualquier momento. ¿Cuál sería el futuro? ¿Qué medidas era preciso tomar?

Simón Bolívar, absorbido por sus grandiosos sueños de América, no la había alentado a creer que algún día se casaría con ella; cuando quería podía mostrarse terriblemente impersonal y distante. James Thorne le había dicho que no había unión posible entre ella y Bolívar conforme a las leyes del honor, lo que significaba, desde luego, que no accedería al divorcio, aun en el caso de que éste pudiera arreglarse. ¿Debía, pues, insistir en un rompimiento definitivo cuando Thorne regresara?

Manuela no creía haber hecho mal al entregarse a Simón Bolívar; tal vez había mucho más mal en ajustarse a lo que en el mejor de los casos era un matrimonio fragmentario. Pero Manuela no aprobaba el libertinaje; nunca tuvo aventuras circunstanciales y, dijeran lo que dijeren de sus cosas los murmuradores, sólo se dejaba llevar por pasiones auténticas. El amor era la piedra de toque y la única justificación en estos asuntos. Manuela no ponía en duda su derecho a ser la amante de Simón Bolívar. El conflicto no surgía de ninguna cuestión moral, por lo menos en su interior; se trataba meramente de un inconveniente.

De un inconveniente y de lo difícil que era resolverlo. Porque

nadie podía tomar ahora decisiones en Lima. No era Manuela la única que buscaba una solución para sus problemas personales. El ambiente era muy tenso y había motivos para ello. La victoria no había traído la victoria, y el fin de la guerra no había puesto término a la guerra. La fortaleza del Callao seguía sin entregarse.

Todo el mundo había supuesto que el general Rodil sería razonable. Pero la guerra es frecuentemente ilógica; así, José Ramón Rodil, que mandaba la fortaleza que protegía los accesos al Callao, había decidido no ceder. Se le ofrecieron condiciones generosas. Su guarnición recibiría todos los honores de la guerra y sería amnistiados la mayoría de los cuatro mil realistas que se habían refugiado en el fuerte. Bolívar quería terminar la guerra y dedicarse a sus planes de reorganización de las Américas, por lo que se mostró magnánimo: Rodil podía verlo con sus propios ojos; bastaba que subiera a las murallas con un telescopio para que advirtiera que Bolívar se estaba ajustando a las condiciones del tratado de paz. Todos los oficiales españoles prisioneros estaban siendo repatriados y cabía verlos en las cubiertas de las fragatas al alcance de los cañones de la fortaleza. Pero el general Rodil respondía a los ofrecimientos de paz con una indiferencia feroz. El primer correo fué devuelto a los patriotas con el ofrecimiento de paz clavado al cuerpo con un cuchillo; otro fué arrojado al mar.

Bolívar reaccionó vigorosamente ante este reto. La fortaleza fué sitiada por cuatro mil soldados, se trajeron de los barcos cañones de sitio y comenzó la guerra de desgaste. La fortaleza nunca había sido tomada por asalto. Uno de los lados del castillo descansaba en el mar, con sus muros lamidos por las olas del inquieto Pacífico; los otros lados estaban protegidos por un foso y altas murallas. La única entrada era una enorme puerta con un puente levadizo. La guarnición recibía víveres de aquellos que tenían coraje suficiente para aceptar los riesgos a cambio de plata española.

El sitio seguía día y noche. Aunque distante diez kilómetros, Lima oía los cañonazos; recordaban una puerta abierta dando

portazos a impulsos del viento. En un principio, este sitio en las inmediaciones fué muy excitante para los limeños, pero, a medida que las bajas aumentaban, que los heridos llegaban y que el fuego incesante continuaba, los ánimos se fueron poniendo muy tensos. Don Basilio, el sereno septuagenario que durante cincuenta años había lanzado su grito nocturno "Ave María, las tantas y sereno", arrojó una noche su linterna a la cabeza de un cura; a la mañana siguiente fué hallado sentado, en completa desnudez, en la fuente de la Plaza de Armas. Era el "sitio". Los robos aumentaron, las iglesias estaban llenas y las gallinas dejaron de poner huevos. Todo era el "sitio". Pero sólo cuando el verdugo apartó al hombre al que debía ahorcar, se puso al cuello el nudo corredizo y se colgó a sí mismo, comprendieron las autoridades la gravedad de la neurosis pública. Se organizaron fiestas para distraer a la gente; se reanudaron las corridas de toros, que habían sido cercenadas por la escasez de toros de lidia; se permitieron de nuevo las riñas de gallos; y el viejo Teatro de la Comedia, cuyo tablado había sido pisado por la famosa Perri-choli, quedó abierto a las bufonadas de cómicos ambulantes. Y se organizó un suntuoso baile de la victoria en honor de Simón Bolívar.

Pero aquel mismo viernes del 28 de enero, en una noche clara como el día, Bernardo Monteagudo fué asesinado. Fué descubierto tendido en una calle próxima a la Plazuela de San Juan, con una puñalada en la espalda. Pasaron muchas personas por su lado sin hacerle caso, creyendo que era un caballero que había bebido demasiado pisco. Finalmente, alguien dió vuelta al cadáver y vió que le miraban, muy fijos y abiertos, los ojos del que había sido ministro de Estado. Todo señalaba su opulencia: el anillo en su dedo, el reloj de oro con su cadena y su pepita, los diamantes de la pechera. La noticia se extendió rápidamente. Algunos ciudadanos quisieron atribuir la muerte a la tensión nerviosa del "sitio", pero la mayoría juzgaba evidente que el crimen tenía su origen en otra cosa. Además, este asesinato iba a tener graves consecuencias.

Bolívar abandonó el Baile de la Victoria, convocó al ministro de la Guerra y, antes de transcurrida una hora, estaban en la cárcel todos los individuos con fama de criminales. El Libertador el coraje de atacar a hombre que le era tan allegado y luego por que esa muerte le privaba de quien compartía su visión de las Américas. Monteagudo había estado trabajando en el programa del Gran Congreso de las Naciones Americanas de Panamá, en el que iba a ser el principal delegado; su desaparición creaba una vacante muy difícil de llenar. Y, en estas circunstancias, fué la observación de uno de los aristócratas de Lima, oída por un agente de la policía secreta, lo que dió al asesinato un cariz político: "Quienquiera que haya matado a Monteagudo merece un premio, porque ha eliminado a un pestífero enemigo de la paz y la libertad."

Bolívar no había olvidado que el asesinato Monteagudo tenía un regimiento de enemigos entre la aristocracia. Los primeros sospechosos puestos en evidencia resultaron ser libertos del Conde de San Isidro, uno de los distinguidos patriotas de Lima. Aunque el conde insistió en que no tenía relación alguna con el crimen, había, por desgracia para él, denunciado públicamente a Monteagudo. A pesar de esto, la mayoría creía en su inocencia, y hasta el cónsul norteamericano informó: "El asesinato de Monteagudo parece ser un crimen aislado, sin relación con conspiración alguna y debido indudablemente al odio que inspiraba al pueblo de Lima."

Bolívar, sin embargo, estaba seguro de que la conspiración existía y, por primera vez, utilizó sus poderes de dictador de un modo implacable. Se incautó de los papeles personales de todos los sospechosos y, a la menor resistencia a la autoridad, metía en la cárcel, bajo incomunicación rigurosa, a gentes de muy noble cuna. Las primeras semanas de febrero de 1825 estuvieron totalmente dedicadas a la investigación. Bolívar dedicó a la instrucción del sumario la misma tenacidad que había mostrado en perseguir a los *godos* a través de los Andes. Finalmente, al cabo

de una quincena de minuciosas investigaciones, la policía obtuvo una confesión completa de tres granujas. Se trataba, al fin y al cabo, de un simple atraco. Habían visto al atildado Don Bernardo pasar por delante de la iglesia de San Juan y los diamantes habían brillado a la luz de la luna; al parecer, Monteagudo solía visitar a una casada de la vecindad, una señora que vivía en la primera casa de la Calle de Belén. Los tres granujas lo pararon y le exigieron sus diamantes. Se resistió, uno de los malhechores intentó disparar su pistola, pero no hubo más que un fogonazo en la cazoleta; entonces, otro de los truhanes apuñaló a Monteagudo por la espalda. Si esto era una indicación de una conspiración contra Bolívar, la policía no supo sacar nada en limpio de los prisioneros. Éstos fueron llevados a la horca, y los caballeros detenidos quedaron en libertad.

Pero *l'affaire Monteagudo* dejó profundas cicatrices. Después de esto, aunque Bolívar siempre fué reverenciado en público, se fué formando a sus espaldas un coro de maulladores resentimientos.

El sitio continuó. Día tras día, noche tras noche, llegaban a Lima los sordos estampidos de los distantes cañones. Se ordenó un asalto a la fortaleza, pero el intento fué rechazado con terrible matanza. De nuevo se ofrecieron condiciones generosas de rendición y de nuevo fueron rechazadas por Rodil. Las líneas del asedio se apretaron. Y la muerte comenzó a hacer estragos en la fortaleza. Cada noche, los sitiados arrojaban sus muertos al mar; cientos de cadáveres iban a parar a las playas, y largas hileras de llorosos parientes acudían a la orilla para identificar a los suyos. De los cuatro mil simpatizantes realistas que se habían refugiado allí, varios cientos murieron durante los primeros meses, incluido el Marqués de Torre Tagle.

El sitio parecía interminable y los nervios de Lima estaban de punta. Las gentes mostraban tics nerviosos; cada vez que se oía el cañón tenían un estremecimiento y pronto pareció que toda la ciudad padecía del baile de San Vito. Ni el mismo Simón Bolívar escapó a esta enfermedad. En la villa, en la casa de

campo del Virrey de la sombreada Magdalena, estaba preparando una "relación de sus hechos" para el Congreso peruano. El ruido lo molestaba y el ambiente lo trastornaba; en ocasiones, insultaba a sus secretarios; Juan Santana salía con frecuencia de un día de dictados totalmente abrumado por el mal humor del Libertador. Y Bolívar tenía disputas con Manuela. Le molestaba que fumara —nadie más se había atrevido a fumar en presencia de Bolívar—, y encontraba que se estaba haciendo demasiado posesiva. Como era natural, estaba asediado por las mujeres; un círculo cada vez mayor de damas deliciosamente vestidas lo acosaba con sus luminosas miradas. Esto enfurecía a Manuela. Hubo muchas escenas entre los dos en la villa, porque Manuela era terrible cuando se encrespaba, y la mera insinuación de que podía ser reemplazada ponía en acción su orgullo indomable.

Una noche —así reza la historia— llegó a la villa cuando no se la esperaba. Y encontró en el lecho de Bolívar un magnífico pendiente de diamantes.

Hubo una escena indescriptible: Manuelita, furiosa, quería arrancar los ojos al Libertador. Era entonces una mujer vigorosa. Atacó a su infiel amante tan ferozmente, que el infortunado gran hombre tuvo que pedir socorro. Dos edecanes se vieron y se desearon para librarle de aquella tigresa. En cuanto a Bolívar, no hacía más que repetir: "Manuelita, estás azorada, estás azorada."

Las uñas de Manuelita —"unas uñas muy bonitas"— hicieron tales surcos en el rostro de Bolívar que éste tuvo que permanecer en su habitación durante ocho días. La historia oficial decía que era gripe: "el general tiene un fuerte resfrío". Pero, durante estos ocho días, el arañado tuvo los cuidados más celosos y conmovedores de su querida gatita.

Una semana después, curada la "gripe" y desaparecidos los arañazos, el general Bolívar compareció ante el Congreso peruano para hacer una relación plena de sus hechos.

Eran los hechos de una nueva Iliada. Les recordó que había

llegado a Lima cuando el país estaba desgarrado por la guerra civil. Luego, un poderoso ejército realista se hallaba concentrado en los montes cercanos a la capital, amenazando con arrojar a las fuerzas patriotas al mar. Bolívar había liquidado las facciones y, aun con Lima en poder del enemigo, había organizado un ejército, lo había equipado y había avanzado con él a través de los Andes. Finalmente, como todos sabían, las fuerzas realistas habían sido totalmente deshechas en la batalla de Ayacucho. Por tanto, su trabajo en el Perú había terminado... y renunciaría a sus poderes de dictador. Bolívar, con uniforme de gala y una sola medalla en el pecho, permanecía dramáticamente de pie delante de los legisladores, disfrutando de la escena. Luego, con una graciosa inclinación de cabeza, accedió a quedarse hasta que se llevaran a cabo las reformas políticas que juzgaba necesarias para el establecimiento de un orden democrático en el Perú. Hasta el cónsul norteamericano, que asistió a estas sesiones, observó que "el Congreso ha dejado juiciosamente el poder político en manos del General Bolívar por otro año, lo que parece indispensable para la seguridad del país".

El Congreso, pues, delegó sus facultades en Bolívar y se disolvió, no sin antes haber votado un premio de un millón de pesos para el Libertador, premio que éste rechazó. En vista de ello, los legisladores trazaron complicados proyectos para levantar monumentos a la gloria de Simón Bolívar y dispusieron que se acuñaran medallas en celebración de la victoria sobre los españoles.

Naturalmente, Simón Bolívar tuvo que explicar su equívoca posición al Vicepresidente Santander. ¿Cómo podía ser presidente de Gran Colombia y, al mismo tiempo, dictador del Perú?

Aquí me comparan con la vara de Mercurio, que tenía el poder de ligar con la amistad a serpientes que de otro modo se hubieran devorado mutuamente. Nadie se entiende con nadie, pero todos se entienden conmigo.

En cuanto a este doble papel de presidente y dictador, explicó: "Cada día estoy más convencido de que es necesario dar a nuestra vida un cimiento de seguridad."

En Europa se estaban ya preparando las recompensas diplomáticas de las victorias de Bolívar. El Libertador había alcanzado las dimensiones de un estadista y los consejos que antes le consideraban un mero jefe inteligente de partidas de guerrille-ros le dedicaban alabanzas desorbitantes y proponían el envío de misiones diplomáticas. En América del Norte, los Estados Unidos, en junio de 1825, reconocieron finalmente a las nuevas repúblicas creadas por Bolívar y enviaron a las nuevas *United States* a aguas peruanas. Cuando el navío veterano de muchos combates echó el ancla, el Libertador fué invitado a bordo para un banquete oficial.

Mandaba el navío el comodoro Isaac Hull. Era un viejo lobo de mar, un héroe de la guerra de 1812, lo bastante famoso para haber sido retratado por Gilbert Stuart y lo bastante diplomático para haber sido enviado en misión al Perú. Propuso que el propio general Bolívar señalara la fecha del banquete y así, el 22 de febrero, Bolívar, con sus oficiales que sabían inglés, subió a bordo de la *United States*. Sin Manuela, porque se trataba de un acto oficial. El diario de navegación de la nave dice:

El 22, el Libertador participó en una colación a bordo de la fragata *United States*; eligió este día del nacimiento de Jorge Washington. Los norteamericanos presentes aprovecharon la ocasión para expresar los sentimientos de su país, como lo habían hecho en la recepción al General La Fayette. Luego, el General Bolívar se levantó, brindó por La Fayette y pronunció un discurso muy halagador.

Sin embargo, sus principales halagos fueron para la joven dama que se sentaba a un extremo de la mesa. Era un rostro interesante, de ojos negros e indagadores; el cabello castaño descendía en bucles hasta los desnudos hombros. Llevaba un vestido Regencia, con talle muy alto bajo el generoso escote;

sus chapines de baile eran de última moda. Bolívar había observado cómo la joven levantaba su copa de vino y valorado debidamente aquel rostro y aquella figura. Cuando se encontraron, la damisela dió un paso al frente, hizo una reverencia y se presentó en perfecto francés: "Jeannette Hart, de Saybrook, Connecticut, a las órdenes de Vuestra Excelencia."

Era hija del capitán Elisha Hart, cuyos barcos navegaban entre Saybrook y las Indias Orientales, y había nacido en 1794 en esa aldea del Camino de Posta de Boston. Como la misión de la *United States* era diplomática, Jeannette había sido invitada a unirse a su hermana y a su cuñado, el comodoro Hull. Era lozana y animada, hablaba un hermoso francés, para deleite de Bolívar, y sus ojos vivos y luminosos expresaban una profunda admiración por el gran hombre.

Unos pocos días después, Jeannette devolvió la visita en tierra. Luego, emocionada por la romántica charla del Libertador, escribió a éste una carta en lenguaje poético. Bolívar contestó en francés:

Desearía, *Mademoiselle*, contestarle en un lenguaje digno de las Musas, digno de usted. Pero soy el último de los soldados y debo, pues, hablarle en francés. Sus encantadores versos son tan halagadores para mí que no vacilo en considerarlos más dulces que la celeste melodía de la lira de Orfeo. ¡Oh, prodigio! Una joven beldad cantando a un guerrero. Me abruma con tanta bondad. Sólo la gratitud puede sacarme del aniquilamiento y devolverme el habla, intérprete de mi admiración y de mi afecto por usted.

¿Hasta dónde llegaba este afecto? Bolívar entregó a Jeannette una miniatura de sí mismo, retrato que la joven conservó, en unión de unas cuantas cartas ajadas, toda su vida. Nunca se casó. Y para espanto de su familia puritana, se hizo católica.

Quando estos leves amores llegaron a sus oídos, Manuela no se detuvo a pensar si era algo serio o simplemente que Bolívar el poeta se dedicaba de nuevo a componer versos en carne humana. Decidió poner coto al asunto. Su oportunidad se pre-

sentó en un baile organizado en honor de los oficiales de la *United States*.

Era un baile muy de gala y Simón Bolívar se mostraba anímadísimo. De nuevo hacía la corte de manera desorbitada a Jeannette Hart. Durante una pausa en el baile, Manuela cayó sobre la joven.

—¿Hasta cuándo piensa estar aquí? —le preguntó.

—No lo sé.

—Sería mejor que se fuera pronto... y que, entretanto, se relacionara con sus propios compatriotas o con los ingleses. Afrentada, Jeannette replicó:

—¿Y quién es usted para dar consejos que no se le han pedido?

—Yo —contestó Manuela— soy la Sáenz.

• • •

Era abril y el momento más temido por Manuela: tenía que separarse de Bolívar. La mera idea de la separación le había causado tal trastorno que, durante días, apenas advirtió la intensa actividad que había en la villa. Había llegado un destacamento de caballería con el nuevo uniforme, habían sido traídas varias monturas para que Bolívar las inspeccionase y la mayoría de los miembros del estado mayor estaban guardando sus uniformes de gala. José Palacios, el viejo servidor de Bolívar, preparaba las dos grandes cestas en las que viajarían sus dos mastines. Estaban casi terminados los preparativos para la expedición del Libertador, quien iba a hacer una visita oficial al Alto Perú.

En un principio, Manuela insistió en acompañarle y hubo la escena habitual. Pero pronto resultó manifiesto que Manuela no se impondría en esta ocasión. El general Jacinto Lara se mostró inexorable. Ya se lo había dicho a Bolívar y ahora lo repetía con mayor énfasis. En este período crítico de su carrera, cuando el futuro de Perú y Colombia estaba en juego, cuando se estaba a punto de lograr aquello por lo que se habían realizado tantos

sacrificios, el Libertador no podía permitir que un escándalo, como el que suponía sus relaciones con Manuelita, echara abajo todos sus planes. ¿Sabía Bolívar lo que la gente decía? ¿Sabía que se afirmaba que había ordenado al marido, James Thorne, que no volviera so pena de incurrir en el desagrado oficial?

Sí, Bolívar lo sabía. Y lamentaba muchísimo haber colocado a Manuelita en posición tan equívoca. Había llegado a ser para él muy necesaria, pero los acontecimientos hacían imposible la continuación de sus relaciones. Era una decisión muy dura para los dos, pero aquel día de abril, cuando Bolívar quedó en condiciones de emprender su visita de inspección de mil quinientos kilómetros, la decisión estaba tomada. Debían separarse. Y Bolívar se marchó.

• • •

Juan Santana cumplió su palabra. Cuando se despidió de Manuelita con lágrimas en los ojos, prometió mantenerla al tanto de las andanzas del general. A los cuatro días, Manuela tuvo la primera carta:

Matarratones, 14 de abril de 1825.

Mi estimada amiga:

Ayer al mediodía llegamos a esta hacienda llamada Matarratones, después de una jornada larga y penosa. ¿No es buen trabajo que todavía estemos atravesando desiertos, montando bestias trotonas, y vengamos ahora a Matarratones? Y todo esto después de salir de una hermosa capital, donde se habla más francés que en París de Francia, y dejar amigas que son tan estimables. Por supuesto que la buena Mariquita entra en el número dos de estas estimables. Adivine Ud. el uno. Ciertamente que no le será a Ud. difícil, cuando Ud. lo lleva en sí misma. Salúdeme a Mariquita y dígame que merezco una buena caída por no haberme despedido de ella. Todos vamos bien y pasado mañana estaremos en Pisco, y luego a Ica; allí descansaremos y luego seguiremos a Arequipa.

El posta se va, señora, y yo cierro mi carta. Saludo a toda su casa y créame su buen amigo.

J. SANTANA

Tres días después Manuela salió en su propia calesa al encuentro de su marido. Aun en tiempos normales, esto hubiera representado una difícil situación. Y para Manuela, arrastrada por sus pasiones, con su interés enfriado por años de separación, el encuentro con su marido no tenía nada de fácil. Su amor por Bolívar era muy profundo y, desde luego, no podía ser desarrraigado en seguida por los meros "derechos" del matrimonio.

James Thorne se mostró paciente. Demasiado paciente, según debió de pensar Manuela, porque es bueno a veces apasionarse. Estaba muy bien que exhibiera las cualidades que distinguían a los ingleses: dignidad, serenidad, reserva. Pero, en este mundo latino, donde cada acto humano era hiperbólico, sólo tenía realidad la réplica violenta al placer o al dolor; todo lo demás era desatinado.

Sin embargo, James Thorne apenas podía imaginarse a una luz así. Quería a una Manuela completa, en cuerpo y alma, y, a pesar de las diferencias en sus edades, se sentía apasionadamente ligado a ella. Estaba dispuesto a olvidar la aventura con Bolívar, a tragarse su propio orgullo, y a actuar como si, hombre de mundo, no le importara que otro hombre hubiera probado la fruta de su cercado. Pero quería a una Manuela completa. No admitía aquella independencia bravía. Temía la vida interior de su esposa, aquellos diversos impulsos de la carne y del alma que hacían de su Manuela algo apartado e inaccesible. Esta Manuela apasionada y sensual, a la que no podía poseer por completo, provocaba en sus celos deformaciones patológicas y llenaba su mente de imaginaciones odiosas.

Y, sin embargo, en un principio, reprimió todo esto, a condición de que Manuela pusiera inmediato fin a su aventura con Bolívar, nunca la mencionara y no diera aliento a los rencores. Pero, ¿cómo Manuela podía hacer esto? ¿Cómo podía, dando vuelta a la llave, excluir de sus pensamientos a un ser como

Bolívar? Cuanto había aquí, cuanto había en su mundo, formaba parte del Libertador. Cuando iba con su marido en la calesa abierta, podía advertir a las mujeres que le observaban y cambiaban miradas de inteligencia, vibrantes de sentido, en el marco que procuraban a los ojos la *saya* y el *manto*.

Aparte esto, el tiempo y las circunstancias habían favorecido a James Thorne. Ya casi cincuentón, fornido, de ojos azules, estricto y decididamente un personaje, cuidaba ahora un poco de su vestimenta. Su levita de alto cuello era del último *bleu céleste*, puesto de moda por el Beau Brummell, y sus chalecos de cambray eran impecables. También las guerras se habían portado bien con él. En un principio, sus barcos llevaron pertrechos a las dos facciones, realistas y patriotas. Ahora, terminadas las guerras —si se exceptuaba el interminable asedio del Callao—, llevaban materiales para la reconstrucción de las devastadas ciudades. Con sus barcos, sus factorías, sus grandes haciendas, su villa extramuros de Lima y su mansión en la parroquia de San Sebastián, su vida hubiera sido completa, si hubiese poseído una cosa que escapaba a su dominio: Manuela.

El arte de la reconciliación no merecía las simpatías de Manuela. Desconocía la transacción. Cumplía mecánicamente las obligaciones que el matrimonio le había impuesto. No quiso deshacerse de sus esclavas; en realidad, eran un lazo con el pasado que había conocido, porque las dos fieles negras —estos "espejos de Manuela"— habían compartido con ella todas las alegrías y penas de estos agitados años. Thorne no las quería. No importaba; se quedaron. Tal vez si los tiempos hubiesen sido normales...

Pero no lo eran. El sitio continuaba día y noche, día y noche. El ejército patriota que sitiaba la fortaleza sufría mucho a la intemperie, porque, en estos meses de primavera, la opaca garúa, la fina y permanente llovizna, caía sobre los soldados, calándoles hasta el tuétano. Hubo sucesivas epidemias de fiebre amarilla y de viruela; los hospitales estaban llenos de moribundos y de cadáveres insepultos. Y se oía siempre el trepidante estrépito del cañón.

En esto, un día, Manuela tuvo una carta de Bolívar, de su propio puño y letra. Había sido escrita en Ica, localidad de la desértica zona costera.

Mi bella y buena Manuela:

Cada momento estoy pensando en ti y en el destino que te ha tocado. Yo veo que nada en el mundo puede unirnos bajo los auspicios de la inocencia y del honor. Lo veo bien y gimo de tan horrible situación por ti; porque te debes reconciliar con quien no amabas; y yo porque debo separarme de quien idolatro. ¡Sí, te idolatro hoy más que nunca jamás! Al arrancarme de tu amor y de tu posesión, se me ha multiplicado el sentimiento de todos los encantos de tu alma y de tu corazón divino, de ese corazón sin modelo.

Cuando tú eras mía, yo te amaba más por tu genio encantador que por tus atractivos deliciosos. Pero ahora me parece que una eternidad nos separa, porque mi propia determinación me ha puesto en el tormento de arrancarme de tu amor, y tu corazón justo nos separa de nosotros mismos, puesto que nos arrancamos el alma que nos daba existencia, dándonos el placer de vivir. En lo futuro, tú estarás sola aunque al lado de tu marido. Yo estaré solo en medio del mundo. Sólo la gloria de habernos vencido será nuestro consuelo. ¡El deber nos dice que ya no somos más culpables! No, no lo seremos más.

Era una hermosa carta, pero, qué significaba eso de "sólo la gloria de habernos vencido será nuestro consuelo". Sonaba a terminación definitiva, aunque la carta tuviera los tonos más tiernos. Y luego, en el mismo momento en que Manuela hacía un esfuerzo para estar "al lado de su marido", Jonotás le trajo una nota del coronel O'Leary. Era breve, pero de mucho significado: "Samuel Robinson ha llegado."

Manuela tenía la impresión de haber conocido a "Samuel Robinson" toda la vida. Su verdadero nombre era Simón Rodríguez y había sido el muy querido maestro de Bolívar. ¡Cuánto había hablado Bolívar de este bohemio con el que había viajado en la juventud por Italia y Francia! En una calurosa

tarde de agosto del 1805 había subido al Monte Sacro, que domina Roma, y, a la luz rojiza de la puesta del sol, habían contemplado la Ciudad Eterna extendida a sus pies. Habían hablado de libertad, de rebelión, de la historia de Roma con sus tiranos y sus Césares. Luego, con lágrimas en los ojos, el joven Bolívar se levantó y miró fijamente a Rodríguez.

—Le juro —dijo—, le juro por el Dios de mi padre y de mi madre, que no daré reposo a mi brazo ni descanso a mi alma hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español. —Aquel día pasado con el hombre que más tarde tomó su apodo de El Robinsón Suizo era un momento muy recordado de la vida de Bolívar.

¡Cómo había reído y llorado Manuela con las flaquezas de este maestro! Nacido en Caracas, había sido engendrado fuera del matrimonio por un tal Carreño, pero tomó el apellido de su madre y se llamó Simón Rodríguez. Complicado en la revolución cuando era todavía un sacerdote, había sido cogido, juzgado y desterrado. Tenía algunos de los atributos del genio: una prodigiosa memoria para los nombres —aunque cambiaba frecuentemente el suyo—, un don para los idiomas, maneras muy raras y mucha inventiva. Pero era bellamente inepto y completamente incapaz de convertir cualquier cosa en propio provecho. Fué traductor en Jamaica, componedor de imprenta en Baltimore, ayo en París, artista de circo en Rusia, velero en Alemania y librero en Londres. Ingresado en la claqué del Covent Garden londinense, podía aplaudir como diez. Aunque un disoluto y un réprobo, conservó su inocencia y las mujeres le adoraban. Había leído a todos los enciclopedistas franceses, devorado a Spinoza y Holbach y absorbido la filosofía de Jean-Jacques Rousseau. Quería vivir como un "hombre natural" y había leído con entusiasmo el Émile, en voz alta y bajo los árboles, al Bolívar de quince años. Creía con Jean-Jacques que los hombres han nacido inocentes y que sólo la sociedad los corrompe; en su afán de seguir los preceptos de Rousseau vivió en plena incoherencia. Adquirió la "manía ambulatoria", según había pro-

puesto el maestro. Cuando Bolívar estaba en París, a la impresionable edad de diecinueve años, volvió a encontrarse con Simón Rodríguez y se fueron juntos a Italia. Bolívar dijo después que "Rodríguez había metido en su corazón las ideas de libertad, justicia, grandeza y belleza".

Sin embargo, se habían perdido mutuamente de vista durante muchos años memorables, hasta un día en que Bolívar, que estaba recobrándose de una enfermedad, oyó que Simón Rodríguez había vuelto a Bogotá. Inmediatamente, le envió un mensaje urgente: "¡Oh, mi maestro, mi amigo, mi Robinsón! Está usted en Colombia y no me lo había dicho." E invitó a Rodríguez a venir al Perú. "En lugar de una querida, lo que necesito es un filósofo. Por el momento, prefiero Sócrates a Aspasia." Bolívar proporcionó el dinero para el viaje —"Este hombre puede ser muy útil para mí"— y, poco después de que el Libertador partiera para el Alto Perú, Rodríguez se presentó en Lima.

El señor Robinsón —dijo un francés recordándole— era el seudónimo de un tipo original; primeramente fué conocido como Padre Antonio, un fraile franciscano de Caracas que fué maestro de Bolívar. Un hermoso día de junio de 1824, Robinsón apareció de pronto en Bogotá, a la busca de su antiguo discípulo, quien, desgraciadamente para el maestro, estaba en Lima.

Robinsón, que se acercaba a los sesenta, tenía una joven esposa, una muchacha muy bonita, buena lavandera, con la que se había casado en París. Esta muchacha había traído de Europa un pequeño alambique con el que hacía licores de mesa que vendía de casa en casa. Esto me procuró ocasión de conocerla y de conocer a su marido, un tombre todavía en plena virilidad, con un rostro intelectual y un traje negro raído que indicaba una situación de semi-indigencia... Era muy culto, había vivido en Francia, Inglaterra y Rusia y enseñaba idiomas. Había cierto desequilibrio en su personalidad... causa de esta pobreza. Sin embargo, hablaba muy juiciosamente de todos los asuntos y se interesaba en las aplicaciones de las ciencias a la

industria... Robinsón se fué para Lima con su mujer y su alambique; por desgracia, la chiquilla parisiense contrajo la fiebre mientras bajaban por el Magdalena y sucumbió en Cartagena.

Este era el "hombre natural" que desmontó en la villa de Magdalena, sin saber cómo sería recibido. Quedó aturdido ante el acogimiento. Era un hombre bajo de ojos parpadeantes, con una majestuosa barba que caía sobre su sucio cuello. Su expresión era abierta y atrayente y su cutis lozano y rosado como las nalgas de una criatura; llevaba el cabello entrecano ensortijado alrededor de las orejas, lo que hacía el efecto de una peluca recién rizada y empolvada. Su poderosa nariz, con su red de filamentos purpúreos, publicaba su afición a los vinos de Borgoña. Manuela y Simón Rodríguez en seguida sintieron una atracción mutua. Aparte sus naturales simpatías, los dos querían a Simón Bolívar. Rodríguez fué instalado en la villa y adquirió, a pesar de sus sesenta años, una bella amante color *café au lait*. Era amable, alegre, culto, un poco loco tal vez, pero tan entusiasta por el saber como cuando hojeó por primera vez los libros de Rousseau. La vida había sido difícil a veces y, en uno de sus raros momentos de melancolía, dijo Rodríguez a Manuela: "Yo, que quise hacer del mundo un paraíso para todos, lo convertí en un infierno para mí."

Por órdenes de Bolívar, iba a convertirse en Director e Inspector General de Instrucción Pública de la nueva república llamada Bolivia. Esto hizo que Rodríguez partiera de nuevo, montado con evidente esfuerzo en una imponente mula. Con sus libros e instrumentos en una bestia de carga, su querida en otra y un paquete de cartas de Manuela a Bolívar en su bolsillo, partió como Don Quijote a luchar con los molinos de viento de la América del Libertador. Director de instrucción pública en una tierra que nunca había conocido, llevando ideas europeas avanzadas a gentes en su mayoría analfabetas, con un alto cargo a los sesenta años en un mundo sin árboles, barrido por el viento, a más de cuatro mil metros por encima del nivel del mar, allí

iba el "hombre natural". Manuela, al verlo avanzar por el desierto de la costa, tuvo necesariamente que preguntarse si Bolívar había estado acertado con este nombramiento. ¡Pobre Rodríguez! Iba a proporcionar el único alivio cómico a la matanza universal de los meses inmediatos.

El sitio del Callao continúa... El general Rodil no cuenta ya con más de 900 hombres efectivos y la miseria y el desconcierto aumentan día a día en el Callao. La mortalidad es grande en la fortaleza. No se sabe hasta cuándo podrán resistir. La vigilancia del general Rodil es incesante. Ejerce todos los talentos de un jefe capaz.

Así escribió el cónsul norteamericano a Henry Clay. Y semanas después, añadió:

El general Rodil sigue resistiendo en los fuertes del Callao. Su situación se hace cada día más crítica. Últimamente, ha fusilado a tres o cuatro que tenía detenidos; este peligro del descontento es más inminente que incluso el hambre o las balas de cañón de los sitiadores.

Y los cañones seguían tronando. Ya no era el sol el árbitro de los movimientos de la vida de Lima. Los cañones del sitio señalaban las horas del día; su primer disparo se convirtió en la diana y su último en el toque de silencio. Todo se guiaba por ellos. Y el espectro de la muerte continuaba gobernando la fortaleza. Los defensores se comieron primero sus mulas y luego las ratas; por último, se devoraron mutuamente. Las playas del Callao se hicieron fétidas con tanto cadáver insepulto y, allí arriba, los buitres de pesadas alas oscurecían el cielo. Sólo los fabricantes de ataúdes parecían ganar con todo esto. Había un desfile incesante de cortejos fúnebres por las calles; las campanas tocaban siempre a muerto y las misas por los difuntos se celebraban durante veinte horas por día.

En cuanto a James Thorne, había perdido ya su paciencia. Se había mostrado con Manuela suplicante e insistente en un principio y luego violento y amenazador. Sabía que, a pesar de

su vigilancia, la correspondencia con Bolívar continuaba. Comenzó a tener la impresión de que, mientras la acosadora sombra del Libertador se interpusiera entre él y Manuela, no podría triunfar. Propuso un viaje a Londres. Manuela escribió esto a Bolívar, pues así ponía a prueba el carácter definitivo de la separación que las cartas del Libertador sugerían. Desde la cumbre del mundo, desde Bolivia, llegó la respuesta:

Mi adorada:

¿Conque tú no me contestas claramente sobre tu terrible viaje a Londres? ¿Es posible, mi amiga? ¡Vamos! No te vengas con enigmas misteriosos. Diga Ud. la verdad y no se vaya Ud. a ninguna parte: *yo lo quiero resueltamente*.

Responde a lo que te escribí el otro día de un modo que yo pueda saber con certeza tu determinación.

Tú quieres verme, siquiera con los ojos. Yo también quiero verte y revertirte y tocarte y saborearte y unirme a mí por todos los *contactos*. ¿A que tú no quieres tanto como yo? Pues bien, esta es la más pura y la más cordial verdad. Aprende a amar y no te vayas ni aun con *Dios mismo*.

A la mujer *única*, como tú me llamas a mí.

Esta respuesta fué suficiente para Manuela; dijo a Thorne que no haría el viaje. Y ahora sus relaciones tomaron un cariz muy feo. Thorne se lanzó al insulto y, en una ocasión, perdidos totalmente los estribos, golpeó a Manuela, cosa muy peligrosa de hacer con persona tan inflamable. Con el correr de los meses, al compás de los cañonazos del sitio, las disputas del matrimonio aumentaron en número y violencia. El único solaz de Manuela por el momento era escribir a Simón Bolívar; éste, a pesar de estar enfrascado en los asuntos de estado, contestaba con mucha agitación:

¿Sabes que me ha dado mucho gusto tu hermosa carta? Es muy bonita la que me ha entregado Salazar. El estilo de ella tiene un mérito capaz de hacerte adorar por tu espíritu admirable. Lo que me dices de tu marido es dolo-

roso y gracioso a la vez. Deseo verte libre pero inocente juntamente, porque no puedo soportar la idea de ser el robador de un corazón que fué virtuoso y no lo es por mi culpa. No sé cómo hacer para conciliar mi dicha y la tuya, con tu deber y el mío; no sé cortar este nudo que Alejandro con su espada no haría más que intrincar más y más; pues no se trata de espada ni de fuerza, sino de amor puro y de amor culpable; de deber y de falta; de mi amor, en fin, con *Manuela la bella*.

Después de esta carta se hizo el silencio alrededor de Manuela. Pasaron las semanas y Bolívar siguió sin cartas, sin noticias. La situación le pareció tan desesperada que escribió a su ministro de la Guerra: "No sé nada de mi señora Manuela. Por lo mismo, suplico a usted le haga una visita de mi parte y le pregunte cómo está."

El general Tomás de Heres hizo esto en seguida. Era un hombre imponente, un argentino que había venido a Lima con el ejército de San Martín y se había quedado a servir a las órdenes de Bolívar. Cabalgó hasta la villa de Thorne con una escolta, visitó a Manuela y, como un buen militar, informó al Libertador:

Vi a mi Sra. Da. Manuela y me ha contestado: que le ha escrito incesantemente por conducto de Freyre, que le ha pedido las cartas; que temiendo que se extraviasen, las ha duplicado; que ha contestado por conducto de Freyre porque por él mismo ha recibido las cartas de Ud.; que está buena y viviendo con el bendito de su marido (son sus palabras), como Ud. se lo ha pedido.

Era, pues, Freyre quien había recogido el guante de la violencia de James Thorne. Uno de los más antiguos amigos de Manuela en Lima, era ahora, gracias a las gestiones de ella con Bolívar, jefe de policía. Idolatraba a Manuela y era capaz de hacer cualquier cosa por ella. Freyre era un jorobado y su enorme cabeza de gárgola descansaba sobre un cuerpo pequeño y deformado, con el paréntesis de las piernas acentuado por el uniforme.

Entendido en leyes, había conocido a Manuela en los secretos conclaves de las primeras conspiraciones revolucionarias y Manuela le había ayudado a conquistar a la que ahora era su rolliza esposa. Hombre de confianza de Bolívar y Manuela, actuaba con frecuencia de correo entre los dos; ahora tenía que transmitir la inquietante noticia de que James Thorne se estaba poniendo muy amenazador:

Incluyo una carta para Ud. de Doña Manuelita, a quien acaba de llegar su marido. Le dije que, en caso de que se pusieran feas las cosas, viniera a mi casa, donde sería atendida por mi esposa y estaría segura.

Bolívar recibió la carta de Manuela en la fabulosa ciudad de la plata, en Potosí, en la fría Bolivia, y contestó desde allí:

Mi querida amiga:

Estoy en la cama y leo tu carta del 2 de septiembre. No sé lo que más me sorprende: si el mal trato que tú recibiste por mí o la fuerza de tus sentimientos, que a la vez admiro y compadezco.

En camino a esta villa, te escribí diciéndote que, si querías huir de los males que temes, te vinieses a Arequipa, donde tengo amigos que te protegerán. Ahora te lo vuelvo a decir.

Dispénsame que no te escriba de mi letra; tú conoces ésta. Soy tuyo de corazón.

No siempre podía escribir personalmente a Manuela, porque estaba ayudando al nacimiento de una nueva República, un estado tallado en el territorio del Alto Perú y que se llamaría "Bolivia" en su honor. Y Juan Santana se convirtió en el amanuense del amor. Manuela regañó a Santana:

¿Qué es eso de olvidarse de cerrar las cartas que me escribe por el Libertador? No hay que ser tan distraído, amiguito, que no le importe que otros puedan leerlas. Y esto otro: ¿por qué, cuando el Coronel le encarga que me escriba, no quiere saludarme, ahora que ya no tie-

ne Ud. interés en escribirme personalmente? Qué bribón es Ud., pero yo le castigaré...

Los que rodeaban a Bolívar comprendían estas relaciones; muy especialmente, las comprendía Juan Santana. Sentía los problemas de Manuela como si estuviera envuelto en ellos y, cuando ella no le contestó a sus cartas, escribió al pequeño Freyre para convencerse de que no la había ofendido de algún modo. Y Freyre contestó:

He hablado de usted con Manuelita; esta buena señora le tiene afición. La infeliz está con algunos inconvenientes; no voy mucho a su casa por causa del bruto de su marido. Le han dicho que soy un amigo del Libertador y me pone cara de demonio; por esto no escribe ella con la repetición que querría.

La vida se había convertido ahora para Manuela en una pesadilla. El ambiente de Lima parecía envenenado, el sitio continuaba, cada vez más horrible, y aquel matrimonio hacía tiempo que había dejado de ser matrimonio. Estaba reducido a una guerra abierta y todo indicaba que Manuela estaba ya harta. Si había alguna esperanza, se basaba en el retorno de Bolívar. Descendiendo por las yermas vastedades andinas, a mil quinientos kilómetros de montañas, galopaba un correo con una carta de Bolívar:

Quiero desesperadamente volver a Lima. Si no hago otra cosa, pienso constantemente, de día y la noche entera, en tus encantos y tu amor por mí, y en mi regreso, y en lo que harás, y en lo que haremos cuando estemos juntos de nuevo.

Manuela había abandonado a James Thorne. Esto se supo en Lima antes de que el acto se realizara. No abandonó precisamente el domicilio conyugal, pero, cuando Thorne se fué de Lima por asuntos de negocios, su esposa se negó a acompañarle. Cuando el marido tuvo noticias de Manuela, ésta se había

instalado ya en su casa de Magdalena. Como las exigencias de los negocios le retenían y no podía volver, Thorne escribió. Manuela no contestó. Thorne multiplicó sus atenciones, rogando, invitando, exigiendo y finalmente suplicando que Manuela volviera junto a él. Fué un diluvio de cartas; llegaban de día o de noche, más insistentes, así se diría, que el bombardeo de la fortaleza. Finalmente, Manuela no pudo resistir más:

No, no y no; por el amor de Dios, basta. ¿Por qué te empeñas en que cambie de resolución? ¡Mil veces, no! Señor mío, eres excelente, eres inimitable. Pero, mi amigo, no es grano de anís que te haya dejado por el General Bolívar; dejar a un marido sin tus méritos no sería nada. ¿Crees por un momento que, después de ser amada por este General durante años, de tener la seguridad de que poseo su corazón, voy a preferir ser la esposa del Padre, del Hijo o del Espíritu Santo o de los tres juntos? Sé muy bien que no puedo unirme a él por las leyes del honor, como tú las llamas, pero, ¿crees que me siento menos honrada porque sea mi amante y no mi marido? ¡Oh! No vivo para los prejuicios de la sociedad, que sólo fueron inventados para que nos atormentemos el uno al otro.

Déjame en paz, mi querido inglés. Déjame en paz. Hagamos en cambio otra cosa. Nos casaremos cuando estemos en el cielo, pero en esta tierra ¡No! ¿Crees que la solución es mala? En nuestro hogar celestial, nuestras vidas serán enteramente espirituales. Entonces, todo será muy inglés, porque la monotonía está reservada para tu nación (en amor, claro está, porque sois muy ávidos para los negocios). Amas sin placer. Conversas sin gracia, caminas sin prisa, te sientas con cautela y no te ríes ni de tus propias bromas. Son atributos divinos, pero yo, miserable mortal que puedo reírme de mí misma, me río de ti también, con toda esa seriedad inglesa. ¡Cómo padeceré en el cielo! Tanto como si me fuera a vivir a Inglaterra o Constantinopla. Eres más celoso que un portugués. Por eso no te quiero. ¿Tengo mal gusto?

Pero basta de bromas. En serio, sin ligereza, con toda

LAS CUATRO ESTACIONES DE MANUELA
la escrupulosidad, la verdad y la pureza de una inglesa,
nunca más volveré a tu lado. Eres católico, yo soy atea
y esto es nuestro gran obstáculo religioso; quiero a otro y
esto es una razón mayor y todavía más fuerte. ¿Ves con
qué exactitud razono?

Siempre tuya.

MANUELA

9

LAS LEYES DEL HONOR

Era el verano de 1826. Habían sido ganadas todas las batallas. Hasta el terrible sitio había terminado; los harapientos restos del ejército del general José Rodil habían salido de la fortaleza con todos los honores. Una vez más, los barcos llenaban los muelles y llegaba a Lima una corriente continua de artículos de lujo. Los banqueros internacionales habían entrado en escena, con tentadoras ofertas de préstamos de dinero. Había, por lo menos en la superficie, paz sobre la tierra.

La ciudad de Lima abrumó a Simón Bolívar con regalos: un servicio de mesa de oro, la antigua carroza del Virrey con las propias armas del Libertador en las portezuelas, una espada embellecida por cientos de diamantes y esmeraldas, un uniforme de gala con tan ricos bordados en oro que Bolívar nunca se animó a ponérselo. En todas las iglesias de Lima, los fieles comenzaban sus oraciones: "¡Oh, Señor! Todo lo bueno viene de Ti. Nos has dado a Bolívar..." Los poetas cantaban las alabanzas del Libertador y uno fué tan exagerado en su retórica sobre la escaramuza de Junín que el mismo Bolívar protestó: "Me ha ensalzado en tal grado que nos vemos arrojados al abismo del olvido. Si no fuera usted un poeta, creería que se propuso escribir una parodia de la Iliada, utilizando a los héroes de nuestra miserable farsa como personajes."

Pero rara vez protestaba. Le gustaba esta aureola. Por primera vez en quince años se veía libre de los agobiadores detalles del gobierno que habían hecho de su vida una sucesión de pequeños infiernos. Eran unos días apacibles, parecidos a esos recor-

dados anochecer del verano, cuando el día ya no es día ni la noche es todavía noche, cuando el suave resplandor del día que muere se mantiene todavía en el cielo. Así eran los meses de verano de 1826.

Llegaban los honores del mundo exterior. El nombre de Bolívar era pronunciado con respeto en los consejos de Europa; para América del Norte era otro libertador, y un miembro de la familia de Jorge Washington le envió un medallón con un mechón del héroe norteamericano y una bella miniatura firmada por Gilbert Stuart: "Este retrato del autor de la libertad de América del Norte... a quien alcanzó igual gloria en América del Sur." Con el medallón, llegó también una conmovedora carta del viejo Marqués de La Fayette, dirigida al "Segundo Washington" del Nuevo Mundo: "De todos los hombres vivos y de todos los hombres de la historia, usted sería aquel a quien Washington hubiera preferido enviar este medallón."

En el Senado norteamericano, Henry Clay colocó a Bolívar en la galaxia de una nueva Iliada. En París, las mujeres llevaban sombrero *à la Bolívar*. En Londres los comercios de arte de Conduit Street hacían un excelente negocio con los grabados que mostraban a Bolívar en atuendo militar. En Italia, se le aclamaba universalmente. Dos años antes, Lord Byron, aburrido de las mujeres y de escribir, había bautizado a su barco *Bolívar* cuando zarpó para su muerte y su gloria en Grecia.

Bolívar había triunfado sobre todas las cosas: los elementos, las montañas, el tiempo y la distancia. Había vencido a los españoles, derrotado a su rival Santander. Y para que su vida fuera plena, tenía a Manuela.

La victoria era completa. Las gentes ya no hacían conjeturas —por lo menos, abiertamente— sobre este asunto. El marido de Manuela se había eclipsado y cuantos rodeaban al Libertador otorgaban a su querida el respeto que se muestra a una esposa. Bolívar no se esforzaba ya en cubrir las apariencias; el tiempo había dado su sanción y Bolívar estaba por encima de toda crítica. En las comidas, Manuela aparecía hermosamente vestida y

peinada, como la señora de la villa, reinando sobre una mesa que era el orgullo y la envidia de Lima. Bolívar contaba con los mejores chefs y era un anfitrión pródigo, aunque, por lo general, comía privadamente con un plato o dos y sólo aparecía al término del banquete, para los brindis oficiales. Entretanto, era Manuela quien presidía.

Allí estaba cuando llegó el almirante Rosamel con una delicada misión. Había sido enviado por el rey de Francia con la propuesta de que el Perú enviara a cierto número de sus jóvenes más prometedores a estudiar en París a cargo de la Corona. Era una propuesta muy halagadora, pero, para aquellos limeños que desconfiaban de los móviles políticos de Bolívar, también algo sospechosa. Era un secreto a voces que Francia deseaba ver coronado a Bolívar como Simón I, rey de un imperio andino en cuyos asuntos París esperaba representar un importante papel. También se hablaba en otras partes de América del Sur de monarquía con "sospechosa frecuencia". Desde Venezuela, un antiguo compañero de armas escribió a Bolívar: "Deberías ahora convertirte en el Napoleón Bonaparte de América del Sur". Llegó desde Caracas un mensajero para apuntar que Bolívar debía proclamarse rey. La hermana de Bolívar, María Antonieta, le pidió con vehemencia que rechazara la sugestión:

Te envían ahora una comisión para ofrecerte una corona. Recíbelos como merecen ser recibidos. Tu verdadero título es el de Libertador; ha puesto tu nombre entre los más grandes de la tierra. Debes, pues, rechazar a todo aquel que te hable de coronas.

Había, pues, inconvenientes en el paraíso peruano. No procedían únicamente de que se hablara de monarquía, ni de la vida suntuosa de Bolívar, con su vajilla de oro y las interminables botellas de agua de colonia, ni siquiera del terrible miedo de ver convertida a Manuela en Reina del Perú. Procedían muy especialmente del sueño de Bolívar, de su sueño político. Quería formar una serie de Repúblicas andinas, con idénticas Constitu-

ciones y una sola finalidad; un grupo organizado que encarnara su ideal de la democracia. Como paso en esta dirección, propuso dividir al Perú, porque lo consideraba gigantesco, demasiado grande y poderoso. Iba a separar el Alto Perú del resto del país y formar la nueva nación de Bolivia.

Apenas hubo peruano a quien esta idea agradara. Hubo oposición en el Congreso, pero Bolívar la neutralizó con la mera amenaza de abandonar el país. Cuando pensaron en el caos que seguiría a su partida, capitularon y pusieron el sello de una aprobación de mala gana a la creación de la nueva República. Después, mientras Perú gruñía, Simón Bolívar vivió en la villa, aparentemente sin enterarse del creciente descontento, dictando a sus secretarios la Constitución ideal del Estado que iba a llevar su nombre.

Manuela, como de costumbre, pues estaba en su propia naturaleza, se hallaba más cerca de la realidad de las cosas. Oía y veía muchas cosas que escapaban a Bolívar o que éste optaba por no tener en cuenta. Veía enemigos donde Bolívar sólo veía una blanda oposición y olfateaba obstáculos donde él sólo percibía inconvenientes menudos. ¿Qué decir, por ejemplo, del cónsul norteamericano? ¿No estaba minando el prestigio de Bolívar en América del Norte? ¿Qué se podía pensar de cartas como ésta, de cuyo envío Manuela se había enterado?

El Libertador tiene un carácter muy vehemente e impetuoso; ha realizado tan grandes cosas y ha dirigido tan personalmente los asuntos, que ha adquirido el hábito de considerar excesivamente los complejos movimientos del gobierno a la luz de la subordinación militar. Los oficiales que le rodean son jóvenes y tres de ellos son ingleses —O'Leary, Fergusson y Wilson—, muy afectos a su persona e incondicionalmente sumisos. No tiene a su lado personalidades de peso y dignidad que puedan sostener una opinión contraria y existe un tono de excesiva adulación y absoluta deferencia en las gentes de este país que se le acercan. Este estado de cosas proporciona ocasiones

a los enemigos de Bolívar. Un francés inteligente y de ideas liberales me dijo: "Se perderá lo mismo que Napoleón."

William Tudor era muy de Boston. No le gustaba el clima de Lima. No simpatizaba con Bolívar. En cuanto a Manuela —hay que tener en cuenta que se trataba de un soltero—, la juzgaba mujer imprevisible e imposible de comprender. "Si le repitiera algunas anécdotas auténticas —dijo a Henry Clay—, le parecerían increíbles." Las ideas de Tudor sobre la democracia eran firmes e inalterables. Había estado en Boston durante *la Revolución* y había heredado los principios revolucionarios de sus padres, quienes habían participado activamente en el movimiento. Además, era una figura literaria y todo aquel que no hubiera leído sus ensayos era juzgado indudablemente un analfabeto. Conocía el mundo, pues había viajado mucho con su hermano, el "Rey del Hielo", quien había hecho una fortuna llevando hielo de Boston a las tropicales Indias Occidentales. Tudor era pequeño y puntilloso e iba siempre pulcro e immaculado; tenía unos fríos ojos grises, una barbilla hendida, un grueso labio inferior que sacaba hacia adelante cuando se irritaba y la costumbre de enarcar la ceja derecha para mostrar su desagrado. Pero sólo cuando Manuela habló contra él en público se pronunció abiertamente contra el Libertador. "Su modelo —dijo— es ahora Napoleón y su ambición es igualmente ilimitada."

Simón Bolívar acababa de enviar su Constitución para Bolivia. Trataba de combinar las virtudes de todos los sistemas políticos, pero no tuvo en cuenta la sentencia de Napoleón de que una Constitución debe ser breve y vaga. Sus detractores decían que, en lugar de combinar las virtudes de todos los sistemas, había combinado los defectos. Su plan incluía un presidente vitalicio, idea que, si fuera seguida por otras naciones sudamericanas, le procuraría un dominio absoluto sobre medio continente. Por lo menos, esto era lo que decían sus adversarios políticos. William Tudor interpretaba las cosas así:

Es en extremo penoso cambiar la opinión favorable que se ha formado de cualquier individuo y más aun cuando este individuo es tan eminente y tiene en juego su propia reputación, de la que dependen las esperanzas y el crédito de estas nuevas Repúblicas. La profunda hipocresía del General Bolívar ha engañado hasta ahora al mundo, aun- que muchos de sus antiguos amigos han descubierto ya desde hace más de un año lo que es y le han abandonado.

Era difícil guardar secretos en Lima. Aunque no había ahora periódicos, importaba poco; el rumor era la savia de la sociedad. La carencia de secreto y la falta de continuidad hacían imposible cualquier movimiento de genuina sorpresa. Había un plan de rebelión contra Bolívar en las altas esferas de la sociedad y era un plan bien escondido. Participaban en él muchos personajes limeños, pero, como de costumbre, la mejor información procedía de las hechuras de Manuela, quienes recogían las noticias por las noches en tal o cual *picantería*. Las lenguas de los soldados se soltaban con el ron y decían todo lo que sabían y también mucho de lo que ignoraban. Para fines de julio de 1826, Manuela sabía lo suficiente para demostrar que existía un movimiento organizado tendiente a apoderarse de Bolívar, sus edecanes y sus generales y a expulsarlos con el cuerpo principal del ejército colombiano del territorio del Perú. Cuando esto fué confirmado por el capitán Espinosa, que actuó de *agent provocateur*, Bolívar reaccionó con sorprendente prontitud. William Tudor informó:

Todos los oficiales del cuerpo peruano estacionado en la capital fueron detenidos. Se dice que hay de 60 a 80 personas encerradas en los Conventos de Santo Domingo... Bolívar está agitadoísimo con estos acontecimientos y, si la prudencia de los ministros no logra calmarle, se teme que las ejecuciones comiencen.

Bolívar había ganado de nuevo. Pero ganar significa a veces perder, porque ya habían terminado los días de tranquilidad, la plenitud de su vida. La noche avanzaba y traía con ella las

amenazadoras sombras del tumulto. Una revuelta en su tierra natal de Venezuela amenazaba toda la estructura de Gran Colombia; Bogotá seguía siendo una herida que supuraba. El Vicepresidente Santander insistía en que el Libertador debía volver para poner remedio a las cosas. El monstruo, el verdadero enemigo, era la geografía. Atacaba a Bolívar por todos lados. Hacían falta dos meses para que llegara una carta de Colombia; Panamá estaba a cincuenta y cinco días de distancia y Venezuela a tres meses. Los correos tenían que cruzar selvas, vadear multitudinos ríos, subir y bajar imponentes montañas y matar una docena de monturas antes de verse ante Bolívar, en Lima. Esto hacía imposible que el Libertador apreciara debidamente los acontecimientos; un problema de orden menor se había convertido en un desastre antes de que llegara a enterarse él.

En aquella altísima Bolivia, su República "ideal", también se estaban abriendo las costuras. El general Sucre, que había accedido a ser presidente "vitalicio" por un período limitado, se vió envuelto en las complejidades del nuevo Estado. Pero había algo peor. El "hombre natural", el ministro de Instrucción Pública, constituía para el general Sucre un verdadero quebradero de cabeza. Simón Rodríguez chocó en seguida con todo el mundo: los gobernadores, los alcaldes, los curas y las madres de los niños que instruía. En su "escuela natural" enseñaba anatomía quitándose las ropas y paseándose en cueros por la helada sala, "de manera que los alumnos pudieran acostumbrarse al cuerpo desnudo". Sus peroratas eran tan celestiales que nadie las entendía. Tampoco la edad había marchitado su interés por las mujeres. Aunque "su cabello era blanco como la nieve y tenía un rostro angelical", se insinuaba con cualquier mujer que estuviera a su alcance. Cuando, finalmente, "forzado por las circunstancias", tuvo que casarse con la pequeña Manuela Gómez, los ciudadanos de la capital no quisieron saber más de él. Fué enviado al Perú con la jovencuela que era ahora su esposa. En el Perú, bajo el lema "Luz y Virtud de América", abrió una escuela modelo; en la misma sala tenía instalada una fábrica

de velas. En este cuadro, Samuel Robinsón, el hombre que había querido hacer del mundo un paraíso para todos y conseguido únicamente convertirlo en un infierno para él, sumergía sus pabilos en la cera y, a ratos perdidos, enseñaba a los niños.

Así andaba el mundo de Bolívar.

• • •

El tiempo trabajaba ahora contra Bolívar. Ya no podía demorarse más, aunque entendía que su presencia en Lima era necesaria como fuerza unificadora. Si seguía aquí más tiempo, toda la obra de su vida y su más hermosa creación, la República de la Gran Colombia, quedarían deshechas.

Su firme decisión de marcharse causó en Lima mucha agitación. Porque, si se temía su poder, más aun se temía su partida. Miraban a los miles de soldados colombianos a su alrededor, pensaban en los bandidos que merodeaban por los montes que rodeaban la ciudad, examinaban las facciones que había en el seno del Gobierno y, percibiendo los puntos focales del caos, sentían un gran miedo del futuro. El Libertador fué visitado por delegaciones que agotaron todos los halagos invitándole a quedarse. Una comisión de elegantísimas damas acudió a su villa en carruajes abiertos y le suplicó que rectificara su decisión. Y allí, bajo la fría mirada de Manuela, una de las visitantes más sabrosas leyó en voz alta un llamamiento poético.

Bolívar se tragó todo esto y prometió estudiar el caso.

—Señoras, mis estimadísimas señoras, el silencio es la única respuesta que puedo dar a tan deliciosas palabras.

William Tudor, que estaba al fondo, enarcó su ceja derecha y dijo: "Han puesto a este hombre vehemente en los lindes de la locura." Pero después, desaparecida la delegación, Bolívar fué hacia la puerta con Tudor y le dijo con firmeza: "Me iré a Colombia."

El coronel O'Leary fué el primero de sus ayudantes en partir. Su misión era salvar a caballo los cuatro mil quinientos kiló-

metros que le separaban de Venezuela, examinar las condiciones que existían en este país y tener preparado un informe para cuando Bolívar llegara.

A Quito envió a un veterano de Napoleón, a un hombre que había servido al Emperador en Austerlitz. "Mañana, 8 de agosto —escribió Bolívar al Gobierno de Bogotá—, el coronel Charles Demarquet, mi ayudante, sale para Quito con objeto de unir a los hombres y mantener la paz."

Seguidamente, preparó su propia partida.

Para Manuela esto significaba otra despedida, otro período de separación. Evidentemente, no podía acompañarle; el viaje era duro y largo y sería hecho a marchas forzadas, capaces de matar a una mujer. Y había otras consideraciones todavía más rigurosas. La misión de Bolívar era ahora calmar los ánimos, no excitarlos todavía más, y la presencia de la Sáenz, cuyo nombre y reputación estaban ya en todas las bocas, trastornaría sus planes. No sabía lo que el futuro le deparaba. Si cabía unificar los distintos gobiernos, preveía su renuncia y una vida recoleta en sus tierras. Allí, en la paz y la holgura del retiro, Manuela podría estar de nuevo junto a él. Era un sueño dorado.

Entretanto, Bolívar sentía mucho la equívoca posición en que dejaba a Manuela. Sería, a todos los efectos, una querida abandonada. Sin él, Manuela se vería atacada por todas las mujeres de Lima. Era una situación terrible. El Libertador reunió en secreto a sus más seguros amigos, incluidos el ministro de la Guerra y el jorobado Cayetano Freyre, y puso el bienestar de Manuela en sus manos.

Manuela no asistió al gran banquete de despedida que se dió en honor de Bolívar. Tampoco estuvo presente en el íntimo que Bolívar celebró con sus colaboradores personales el 2 de setiembre, pero horas después, aquella misma noche, los dos amantes tomaron una colación en el dormitorio del Libertador. Y en esta habitación, con su puerta secreta que comunicaba con la trasalcoba de Manuela, ésta se despidió de Bolívar como ella sola sabía hacerlo.

Durante todo el resto de setiembre, Simón Bolívar estuvo en pleno movimiento. Su presencia parecía crear la armonía en todas partes, pero, apenas desaparecida, reaparecían de nuevo los conflictos personales. En Quito le recibieron como le habían recibido cuando entró en la ciudad por primera vez hacía cuatro años. Recibió allí algunas noticias de Lima: una nota del fiel Cayetano Freyre diciendo que "Doña Manuelita está bien" y algunas cartas de Manuela. Hubo en Quito un nuevo compromiso de unión, pero, apenas Bolívar partió para el norte, volvieron a asomar las cabezas de la hidra de la discordia.

Bolívar seguía ahora la senda de montaña por la que antes había cabalgado en triunfo. Los Andes sin árboles producían una impresión de paz. Las flores moradas de la patata, sembrada y cuidada por los indios, escalaban las laderas y parecían alcanzar el mismo cielo. Bolívar sentía la nostalgia de los días de felicidad y sus pensamientos se sentían desgarrados entre las realidades políticas y Manuela. El 6 de octubre, llegado a la pequeña localidad de Ibarra, desde donde, años antes, había escrito a Manuela, recordó más que nunca a su amada y se sentó para escribir una carta muchas veces prometida.

Mi encantadora Manuela:

Tu carta del 12 de setiembre me ha encantado: todo es amor en ti. Yo también me ocupo de esta ardiente fiebre que nos devora como a dos niños. Yo, viejo, sufro el mal que ya debía haber olvidado. Tú sola me tienes en este estado. Tú me pides que te diga que no quiero a nadie. ¡Oh, no! A nadie amo; a nadie amaré. El altar que tú habitas no será profanado por otro ídolo ni otra imagen, aunque fuera la de Dios mismo. Tú me has hecho idólatra de la humanidad hermosa, de Manuela. Créeme: te amo y te amaré sola y no más. ¡No te mates! Vive para mí y para ti: vive para que consueles a los infelices y a tu amante, que suspira por verte. Estoy tan cansado del viaje y de todas las quejas de tu tierra que no tengo tiempo para escribirte con letras chiquiticas y cartas grandotas como tú quieres. Pero en recompensa, si no rezo, estoy todo el día

y la noche entera haciendo meditaciones eternas sobre tus gracias y sobre lo que te amo, sobre mi vuelta y lo que harás y lo que haré cuando nos veamos otra vez. No puedo más con la mano. No sé escribir.

Después de esto, Simón Bolívar fué tragado por el mundo andino.

ELEVACIÓN Y CAÍDA

La siguiente rebelión se produjo con el cambio de la guardia. El momento, era indudable, había sido inteligentemente elegido por el jefe, porque había consultado el almanaque y, en la noche del 25 de enero de 1827, iba a haber un eclipse total de luna. Al amparo del velado cielo, los soldados rebeldes podían ser movidos sin enfadosas sospechas. Durante la noche, los soldados colombianos, con sus toscos uniformes verdes, avanzaron en grupos de dos o tres hacia el centro de Lima. Allí, en las sombras que proyectaban los salientes aleros, el coronel José Bustamante, apagando su voz tras el embozo de su negra capa española, dirigía a todos hacia los lugares previamente determinados. Durante aquellas horas oscuras y silenciosas, los soldados fueron tomando posiciones; las cinco puertas quedaron muy guardadas y los parapetos se llenaron de tropa. En el instante preciso fueron rodeadas todas las casas que albergaban a algún general del ejército colombiano. Antes de que el sol se mostrara sobre los Andes, toda Lima sabía lo que había sucedido durante la noche: las tropas colombianas se habían rebelado contra sus generales.

William Tudor, despertado por su criado, se vistió e hizo un recorrido por la ciudad:

El 26 (de enero) el pueblo de Lima se vió sorprendido de ver que las tropas colombianas... ocupaban la gran Plaza y que los centinelas colocados en todas las esquinas impedían a todos entrar en ella. Ese día los comercios

quedaron cerrados y se suspendieron las actividades. Pronto se supo que una mayoría de los oficiales —el actual comandante de las tropas es el teniente coronel Bustamante— había detenido a sus dos generales, Jacinto Lara y Arthur Sandes, y cinco coroneles. Y tan bien se hizo la cosa que todos ellos fueron arrestados en sus camas, sin oposición; hasta ahora, la revolución no ha costado ni una gota de sangre. Los Castillos del Callao habían sido ocupados la noche anterior. Estos jefes y unos cuantos más de rango menor fueron llevados prisioneros a los Castillos y, luego, las tropas volvieron a sus respectivos cuarteles.

El ministro de la Guerra, Tomás de Heres, uno de los que debía proteger a Manuela, fué el único que logró escapar. Había estado fuera de la ciudad y, cuando se enteró de la revuelta, huyó en una canoa y subió a bordo de un barco francés que estaba en la rada. Cayetano Freyre, en paños menores, se vió encerrado en la cárcel, privado de su cargo; Pérez, el otro protector de Manuela, se hallaba sometido a arresto domiciliario. No quedaba en libertad nadie que hubiera pertenecido al bando de Bolívar, si se exceptuaba a Manuela.

Diez días después, en su puesto de mando, el coronel Bustamante releía sus informes con intensa satisfacción. Había llevado a cabo magistralmente la conspiración de Santander. No había habido ningún derramamiento de sangre; todos los principales oficiales de Bolívar, exceptuado el propio Bustamante, estaban incomunicados y las tropas colombianas habían recibido los primeros atrasos en sus pagas. Tan pronto como Simón Bolívar dejó Lima, Santander envió sus agentes a la ciudad para que prepararan esta conspiración. Estableció contacto con aquellos peruanos que, contrarios a Bolívar y sus ideas políticas, estaban dispuestos a moverse en cuanto tuvieran la seguridad de que el ejército colombiano quedaría neutralizado. Los agentes de Santander encontraron el "neutralizador" ideal en el coronel Bustamante. Era un soldado "político", amigo del Vicepresidente, y se movía en la vida como un alfil en el tablero del ajedrez:

oblicuamente. Reunió a los sargentos de los batallones colombianos y les dijo que únicamente el Vicepresidente de Gran Colombia, Santander, apoyaba sus libertades y que la Constitución proyectada por Bolívar señalaba el retorno al despotismo. Además, si participaban en la conspiración y detenían a sus jefes, cobrarían sus atrasos, volverían a casa y él, Bustamante, sería hecho general.

Bustamante no dejó nada al azar. La correspondencia que salía de Lima pasaba por una rigurosa censura y se sometía a todos los viajeros al más severo de los registros; de este modo, cuando Simón Bolívar se enterara de la revuelta, sería demasiado tarde para que interviniera. Todo iba como sobre ruedas y ya algunas tropas colombianas se hallaban camino de casa. Nada al azar... En esto, un oficial entró en el despacho para decirle que Manuela, vestida con el uniforme de coronel, estaba en los cuarteles tratando de provocar una contrarrevolución.

Los soldados querían mucho a Manuela. Les gustaba esta mujer que podía montar a caballo como un hombre y, sin embargo, ser, cuando la ocasión lo exigía, tan femenina. Manuela se había apartado muchas veces de su camino para cuidar de que a los soldados no les faltaran los esparcimientos que alivian la monotonía del servicio militar. Además, la tropa estaba inquieta en sus cuarteles, a la espera de la repatriación y preguntándose qué recibimiento les haría Colombia. Ahora, Manuela, una figurilla heroica con su uniforme de coronel, se paseaba entre los soldados, invitando, incitando, amenazando y hasta blandiendo un sable para acentuar sus palabras. Manuela hacía frente por sí sola a la rebelión.

El Gobierno peruano tampoco quería dejar nada al azar. Al dar las doce aquella noche, los soldados aparecieron en la casa de Manuela, la sacaron de la cama y la llevaron entre protestas y forcejeos al convento de las Nazarenas. El propio coronel Bustamante se hizo cargo del asunto. A través de la reja del locutorio de aquellas monjas enclaustradas, dijo a la superiora que Manuela debía permanecer reclusa, sin comunicarse con

nadie y, ante todo, privada de papel y pluma. La abadesa, Agustina de San Joaquín, expresó su desagrado por la misión que se le encomendaba, pero el coronel recibió seguridades de que se trataría a la señora de acuerdo con las instrucciones recibidas y de que nadie se comunicaría con ella.

A la mañana siguiente Manuela escribió una carta a Cristóbal Amuero protestando contra la detención. He aquí una versión de la carta:

Señor Cónsul de Gran Colombia:

Desco manifestarle como representante de la República a la que tengo el honor de pertenecer, que, a las doce de la noche del 7 de febrero de este año de 1827, fué allanada mi casa. Yo estaba en el pueblo de Magdalena, donde siempre he vivido. Me ordenaron que me entregara y que les siguiera detenida a la capital. Yo no podía hacerlo en seguida, a causa de mi mal estado de salud, y el resultado fué que un oficial quedó en mi habitación para tenerme vigilada toda la noche; todas las calles alrededor de mi casa estaban llenas de tropa. Al día siguiente fuí llevada al Convento de las Nazarenas como prisionera de guerra o una criminal; no soy, claro está, esto último y no sé por qué razón he de considerarme lo primero.

Hasta ahora, no me han dicho la razón de mi encarcelación ni quién me acusa; todo el procedimiento es inquisitorial. Yo sostengo que soy colombiana y que falta aquí la consideración y la gratitud que se deben a mi nación, y alego además los privilegios que los derechos del hombre conceden a las personas encarceladas, justa o injustamente.

Pongo mi asunto en sus muy capaces manos. Yo no sé si hay razón o no para que se me juzgue como peruana; si es así, que me castiguen como peruana. El Gobierno ha olvidado el artículo 117 de la Constitución de este país.

Mi vindicación es absolutamente necesaria. Permítame recordarle que, como representante de la República de Colombia, su deber es exigirla y que le incumbe hacer esto con toda la energía que corresponde a un representante. Insisto en que la justicia de mi caso hallará favor entre

todos los hombres reflexivos, los únicos jueces competentes de una persona como yo, cuya única culpa es pertenecer a una República que ha hecho tanto bien al Perú.

Cristóbal Amuero trató de hacer algo por Manuela, pero él mismo estaba tan en peligro, que se limitó a formular una débil protesta.

Era como todos los últimos agentes del General Bolívar —dijo William Tudor—, algunos de los cuales tenían serias razones para temer la investigación que el Gobierno peruano iba a hacer indudablemente. Todos ellos han visto destruidas sus esperanzas de riquezas y títulos, pero han continuado en la ciudad sin ser molestados. Varios han participado indiscutiblemente en secretas intrigas de las que el Sr. Armero (Amuero), un comerciante, encargado de negocios de Colombia —un personaje sin principios, como casi todos los otros agentes de Bolívar—, era el ostensible promovedor.

Los idus de marzo llegaban sobre Manuela. Escribió a los soldados que conocía en los batallones, buscó por carta a los amigos que le quedaban, siempre con la esperanza de tener alguna noticia de Bolívar. Sus apresadores aumentaron las precauciones. Pero las cartas seguían saliendo del convento. Sorprendieron a Jonotás con algunos despachos escondidos en el turbante y la metieron sin juicio en la prisión de mujeres de Casas Matas, famosa por sus malas condiciones sanitarias y por la perversidad de las reclusas. Allí fué, sin embargo, Jonotás. Creían que era un hermafrodita, algo parecido a un molusco, con los principios activo y pasivo unidos en su persona, en forma que mantenía un estado sexual de equilibrio. Como consecuencia, Natán, vestida de monja, se convirtió en el correo de Manuela.

Las cartas surtieron efecto. Hubo varios amotinamientos entre los soldados colombianos. Los peruanos les temían. Se trajeron tropas peruanas que se mantenían "en estado de alerta, con la bayoneta calada y dispuestas a intervenir en cualquier momento". Pero en el momento en que los colombianos llegaban al colmo

de la excitación y se aprestaban a declararse por Bolívar, llegaron los transportes y, el 19 de marzo, dos mil de ellos se embarcaron. Un oficial peruano dijo a William Tudor: "Nunca esperamos librarnos de ellos sin una batalla."

Manuela estuvo mucho tiempo en el encierro del convento para meditar sobre su elevación y su caída. Apenas parecía posible que hubieran sucedido tantas cosas en cinco años. En 1822, el mundo, su mundo, había estado lleno de promesas. Luego, mientras se desplazaba con el ejército y con la historia, había habido momentos de peligro y días de desesperanza, pero siempre había sido sostenida por su amor a Bolívar y sus ideales. Hasta durante las dificultades con su marido había habido un futuro. Su elevación como favorita de la Magdalena, con el poder social de una virreina, había sido rápida y maravillosa. Ahora, en semanas, todo había desaparecido: posición, bienes, futuro. Y también había perdido, cuando más lo necesitaba, a su Bolívar. A los treinta años de edad, había ganado y perdido. Volvió a sentir la antigua intranquilidad, la impresión de "no pertenecer a nada". Era algo que alternadamente la preocupaba y exacerbaba; estaba abrumada por la rapidez de la caída. Pero no se deshacía en lágrimas; a la menor señal de imposición, se despertaba en ella una furia animal.

Los oficiales peruanos la llamaban una arpía deslenguada y, según las palabras del canciller, era "un insulto para el honor y la moral públicos". El ministro se quejaba de que, "a pesar de estar encerrada en un convento de monjas, ridiculizaba la orden de incomunicación que pesaba sobre ella y recibía visitas de funcionarios del Gobierno". Finalmente, por miedo a la contrarrevolución que las actividades de la reclusa estaban promoviendo, le envió un ultimátum y el 14 de abril informó a Santander:

Temía a cada momento una contrarrevolución. El Cónsul Armero y la Manuela Sáenz no han cesado de seducir, prometer, y aun gastar, la segunda, cantidades muy crecidas...

Con noticias exactas que tuve de cuanto se imaginaba por Armero y esa mujer, cuya escandalosa correspondencia tanto ha insultado el honor y moral públicos, lo hice llamar a las cuatro de la tarde. Le dije: la Manuela Sáenz se embarcará dentro de veinticuatro horas. Si no lo hubiese verificado en ese tiempo, la encerraré en Casas-Matas. La tenía en un monasterio, pero burlaba la incomunicación y está visitada de continuo por los oficiales.

El bergantín *Bluecher* zarpó hacia el Ecuador un día de cielo encapotado, de bajas nubes grises. Por todas partes, la espesa neblina hacía el ambiente opaco; los corvejones, en apretadas formaciones, volaban a baja altura, rozando casi el aborregado mar. De pronto desaparecían en la niebla y sólo quedaban los crujidos de la nave sacudida por las olas para recordar a los viajeros que vivían momentos muy reales y no un disparatado sueño. Este era, pues, el fin de la guerra de liberación. Esta era la recompensa final para todas las privaciones, todas las esperanzas, todas las aspiraciones de paz e independencia. Los jefes que habían llevado a todos a la victoria habían sido arrestados por sus propias tropas, encarcelados sin juicio, embarcados de noche y expulsados como criminales apestados. El general Lara, pálido tras los días de prisión, se mostraba poco comunicativo. Arthur Sandes trató de conversar con Manuela y abandonó muy poco después el intento. Pero la actitud de Córdoba era distinta. Estaba furioso. Antes de embarcarse había redactado un informe oficial para Bolívar:

Vidaurre llamó a Armero, el Cónsul de Colombia, y le previno que yo con los oficiales y tropa que aún había allí debía salir al día siguiente; que el pueblo estaba alarmado y mucho más con las expresiones que vertía Manuela Sáenz, la que debía también embarcarse conmigo.

Manuela hirió a Córdoba con sus invectivas; estaba irritada con él porque entendía que se había mostrado poco decidido en su actitud frente a los conspiradores. Acabó acusándole de desleal con Simón Bolívar. Córdoba ya no ocultó el odio que

Manuela le inspiraba; creía que las ligerezas de esta mujer habían contribuido mucho al resentimiento de los peruanos. Hubo una discusión violenta. Un joven teniente trató de intervenir y fué apartado.

...las impertinencias de esta Señora y su manera de ser para con Córdoba en la travesía fueron causa de algunos desaires de parte del General, todo lo cual motivó la enemistad que reinó después entre los dos y que tan funesta fué, en el andar de los tiempos, al héroe de Ayacucho.

El encono no disminuyó cuando llegaron a Guayaquil. Córdoba estaba tan enfurecido que hubo una ocasión en la que, si Manuela hubiese sido un hombre, hubiera recibido un pistoletazo entre los dos ojos. Fué una desdicha que se separaran en Guayaquil en semejante estado de ánimo, porque no se debe reñir con una de las Furias.

* * *

Guayaquil ofrecía un cuadro mísero. Las casas de bambú cuarteado, leves, con techado de hojas de palma, parecían más las chozas de una abandonada aldea india que los edificios del primer puerto del Ecuador. Las calles eran lodazales y los negruzcos buharros se disputaban en el barro los desechos que a nadie se le ocurría retirar. Las cantinas estaban llenas de soldados indisciplinados y todo el lugar despedía los hedores de un tosco ron de caña de azúcar. También aquí había habido una revuelta; los oficiales estaban confinados en sus alojamientos. Manuela no pudo comunicarse con nadie. Jonotás salió de su rincón de proa hecha un trapo y las dos juntas proyectaron su viaje a Quito. No iba a ser con todas las comodidades, como habían viajado cinco años antes. Todo el viaje iba a ser a pie:

Partió, pues, con una escolta de cuatro soldados colombianos, elegidos por ella entre los más apuestos del regimiento. Caminó haciendo pequeñas jornadas, sin más servicio que su mulata. Llegó a Quito a los diez días.

OTOÑO

Años 1827-1830

TERCERA PARTE

BOGOTÁ

BOGOTÁ, CIUDAD DE LA SANTA FE

La ruina se cernía sobre las casas, se desplazaba como miasmas en torno a las hoscas gentes, se asomaba en las conversaciones en voz baja de los soldados y suspendía sus alas de terror sobre el país.

Manuela lo advirtió en cuanto cruzó la invisible línea que separaba a su país natal de Colombia. No hubo aquí vítores. No hubo palabras de aliento para los embarrados soldados de la escolta. Antes, estos lanceros venezolanos hubieran sido recibidos como hermanos en todas las casas; ahora, hasta los más míseros campesinos les volvían la espalda cuando los veían. La revolución había devorado todas las esperanzas, todos los sentimientos. El país había pasado en estos trescientos años del salvajismo al feudalismo, de la monarquía a la república. Ahora estaba pasando de la revolución a la anarquía.

No había modo de ignorarlo. En un principio, Manuela hizo poco caso a los *¡Abajo Bolívar!* recién garabateados en las paredes encaladas, pero, cuando las quejas se hicieron verbales, soltó su lengua y fustigó a los propagadores del descontento con el lenguaje soez que podía utilizar en estas ocasiones. En todas partes, por toda Colombia, encontraba el mismo cuadro. A su llegada a cualquier localidad, la gente se le acercaba y le exponía sus lamentaciones. Se habían sentido alentadas por un sueño de apocalipsis social que las guerras de la independencia iban a hacer realidad; ahora estaban recogiendo el trigo amargo de sus pérdidas ilusiones. Había enfermedades, pobreza, carencias. El comercio estaba paralizado. Los soldados, licenciados después

de un largo servicio, iban de un lado a otro mostrando heridas gangrenosas que hedían. Todos decían que los tiempos eran peores que cuando los españoles imponían su ley al país. Bolívar era un tirano, tan sin principios como los *godos* que habían luchado por su Rey y la Madre España.

Tales eran las impresiones de monte a monte, de pueblo en pueblo.

¿Qué era este *dies irae* que se cernía sobre Colombia, esta cantilena de caos que estaba en todos los labios? ¿Era la anarquía tan temida por Bolívar? ¿Era que la miseria, que ahora tenía el contrapunto del desafecto, se había convertido en disonancia? Manuela comprendía ahora por qué Bolívar la necesitaba; por él estaba haciendo el largo viaje a caballo de Quito a Bogotá, por montes altísimos y páramos barridos por vientos cargados de granizo.

Hacia meses que Manuela estaba sin noticias de Bolívar. Había descansado en Quito, en casa de su hermano, sanando su alma herida. Pero no llegó ninguna carta del amante, ninguna noticia que aliviara la amargura. Verse desterrada del Perú, ser tratada como una ramera, haber perdido en un instante la posición social tanto tiempo buscada, ser reducida a una momentánea indigencia, "no pertenecer" de nuevo...

En un principio, la ignominia del destierro y la pérdida de cuanto había significado algo para ella fueron absorbidas por el estupor de la conmoción, pero, cuando éste se disipó y la vida reclamó sus fueros, Manuela quedó abrumada por la inmensidad de su desgracia. Su hermano José María, ahora general en el ejército de la República, se mostró muy cariñoso. La llevó a su casa próxima a la Plaza de San Francisco y trató de protegerla de las flechas envenenadas que lanzaban las mujeres de Quito, que, con rencor no mitigado por los años, dedicaron a la postrada Manuela un magnífico despliegue de animosidades. Todo esto hubiera sido soportable sin el silencio de Simón. Naturalmente, Manuela sabía que el Libertador estaba muy atosigado por los acontecimientos; desde que había abandonado Lima

en el otoño de 1826, había estado en la silla cabalgando por la abrupta superficie de América del Sur, pasando de crisis en crisis. La rebelión de sus propios regimientos en Lima, apenas dejara la ciudad, provocó en él un terrible acceso de furor. Pero luego, separado por las largas distancias de todo contacto con el Perú y obligado a una frustrada inacción, se hundió durante semanas en el letargo de la indecisión, tembloroso en las agonías nocturnas de la fiebre y en las agonías diurnas de la melancolía.

En esto, un día, llegó una carta. Estaba fechada el 11 de setiembre de 1827 y había necesitado dos meses para llegar a Bogotá. Fué el general Arthur Sandes, a quien Manuela no había visto desde que fueron desterrados, quien la entregó personalmente. Era una hermosa carta:

A Manuela Sáenz:

El hielo de mis años se reanima con tus bondades y gracias. Tu amor da una vida que está expirando. Yo no puedo estar sin ti, no puedo privarme voluntariamente de mi Manuela. No tengo tanta fuerza como tú para no verte: apenas basta una inmensa distancia. Te veo, aunque lejos de mí. Ven, ven, ven luego.

Era deseada. Pero esta carta no podía borrar en seguida el olvido con que, a juicio de ella, Bolívar la había repudiado. Iría, desde luego, porque comprendía que era necesaria. Pero haría antes su posición clara e inequívoca:

Estoy muy brava y muy enferma. ¡Cuán cierto es que las grandes ausencias matan el amor y aumentan las grandes pasiones! Usted, que me tendría un poco de amor, la gran separación lo acabó. Yo que por usted tuve pasión y ésta la he conservado por conservar mi reposo y mi dicha, que ella existe y existirá mientras viva Manuela.

El general Sandes llegó y nada me trajo de usted. ¿Tanto le cuesta el escribirme? Si tiene usted que hacerse violencia, no la haga nunca.

Yo salgo el primero de diciembre (y voy porque usted

me llama), pero después no dirá que vuelva a Quito, pues más bien quiero morir que pasar por sinvergüenza.

Y partió, como había prometido. Y con un séquito ya conocido: un escuadrón de lanceros para guardarla, buena parte del equipo personal de Bolívar, dejado atrás por la rapidez de sus movimientos; los cofres de sus archivos privados, que la viajera había protegido como la caja de Pandora; las mulas con los baúles de viaje que contenían vestidos y ropas, las esclavas y los criados.

El jefe de la escolta era el coronel Charles Demarquet. Un francés muy dueño de sí y que había viajado mucho, condenado por su amor a la batalla a ser siempre un soldado, había combatido con Napoleón en Austerlitz, donde había perdido tres dedos. Era ahora ayudante de Bolívar; este intermedio con Manuela era un grato alejamiento de las revueltas y las represiones. Si hubo aquí oportunidades de conquista, no las aprovechó. Un amigo suyo dijo después: "Manuela fué a Nueva Granada escoltada por mi amigo el coronel Demarquet... Siempre afirmó que había sido un guía platónico."

Fué un viaje largo y terrible. Hubiera sido ya bastante malo con sus mil quinientos kilómetros cuando los caminos eran la Carretera Real, bien afirmada con piedra, con sus puentes en buen estado y sus paraderos que funcionaban con real licencia. Ahora fué un viaje infernal. El alimento era escaso o faltaba por completo; los puentes destruídos por la guerra no habían sido reparados; las bandas de soldados licenciados infestaban los caminos, atacando a cuantos no tomaban la precaución de ir bien armados. A todo lo largo de la ruta, el general Bolívar había puesto en guardia a sus oficiales para que estuvieran atentos a la caravana de Manuela. Más aun: para cuando la viajera llegó al verde valle de Cauca, camino de la pequeña ciudad colonial de Popayán, la estaba ya esperando una carta de aliento escrita de puño y letra por el propio Libertador.

Así pasaban día tras día, cruzando lozanos valles, subiendo

por las laderas de los Andes, bajando de nuevo por las gargantas de tumultuosos ríos. Llegó y se fué la Navidad de 1827. Nada la señaló, como no fuera una lluvia constante, una lluvia que había ocupado el lugar del sol. El clima y la hosquedad de la gente deprimieron a todos. Manuela tuvo que maravillarse que la sostenía; la sensación de ser deseada era un elixir que le procuraba ánimos para continuar. La carta de Simón, leída mil veces, estaba bajo su pelliza militar: "Tu amor da una vida que está expirando. Yo no puedo estar sin ti... Ven, ven, ven luego."

* * *

Un mes y nueve días después de dejar Quito —pocos días después del Año Nuevo de 1828—, la caravana de mulas llegó al llano que rodea a Bogotá. Los animales, salpicados de barro, agotados, con llagas de montura después de marcha tan prolongada, parecían advertir el final del viaje. En Cuatro Esquinas la caravana alcanzó el camino empedrado, todavía llamado aquí el Camino Real. Había aquí un pequeño asentamiento a lo largo del camino: casas de barro, sin ventanas, con techados de paja, arracimadas entre los magüeyes.

Los lanceros desembarazaron sus piernas de los arzones, metieron sus pies en los estribos, enderezaron sus morriones de piel de jaguar y levantaron sus cañas de bambú con puntas de acero, de las que colgaban los pendones de la República; se estaban preparando para la entrada en la capital. Pero el cuadro de la recepción no cambió. Las gentes salían brevemente de sus casas y contemplaban al escuadrón; en seguida, hoscamente, se retiraban adentro y atrancaban las puertas.

La tierra tampoco sonreía. La luz gris de un día lluvioso temblaba en los sauces, dando tonalidades melancólicas a la verde sabana. Hasta la charlatana Jonotás, que podía extraer motivos de buen humor de las circunstancias más terribles, se había quedado callada.

Para Manuela no había más que un motivo para este descontento percibido a lo largo de mil quinientos kilómetros. Este Santander. Este "hombre de leyes", con sus estúpidos ditirambos acerca de la libertad, su lengua mentirosa y su doblez, había llevado al país a los lindes de la guerra civil. Bolívar había venido a Colombia para poner fin a la desunión, pero su política de reconciliación no había hecho más que profundizar las heridas de la perfidia. Sabía muy bien lo que hacía falta. ¿Cómo lo había dicho?

Mientras los jefes se congreguen a mi alrededor, Colombia permanecerá unida; después, habrá una guerra civil.

Sí, Bolívar era el catalizador. Las tres divisiones de la República —Venezuela, Colombia y Ecuador— tenían poco en común. En gran medida, sus intereses chocaban entre sí; no había una común política económica; las distancias eran grandes y difíciles de salvar. Los Andes, inexorables, monolíticos, dividían la tierra en esferas de particularismo, cada una de ellas regida por un jefe que sólo pensaba en lo inmediatamente suyo. Sólo había un elemento —un ideal, un nombre, un hombre— que mantenía unidos todos estos factores discordantes. Era Bolívar. Su pobre Simón estaba consumiéndose prematuramente con aquel constante cabalgar entre las partes contendientes, tratando de mantenerlas en una apariencia de unidad hasta que la República pudiera salir del caos creado por catorce años de guerra. ¿Y cómo se le trataba? Apenas abandonó Lima, Santander envió allí a sus agentes y provocó la rebelión de los regimientos colombianos; los mejores oficiales del Libertador fueron arrestados y deportados del país que habían liberado. Santander no podía negarlo; había ordenado que las campanas de Bogotá repicaran en celebración del acontecimiento, como si se tratara de una gran victoria.

Para Bolívar, era la gota de agua que rebasa la copa, lo que necesitaba para convencerse de lo que Manuela sabía desde

hacia tiempo, de que Santander era verdaderamente "el enemigo". Y el Libertador dijo: "Ya no puedo confiar en él. Ya no tengo ninguna fe en su corazón o su moral."

Bolívar reasumió, pues, las funciones de su cargo y pidió más amplios poderes, a fin de hacer frente a las circunstancias del momento y de aplastar cualquier rebelión. Luego pidió una nueva Constitución. "Debemos hacer un nuevo contrato social; el pueblo debe redimir su soberanía."

Santander replicó con "¡Dictadura!" y se enfrentó abiertamente, con formidable poder, al Libertador. Bolívar insistió: "¡O caos!" Así quedaron levantadas las espadas. Ahora, donde antes había habido vítores, Manuela oía el nombre de Bolívar entre execraciones. Había llegado el momento del arreglo de cuentas.

Las calles de Bogotá estaban desiertas cuando entraron. El sol irrumpió a través de la densa niebla y brilló en el húmedo empedrado; durante unos instantes, dió vida a los bajos y abigarrados edificios; luego desapareció de nuevo tragado por la niebla. Manuela, que había vivido en medio de la alegre arquitectura sevillana de Lima, se sintió deprimida al ver por primera vez la capital de Gran Colombia. Apenas podía creer que allí hubiera veinte mil habitantes. Las calles eran tan angostas que se podía estrechar la mano al vecino de enfrente. Los edificios no tenían nada de la leve alegría de Lima; parecían cajas; eran pesados, de gruesos muros de adobe, y se convertían fácilmente en fortalezas una vez cerradas sus grandes puertas. Las ventanas, provistas de gruesas rejas, no tenían cristales; se hacía frente al frío aire de Bogotá o a la curiosidad de los transeúntes con cortinas de muselina muy almidonada.

Bogotá se hallaba al pie de unos montes. Su calle principal, la Calle del Comercio, atravesaba muy derechamente el centro del casco urbano; a lo largo de ella, se alineaban monótonamente los comercios, todos con verjas y rejas, como si fueran cuarteles. En relación con Dios, Bogotá se jactaba de una divina suficiencia. Sus principales edificios eran iglesias o conventos: seis de frailes, cuatro de monjas y dos —el Colegio del Santo

Rosario era el más famoso— dedicados a la enseñanza superior. Bogotá, como Manuela iba a aprenderlo pronto, era intensamente religiosa; a pesar de veinte años de guerra, la tercera parte de los inmuebles de la capital seguía en manos de la Iglesia.

El escuadrón, con el coronel Demarquet al frente, abandonó la sinuosa Calle de Florián y entró en la gran plaza, desperntrante lluvia para sacar agua de la fuente del centro. La plaza era el anfiteatro de Bogotá; se celebraban en ella mercados los viernes, procesiones cuando lo decretaba el calendario religioso y corridas cuando se encontraban toros de lidia. Y ahora, con el reinado del terror sobre el país, era aquí donde se efectuaban las ejecuciones. La Catedral, majestuosa, maciza, se alzaba en un extremo; a los lados estaban los edificios públicos, en nada diferentes a las otras estructuras de un solo piso de la capital.

El coronel Demarquet llamó con su mutilada mano izquierda a uno de los indios. El hombre se quitó el empapado sombrero, arregló con unos tirones la ruana, parecida a una alfombra, que tenía sobre los hombros y escuchó con la debida humildad las preguntas que se le hacían. ¿Sabía dónde estaba en estos momentos el Libertador, el general Bolívar? ¿Estaba en su mansión —la Quinta—, o en el Palacio de San Carlos? El indio dijo que el general debía de estar viviendo en la Quinta, porque el coronel podía ver que Bogotá había sido sacudida hacía muy poco por un terrible terremoto que había dejado sin tejado a muchas iglesias y parcialmente en ruinas al palacio del gobierno.

Manuela hubiera preferido ir al palacio y no directamente a la Quinta. Después del largo viaje, necesitaba las atenciones de Jonotás: ser bañada y perfumada con agua de verbena, someterse al arte de los aceites, abandonar sus ropas de amazona y ponerse algún vestido fino que procurara a su figura gracia y porte. Hacía casi dos años —¿necesitaba recordárselo al coronel?— que no había visto al general.

Demarquet era un soldado. Tenía sus órdenes y éstas eran llevar a Manuela ante su general en cuanto llegaran. Aunque

le agradaba, como a buen francés, participar en un *affaire de coeur*, seguiría en este caso al pie de la letra las instrucciones de Bolívar. ¡A la Quinta!

Mientras la noche tendía sus velos azules sobre las calles de Bogotá, el escuadrón siguió su camino. Los comercios estaban cerrados y las aceras silenciosas y desiertas. Sólo unas cuantas calles estaban levemente iluminadas por unas velillas que temblaban dentro de unos globos de cristal. Quienes se aventuraban a salir lo hacían acompañados por un criado, quien iba delante con una linterna para señalar el camino en aquella oscuridad de boca de lobo.

La villa de Bolívar —la Quinta— estaba al norte de la ciudad. El escuadrón avanzó con estrépito por el empedrado, provocando la alarma de un regimiento de perros aulladores; cruzó el Puente del Carmen, que salva el río San Agustín, y se dirigió a los suburbios.

La Quinta se hallaba en una elevación del terreno parcialmente envuelta por la niebla, al pie de una gigantesca montaña, en la boca del Boquerón. Por este hueco en los montes, la niebla, densa y pegajosa, avanzaba sobre la ciudad. Sus cintas se adherían a los cedros, los robles y los majestuosos cipreses. Los árboles estaban cubiertos de plantas parásitas que procuraban a los troncos un color verdegrís; estas plantas recogían la niebla y la despedían luego en tintineante lluvia. Sepultada en la masa de follaje, estaba la villa, muy iluminada. Llegaba a través de la noche, unido al croar de las ranas, rumor de voces y risas.

—¡Alto!

La voz del centinela cortó la noche como el chasquido de un látigo.

—¡Alto!

Y los soldados, fusil en mano, salieron del pabellón de guardia que había junto a la entrada. Rodearon al escuadrón.

—¿Quién vive? —preguntó una voz impersonal, cuando las sombras se convirtieron en hombres y los hombres en fusiles con la bayoneta calada.

—El Libertador.

El oficial de guardia avanzó y dirigió su linterna al rostro del coronel Demarquet. El reconocimiento fué instantáneo. Un saludo. Y el oficial se dirigió hacia los demás y examinó su documentación. Dirigió la luz hacia Manuela.

El perplejo oficial vió a una mujer de unos treinta años, muy dueña de sí, que le miraba con una sonrisa enigmática. Estaba vestida con uniforme de húsar: pantalones rojos muy apretados y con arabescos negros, una pelliza militar y botas altas cuyas doradas espuelas tintineaban con la agitación del animal. Tenía a sus rodillas un par de pistolas turcas, amartilladas y en condiciones de uso. Y, como si su bello rostro no indicara ya que se trataba de una mujer, colgaban de las orejas unos pendientes de coral. Una mujer, vestida de húsar y cabalgando de noche... El oficial estaba a punto de comenzar un largo interrogatorio, pero el coronel Demarquet, que ya había disfrutado lo suficiente de aquella perplejidad, se inclinó sobre el arzón y dijo en un tono confidencial: "Es, señor capitán, la Sáenz."

A ambos lados del camino que conducía a la villa, entre los árboles cubiertos de musgo y enredaderas, había recuerdos de las batallas. Orgullosamente dignos, a pesar de sus rotas cuñeñas, se veían allí cañones que las tropas de Bolívar habían subido a las alturas de Carabobo. Había también morteros de bronce, utilizados en el sitio de Pasto, y piezas conquistadas a los españoles que todavía llevaban las armas de Fernando VII. Manuela avanzó entre estos trofeos y el tintineo de sus doradas espuelas se unió al croar de las ranas de los árboles.

Unas puertas de cristal daban acceso al salón de descanso, donde las bujías, protegidas por cristales, arrojaban móviles sombras sobre las rojas paredes. A aquella suave luz, Manuela pudo ver unos muebles de caoba, de estilo Imperio y tapizados con damasco rojo; un sofá pintado con laca dorada; una butaca muy ornamentada con pan de oro. A la derecha, había un saloncito, también en rojo y oro, de cuyas paredes colgaban cuadros de

las batallas de Bolívar. Una sola vela estaba encendida en la maciza araña de cristal.

Manuela pasó por la doble puerta a la biblioteca, una vasta sala de paredes empapeladas de rojo con un dibujo de hojas de tonos oscuros. Estaba iluminada por una gran araña de cristal tallado, en la que cien bujías brillaban como las Pléyades.

El día del Congreso de Ocaña estaba próximo y se habían congregado allí todos los guerreros de Bolívar, los jefes de las legiones que habían librado las decisivas batallas de la guerra de la independencia. Estaban William Fergusson, animado y alegre; el serio y menudo O'Leary, ahora general; el joven Bedford Wilson, el hijo de Sir Robert Wilson; y, muy afectos a la causa de Bolívar desde los días del Perú, el coronel Ibarra y Thomas Menby. Y el Dr. Moore, quejándose sin cesar de las calenturas que provocaba la humedad de Bogotá. Todos estaban allí y todos eran amigos de Manuela; todos estaban ligados entre sí por los ideales de Bolívar.

Se veían también caras nuevas. Una de ellas era la del general Urdaneta, un apuesto oficial superior actualmente miembro del gabinete militar del Libertador. Como su jefe, era venezolano y hombre muy cabal que demostraba en los momentos de tensión serenidad y bravura. En este mundo político donde la doblez de la víbora era de uso cotidiano, permanecía firme y franco, asumiendo siempre la plena responsabilidad de sus actos. Su casa de Bogotá, donde reinaba su bella esposa Dolores, era un centro de refinamiento y nobleza. Urdaneta no tendría dificultades para incluir a Manuela en el afecto que sentía por Bolívar.

Tampoco las tendría José Paris. José — todos le llamaban Pepé— era el único civil presente; llevaba una levita de fino paño azul grisáceo y camisa blanca de alto cuello. Era uno de los amigos más discretos de Bolívar, persona de mucha sensibilidad y que había viajado mucho; su padre había ejercido cargos de importancia bajo la Corona de España. Pepé Paris había vivido en España y Francia y conocía a todos los personajes. Se había puesto al servicio de la revolución; luego, terminada

la lucha, había abierto las famosas minas de esmeraldas de Colombia y era ahora uno de los hombres ricos de Bogotá. Era un íntimo de Bolívar, al que ayudaba en la administración de sus bienes, pero a veces también entraba en el escenario político. Su ecuanimidad era odiada por el bando contrario.

Todos los presentes —salvo el general Córdoba, que no podía disimular el odio que sentía por Manuela— saludaron a la viajera con el respeto que hubieran mostrado a la esposa de Simón Bolívar; porque, aparte esto, era una compañera de armas que había pasado la prueba del fuego con ellos, lo mismo en la derrota que en el triunfo.

Era la víspera de Ocaña, el Congreso que iba a decidir el destino de Gran Colombia y, en un sentido más personal, la gloria de Simón Bolívar. Esta reunión de sus principales asesores en la villa era menos una conferencia para trazar estratagemas parlamentarias que un consejo de guerra para impedir la desintegración de Gran Colombia. Pero llegada Manuela, el consejo derivó hacia los personalismos y, con la animación generada por el whisky irlandés generosamente servido por Fergusson, se convirtió en un pandemónium.

Esto hizo que apareciera el secretario de Bolívar, Juan José Santana. No había visto a Manuela desde la partida de Lima y se alegró mucho de verla de nuevo entre ellos. Santana había sido quien había mantenido una continua corriente de correspondencia con Manuela, cuando Bolívar no había tenido tiempo para escribir; había sido el amanuense de la pasión, el hombre que había escrito las cartas de amor dictadas por Bolívar.

Llevó a Manuela al despacho de Bolívar, donde la viajera entró sin llamar. Había cabalgado mil quinientos kilómetros para atender al requerimiento: "Ven, ven, ven luego."

* * *

Algún tiempo después, cuando José Palacios estaba cerrando las puertas de la sala de descanso, oyó las risas de Manuela y el tintineo musical de sus doradas espuelas que caían al piso.

LA DIALÉCTICA DEL AMOR Y EL ODI

Caminaron por el jardín.

Era un hermoso día que todavía vibraba con las emociones de la noche; había en Manuela una aureola de hechizo y el perfume almizcleño de la pasión. El tiempo no le había quitado ni una partícula de su misterio y su fascinación y todavía recordaba —pocos lo hacían— cómo procurar a la intensa naturaleza de Simón Bolívar nuevas energías. Tomados de la mano, ella con un vestido de casimir y guarniciones de armiño y él con un uniforme azul adornado con arabescos de plata, caminaban entre los macizos de belloritas. Un jardinero sin dientes se inclinó ante ellos, mostrando sus desnudas encías, y farfulló con fisga cordial: "Excelencia, la Reina de Saba viene a admirar las bellas flores del jardín de Salomón."

Entre los cedros centenarios, donde las acampanadas fucsias dejaban caer como lágrimas sus pétalos rojos, se amontonaban las madre selvas y las rosas silvestres. En el centro del jardín ornamental había una fuente tallada en piedra gris, cuyo surtidor llenaba los serenos días con un eterno murmullo. La villa era una casa colonial de un solo piso, con tejas rojas y pisos de ladrillo del mismo color; los techos eran bajos y estaban decorados con panes de oro. Había cuatro habitaciones además del vestíbulo —biblioteca, salón, comedor y dormitorio—, calentadas durante las frías noches de Bogotá por la chimenea de la biblioteca y braseros que se instalaban en los demás sitios. La villa había sido construída a comienzos del siglo por José Antonio Portocarrero, a la sombra de los montes de Monserrate.

A la muerte de Portocarrero la finca había pasado a su hija, quien, bajo la sospecha de simpatizar con los realistas, la vendió muy gustosa a la nueva República. El 16 de julio de 1820 la Quinta fue donada a Bolívar "como una modesta manifestación de gratitud y reconocimiento... por los inmensos sacrificios que había hecho para la restitución de la libertad".

Esta villa era el hogar de Simón Bolívar. Si no estaba en campaña, se refugiaba aquí y, en la tranquila melancolía de las madreselvas y los cedros, trataba de reconquistar algo de su perdida personalidad íntima. Y ahora, con Manuela aquí... Manuela advertía, a la clara y fría luz de la mañana, el gran cambio que se había producido en Bolívar. Su chupado y arrugado rostro hablaba de los días pasados al aire libre, bajo el implacable fuego del sol tropical. Los elementos habían marcado sus estrias en aquel rostro. El cabello, una densa maraña negra peinada al estilo romántico de Byron, era ahora ceniciento y se echaba hacia adelante en ordenado desorden, como agitado por el viento. Manuela quedó muy impresionada por esta apariencia. Había visto a Bolívar en su imaginación como a raíz de su primer encuentro en 1822, cuando el Libertador, con su uniforme rojo y oro, desfiló por las calles de Quito, en triunfo sobre un caballo blanco.

Ahora, este delgado cuerpo, antes incansable, estaba agotado. Estaban en 1828 y Bolívar tenía cuarenta y cinco años, una edad que señala en los trópicos la declinación de la vitalidad. Bolívar era un hombre cansado física y mentalmente, aunque su pluma no había perdido el vigor de la expresión ni su voz el timbre de la excitación. Sin embargo, había allí señales de peligro que Manuela podía leer fácilmente. Veinte años de cabalgar por los montes en todas direcciones habían destruido aquella prodigiosa vitalidad. Bolívar era repentina y prematuramente un viejo.

Sus enemigos, cosechando los odios que habían sembrado, lo imputaban todo a Manuela, diciendo que Sansón, que había sucumbido ante las mañas de una mujerzuela, había recobrado finalmente las fuerzas suficientes para echarse encima la cala-

mitosa estructura que había levantado. Pero Bolívar no podía hacer esto; no tenía fuerzas para ello.

"Está hechizado por la Sáenz."

El tiempo había multiplicado el poder de Manuela, quien estaba convencida de que, si había alguien que podía salvar a Bolívar, era ella. Procuró que el Libertador no fuera molestado con pequenececes. Era ella quien solucionaba muchos detalles con el pleno conocimiento que había adquirido de la política. Los visitantes no llegaban siempre hasta el mismo Bolívar; los secretarios y la misma Manuela se interponían para ahorrar fuerzas al Libertador... y dejarle luchar con su melancolía. Aunque a veces se irritaba por el ascendiente que Manuela ejercía sobre él, Bolívar se dejó guiar en muchas cosas por su amante durante estas primeras semanas. En realidad, la villa estaba bien gobernada, aunque sin mucho protocolo. María Luisa, una india cuyas numerosas enaguas le daban el aspecto de cobertero de té, era la cocinera. Petrona, tan graciosa como un carro de bueyes, barría las habitaciones. José Palacios, al parecer tan indestructible como los Andes, seguía actuando de ayuda de cámara y mayordomo del general. Esto dejaba tiempo a Manuela para actuar de señora de la villa. Un joven colombiano la recordaba en este papel:

Fuí recibido por una de las mujeres más atractivas que recuerdo; su piel era nacarada y su rostro oval; todas sus facciones eran bonitas; sus ojos arrastraban, dinámicos y dominadores. Había en ella como una lozana humedad; se diría que acababa de salir de un baño perfumado con fragante verbena. Con halagadora suavidad, gracias a su criada Petrona que le había arreglado el vestido, me invitó a pasear por el jardín de la Quinta. Esta gran dama era, en aquella época galante, el espíritu animador de la casa y la villa de Bolívar.

Estaban con frecuencia en el jardín, paseando juntos entre las hileras de pinos venezolanos que Bolívar había plantado en recuerdo del hogar de su infancia. Cuando el sol calentaba el delgado aire, iban paseando bajo un enrejado de flores hasta la

piscina. Había sido construída como los baños de Calígula, con altos muros encalados, y sus aguas adquirían el color del lapis-lázuli cuando reflejaban el cielo de Bogotá. Allí arriba estaban las desnudas rocas del monte. Una pequeña habitación, con su piso de ladrillo alfombrado por juncos entretejidos, con su caseta de baños de Manuela; al otro lado de la doble puerta de cristales morados, las aguas se rizaban invitando. Todo esto se convirtió en una especie de coreografía del amor: el paseo, las confidencias, la sensación de hormigueo del agua y de nuevo el paseo a la luz del sol. El régimen impuesto por Manuela estaba dando buenos resultados; la tos de pecho que Bolívar trataba siempre de sofocar era ahora menos violenta; también volvía el buen humor. Tal sucedió, por ejemplo, cuando les trajeron un nuevo jardinero.

—Mi general, aquí está el jardinero que había pedido.

Bolívar abandonó el brazo de Manuela y, con la zumba cordial que era tan suya y hacía tiempo había perdido, se volvió hacia el viejo. Recomendado como persona respetuosa y honrada, había sido llamado a la villa sin decirle la naturaleza de la audiencia. Antiguo soldado, como cabía advertirlo en su capote azul mal remendado y en la cicatriz de un sablazo que le cruzaba la boca, tenía un rostro lleno de arrugas y estaba casi sin dientes, si se pasaban por alto aquellos dos incisivos aislados que asomaban por su labio superior. Había luchado a las órdenes del último Virrey y estado en Bogotá el día en que un correo trajo la desconcertante noticia de la abrumadora victoria de Bolívar en Boyacá. Por mucho que tratara de disimularlo, se veía claramente por su modo de hablar que era un *godo*. Se había dedicado a toda clase de trabajos circunstanciales en la ciudad, procurando no llamar la atención, temeroso de ser denunciado y acabar en la horca. Cuando le dijeron que tenía que presentarse ante Bolívar, se dijo que le había llegado la hora. Se santiguó tres veces y siguió al guardia. Seguro de que todo había terminado para él, temblaba como la hoja de un árbol ante el Libertador, a la espera de lo que suponía que iba a ser su sentencia de muerte.

—¿Cómo se llama?

—José María Álvarez, servidor de Vuestra Excelencia.

—¿De dónde es?

—De Cartagena.

—No parece usted cartagenero —dijo Bolívar, recordando que la mayoría de los habitantes de esa ciudad del Caribe tienen sangre negra.

—Es decir, nací en Cartagena de Levante.

—Entonces eres un realista.

—Señor —dijo el antiguo soldado, angustiado y tembloroso—, soy español y republicano. Mire, Excelencia, nací en el valle de Andorra, que es una República, y mi madre era una catalana que...

—Basta, basta —dijo Bolívar, levantando el índice y moviéndolo a uno y otro lado delante del rostro de su perplejo interlocutor—. Basta. ¿Es usted casado?

—No exactamente —contestó el otro, muy contento de que se cambiara de tema—. Es decir, no precisamente casado, pero lo mismo que si lo fuera.

—¿Qué profesión tiene?

—En mi país era hortelano, jardinero.

—Muy bien. Tendrá usted a su cargo la huerta de esta Quinta, siempre, claro está, que cumpla usted bien sus funciones.

—¡Por la Santísima Virgen! —exclamó el español, con ojos que le brillaban de alegría—. Si la tierra es buena y tengo suficientes abonos, le proporcionaré, Excelencia, repollos y zanahorias como no habrá comido en toda su vida.

Bolívar echó la cabeza hacia atrás y se rió, apoyándose en Manuela, encantado por esta mezcla de candor y arrogancia.

—Vaya, pues, que le darán cuanto necesite para producir eso. Y en adelante tendrá veinte pesos al mes.

José María, que no había visto esta cantidad junta en toda su vida, dejó caer su sombrero y hubiera caído a los pies de Bolívar para darle las gracias. Pero Bolívar se alejó y Manuela se volvió para decir al viejo:

—¡Vaya! No es tan fiero el león como lo pintan.

• • •

Bogotá no era Lima. En esta pequeña ciudad envuelta en los pliegues de los Andes, prevalecía un profundo sentido religioso que mantenía a la sociedad en rigurosa conformidad con las antiguas costumbres. Bogotá, en contraste con Lima, no era alegre y cosmopolita. Además, era hostil para el extraño; sus convenciones eran absolutas, y aunque Eros hacía de las suyas, como en todas partes, sus extravíos estaban cubiertos por un espeso velo de gazmoñería moral. La buena sociedad de Bogotá era deprimente y aburrída, pero tales eran los módulos de la ciudad. Y en este medio cayó Manuela.

Había sido precedida por su reputación —Santander había cuidado de que así fuera—, y todos esperaban lo peor. No les decepcionó. Paseaba a caballo por las calles, vestida con su uniforme de húsar y acompañada por sus fantásticas esclavas; sus maneras, como su lenguaje, eran extravagantes, imprudentes e impetuosas.

Un día —recordó después un amigo— iba a caballo por las calles de Bogotá cuando advirtió a un soldado que llevaba un parte, según la costumbre, en el extremo de su fusil. Manuela lanzó su caballo hacia el pobre infante y se apoderó del parte al pasar. El incidente apenas duró unos segundos. El soldado hizo fuego sobre Manuela; ésta frenó el caballo, dió media vuelta, volvió a colocar el parte en su sitio y se alejó de nuevo al galope. Fué un acto de locura.

Escandalizaba a la sociedad de Bogotá ver al Libertador-Presidente pasearse en un landó abierto, el único que existía en la ciudad, acompañado por su querida. Enfadaba a muchas damas de Bogotá, con quienes Bolívar había tenido aventuras pasajeras, ver que Manuela había triunfado sobre todas ellas. Enfurecía a los enemigos políticos del Libertador que esta ramera, según la

llamaban, tuviera sobre él tanto ascendiente. Pocos sabían —y a pocos les importaba— que Manuela se había convertido en una necesidad vital para Bolívar; que la apasionada lealtad, la ternura y las locuras de Manuela formaban parte del cariño que el Libertador sentía por ella: "Tu amor da una vida que está expirando. Yo no puedo estar sin ti, no puedo privarme voluntariamente de mi Manuela."

Manuela se convirtió en el blanco de las flechas de los enemigos de Bolívar; unos volantes escandalosos, llamados *papeluchas*, ponían a la Sáenz en la picota de una manera implacable, so capa de objetividad. "Esta Madame du Barry", la llamaban. Y gastaban botellas de tinta de impresión en alusiones clásicas al daño irreparable que la mujer que había entrado en la política había hecho al hombre. Y también la llamaban —era para ellos lo peor de todo— una extranjera. "¿Por qué —preguntaba Manuela— me llaman extranjera y, en cambio, llaman "hermanos" a los que están al sur de nosotros?"

Era el más cortés de los epítetos que le dedicaban, pero ella replicaba con otros tan hirientes y pronto cuantos la atacaron sintieron las uñas de esta amazona. Manuela sólo podía vivir en paz en el refugio de la villa.

Pero si Manuela podía escapar a los ataques personales en el aislamiento de la Quinta, no podía escapar a la política de ningún modo ni en parte alguna. Nadie podía hacerlo. Todos los movimientos de la ciudad estaban dictados por la política. Se manifestaba por doquiera. Era discutida en todos los hogares y todas las calles. Se comenzaba el día con ella y se seguía con ella a la noche. Pero la política no significaba ya la visión bolivariana de una América del Sur unida: era una política regional, mezquina, de partido, intensamente personal. Su cogollo era la lucha entre Bolívar y Santander. Toda Gran Colombia estaba dividida en dos facciones políticas que se enfrentaban mutuamente con violencia. No había transacción posible: nadie podía salvar esta dicotomía.

La nación estaba en bancarrota. El tesoro estaba vacío y

Gran Colombia se hallaba asediada por los acreedores. El comercio había quedado paralizado. Las plantaciones, que habían florecido bajo el régimen español y declinado como consecuencia de la guerra, mostraban ahora un total abandono. Los caminos, mantenidos antes por la Corona, eran ahora lodazales. Había soldados licenciados por todas partes, enfermos, sin dinero, con los uniformes raídos, sin más bien que promesas incumplidas de recibir sus pagas atrasadas. Bolívar se lanzó a la batalla económica para aliviar estas tensiones. Como en los antiguos tiempos, se mostró incansable. Se preocupó por los derechos de aduana, la agricultura, la instrucción, los hospitales, los esclavos y el bienestar de los soldados. Pero, a sus espaldas, sus enemigos continuaban con el fuego devastador de las invectivas. Si él quería unión, sus enemigos políticos replicaban con el grito de "Libertad". Si él quería un nuevo contrato social, sus adversarios querían que se aplicara y perfeccionara el viejo.

La primera victoria, pequeña, fué de Bolívar. Su proyecto de nueva Constitución estaba preparado y fué convocada la convención constituyente en la pequeña localidad montañesa de Ocaña, a muchos kilómetros del envenenado ambiente de Bogotá. El programa reclamaba orden, pero todos sabían que aquello sería un caos. La situación exigía una mano fuerte. Y así, en marzo de 1828, Bolívar se dirigió a la convención, a pesar de estar atormentado por la tos. Nunca llegó allí. Ya en camino, las cosas comenzaron a desarrollarse como él había temido. La desunión de Gran Colombia había reanimado a España y su flota operaba frente a la costa, buscando un lugar donde desembarcar tropas. Luego, ochocientos kilómetros al norte, parte de la guarnición de la plaza fuerte de Cartagena amenazó con la rebelión. Bolívar se detuvo en la localidad de Bucaramanga, en plena montaña, y examinó el dilema político: "Si voy al Norte, el Sur se desintegrará; si voy al Sur, el Norte se rebelará."

Bolívar, perplejo y vacilante, no fué a ningún sitio. Se quedó en Bucaramanga, un lugar estratégico, desde el que podía acudir

a cualquier punto del compás. Y allí permaneció en febril impotencia, entregando la dirección del Congreso de Ocaña al general O'Leary. Fué éste quien leyó el mensaje de Bolívar a la convención en la Iglesia de San Francisco, el 2 de abril:

Sin fuerza no hay virtud; sin virtud el Estado muere. La anarquía destruye la libertad; pero la unión la preserva. Dadnos, señores, leyes inexorables... Si la convención no se conduce con cordura y el pueblo con prudencia, comenzará una guerra civil y Dios sólo sabe cómo terminará...

La convención comenzó mal para Bolívar. Sus enemigos políticos le vencieron en casi todas las votaciones, artículo por artículo. Su nueva Constitución quedó tan aguada que comenzaron a perderse todas las facultades ejecutivas que se habían pretendido obtener. Bolívar rechazó como indigna la idea de presentarse en la convención para influir en la opinión de los delegados. Luego, cuando decidió finalmente presentarse de todos modos, fueron sus delegados quienes clamaron unánimes: "No venga, Excelencia, que su presencia será mal interpretada."

Bolívar vacilaba entre ir o quedarse. "No puedo mejorar las cosas porque no tengo poder para hacerlo. No puedo pasar por encima de las barreras de una Constitución que estoy llamado a defender. No puedo cambiar las leyes de nuestro sistema de gobierno. No soy Dios y no puedo cambiar los hombres y las cosas..." Y amenazó con renunciar si la convención no abandonaba sus intrigas.

O'Leary, que dirigía la lucha, juró en buen irlandés cuando leyó esta carta y contestó de manera terminante:

Por el amor de Dios, no diga en sus cartas que va a abandonar el país, aunque tal sea su decisión irrevocable, porque eso procura ánimos y armas a sus enemigos y perjudica a sus buenos amigos.

Se quedó, pues, Bolívar en Bucaramanga durante los sesenta días de la convención, frustrado, enfadado, constantemente aburrido. Por las mañanas, paseaba por el campo montado en su

Paloma Blanca y vestido como un hidalgo rural: pantalones blancos de franela atados bajo las relucientes botas de cordobán, levita azul, corbatín negro y, como protección para el tostado rostro, un panamá de anchas alas. Por las tardes descansaba en su hamaca o dictaba a sus secretarios. Pero, llegada la noche, volvía el enfado a escocerle. Sus acompañantes tuvieron que formar en esta época con demasiada frecuencia: "El Libertador estaba de mal humor."

Esta frase se repite constantemente en un diario de estos sesenta días. Con el presente salido de madre, Simón Bolívar retornaba a su pasado y, en estos momentos de mal humor, se dedicaba a la recordación con su confidente francés, el coronel Louis Péroux de Lacroix. Sacaba a relucir historias de su juventud, su vida en París cuando frecuentaba los salones de los poderosos. Había contratado a un profesor de baile para su querida, dispuesto de un palco en la ópera y paseado por las calles en un landó abierto lleno de dorados, con lacayos de empolvadas pelucas. Recordó los días en que poseyó a Fanny du Villars, reemplazando tanto a su marido, un mariscal de Francia, como a su amante, el mismo Luis XVIII. Hacía muy poco había tenido carta de esta misma Fanny: "Al cabo de veinticinco años... mi primer amor... todavía me acompañas... Dime (pero con tu propia mano) que todavía recuerdas nuestro amor." Y Fanny le había enviado un retrato al pastel.

Péroux de Lacroix era un pintoresco *picaro*. Buen militar y leal amigo de Bolívar —afecto también a Manuela—, sus orígenes eran tan oscuros que nadie podía extraerlos de las leyendas que él mismo inventaba. Había nacido en Francia en 1781 y servido en el estado mayor de Napoleón durante la invasión de Rusia. Luego se fué a Estocolmo con los Bernadotte y más adelante fué enviado a Inglaterra, probablemente para espíar a Luis XVIII, quien había sido conservado allí en hielo diplomático hasta que pudo ser utilizado contra Napoleón. Lacroix era tan camaleón como Talleyrand; a pesar de ser un espía, se convirtió en el confidente del monarca, de manera que,

cuando Napoleón se hundió en sus propias contradicciones, algo se pudo salvar del naufragio. Pronto estuvo operando con una flota de contrabando frente a las costas de Colombia. En 1823 ingresó en el ejército de Bolívar. Ahora formaba parte de la gran causa, leal y discreto.

Pero, mientras Lacroix consignaba las divagaciones de su general, el mundo de Bolívar se estaba abriendo por todas sus costuras. La convención continuaba desarrollándose muy mal. En el enrarecido ambiente de la Iglesia de San Francisco, el cerebro se embotaba, las sienas latían y los ojos se oscurecían con un velo de sangre. La batalla política había pasado de las ideas a las personalidades; se había convertido en una lucha a muerte entre Bolívar y Santander. No había dioses que habitaran el Olimpo, sino hombres con apetitos humanos. La oposición sospechaba que Bolívar quería ser un dictador y, durante los debates sobre el lenguaje de la Constitución, su nombre era pronunciado entre execraciones.

"Esos miserables —dijo Bolívar— me deben hasta el aire que respiran y, sin embargo, se atreven a sospechar de mí."

* * *

En esto, Padilla se sublevó.

El suceso era esperado en Cartagena desde hacía algún tiempo; tal había sido uno de los principales motivos de que Bolívar se quedara en Bucaramanga, lugar estratégico. El sublevado era un hombre de Santander; su proceder indicaba que, si la convención iba mal para la oposición, la revuelta militar sería el próximo paso.

Padilla era un hombrachón, un enorme mulato de cabeza rizada y ojos bizcos. En las luchas revolucionarias había sido un héroe; en una ocasión había derrotado a una flota enemiga en un combate naval. Ahora se mostraba confuso e inquieto. Y seguía siendo temerario y violento. Y también sanguinario. Una vez, sospechó que otro oficial estaba utilizando en el juego dados

cargados, pero no dijo nada hasta que el hombre alargó la mano para retirar el montón de pesos de plata. En ese momento, Padilla sacó un cuchillo y clavó aquella mano en la mesa; el desdichado oficial quedó retorciéndose como una mariposa tras-pasada. Hacía muy poco el terrible mulato había proclamado públicamente que su esposa —que no podía soportar más sus ferocidades amorosas— era una ramera. Ahora se había sublevado. El cónsul norteamericano informó del asunto a Henry Clay:

Esta ciudad ha estado varios días en estado de alarma. Las viviendas de todos los habitantes han permanecido cerradas por temor a un comienzo de hostilidades entre las diferentes facciones. El General Padilla, un hombre de color, era el motivo de esta excitación. Huyó a media-noche y se fué hacia Ocaña... con el fin de verse con Santander, quien, según se decía, era su consejero en este reciente asunto.

Y así, para agobio de Bolívar, cuando no era Padilla, era Páez y, cuando no era este simplista teófago, era Francisco de Paula Santander. Todo esto hizo que Manuela escribiera a Bolívar:

En correo pasado nada dije a usted sobre Cartagena por no hablar a usted de cosas desagradables; ahora lo hago felicitándole porque la cosa no fué como lo deseaban. Esto más ha hecho Santander, no creyendo lo demás bastante; es para que lo fusilemos.

Dios quiera que mueran todos estos malvados que se llaman Paula, Padilla, Páez, pues de este último siempre espero algo. Sería el gran día de Colombia el día que estos viles muriesen; éstos y otros son los que lo están sacrificando con sus maldades para hacerlo víctima un día u otro. Este es el pensamiento más humano: que mueran diez para salvar millones.

Y pronto Bolívar escribió a Manuela desde Bucaramanga:

Bucaramanga, 3 de abril (de 1828).

Albricia.

Recibí, mi buena Manuela, tus tres cartas, lo que me ha llenado de mil afectos; cada una tiene su mérito y su gracia particular. No falté a la oferta de la carta, pero no vi a Torres, y la mandé con Ur (Urdaneta), que te la dió. Una de tus cartas está muy tierna y me penetra de ternura, la otra me divirtió mucho por tu buen humor y la tercera me satisface de las injurias pasadas y no merecidas. A todo voy a contestar con una palabra más elocuente que tu Eloísa, tu modelo. *Me voy para Bogotá. Ya no voy a Venezuela. Tampoco pienso en pasar a Cartagena y probablemente nos veremos muy pronto.* ¿Qué tal? ¿No te gusta? Pues, amiga, así soy yo, que te ama de toda su alma.

En Colombia, tal vez fuera Bolívar el único que amara a Manuela con toda su alma. Los detractores de la Sáenz eran ahora legión. La primera cosa de que hablaban las mujeres cuando tomaban su chocolate matutino era de la última travesura de Manuela. En la calle, los hombres se comunicaban intencionados relatos acerca de ella. Era una mujer que había creado ante todo muchos resentimientos. No gustaba a la gente el modo en que se gastaba con Manuela el dinero de una tesorería escuálida. El general Urdaneta proveía con frecuencia:

Mi querido General Bolívar: adjunta una carta de Manuelita. El Coronel Barriga, el habilitado, no trajo dinero para ella, pero no carece de él. Yo se lo di.

Por las noches, había fiestas en la Quinta y Manuela se presentaba en ella con vestidos de última moda. Estaba en posesión de las últimas revistas —*London Mail, Variedades*—, y copiaba de ellas vestidos que eran la envidia de todas las mujeres de Bogotá. Cuando apareció con un vestido de terciopelo azul, cola corta bordada en oro, mangas cortas y largos guantes de cabritilla traídos de París, las lenguas de todas las damas soltaron puro veneno. Manuela reaccionaba ante esto como siempre. Con un total desprecio por los prejuicios sociales, echaba en cara a

todas sus propios devaneos. Llegada la noche, en la Quinta, en compañía de la Legión Británica u otras personas de Bogotá, permitía a su esclava que caricaturizara a las mujeres de la ciudad. "Lolo" Boussingault, un hombre de ciencia francés que vivía en Bogotá, escribió a su casa acerca de esto:

Por la noche Manuelita experimenta una metamorfosis, a mi juicio, suele estar bajo los efectos de unas cuantas copas de oporto, al que es muy aficionada. Desde luego, lleva afeites, está muy peinada y es muy animada y alegre, pero usa expresiones muy atrevidas.

Y de Jonotás, la esclava, dijo:

Debo decir que Manuelita nunca está sin una joven esclava, una mulata de cabello ensortijado, de rostro duro y siempre vestida como un soldado.

Esta Jonatás es el *alter ego* de Manuelita. Un ser singular, comediante y mímica de primera clase que hubiera triunfado en cualquier teatro. Tiene un don asombroso para las imitaciones. Su rostro es impasible. Como actriz, hace las cosas más cómicas con una seriedad imperturbable. Le oí imitar a un fraile que predicaba la Pasión; nada había más risible. Durante casi una hora permanecimos bajo el hechizo de su elocuencia y sus ademanes; reproducía con exactitud completa las entonaciones de los frailes.

Nadie escapaba al castigo. Toda mujer que había criticado a Manuela quedaba en la picota. Doña Teresa del Castillo y Rada, la esposa del ministro de Hacienda de Bolívar —la buena señora parecía una tortuga—, hizo una mal disimulada referencia a la esterilidad de Manuela; la actriz-esclava replicó con una caricatura. "Muy indecoroso y muy imprudente", comentó el francés. Y Ana, la esposa de un miembro de la famosa familia Pombo, fué ridiculizada, como sólo Jonotás sabía hacerlo... por su fecundidad inagotable.

Se hablaba de todo esto. No había paredes que pudieran ocultarlo. Llegó la cosa a oídos del secretario de Estado, quien

quedó escandalizado ante la lenta desintegración de la reputación de Bolívar. José María Restrepo era el patriarca de los Restrepos, una poderosa y fecunda tribu del estado de Antioquía. Eran abogados, tradicionalistas y gente de honor. Don José era un hombre de aspecto muy serio, con la curva nariz de un judío sefardita. Había conducido la política exterior de Bolívar a través de todas las vicisitudes de los pasados años, pero ahora estaba abrumado por la acumulación de amarguras y las extravagancias de Manuela...

La vida se estaba haciendo difícil.

Hasta se hablaba de atentados, de asesinato. Manuela lo supo por el coronel Fergusson, quien la visitó después de estar con el General:

Su Excelencia, separado de nosotros, permaneció a buena distancia durante más de hora y media, pero nunca le perdimos de vista, aunque él trató en más de una ocasión de escapar a nuestra vigilancia. Cuando volvimos, nos dijo:

—Me están guardando como si temieran una conspiración contra mi vida. Háblenme con franqueza: ¿alguien les ha escrito desde la convención?

Como nadie contestaba, saqué de mi casaca militar una carta de O'Leary. La leyó, levantó la cabeza y fijó sus ojos en mí:

—¿Sabía todo lo de esta carta?

—Sí.

—Entonces —continuó Bolívar— lean ustedes lo que Briceño me ha escrito. —Y nos entregó una carta.— No he enseñado esta carta a nadie; no he hablado con nadie del asunto, pero, como veo que se trata del mismo incidente, no hay razón para que ustedes no sepan que los temores de O'Leary están justificados.

¡Asesinato! Simón Bolívar estaba, pues, en peligro de tener sus propios idus de marzo.

Manuela enseñó a Fergusson algunas de las últimas *papeluchas* que habían circulado por la ciudad o aparecido en el *Con-*

ductor, llamando a Bolívar "tirano" entre otras cosas; estaba indignada. Sabía quién era el autor. Era el bravío Vicente Azuero, quien mezclaba vitriolo a la tinta de imprenta. Su caballo gris no le había procurado la prudencia de los años. Manuela decidió ayudarle a adquirir buen juicio: le envió, para comenzar la educación, un fornido lancero negro a una calle de Bogotá. Este soldado encontró al viejo Azuero en la Calle del Comercio, distribuyendo las calumnias del momento contra Bolívar. Azuero fué derribado de un puñetazo y, en seguida, el lancero comenzó a machacar el rostro del folletista con las botas de altos tacones. En este momento apareció el general Córdoba. Volvía de su visita a su novia de rosadas mejillas, Fanny Henderson, y vió cómo aquel gigante estaba desmayando a golpes a un pobre viejo. Córdoba sacó su espada, arrojó al lancero a la pared y libró a Azuero de la muerte.

Pero antes de que Córdoba pudiera tomar medida alguna contra Manuela, Fergusson estaba haciendo pedazos personalmente la oficina de otra hoja de escándalos, llamada *Incombustible*. Sorprendió al joven Florentino González en el acto de componer otro insultante y bilioso ataque contra Bolívar, un ataque en el que se invitaba a la "muerte del tirano". Había aquí algo más que política, porque González se había casado con una desechada querida de Bolívar, la bella Bernardina. El Libertador había escrito a esta Bernardina una carta que casi todos conocían: "Mi adorable Bernardina... todo en ti es amor... tú eres todo para mí..." — González tenía muchos resentimientos contra Bolívar, pero, en aquel momento, desplazó todo su odio hacia Fergusson. El furibundo irlandés golpeó a González hasta dejarlo sin sentido y, en seguida, se dedicó a destroz ar aquella imprenta especializada en el escándalo.

La oposición, en cuanto se enteró del asunto, reclamó la cabeza de Fergusson y pidió a Bolívar que interviniera. Simón Bolívar estaba haciendo algo, pero no lo que la oposición esperaba. Ordenó a sus delegados, que eran ahora una minoría política en Ocaña, que abandonaran la convención; así, por no

existir ya quórum, el Congreso tuvo que disolverse. Los delegados vieron que se les privaba de sus mandatos y que todas las decisiones del Congreso quedaban desautorizadas. Se llamó al ejército. Bolívar cambió su atuendo civil por el uniforme militar y declaró vacante el cargo de Vicepresidente. Luego entró en Bogotá con sus tropas.

—Ahora que el toro ha salido, veremos quién tiene el coraje de agarrarlo por la cola.

El 13 de julio, en la gran plaza frente a la Catedral, ante todos sus muy condecorados generales, Bolívar prestó el juramento de su cargo y asumió poderes dictatoriales sobre la República:

El bien de la República no consiste en una dictadura odiosa. La dictadura es gloriosa únicamente cuando cierra el abismo de la revolución, pero ay del pueblo que se acostumbra a vivir bajo un régimen dictatorial.

Ahora, sin buscar ya refugio en el disimulo, se movía con determinación. Estaba dispuesto a poner fin al caos. Eligió como residencia oficial el Palacio de San Carlos y firmó una serie de decretos en un intento de ayudar a la economía del país. No quería vengarse; su único afán era que terminara la anarquía política, que sanaran las heridas de la lucha de facciones. Todo debía de hacerse con *bienséance*. Todo debía tener buena cara. Así, para evitar el baldón público, se designó a Santander primer ministro en los Estados Unidos. La seguridad del país, su misma existencia, dependían ahora de la suavidad, de cómo Bolívar apaciguara los ánimos. Entretanto, se había olvidado de Manuela.

Pero ella no lo había olvidado. El 24 de julio era el cumpleaños de Bolívar y Manuela, como señora de la Quinta, preparó la mansión para las celebraciones. Se adornaron con banderas las fachadas del edificio y se colocaron en el jardín mesas llenas de alimentos y bebidas con la "conveniente elegancia". Bolívar no asistió, pero sí lo hicieron los miembros de su Con-

sejo y, para que hubiera una sanción oficial, una compañía del batallón de Granaderos hizo ejercicios frente a la villa en honor de los invitados. Manuela ordenó que sus criados sacaran barriles de chicha para los soldados, mientras dentro de la Quinta las personas de calidad bebían un fuerte oporto.

Cuando el vino hizo sus efectos —dijo uno de los participantes en la fiesta—, uno de los invitados tuvo la mala ocurrencia de mencionar el nombre de Santander. Fué como una chispa que cayera en un barril de pólvora. Con sus lenguas sueltas, todos los invitados dedicaron invectivas al hombre a quien juzgaban el principal enemigo de Bolívar. Y, en momento todavía más desdichado, otro de los invitados propuso que, siguiendo una costumbre española, se fusilara a Santander en efigie.

Manuela aceptó la propuesta. Jonotás trajo un saco, lo llenaron de trapos, lo vistieron con un desechado uniforme de oficial y pusieron a este "Santander" un bicornio. La misma Manuela dibujó la cara del enemigo; logró en cierto modo reproducir la expresión altanera, los negros ojos, los largos mostachos. Y por si hubiera alguna duda acerca de quién era el personaje, pintó un letrero y lo colgó del muñeco: *Francisco de Santander, ejecutado por traición.*

Un pelotón de soldados, que ya comenzaban a sentir los efectos de la chicha, se llevó con ampulosidad burlesca a "Santander" hasta las puertas de la finca y lo arrimó a la pared. El deán de la Catedral comprometió la dignidad de sus ropas administrando a la efigie los últimos ritos de la Iglesia. Luego, intervino Crofston.

El coronel Richard Crofston, de la Legión Británica, era un irlandés tan impetuoso como Fergusson y tan imprevisible como Manuela. Se decía que se había entendido con Jonotás. "Llevaba uniforme de varón y el cabello corto, pero esto no impidió que Richard Crofston la quisiera y que ella correspondiera."

Crofston ordenó a su ayudante que diera la orden de fuego.

En el primer destello de cordura del día, el oficial colombiano envainó su espada y dijo:
—Me niego, mi coronel, a participar en esta indigna farsa. Crofston le dedicó un juramento, le impuso un arresto y, en seguida, sacó su propia espada, formó a los soldados y dió la orden de fuego.

"Santander" se desintegró ante la descarga.

* * *

Fué una descarga que se oyó en todo Bogotá. En un impulso de irresponsabilidad, Manuela había destruído todos los cuidadosos planes de la política de Bolívar. Fué el viejo enemigo de Manuela, Córdoba, quien facilitó los detalles del asunto al Libertador. Escribió a Bolívar una carta muy áspera y franca.

Sólo en su fría residencia, Bolívar se paseaba por la habitación. Durante toda la tarde, sus ayudantes oyeron el clic-clic de sus botas militares que golpeaban el suelo con la sonoridad de unas castañuelas. A última hora de la tarde del 29 de julio, llamó a su secretario y le dictó parte de una carta; luego, asqueado, se levantó, quitó bruscamente el papel al sorprendido colaborador, lo despidió secamente, se sentó y escribió el mensaje de su puño y letra:

Mi querido General:

Sabe Ud. que yo lo conozco a Ud., por lo que no puedo sentirme con lo que Ud. me dice. Ciertamente conozco también, y *más que nadie*, las locuras que hacen mis amigos. Por esta carta verá Ud. que no les mimo. Yo pienso suspender al comandante (Richard Crofston) de "Granaderos" y mandarlo fuera del cuerpo, a servir a otra parte. Él solo es culpable, pues lo demás tiene excusa *legal*, quiero decir, que no es un crimen público, pero sí eminentemente torpe y miserable.

En cuanto a la amable loca, ¿qué quiere Ud. que yo

LAS CUATRO ESTACIONES DE MANUELA
le diga a Ud.? Ud. la conoce de tiempo atrás. Yo he procurado separarme de ella, pero no se puede nada contra una resistencia como la suya; sin embargo, luego que pase este suceso, pienso hacer el más determinado esfuerzo por hacerla marchar a su país o donde quiera...

UNA NOCHE DE SETIEMBRE

La Plazuela de San Carlos había sido construída en los tiempos de Carlos IV, cuando España era todavía dueña de sus destinos y tenía la indiscutida posesión de sus reinos de ultramar. Tenía el sello del Nuevo Mundo, aunque sus balcones evocaban los edificios de Valencia y se seguía la poco sociable tendencia de ocultar los patios con puertas macizas. Sólo el feo postigo se veía desde la calle. La Plazuela había sido construída en torno a un pequeño parque, donde había una gran fuente murmurante; aquí las gentes sacaban su agua y los caballos aplacaban su sed. Alrededor de la fuente, los edificios de dos pisos formaban las tres cuartas partes de la plaza, de acuerdo con el espíritu de los tiempos y en obediencia al buen sentido. Abajo, en la calle, a lo largo del perímetro, los comerciantes tenían alquilados locales donde los más afortunados, los que tenían emolumentos adecuados, podían hacer sus compras sin miedo a ser derribados por los jinetes o a ser empujados contra la pared por los indios cargados de bultos.

Para quienes habían vivido la revolución, la Plazuela continuaba siendo un símbolo del espíritu de independencia, porque aquí, en un bajo, en una habitación secreta, el famoso Antonio Nariño había impreso, en 1794, la primera traducción española de *Los Derechos del Hombre*. Fué una publicación que desencadenó la revolución y que hizo pasar a Nariño diez terribles años en un hediondo calabozo del Norte de África.

En el segundo piso, a lo largo de todo el edificio, había viviendas que compartían los balcones corridos que avanzaban

sobre la Plazuela. Vivir aquí tenía muchas ventajas; desde los balcones cabía ver el Palacio de San Carlos, donde vivía Bolívar, y, en la otra dirección, la Calle del Comercio, la principal arteria para el comercio y los paseos. San Ignacio, la iglesia de los jesuitas, estaba discretamente enfrente; desde los balcones cabía ver también cómo la mejor sociedad de Bogotá cumplía sus deberes religiosos. Además, era un sitio en el que se podían escuchar las últimas habladerías y ver las últimas modas. Era el corazón de Bogotá, especialmente diseñado por quien quería estar en la misma génesis de las cosas.

En la primera semana de agosto de 1828, a pesar de la orden de Bolívar de que "permaneciera alejada del público", Manuela Sáenz puso treinta y dos tintineantes pesos de plata en manos del patricio Don Pedro Lasso de la Vega y recibió a cambio dos enormes llaves de hierro. Tomó posesión de la vivienda.

Bolívar recibió la noticia con gélido desagrado. Desde el "fusilamiento" de Santander había habido un gran distanciamiento entre él y Manuela. En un principio hubo escenas violentas, no seguidas, como en el pasado, por deliciosas reconciliaciones. Manuela se mantuvo rencorosa y sin ceder. En contestación a las demandas de que abandonara la capital, recordó lo que había escrito cuando Bolívar le pidió que acudiera junto a él: "Pero después no me dirá que vuelva a Quito..."

Bien, en ese caso, ¿no podía cambiar su atrabiliaria conducta, dominar esas contradicciones de su carácter, esos proceder indecorosos? Sí, desde luego, pero... Manuela era Manuela. Hacía tiempo que Bolívar la conocía: era una mujer formidable, muy amiga de sus amigos y terrible enemiga de sus enemigos.

En cuanto a las acciones políticas de Manuela... Bien, no hacía falta ser una sibila para saber que, si Bolívar no se deshacía de Santander, éste y los suyos lo matarían, de la misma manera que se dió muerte a César. Era una locura cerrar los ojos; lo que ella, Manuela, decía y hacía era el único camino que se podía seguir en un país tan dividido. Las medias tintas siempre le habían causado repugnancia; sólo podía venir daño

de las cosas que se dijeran o hicieran a medias. Y en cuanto al caos de la hora, los revolucionarios de Francia descubrieron la solución hacía más de treinta años: el Santo Terror. Así era Manuela.

Y así, arrastrando tras de sí al renuente Pepé Paris, comenzó a adquirir cosas para su nuevo alojamiento. Había allí espejos dorados coronados por la elegante águila del Imperio; sofás tapizados con damasco rojo recién llegados de Francia; porcelana de Inglaterra y cristalería de Filadelfia, todo muy raro y extraordinariamente costoso. Los vinos y licores se obtenían por medio de los amigos que Manuela tenía en la Legión Británica. Así equipada, Manuela se estableció, es decir, en toda la medida en que podía hacerlo, con sus esclavas, criados y clientes.

Y sus animales. Tenía afición a todos los animales y especialmente a los gatos, que andaban por la casa en número asombroso. Y para que aumentara la confusión, alguien le trajo un oseznito de "anteojos", un animal cuyos ojos estaban rodeados por círculos de piel blanca. Se convirtió en el favorito de Manuela. Lolo Boussingault escribió a casa, explicando el extraño mundo en que vivía:

Manuela adora los animales. Tiene un oseznito que es insoportable y que se ha hecho dueño de toda la casa. La detestable bestia juega con todos los visitantes, pero araña terriblemente si se la toca, o se agarra a las piernas de modo que es difícil desembarazarse de ella...

Una mañana hice una visita a Manuelita. Como no se había levantado todavía, tuve que ir a su dormitorio. Vi una escena terrible. El oseznito se había echado sobre su ama y las horribles garras descansaban sobre los pechos de Manuelita. Al verme, Manuelita me habló con mucha calma: "Don Juan, vaya a la cocina y tráigame un tazón de leche. Este diabólico animal no va a soltarme."

Fuí por leche. El animal soltó lentamente a Manuela y se fué a beber la leche. Después llamamos a Coxe, un inglés, encadenamos al oseznito y lo llevamos entre gruñidos al patio. Luego Coxe lo ejecutó.

—Pero mire —me dijo Manuelita, mostrándome su garganta y parte de sus pechos—, no estoy herida.

A su modo, Manuela representaba su papel. Se mantenía con los ojos y los oídos muy abiertos y, con su sentido para captar los sentimientos y las opiniones, se convirtió una vez más en un centro de información. Por las mañanas, sus esclavas iban al mercado, aparentemente en busca de los alimentos del día, pero, en realidad, para advertir el estado de ánimo de las gentes. Jo-notás, con su experiencia de Lima y Quito, no tenía dificultades para sonsacar a mujeres, soldados y otros elementos de las capas bajas de la sociedad bogotana todas las quejas y murmuraciones. Luego, con la negrita Isabella llevando sobre la cabeza una cesta llena de verduras, volvía a la Plazuela y comunicaba a su ama cuanto había visto y oído. Manuela se instalaba a media mañana en el balcón fronterero a la iglesia de los jesuitas. Desde este ventajoso lugar observaba el edificio donde Simón Bolívar vivía y estaba atenta a cuanto sucedía en la plaza. Eran pocos los movimientos que sus ojos oscuros no advertían:

Manuelita siempre está visible. Por la mañana lleva una bata de casa que no deja de tener sus atractivos; con los brazos desnudos —cuida de no ocultarlos—, se dedica a bordar mostrando los dedos más finos del mundo. Charla un poco y fuma cigarrillos con gracia. Su conducta a esta hora del día es recatada. Facilita noticias y agradece las que se le facilitan.

A la noche, eran las tertulias. Manuela había alterado esta vieja costumbre española, una reunión de confianza para conversar. Servía bebidas fuertes. En su alojamiento, bajo la danzante luz de la araña de cristal tallado, presidía su salón. Estaba radiante con su vestido de muselina blanca, los hombros al descubierto, el talle alto bajo los pechos y el fino chal con flecos de un rojo amapola. Porque la noche también provocaba un cambio de humor: era la hora de la animación y la alegría. Estas tertulias eran esencialmente reuniones políticas. Acu-

dían los amigos de Bolívar, los miembros de la Legión Británica —Fergusson, O'Leary, Sandes, el Dr. Moore— y otros elementos de la sociedad bogotana que habían unido sus propias vidas al destino del Libertador. El joven Boussingault, que encabezaba una misión de científicos franceses y estaba destinado a ser un día presidente de la Académie des Sciences de París, presenciaba todo esto con ojos curiosos. Y daba cuenta de buena parte de lo que veía en sus cartas a casa:

Como todas las favoritas de los políticos poderosos, Manuela atrae cortesanos. Sus amabilidades y generosidades son, en realidad, inagotables.

Manuela estaba ampliando su papel. En estas tertulias estaba influyendo en las opiniones de hombres que tenían importancia para Bolívar. Debajo de sus "locuras" había algo diferente. Bolívar podía llamarla su "amable loca" y sus enemigos podían llamarla cosas peores, pero comprendieron, todos demasiado tarde, que la habían juzgado mal. Todo el tinglado de aquella extravagante conducta era una inverosímil fachada para ocultar las verdaderas intenciones, las manipulaciones políticas en favor de los ideales de Bolívar. Aunque muy bella y con mucho dominio de sí misma, sus hechizos eran inferiores a sus talentos y la combinación de unos y otros resulta insuperable. Manuela era muy astuta. Sus notorias "locuras" eran circunstanciales y, detrás del charro despliegue de su personalidad barroca, demostraba de mil modos una gran capacidad para la intriga política.

Había ya concreciones en el ánimo público. Manuela podía advertirlas en todas las noticias que llegaban hasta ella. Era ya un secreto a voces: se estaba organizando una conspiración contra Bolívar. Subía desde las capas bajas de la sociedad hasta los círculos de intelectuales. Estaban siendo influídos los soldados, descontentos y con pagas atrasadas. A las mujeres, que se quejaban de la carestía de la vida, se les decía que la culpa era de Bolívar y su política. Los comerciantes se lamentaban de la declinación de sus negocios, la aristocracia de la pérdida de sus

privilegios y los intelectuales de los frenos de la dictadura. Estos regimientos de descontentos estaban formando el ejército de la rebelión y, con él, un santo y seña: "No habrá libertad mientras Bolívar viva."

Manuela lo advertía y multiplicaba sus prevenciones, como Casandra. Suplicó a Bolívar que no viajara sin una escolta armada y él se negó a ello. Sus colaboradores insistían en que tenían autoridad para cazar a los conspiradores, pero él la negaba. Quería menos decretos dictatoriales, no más. Entendía que debía concentrarse en la rehabilitación económica del país, ya que, si la lograba, se desvanecerían la mayoría de las quejas. Sólo cuando Pepé Paris unió su voz a las de los demás en el Consejo, invitiéndole por su seguridad a suspender sus paseos diarios a caballo, comprendió Bolívar la gravedad del momento. Duplicó la guardia de palacio. José Palacios trajo sus dos mastines de la Quinta para reforzar las centinelas. Estas fueron, sin embargo, las únicas precauciones que Bolívar permitió.

Hasta se conocían ya los nombres de los conspiradores. Sin embargo, no habían pasado todavía de las expresiones imprudentes, de esas cosas que se dicen cuando la chicha suelta las lenguas, sin revelar ninguna forma concreta de acción. Pero había algo muy cierto: el general Santander era el núcleo de la conspiración; todo giraba alrededor de su arrogante personalidad. Aunque había sido designado ministro en los Estados Unidos a comienzos del mes, no había hecho preparativo alguno para marcharse. Y Bolívar ordenó ahora, en un tono que no pertenecía al lenguaje diplomático: "El general Santander dejará el país para el 5 de setiembre."

Esta decisión aceleró los planes para la revuelta. Bolívar iba a ser asesinado en el Baile de Máscaras.

Era una normal noche de agosto en Bogotá. Casa una lloriz-
na insistente. Las calles empedradas reflejaban las luces que los

vecinos colocaban ahora, por disposición legal, en las fachadas de sus casas. Frente al Palacio de San Carlos estaba el Teatro del Coliseo, un edificio de tres pisos, sencillo y elegante. Era el único teatro de Bogotá, copiado del Varieté de París, pero, como no había profesionales, los actores eran únicamente aficionados sacados del talento que albergaba la ciudad. El interior se iluminaba con velas y la sala carecía de asientos; cada cual llevaba el suyo para asistir a la representación. Esta noche el vasto local estaba bordeado de sillas traídas por los criados y una orquesta —un arpa, dos violines, un violoncelo y una abollada corneta— hacía chirriar los primeros compases de una contradanza española. Pronto, bajo la influencia del vino y los fuertes licores, pasaría al baile local, la cachucha, bailada como un minué, pero con los sinuosos movimientos de un bolero.

El baile de máscaras disfrutaba de mucho renombre en Bogotá. En esta ciudad de escasas diversiones, proporcionaba a las mujeres, hábiles con la aguja, la excusa de crearse vestidos de mucho ingenio. También permitía, bajo el disfraz, lanzarse a aventuras amorosas que no podían emprenderse abiertamente en la reducida y circunscrita sociedad de la población. La sala estaba ya llena cuando llegó Manuela. Había indicado que Bolívar no debía venir, porque sabía por un criado, quien lo sabía por otra persona, que iba a atentarse esta noche contra la vida del Libertador. Sin antifaz y llevando todavía el uniforme de húsar, había ido al teatro sin pasar por palacio. Pasó sin ser advertida por la entrada, donde se congregaban toda clase de llamativos disfraces, y por el foyer, pobremente iluminado; se creyó que venía disfrazada. Subió por las escaleras detrás de Marcelo Tenorio, un hombre de cierta distinción. Vió que Tenorio era abordado en las escaleras por un individuo disfrazado de conquistador español, con una fingida cota de malla. Este individuo levantó su visera y dijo:

—¿Me conoces?

Tenorio guardó silencio.

—Dentro de media hora, cuando den las doce... morirá el titano.

Y el individuo abrió su jubón, en el que estaba pintado un sol naciente, y mostró el cuchillo que llevaba al cinto.

—Somos doce— dijo enigmáticamente—. El resultado: silencio.

Manuela, que no sabía si Bolívar había llegado o no, avanzó hacia la sala, en cuyo interior las parejas daban los primeros pasos de la cachucha. El alcalde de la ciudad, Don Ventura, con calzones cortos de seda, estaba en la puerta. Vió a una mujer vestida de húsar que quería pasar. Manuela trataba de ver si Bolívar estaba ya en la sala. El alcalde le cerró el paso.

—Soy Manuela Sáenz —dijo Manuela.

—Aunque sea usted Santa Manuela —replicó el alcalde—. No puede usted entrar aquí con ropas de hombre.

Nadie hablaba de este modo a Manuela, quien en seguida alzó la voz. En este mismo instante llegó Bolívar con el coronel Fergusson y el general Córdoba; habían estado conversando en la entrada exterior con algunos oficiales. Cerca de ellos estaba esperando como de costumbre a su señora, Jonotás, desgreñada y sucia. La combinación de la discusión entre Manuela y el alcalde de la ciudad con el desaseo extremo de Jonotás fué demasiado para los tensos nervios de Bolívar.

—¿Es esa realmente la esclava de Manuela?

—Sí, mi general —contestó Fergusson.

—Esto es insufrible. —Y Bolívar, apartando con brusquedad a Jonotás, se dirigió a la calle.

El general Córdoba, envuelto en una capa española azul, fué tras él.

—¿Se va, mi general?

—Sí, y me voy asqueado. Acompañeme.

Poco después, sola, bajo la lluvia, Manuela volvió a su alojamiento.

Sus relaciones habían llegado al punto más bajo. Bolívar no intentó comunicarse, por lo que Manuela tuvo la seguridad de que su presencia en el Baile de Máscaras había sido mal interpretada. Bolívar no podía creer que pudiera atentarse contra su vida; se consideraba invulnerable para ataques así; por tanto, la grosera exhibición de Manuela era inexplicable. Atormentada por el distanciamiento, sintiéndose muy desdichada, Manuela escribió a Bolívar unas breves líneas:

Sé que está Ud. enfadado conmigo, pero no es culpa mía. Con el dolor de este disgusto, apenas puedo dormir. Pero, como las cosas son así, no iré a su casa de Ud. hasta que me lo pida o quiera verme.

Ni la llegada de Fernando Bolívar derribó el muro que se había levantado entre los dos. Manuela corrió al Palacio de San Carlos en cuanto oyó que Fernando había llegado; la desdeñada iba con el propósito de ayudar, pues sabía el gran cariño que Bolívar tenía a su sobrino favorito.

Fernando Bolívar había llegado inesperadamente. Había venido desde Caracas, veinticuatro días de silla, cruzando los anémicos llanos y subiendo por los Andes, para llegar a Bogotá. Había sido instruido sobre el largo viaje por José Revenga, uno de los ministros del Consejo, pero no había esperado ver lo que veía. Había salido de los Estados Unidos en cuanto recibió el mensaje de Simón Bolívar: se le necesitaba. Aunque muy joven, su educación en los Estados Unidos y su conocimiento de las cosas tenían ahora importancia para Gran Colombia. Lo que su tío Simón no le había dicho era que, en esta marea de odio y terror, tenía necesidad de personas que, a causa de los lazos de la sangre, fueran de lealtad indiscutible.

¿Y quién mejor que Fernando? El hijo de la hermana favorita, María Antonia, nacido en Caracas en 1810, había sido enviado por Bolívar a Filadelfia para que se instruyera bien. Fernando estaba estudiando en la Academia de Germantown

cuando el Marqués de La Fayette efectuó su muy anunciado regreso a los Estados Unidos, y el anciano general viajó hasta Germantown para ser presentado al sobrino de Simón Bolívar. Tan grande era el prestigio del tío que, cuando el muchacho se graduó, se le ofreció una plaza en West Point. Fernando la rehusó porque quería ir al colegio de Jefferson en Virginia. Era el año 1826, el mismo año del fallecimiento de Thomas Jefferson, pero el venerable estadista acudió personalmente a instalar al sobrino de Bolívar en el propio colegio. En los Estados Unidos, como en toda Europa, Bolívar era respetado como uno de los grandes hombres del siglo; al parecer, el nombre de Bolívar era tenido en todas partes en gran estima.

Pero, al volver a su patria, Fernando Bolívar quedó muy impresionado por la realidad. En Venezuela el nombre de Bolívar era abucheado. A todo lo largo de los tres mil kilómetros que separaban a Caracas de Bogotá, el joven Bolívar pudo ver los elementos del caos. El mismo Bogotá era un campo militar; nadie podía dejar de advertir la tensión que había en la ciudad. Fernando procuró no revelar sus reacciones ante lo que advertía, pero su rostro era demasiado franco para los disimulos. Era un rostro fino, de facciones regulares y firmes; su cabello, levemente ensortijado, iba hacia un lado en una especie de *coup de vent*; su figura, un poco como la de Simón Bolívar, era delicada, frágil, casi ambigua.

Instalado en el Palacio de San Carlos, escribió el 17 de setiembre a sus amigos de Filadelfia describiendo su nuevo hogar:

Es una casa de dos pisos, construida con buen gusto y lujosamente amueblada. En el patio, hay una hermosa fuente, rodeada de un jardín lleno de flores, con abundancia de rosas y sobre todo de claveles, que se dan magníficamente en este clima. El patio principal está limitado por una verja de hierro; la disposición del segundo piso difiere en que tiene un solo corredor que lleva al comedor y a la habitación interior que ocupa mi tío. En el lado de la calle —limitada por la iglesia de los jesuitas— hay

cinco habitaciones de tamaños diversos; la primera es la sala donde se reúne el Consejo de Ministros. La última, lujosamente empapelada, sirve de dormitorio. Hay aquí una soberbia cama de matrimonio; duermo aquí con mi amigo el teniente Andrés Ibarra, que es ayudante de mi tío.

Fernando Bolívar trabó conocimiento con Fergusson y Wilson, con quienes podía conversar en inglés; Juan Santana, que "podía hablar varios idiomas"; y, desde luego, Manuela Sáenz, cuya especial relación con su tío y cuyo estado pronto supo y aceptó. "He encontrado aquí —escribió— algo que se parece a un ambiente de familia."

Pero el palacio también tenía un ambiente de guerra. Cuantos se acercaban al edificio eran objeto de un escrutinio desconocido en el pasado, y los dos animales de José Palacios, "hermosos perros, uno bayo y el otro rubio", andaban por los jardines, atentos a cualquier sonido. La tensión estaba acentuada por la noticia recién llegada de Bolivia —tardó cinco meses en llegar— de que había habido allí una revolución. El general Sucre había sido herido en el rostro y en un brazo y había renunciado bajo coacción. Volvía ahora a Quito. Esta información sólo había servido para exacerbar los ánimos de quienes rodeaban a Bolívar, porque los rumores de que la conspiración contra el Gobierno estaba ya organizada, hasta con señalamiento de tiempo y lugar, aumentaban cada día. Santander, a quien se había ordenado que saliera de Bogotá para el 5 de setiembre, "de un modo u otro" seguía allí, aparentando una completa ignorancia de las cosas. Pero estaba muy al tanto de todo...

El plan básico —asesinar a Simón Bolívar y apoderarse del Gobierno— estaba bien trazado. Sin embargo, como todas las conspiraciones, ésta estaba formada por un abigarrado grupo de personas; cada cual tenía ideas diferentes acerca de lo que se quería. Sin embargo, por el momento, todos estaban de acuerdo. El primer paso era manifiesto: matar.

Lolo Boussingault lo observaba todo y también lo comprendía, porque, como francés, había sido criado en la violencia y cono-

cia algunas de las características de la revolución. Escribió a casa:

El partido realista conspira activamente; se celebran con regularidad reuniones nocturnas en las casas de las gentes de posición; nadie trata de ocultar nada. La policía ha recibido órdenes de detener a los conspiradores, pero no se mueve. Están conspirando por la libertad. Esta es su excusa y también su fuerza, aunque, en realidad, hay en muchos de ellos más ambición que patriotismo. El grupo más activo es el de unos jóvenes estudiantes que, con el pretexto de estudiar, se reúnen con varios profesores del Colegio de San Bartolomeo, quienes también están complicados. Su finalidad secreta es derribar el Gobierno de Bolívar. Sé todo esto porque la dirección está en manos de un francés muy viejo, el Dr. Arganil, uno de los *sans-culottes* de Marsella y de la Revolución Francesa; de otro francés, muy inteligente, Auguste Hormet, y también de un oficial venezolano llamado Pedro Carujo.

La revolución fué concebida a la manera romántica. Como Charlotte Corday, que acuchilló a Marat en el baño "por la libertad", la mayoría de los conspiradores eran jóvenes, muchos de apenas veinte años. Entre ellos figuraban Vargas Tejada, un idealista incapaz de matar ni una cucaracha; Florentino González, figura literaria; y Ospina, estudiante de filosofía. Sin embargo, el movimiento recibía algo del toque clásico de su jefe, el anciano Dr. Arganil, una misteriosa figura que había sido arrojada a las playas de América por la resaca de la revolución en la que había participado. No tenían la menor idea de cómo ligarían las provincias exteriores a su Gobierno; confiaban probablemente en Santander; se hablaba del asunto en términos románticos. De todos modos, necesitaban contar con algunos militares para arrastrar al ejército; los hallaron en el coronel Ramón Guerrero, un tráfuga del estado mayor de Bolívar, y en otro traidor, el comandante Pedro Carujo: un belicoso soldado de poco más de metro y medio de estatura, peli-

trojo, había nacido en España. Durante la guerra había luchado primeramente con fanática lealtad por los españoles; luego, después de la victoria republicana, se pasó al campo de Bolívar.

El levantamiento estaba proyectado para el día de San Simón, el santo patrón de Bolívar, es decir, para el 28 de octubre. Darían el golpe en medio de las celebraciones: debían morir Bolívar, Urdaneta, Manuela y otros. Todo estaba preparado. Pero, en lugar de esto...

Todo sucedió inesperadamente. En la tarde del 25 de setiembre, un capitán Triana llegó a su cuartel más borracho que el mismo Baco. Tropezó con otro oficial. Se disputaron. Triana sacó su espada, se subió a una mesa y gritó a plenos pulmones: "¡Ha llegado la hora de ahogar la tiranía de Bolívar en océanos de sangre!"

Se dió parte del incidente, el capitán fué a parar a un calabozo y se llevó la información a Bolívar. El coronel Ramón Guerrero, al tanto de que el irresponsable borracho había descubierto el secreto de la conspiración, se puso inmediatamente en contacto con el comandante Carujo; tenían que actuar sin demora. Se citó a los conspiradores para que se reunieran en seguida en casa de Luis Vargas Tejada, en la parroquia de Santa Bárbara. Fué una reunión muy nutrida la de aquella noche de infamia en la que un miembro del estado mayor general preparaba con otros la muerte de Bolívar. No tenían planes claros para después del asesinato, salvo el pedir a Santander que les ayudara a formar un nuevo Gobierno. Y Bolívar creía que la revuelta era insignificante y que todos caerían en la trampa como ratones.

Aunque no estuvo físicamente presente en la reunión, Santander no rechazó la idea de la conspiración ni la de asesinato; tampoco informó a las autoridades de lo que pasaba. Cabe que, mientras permanecía sentado en la penumbra de su casa, cuidando de que le vieran los dos soldados que vigilaban la entrada, se creyera una especie de demiurgo que bajaría de un nuevo Olimpo, una vez liquidado Bolívar, para atender el llamado del

pueblo y gobernarlo, a pesar de la sangre que tendría en las manos, bajo la fría belleza de la Ley...

Los conspiradores eran ahora treinta. Se convino en dar el golpe aquella misma noche. Todos los otros planes debían ser descartados. Se formaron en tres grupos. Los dirigidos por Carujo, el gallito de pelea, asaltarían el palacio y darían muerte a Bolívar. El coronel Guerrero, ayudado por otros militares, reduciría a la impotencia al Batallón de Vargas y pondría en libertad a Padilla, quien languidecía en una celda próxima. El tercer grupo permanecería en la reserva, dispuesto a acudir en ayuda de cualquiera de los otros dos.

Una noche de setiembre. Había llovido durante toda la tarde del 25 y casi estaba helando; el frío penetraba en las casas sin calefacción y hacía en extremo desapacible el ambiente. La lluvia cesó al anochecer; las nubes se dispersaron y salió la luna llena; ahora casi parecía de día.

José Palacios, con su macizo cuerpo recortándose en las sombras, llegó al alojamiento de Manuela acompañado por sus dos monstruosos mastines. Traía un mensaje de su amo: "Estoy con una horrible jaqueca; por favor, ven luego."

Manuela, molesta por el largo olvido, contestó:

—Diga a Su Excelencia que estoy más enferma que él y que no iré.

José Palacios se fué, pero no tardó en volver. La súplica era urgente: "Por favor, ven en seguida."

Como las calles estaban todavía mojadas, Manuela se puso unas botas de caucho de doble suela sobre los chapines; se arrolló al cuello un chal y se dirigió así a palacio, seguida, como siempre, por Jonotás. Pasó entre los guardias, subió por las escaleras y entró en la habitación de Bolívar sin llamar. Bolívar estaba tomando un baño caliente. Después de saludarla y de expresar cuánto le alegraba la visita, dijo: "Va a haber una revolución."

—Ya lo sé —contestó Manuela—. Y me alegra que lo hayas advertido a tiempo. Tú nunca crees en lo que yo te digo y siempre recibes mis consejos con recelo.

Pero Bolívar no había tomado muchas precauciones. La guardia había sido doblada, habían sido cambiados los oficiales en los cuarteles y, junto a su cama, Bolívar tenía su espada y sus pistolas.

Pidió a Manuela que le leyera algo y pronto quedó adormilado. Manuela le ayudó cariñosamente a meterse en la cama. Luego, vela en mano, fué a la habitación que solía ocupar cuando visitaba a su amante.

* * *

El silencio de Bogotá recordaba el de un estanque. Llegó de lejos el grito del sereno: "Ave María... Las doce y sin novedad..."

Era la medianoche y, de dos o de tres, para no despertar sospechas, el primer grupo de conspiradores se congregó en el Puente de San Agustín. Luego, avanzando por las silenciosas calles, mostrándose muy de cuando en cuando, allí donde la luna cortaba las negras sombras, se acercaron a su objetivo. En la Plazuela de San Carlos, debajo del alojamiento de Manuela, se detuvieron para armarse de sables y pistolas, traídos previsoramente de los cuarteles por el comandante Carujo.

Pero en este momento, al ver que surgían unos bultos de las sombras, uno de los centinelas levantó a medias su fusil y lanzó su: —¿Quién vive?

Había esperado que le contestaran como siempre: "El Libertador." Pero, en lugar de esta contestación, el comandante Carujo gritó: "¡Libertad!" Sus gentes se abalanzaron sobre los centinelas y les doblaron la cerviz; brillaron los cuchillos a la luz de la luna y, a los pocos segundos, los guardias estaban tendidos en su propia sangre. Los asesinos abrieron las grandes puertas y se lanzaron a los corredores, buscando a Bolívar. Sus pasos despertaron a los perros, que comenzaron a ladrar; toda la casa quedó en vilo. El joven Andrés Ibarra fué el primero que hizo frente a los atacantes. Se puso apresuradamente su casaca militar y tomó

un arma; se vió ante algunos conspiradores que subían por las escaleras. Golpeado por detrás, dejó caer el sable y se dobló lentamente, tratando en sus últimos instantes de conciencia de contener la sangre que le salía a borbotones.

Manuela, que había oído los ladridos y la conmoción, corrió a la habitación de Bolívar y lo despertó. Bolívar abandonó el lecho en seguida. Con una pistola en una mano y la espada en la otra, avanzó hacia la puerta. Manuela se echó a reír.

—¿Te imaginas defendiéndote con esa facha? ¡En camisión de noche y espada en mano! ¡Don Quijote en persona! Ponte, por favor, tu uniforme.

Bolívar se vistió en unos segundos.

Podían oír la conmoción de todo el palacio. Los perros seguían ladrando y se oyeron algunos tiros. Y unos confusos gritos: "¿Dónde está el tirano? ¡Muera Bolívar! ¡Viva la libertad!"

Manuela hizo que Bolívar se pusiera las botas de caucho que ella había traído y le echó una capa encima; luego tomó la espada de su amante, se asomó a la puerta, volvió de puntillas y murmuró:

—¿No recuerdas que me dijiste que Pepé Paris creía que esa ventana que da a la calle era un buen sitio para escaparse?

En seguida abrió silenciosamente la ventana. Nadie a la vista. La altura apenas era de tres metros.

—Salta.

Bolívar subió a la ventana, se volvió para abrazar a Manuela y se dejó caer a la calle. Manuela esperó, escuchando con el corazón agitado los pasos de Bolívar, quien corría hacia el puente que salvaba el río. Luego, espada en mano, Manuela se volvió hacia la puerta. Los conspiradores irrumpieron en la habitación.

—¿Dónde está Bolívar?

—En la sala del consejo.

—¿Y esa ventana abierta? ¿Por qué está la ventana abierta? ¿Se ha escapado?

—No. Está en la sala del consejo. La he abierto para ver lo que pasaba.

Se apoderaron de ella, le arrancaron el sable de la mano y la empujaron delante de ellos hacia la sala del consejo. Estaba vacía. Los conspiradores comenzaron a desesperarse. Buscaron por la sala, el dormitorio de Bolívar, la cocina, el salón: el Libertador no estaba en parte alguna. Manuela, sonriendo fría-mente mientras los observaba, tuvo el tiempo justo de murmurar algo a José Palacios. En un instante, el fiel servidor se perdió en las sombras y corrió en busca de su amo.

Pronto los conspiradores se volvieron hacia Manuela. La hicieron marchar delante de ellos con la punta de una espada en la espalda. Manuela contaba los minutos. Cada momento que pasara sin que descubrieran a Simón Bolívar hacía más seguro el fracaso de la conspiración. Para ahora, el Libertador ya habría llegado al puente. Se oían disparos procedentes de los cuarteles; retumbó un cañón disparado a corta distancia; había también fuego de armas menores. Por toda la ciudad se encendían luces; el factor de la sorpresa, por lo menos, había fracasado a los conspiradores.

Mientras era llevada por sus aprehensores, Manuela vió a Ibarra tendido en un círculo de sangre que se hacía cada vez mayor. Apartando a quienes la llevaban, se arrodilló junto al joven, se desgarró una enagua, vendó la herida y puso un torniquete en el brazo. Ibarra abrió los ojos y preguntó débilmente:

—¿Ha muerto el Libertador?

—No, Ibarra, está vivo.

Manuela fué oída. Abandonando todo disimulo, se levantó y gritó con acento de desafío:

—¡Sí, Bolívar está vivo!

Uno de sus aprehensores la golpeó. El puñetazo dió en la oreja y Manuela cayó hacia adelante. Todos se abalanzaron sobre ella con sus cuchillos, mientras ella los seguía desafiando desde el suelo.

—¡Vamos, matadme, matadme, cobardes, miserables!

Auguste Hormet, el francés, se interpuso entre los cuchillos y la caída. Levantó los brazos.

—¡Basta! —gritó—. No hemos venido aquí para asesinar mujeres.

Pero el comandante Carujo, lleno de resentimientos contra todo aquel que medía más de metro y medio, dió un puntapié a la postrada Manuela. El golpe rozó el hombro y dió en la cabeza. Luego recogieron a la caída, la arrojaron dentro de la habitación de Bolívar, cerraron la puerta y pusieron un guardia delante de ella. Nadie se cuidó de la herida en la cabeza.

"Mucho, mucho después —escribió Boussingault—, se podía ver la huella del golpe en la frente de Manuelita."

El ruido de alguien que acudía corriendo acercó a Manuela a la ventana, la misma ventana por la que, sólo unos momentos antes, Bolívar había escapado a la trampa que le habían tendido. Era el coronel Fergusson. A medio vestir, con el sable desenvainado, corría hacia la entrada del palacio. Manuela lo llamó y él se detuvo.

—¿Dónde está el Libertador?

Pero Manuela no podía contestar a causa del guardia que estaba a su puerta. Se llevó un dedo a los labios y movió la cabeza, tratando de indicar que Bolívar se había escapado. Fergusson se dirigió hacia la entrada.

—¡No entre! —gritó Manuela—. ¡No entre! ¡Lo matarán!

La cautela no era una de las virtudes de Fergusson. Corrió hacia la puerta... y se vió delante del hombre al que hacía algún tiempo había dado una paliza. El comandante Carujo levantó su pistola y disparó a un paso derechamente al rostro del irlandés. Fergusson dejó caer su sable y se llevó las manos al deshecho rostro. Sus piernas se doblaron. Aun entonces, Carujo recogió el sable y dió un sablazo al desdichado. No era necesario. Fergusson estaba muerto antes de caer al suelo.

Bogotá se había despertado. Todo lo anterior se había desarrollado precisamente en diez minutos. En el veloz drama, los conspiradores no habían podido comunicarse entre ellos; uno de sus grupos se había apoderado de varias piezas de artillería. Las llevó frente a los cuarteles y rompió el fuego contra el

Batallón de Vargas. El coronel Charles Whittle, comandante del batallón, veterano de Waterloo, se mantuvo imperturbable bajo el fuego. Tomó un par de pistolas y anunció que saltaría los sesos a cualquiera de sus soldados que se rindiera. Luego reunió a sus mejores tiradores y les señaló como blancos a quienes servían el cañón que estaba disparando. Los tiradores hicieron bien su trabajo. Muy pronto había varios muertos en extrañas posturas alrededor del cañón; los otros servidores de la pieza huyeron. Boussingault, testigo ocular, declaró: "El fracaso de la conspiración se debió al Batallón de Vargas y especialmente a su comandante, el coronel Whittle; un bravo y excelente oficial."

Para ahora, los oficiales de Bolívar convergían hacia palacio, temiendo lo peor. El Dr. Moore ayudó a Manuela, y Jonotás arrastró el cadáver de Fergusson al interior. Fernando Bolívar estaba cubierto de sangre como consecuencia de su intento de restañar las heridas de Fergusson. Lo habían impresionado terriblemente los acontecimientos y parecía más pálido y frágil que nunca.

Pronto llegó el general Urdaneta con un cuerpo de tropas. Encontraron a Fergusson muerto y a los centinelas degollados. Ibarra tenía una palidez cadavérica, pero estaba, gracias a los oportunos auxilios de Manuela, con vida. Manuela se apoyaba contra la puerta, con la cabeza magullada, una mano sangrando y el vestido desgarrado...

La primera pregunta que todos hacían era: "¿Dónde está Bolívar?"

Sí, ¿dónde estaba? En este momento estaba escondido debajo de un puente, con las piernas hundidas en las hediondas *cloacina exuviae* del río. Después de saltar por la ventana, había corrido arrimado al teatro, el Coliseo, manteniéndose en las sombras. Oyó pasos y se agazapó, pistola en mano, pero pronto percibió la maciza estructura de José Palacios. Los dos corrieron hacia el Viaducto del Carmen, que cruzaba el río San Agustín, con la esperanza de llegar a los suburbios. Pero oyeron voces que

procedían del otro lado y optaron por esconderse, hundidos hasta las rodillas en el agua de los albañales de Bogotá.

Se sentaron y esperaron juntos: el callado y fiel José, el esclavo liberto que no sabía leer ni escribir, y Simón Bolívar, que había liberado medio continente. Había dado su fortuna, sus energías y su salud por la causa de la libertad. Había sido, sólo unos años antes, el ídolo del continente, el entusiasmo de Europa, el sucesor espiritual de Jorge Washington. Los poetas lo habían cantado y muchos hombres habían abandonado cuanto era suyo para seguir tan brillante estrella. Ahora la rueda del destino de Bolívar había dado una vuelta completa. Allí permanecía sentado, en un suplicio, temblando de fiebre en el frío de la noche. Los espantosos acontecimientos de esta noche de setiembre le habían asestado un golpe terrible.

—Estoy mortalmente herido —dijo—; sus puñales me han llegado al corazón.

Era una herida para la que no había bálsamo soberano. Algo en él había muerto esa noche; su prodigiosa vanidad se había hecho pedazos; sus enemigos habían plantado las banderas en las ruinas de sus esperanzas. Aun ahora, mientras continuaba el tiroteo, no tenía la menor idea de lo que estaba ocurriendo. Tal vez habían triunfado los conspiradores.

En esto oyeron más gritos. Los soldados estaban buscándolo con el grito de reunión y bienvenida: "¡Viva el Libertador!"

Simón Bolívar salió arrastrándose de aquel rezumadero, se incorporó, abrazó a los hombres, pidió un caballo y se dirigió apresuradamente a los cuarteles, donde se puso un uniforme limpio. Luego entró a caballo en la plaza.

El eficiente general Urdaneta tenía la situación en sus manos. Habían sido detenidos ya cientos de sospechosos; estaban concentrados en un lado de la plaza, con esposas y abatidos. Toda la guarnición de Bogotá había sido llevada a la plaza y prorrumpió en vítores unánimes cuando vio aparecer al Libertador.

Todos podían ver en qué medida habían afectado los aconte-

cimientos a Bolívar; esas horas bajo el puente habían corroído su alma. Habló con una voz ronca, tan hueca como si hablara desde una tumba. Sencillamente, con elocuencia, agradeció a todos su lealtad. Luego, uno a uno, sus generales, todos ellos a caballo, se acercaron para felicitarlo. Cuando Santander le tendió la mano, Bolívar se mantuvo inmóvil, con hiriente desprecio.

"Como sucede con frecuencia en las revueltas fracasadas —comentó Boussingault desde su excelente puesto de observación—, los indecisos, que eran muchos, se pronunciaron por el vencedor. He conocido a varios que se comportaron de este modo, entre otros el Vicepresidente de la República, el general Santander."

Bolívar emprendió el regreso a su residencia. Comenzaba a amanecer; las sombras se retiraban. Las calles estaban bordeadas de gente que, con velas y candiles, vitoreaban a su Libertador-Presidente. Todos los íntimos lo estaban esperando. Fernando Bolívar, todavía manchado de sangre, siempre recordó este momento:

Eran las cinco de la madrugada; tal vez las cuatro. Por mucho que desee olvidar las impresiones de esta desdichada noche, las recuerdo como si fueran de ayer.

Luego Bolívar saludó a Manuela. Estaba demasiado aturdido por los acontecimientos para ver las heridas: la cabeza magullada, la mano cortada. En presencia de todos, la abrazó y, profundamente conmovido, dijo:

—Manuela, mi Manuela, eres la libertadora del Libertador.

Manuela supo dominarse muy bien. No podía dejarse vencer ahora por sus emociones, porque advertía la terrible agitación de Simón Bolívar. Lo siguió a su habitación y lo ayudó a desvestirse. Bolívar trató de tenderse y descansar. Pero no pudo. Abandonó el lecho y comenzó a pasearse por la habitación.

—Díme lo que ha sucedido. Sí, cuéntamelo todo.

Pero, antes de que Manuela pudiera comenzar el relato, se vio interrumpida:

—No, no me cuentes más.

Y casi sin tomar aliento, Bolívar reclamó de nuevo los terribles detalles.

Así asomó por el horizonte aquella mañana del 26 de septiembre, el día de la ira.

DANZA MACABRA

Se estaban levantando unas horcas sencillas en la gran plaza, frente a la Catedral, porque no se había dado tiempo al verdugo oficial para que preparara un complicado patíbulo. El hombre se mostraba muy preocupado y protestó con enfado cuando se instaló el travesaño. Luego colgó de él varias fuertes sogas, de las que, Dios mediante, colgarían a su vez los cuerpos de quienes tuvieron la desgracia de fracasar. Las primeras ejecuciones fueron simple rutina: soldados rasos que habían participado en el levantamiento, pobres diablos que murieron con la misma indiferencia estoica con que habían vivido sus vidas. Estas cosas, para amargura del verdugo, carecían del refinamiento que asuntos públicos de esta clase debían tener, pues se trataba de ceremonias que reclamaban una serie de acompañamientos ornamentales y piadosos. Pero todo sería diferente cuando se ejecutara a los que ahora estaban siendo juzgados...

Los interrogatorios habían durado días y días. Bolívar no pudo descansar hasta que se obtuvo la declaración de cuantos habían participado activamente en la conspiración. Uno por uno, todos los complicados comparecieron ante él. El coronel Crofston trajo al joven francés Auguste Hormet. El presunto asesino se desprendió de la garra de su aprehensor y habló a Bolívar con fría insolencia; el legionario, fuera de sí por esta altanería, cayó sobre el francés y pretendió ahogarlo. Pero Bolívar se levantó de un salto, apartó a Crofston y le ordenó que retrocediera.

—¿Y este es el hombre al que queríais matar? —dijo Pepé París, aludiendo a Bolívar y dirigiéndose a Hormet.

—No al hombre —respondió Hormet—, sino al símbolo de su poder.

A medida que recibía las declaraciones, Bolívar, que conocía bien las estratagemas de las conspiraciones, quedó muy impresionado por la vastedad y profundidad de la que estaba juzgando. Había creído en un principio que se trataba de un reducido grupo de descontentos, utilizados por los santanderistas para conquistar el poder político. Pero aquí había jóvenes estudiantes de buenas familias, profesores universitarios y hasta un miembro de su propio estado mayor.

Por tanto, era el pueblo quien no lo comprendía, quien pasaba por alto sus sacrificios personales y sus esfuerzos por mantener unida a Gran Colombia. En pocas palabras, según lo deducía de esta instrucción de la revuelta, era el pueblo quien había proyectado su muerte. Sólo le quedaba, pues, una decisión: conceder una amnistía general y renunciar a sus cargos.

El general Urdaneta protestó con vehemencia contra estos propósitos. Estaban ante una conspiración que, si llegaba a desarrollarse, equivaldría a la muerte de la República. Al renunciar, Bolívar daría la razón a los rebeldes, pagaría la lealtad de sus oficiales y soldados abandonándolos y traería el caos a todo el país. En un principio, ni las opiniones de los otros miembros del Consejo, muy semejantes a las del general Urdaneta, consiguieron apartar a Bolívar de su firme resolución. Luego intervino Manuela. Había prevenido años antes contra Santander —ya entonces había advertido la perfidia de este hombre—, pero el Libertador no quería escuchar. Todos sabían que la ambición de Santander no tenía escrúpulos. ¿Creía Bolívar que este fracaso no iba a ser seguido por otro atentado contra su vida? En estos momentos, la República debía mantenerse firme. La única salida de la situación era el santo terror. Y repitió lo que había escrito antes: "Vale más que diez mueran y se salven millones."

Bolívar cedió. Firmó un decreto designando miembros del tribunal especial a Rafael Urdaneta, otros cuatro militares y cuatro magistrados. Sus sentencias no tendrían más apelación que

ante él mismo, Simón Bolívar. Cinco días después del 25 de setiembre, Santander fué detenido, metido en vigilado calabozo y procesado. Después... la danza de la muerte.

Para la mañana del 2 de octubre, el verdugo tenía preparada toda la coreografía. Un corneta tocó el preludio a las once, y las campanas de la Catedral contestaron con amortiguada antifona. La plaza se llenó lentamente de personas que acudían a presenciar las ejecuciones, pues iba a ser un espectáculo público. A lo largo del perímetro de la plaza se había organizado una feria, donde los vendedores ambulantes, luciendo sus mejores ruanas de lana, vendían tortas y pan e invitaban a los que pasaban a comprar para sus sombreros las escarapelas en azul, oro y rojo de la República. Irrumpió ahora entre el público una formación de soldados, que marchaban al redoble de tambores y panderos. En el centro, con las manos atadas delante, iba el coronel Ramón Guerrero, con el uniforme de coronel del Batallón de Vargas. Había sido condenado a muerte. Sus ojos estaban fijos en el crucifijo que sostenía en las atadas manos; camino de la muerte, no miraba a nadie.

Era distinta la actitud de Padilla. Con el atuendo de general de los ejércitos, lleno de medallas, Padilla, belicoso hasta el fin, caminaba con la cabeza en alto. No hacía caso a las exhortaciones de los sacerdotes que lo acompañaban y miraba a la vasta multitud con una insolente expresión de desprecio. Era un hombrachón, de cabello ensortijado y piel oscura, que llevaba la cabeza y los hombros a todos, aunque su fiera dignidad resultara un poco grotesca a causa de sus ojos bizcos.

La tropa se detuvo delante de las improvisadas horcas, donde colgaban seis gruesas sogas con los dogales preparados para su terrible finalidad. El general Urdaneta, con su uniforme rojo lleno de dorados, se situó frente a los condenados y leyó las sentencias del tribunal. Luego, al son de los tambores enfundados, los soldados comenzaron a arrancar galones y condecoraciones a los condenados. El coronel Guerrero se sometió mansamente a las últimas humillaciones. Pero el negro rostro de Padilla se des-

encajó de furor; el gigante luchaba con sus ataduras y gritó: —¡Estas medallas me las dió la República, no Bolívar!

Sus voces quedaron ahogadas cuando los soldados le echaron sobre la cabeza el holgado balandrán gris de los condenados y lo atrastraron hasta el taburete de la horca. Mientras el verdugo le ajustaba el dogal al cuello, Padilla prorumpió en una última protesta; con la voz de un ángel vengador, aulló:

—¡Viva la República! ¡Viva la libertad!

En este momento, los soldados retiraron con los pies los taburetes de debajo de los condenados; los cuerpos cayeron un poco y quedaron danzando en el aire. El coronel Guerrero hizo un breve *entrechat* para su *danse macabre* y, con el debido respeto a las amenidades del momento, murió rápidamente. Pero no así Padilla. Su cuello de toro soportó la sacudida de la caída y, con sus violentas contorsiones, el desdichado logró zafarse de sus ataduras. Llevó sus manos al dogal y comenzó a luchar con la soga. El verdugo, que nunca había visto nada parecido, quedó boquiabierto y paralizado; a través de la multitud corrió un murmullo de admiración. Pero Urdaneta no quería heroísmos. Hizo una seña al oficial de la guardia; un pelotón de soldados dió unos pasos al frente e hizo una descarga a quemarropa contra el cuerpo que se retorció.

La horca estuvo atareada durante semanas. Y, además de las ejecuciones, hubo encarcelamientos y destierros. El apuesto Florentino González huyó a la selva y fué condenado a muerte *in absentia*. El antiguo enemigo de Manuela, Vicente Azuero, fué detenido y, aunque no se le pudo probar una relación directa con la conspiración, acabó en una cárcel. Pero el "miserable Pedro Carujo", el diminuto saco de crímenes, uno de los jefes de la conspiración y el asesino de Fergusson, escapó a la suerte de Padilla. Hizo un trato con sus apresadores. Sería sentenciado a destierro perpetuo y, a cambio de esta clemencia, denunciaría a otro. Prestaría testimonio contra el general Santander.

El juicio contra Santander fué complejo y detallado y su desarrollo fué seguido con mucho interés por los cónsules extran-

jeros, ahora muy de manifiesto en Bogotá. Era, al fin y al cabo, uno de los cofundadores de la República. Había trabajado de modo incansable para que Bolívar obtuviera los elementos de sus victorias. Su oposición a Bolívar era natural y comprensible; no estaba de acuerdo con el personalismo del Libertador, quería más libertad para el individuo de lo que su rival preveía. Santander quería libertad. Bolívar quería unidad. Inevitablemente, uno de ellos tenía que perder.

Ahora, en estos momentos, las heridas eran demasiado recientes para que funcionara la pura razón. Había esto de cierto en relación con la culpabilidad de Santander: había estado al tanto, a pesar de sus dignas afirmaciones de que lo ignoraba todo, de la conspiración contra Bolívar y su gobierno. La había aceptado y había aconsejado a los conspiradores, siendo un jefe del ejército y uno de los gobernantes del país. Estos hechos eran más que suficientes. Era ridículo hablar de justicia. Las pruebas contra él eran un tanto rebuscadas y, en algunos casos, improbables, pero se trataba de un caso de traición. El Gobierno no podía permitir que lo envolvieran en un proceso prolongado; Santander fué condenado a muerte. El Consejo aconsejó clemencia; Manuela se pronunció decididamente contra ella. Padilla, una de sus tres "Pes", había muerto en la horca; ¿por qué no Santander, el jefe espiritual de la revuelta? No había argumento que alterara esta opinión: Santander debía morir. ¡Cómo el ex Vicepresidente, inquieto en su celda, a la espera del resultado de su solicitud de clemencia, lamentaba haber provocado los furores de esta mujer! Comprendía ahora que Manuela no era una loca, sino una fuerza; era lamentable que, en su vida de vertiginosa intriga, no lo hubiera advertido.

Pero Manuela no prevaleció en esta ocasión. Simón Bolívar entendía que ya había habido demasiado derramamiento de sangre. "Creo que nuestra ruina fué no habernos entendido con Santander", dijo. Y cambió la sentencia por la de destierro perpetuo.

Durante todos estos juicios, Bolívar permaneció en su villa; vivía en el refugio de su dormitorio, atormentado por la fiebre; y torturado por las dudas. ¿Eran acertados sus procedimientos? ¿Tenía derecho a abandonar los métodos pacíficos por el terror? Estas angustiosas preguntas quebrantaron su salud; la tos había vuelto y ahora ocultaba constantemente su rostro con el pañuelo. Era un rostro chupado y seco; en los delgados y animados labios se advertía con frecuencia una saliva sanguinolenta. Los ojos oscuros, brillantes de fiebre, refulgían como joyas.

La enfermedad estaba consumiendo visiblemente a Bolívar; el aspecto de su persona empeoraba de día en día. Manuela llamó a un médico, quien diagnosticó un retorno de la tuberculosis y prescribió reposo y buena alimentación. Bolívar debía huir de toda excitación y desistir por completo de participar en los asuntos de estado. ¿Y si no lo hiciera? La pregunta era retórica, porque, si no lo hiciera, el escocés no podía ofrecer más que un pronóstico: una temprana muerte. El Dr. Richard Cheyne visitó con frecuencia la Quinta y pronto suplantó al viejo Dr. Moore. Cheyne era joven, apenas de veinticinco años; había estudiado en la Universidad de Edimburgo y, no se sabe por qué, se había instalado en Bogotá. Sus modernas ideas médicas eran del agrado de Bolívar, porque este fornido escocés era muy apasionado, sin la sequedad del profesional. Se aficionó mucho a Manuela, y se decía, con mucha insistencia, que había entre los dos algo más que tontunas pasajeras.

"Sólo he conocido a Manuela —dijo Boussingault— dos amantes manifiestos en Bogotá. Uno era el Dr. Cheyne..."

Cualquiera que fuera la relación entre ellos, Cheyne ayudó a Manuela de todas las maneras posibles para que el Libertador recobrar algo de su salud. Manuela estaba convencida de que su vigilante y devota atención era lo único que podía traer el restablecimiento del enfermo.

Ya no se hizo nada por mantener la ficción; Manuela vivía abiertamente en la villa con Simón Bolívar. Desde la noche en

que le salvó la vida, la amante había adquirido una nueva dignidad. Quienes al principio la habían rechazado —su extravagante conducta irritaba a muchos—, comprendían ahora su lealtad a Bolívar y podían comprender el profundo afecto que éste sentía por ella. Advertían que había en Manuela una fidelidad que nada podía alterar y que era una mujer dispuesta a dar la vida por el ideal que profesaba. Quienes más la habían criticado eran los que ahora le dedicaban los más rendidos homenajes; la llamaban la "Libertadora". Y con este nuevo papel pasaba todo su tiempo en la Quinta, junto a Bolívar.

Durante semanas, Bolívar estuvo inconsolable; sus cartas reflejaban una desesperación completa. No podía eludir el hecho de que el pueblo, que constituía su "gloria", había intentado darle muerte y, de este modo, destruir la República creada por él.

"Estoy abrumado y el prestigio de mi nombre se ha desvanecido", exclamó. Tal era su estado de ánimo cuando el joven Auguste Le Moine, un agente del Gobierno francés, lo visitó en compañía del cónsul de su país:

Llegamos a la Quinta y fuimos recibidos en el salón por una señora llamada Manuela Sáenz, la misma señora que, en la noche del 25 de setiembre, exhibió tanto valor al salvar la vida del Libertador; nos dijo que la salud de éste no era buena, que había tomado un purgante aquella misma mañana y no se sentía bien. Nos preguntó el carácter de nuestra visita y nos dejó para ver si podíamos ser recibidos. A los pocos minutos apareció un hombre con un rostro largo y cetrino, de aspecto enfermizo, enfundado en una bata, con gorro de dormir y zapatillas; sus delgadas piernas estaban enfundadas en unos pantalones de franela mal ajustados; en pocas palabras, era la misma ropa que lleva el mísero Argan en *Le Malade Imaginaire* de Molière. Más parecía un hombre camino del cuarto de baño que una persona recibiendo visitas. Era Bolívar, el héroe colombiano. Una vez hechas las presentaciones, insistió en que nos sentáramos y comenzó a hablarnos en francés.

Nuestras primeras palabras fueron para interesarnos por su salud. "¡Oh, cielos! —contestó, mostrándonos sus esqueléticos brazos—. No son las leyes naturales lo que me ha reducido al estado que ven, sino la amargura que hay en mi corazón. Esta gente, que no pudo matarme con sus cuchillos, me ha asesinado moralmente con su ingratitud y sus calumnias; en otros tiempos, me alababan como si fuera un dios y ahora quieren mancharme con su saliva; cuando no estoy aquí para aplastar a todos esos demagogos, se destrozán mutuamente como si fueran lobos y destruyen con las garras de la revolución el edificio que he levantado con tanto trabajo.

Todos habían esperado y creído que, terminados octubre y el derramamiento de sangre, desaparecería de Bogotá aquel ambiente de disolución y miedo. El patíbulo había sido desarmado, una vez realizada su tarea. Los soldados procesados que no habían sido sentenciados todavía —había un centenar— se beneficiaron de una amnistía general y fueron enviados a provincias, lejos de la capital. Sólo quedaba el enemigo principal, Santander, pero pronto éste también fué alejado de Bogotá. Manuela recibió una carta de un amigo que escoltó a Santander hasta la plaza fuerte de Cartagena, término de la primera etapa en el camino del destierro:

Comadre y muy estimada señora mía... Ayer tarde a las cinco y media de ella llegué a ésta (Guaduas), sólo con la novedad de traer al hombre (Santander) algo enfermo... Puedo asegurar a usted que él va muy abatido; no quiere ver a nadie y dice que nunca más volverá a Colombia...

Manuela hubiera deseado desterrar a Santander al infierno, pero era buena cosa que el personaje hubiera desaparecido. La sensación de que había quedado roto el anillo de la conspiración procuraba a Bolívar cierto alivio.

Además, podía confiar en Urdaneta, el único verdadero vencedor de la conspiración del 25 de setiembre. Bolívar le entregó

la administración del Gobierno, y el fiel lugarteniente se erigió en el poder detrás del trono. Era un completo caballero y mantenía una serena indiferencia frente a la crisis; jamás perdía el temple en una emergencia. Nunca perdía nada ni se olvidaba de nada. Se negaba a llenar su vida, en contraste con otros, con exclamaciones de *mea culpa* y depresiones del ánimo. Todos sus actos se realizaban con firmeza y franqueza. No había problemas con Urdaneta. Quería lo que quería Bolívar y, además, se entendía perfectamente con Manuela.

En aquellos días, la República parecía marchar rápidamente hacia su rehabilitación económica y estaba entrando al país algún capital europeo. Un Herr Elbers, de Hamburgo, obtuvo una concesión para operar con vapores de ruedas por el río Magdalena, y esto procuró un enorme impulso al transporte de mercancías. Llegó un inglés para instalar una pequeña fábrica textil. Las exportaciones de Gran Colombia aumentaban y, desaparecido el miedo al caos, los comerciantes ponían cada vez más en circulación sus atesorados pesos de plata. Los Estados Unidos iban a enviar un ministro, el renombrado general William Henry Harrison. Sin embargo, bajo esta delgada corteza, Gran Colombia se retorció y agitaba con la presión interior de los acontecimientos. Una vez más, sus costuras se abrieron y dieron paso a cruentas revueltas.

Una vez más eran los caudillos, los jefes de regiones aisladas, quienes deseaban gobernar, no ser gobernados. En los distantes llanos de Venezuela, era el general Páez; en el Ecuador, era el general Flores; en la zona meridional de Colombia había toda una lista de disidentes. En Perú había algo más —Bolívar nunca se había reconciliado con la rebelión de sus tropas en Lima y la ofensa hecha a él y a Gran Colombia—, y se hablaba de guerra.

Pero, a raíz de la fiesta onomástica de Simón Bolívar, el 28 de octubre, hubo un gran baile en el Palacio de San Carlos.

Para Bogotá, que no tenía la tradicional opulencia de Lima, fué una fiesta brillantísima, porque la ciudad estaba ahora llena

de representantes de Gobiernos extranjeros. Aquello tuvo todo el prestigio de un acontecimiento internacional. Inglaterra estuvo representada por el Sr. Henderson, cuya hija, la sonrosada Fanny, era la prometida del joven general Córdoba. Los franceses habían enviado al barón Gros, un personaje extraño, maestro de la intriga; estaba en Bogotá para establecer los cimientos de la monarquía bajo la protección de Francia. Estaba siendo muy vigilado por el coronel Johnson, el agregado militar de Washington, quien había precedido al ministro norteamericano. Sin embargo, la alegría de la fiesta pareció forzada, a pesar de que la pequeña orquesta con el uniforme verde de los Granaderos tocó varios boleros populares.

Simón Bolívar entró en la fiesta con Manuela colgada de su brazo. Vino de frac, con calzones blancos de lana, medias de seda y zapatos con hebillas. Llevaba una sola condecoración, el medallón de Jorge Washington, que colgaba de su delgado cuello por medio de una cinta de *moiré* azul. Manuela se mostró muy recatada. Desde aquella noche de setiembre, su único pensamiento era Bolívar, y entró en la sala de su brazo, con una dignidad que procuraba, así parecía, una sensualidad todavía mayor a su flexible figura. Su *décolletage* estaba realzado por un collar de diamantes y esmeraldas. Bolívar se cansaba ahora muy fácilmente y permanecieron en la fiesta únicamente el tiempo estricto para dar satisfacción al protocolo.

Y tal vez fué buena cosa que se retiraran pronto, porque hubieran podido caer víctimas de la enfermedad general de Bogotá. Los ánimos estaban muy tensos. Había un indefinible rencor en la capital, a pesar de que el terror había desaparecido con las últimas ejecuciones. Pero se respiraba la violencia, una violencia que llegaba ahora a los altos niveles de la diplomacia.

El cónsul de los Países Bajos, apellidado Stewart, acababa de llegar a Bogotá. Era persona muy alegre, pero orgullosa y puntillosa como un grande de España. Stewart era aficionado al juego. "Una noche —recordaba Boussingault— se estaba ju-

gando. La mesa estaba cubierta de apuestas. A las once hubo un temblor de tierra. Todos corrieron a la calle; el cónsul de Holanda corrió con los demás, pero fué el único que recogió su oro antes de salir disparado de la sala de juego." Hombre, como se ve, de mucha deliberación.

Nadie recordaba cómo se inició la cosa. Los diplomáticos estaban tomando coñac; se les unió el coronel Miranda, el hijo del famoso general Miranda. La conversación derivó hacia la política y se discutió el reciente levantamiento; en esto el cónsul de Holanda hizo una desdichada observación cuyo blanco era Manuela. Miranda se puso encendido de ira ante la indirecta; hubo un venenoso cambio de palabras y el militar, reflejando el estado general de los ánimos y perdiendo completamente los estribos, abofeteó al diplomático. El duelo era la única solución. El coronel Johnson, actuando de segundo de Miranda, propuso los sables; Miranda era un buen espadachín. Pero Monsieur Stewart, la parte ofendida, exigió las pistolas.

Pareció cernirse una nube lúgubre sobre el gran baile destinado a ser una fiesta de amor y cordialidad. La noticia se difundió rápidamente. Manuela, que se sentía mezclada en el asunto, trató de ponerse en contacto con el cónsul Stewart, pero fué rechazada. Durante toda la noche pudo oír a Miranda, que vivía cerca, practicando con sus armas.

Se enfrentaron a la mañana siguiente, en las alturas sobre el río Fucha, que dominan la ciudad. Hacía frío; caía una lluvia fina como un sirimiri que daba un aspecto de piel de gato a las pesadas capas del grupo. Richard Cheyne estaba presente como médico y permaneció con un estuche negro bajo el brazo, preguntándose a cuál de los dos duelistas tendría que socorrer.

Stewart llegó con un atuendo semimilitar; de modo totalmente incoherente, se cubría con un panamá de anchas alas. El coronel Miranda se presentó de uniforme, con su morrión de húsar garbosamente ladeado. Tomaron sus posiciones. Después que fuera rechazada por ambas partes la usual propuesta de reconciliación, Stewart levantó su pistola, apuntó con deliberación

e hizo fuego. La bala pasó tan cerca de la cabeza de Miranda, que abrió un surco en la piel de su morrión. Miranda puso su pistola bajo el brazo y, con una humanidad muy poco a tono con la época, saludó a su adversario y le ofreció una oportunidad para excusarse. El cónsul estaba lívido.

—¡Tire, que, si no lo hace, lo mataré como a un perro!

Miranda tomó la pistola, la bajó lentamente, apuntó a la cinta negra del sombrero de su adversario y apretó el gatillo.

No fué necesaria la presencia del Dr. Cheyne. Stewart recibió el balazo en mitad de la frente.

La policía militar salió en seguida a la caza de Miranda. Con la ayuda de sus compañeros, éste consiguió escapar de la ciudad e incorporarse a su unidad de lanceros. Pero le sirvió de muy poco. Pocas semanas después sus soldados se rebelaron y lo destrozaron a sablazos.

* * *

Estos acontecimientos eran síntomas de los tiempos y afectaron a Bolívar como si él mismo hubiera experimentado cada una de las muertes. Se suponía que estaba descansando, pero no podía hacerlo. Las cosas andaban muy mal en todo el país y las relaciones entre el Perú y Gran Colombia habían empeorado tanto, que, durante las últimas semanas, se hablaba abiertamente de hostilidades. Había zarpado una flota peruana para bloquear la costa, y los lentos servicios de información hablaban de tropas peruanas que marchaban sobre el Ecuador. Sólo quedaba un camino. Bolívar debía partir hacia el sur para defender los reductos de Gran Colombia. Pero, ¿cómo, en su estado de salud, podía cabalgar más de mil quinientos kilómetros para librar batalla, si apenas podía permanecer en la silla dos horas seguidas? Desde luego, no fué el amor al poder lo que lanzó de nuevo a la lucha a este trágico inválido, el creador de la República.

El 1º de enero de 1829 tembló el corazón de los Andes. Perú

había invadido el Ecuador. Bolívar sacó apresuradamente a Sucre de su retiro de Quito, reunió sus ejércitos y colocó a Manuela bajo la protección de un terno de colaboradores fieles. Luego, sufriendo de modo muy visible, montó a caballo y se lanzó al caos... Era un moderno Don Quijote que iba a combatir con los molinos de viento de la perfidia.

Y SIEMPRE... MANUELA

"Manuela siempre está visible."

Y es que ahora era imposible concebir a Bogotá sin ella. Por la mañana estaba en el balcón que daba a la estrecha calle, acechando a la gente bien vestida que entraba en San Ignacio para la temprana misa. Luego, vestida de húsar, paseaba a caballo, dejando una estela de comentarios y murmuraciones. Y por la noche eran sus tertulias.

No intervenía directamente en la política; Bolívar había insistido en que se respetara por lo menos esto. El telar de la vida política de Bogotá estaba en las capaces manos del general Urdaneta, y Manuela lo dejaba que tejiera a su gusto. La misión de ella, según la entendía, era ahora, aparte la rutina de reunir y ordenar la correspondencia personal del Libertador, actuar de catalizador político. Cuidaba de mantener el fuego sagrado del afecto entre los amigos personales y políticos de Bolívar, aunque, en estos momentos, el Libertador se dirigía al Ecuador para rechazar la invasión del Perú. En las tertulias se leían cartas de Bolívar y despachos de sus ayudantes y se hablaba de rumores, escándalos y posibilidades. Generalmente, esto era seguido por generosos tragos, baile en ocasiones y, con bastante frecuencia, representaciones a cargo de Jonotás, cuyo expresivo rostro moreno era el deleite y el horror de todo Bogotá.

El interés de Bolívar por Manuela, a pesar de hallarse a tantos kilómetros de la fuente de su pasión, era conmovedor. Había puesto el bienestar de Manuela en manos de tres de sus más fieles amigos: el discreto Pepé Paris, cuyo afecto por ella rayaba

casi en la idolatría; John Illingsworth —a quien todos llamaban "Illingsrot"—, un marino inglés, viejo amigo de ella y entusiasta partidario de él; y el general Urdaneta, quien últimamente se había convertido en el alter ego del Libertador.

El último del terno tenía en sus manos los cordones de la bolsa. "He dado quinientos pesos a Manuela", escribió a Bolívar. Y más adelante: "Entregué otros quinientos pesos a M. y guardo los otros mil." Al parecer, Manuela consumía más dinero del que producía la Casa de la Moneda, porque Urdaneta hace constantes referencias a este asunto: "Manuela recibió los quinientos pesos que Ud. dejó para ella cuando se fué el primero de enero; me pidió otros cuatrocientos, y ayer otros cuatrocientos, que me dijo que necesitaba con urgencia... por lo que se los envié."

Bolívar contestó a esta solicitud: "Gracias por su información sobre los cuatrocientos pesos que dió a Manuelita..." Y otra vez, ya cerca de la frontera del Ecuador: "Yo estuve malo, mas ya estoy bueno, dígalo Ud. así a M., a quien no escribo porque temo que se rían de mis tonterías los curiosos."

Se suponía que John Illingsworth proporcionaría a Manuela su sobrio consejo inglés, pero hubiera valido tanto aconsejar a un volcán. Manuela se dejaba guiar principalmente por Manuela. El apuesto y joven médico, el Dr. Cheyne, visitaba con frecuencia la casa, con demasiada frecuencia a juicio de John Illingsworth. Y otro joven, William Wills, que solía tocar el violín para Manuela, estaba en la casa tan constantemente, que alguien dijo que valía ya más que ocupara una de las habitaciones de invitados. "Y pensar —comentó un francés— que ese querido Libertador escribió a Illingsworth que cuidara de ella y la aconsejara..."

Pepé Paris cuidaba de ella siempre que andaba por las inmediaciones. Alto, de agradables maneras, comprensivo y amable, Don Pepé era el más constante de los amigos de Manuela. Su normalidad era un alivio en contraste con las actitudes tropicales de los demás componentes del círculo. Siempre cabía confiar en Pepé. Nunca pretendió *conocer* a Manuela —nunca comprendió

algunas de sus cosas—, pero tenía en cuenta que las gentes ocultan muchas veces sus verdaderas naturalezas tras una fachada de conducta incoherente. Sabía que, bajo los aspectos barrocos de Manuela, había un ser sincero y leal y no ocultaba su simpatía por ella. Visitaba a Manuela acompañado de su esposa Juana María, a fin de preservar la pulcritud y de que nadie mencionara su nombre en relación con ciertas intimidades. Por el momento, estaba dedicado a explotar en plena selva las famosas minas de esmeraldas de Muzo, unas minas que entregaban las más finas piedras del mundo. Era la razón de que se ausentara con frecuencia de la capital y de que tuviera que escribir a Bolívar: "Hace varios días que no he visto a Manuelita."

Y más adelante, cuando le hizo el obsequio de unas esmeraldas que, por alguna razón insondable, causaron muy poca impresión: "Aún no he visto a Manuela, y he tenido la desgracia de que no le gustan las esmeraldas. Hoy pienso verla."

Este día acudió con su propia Manuelita, una hija muy bonita y muy chiquita, y la presentó a la Manuelita famosa. Y en esta tertulia la imprevisible Sáenz "arregló" la boda entre la señorita Paris y el apuesto Lolo Boussingault. El joven hombre de ciencia se había sentido atraído por aquella chiquilla —todo el mundo lo había advertido—, pero, de todos modos, casarse... Unos cuantos días después escribió a casa acerca de este asunto:

Bien, esta Manuela Sáenz aborrece el matrimonio. Sin embargo, siempre está arreglando bodas entre los demás, como si les dijera: "El matrimonio no obliga a nada; es puro placer."

Y fui yo la víctima elegida por ella aquella noche. Conviene saber que aquí, en América del Sur, el matrimonio es puramente un acto religioso, nunca civil. Basta acudir a un sacerdote y decirle que es deseo de los dos casarse. Se recibe la bendición y ya está. La gente se casa en cualquier sitio. En la calle, en un baile; varios de mis amigos se han casado entre copa y copa, entre ellos el Coronel Demarquet (casado con una parienta de Manuela).

Lo lamentó, a pesar de que su esposa es bonita, agradable y de muy buena familia.

Bien, aquella noche, en una tertulia, Pepé Paris (el que se ha hecho tan rico explotando las minas de esmeraldas) estaba allí con su hija, una personita deliciosa; muy pequeña, pues mide poco más de cuatro pies y medio. Es cierto que se creó entre nosotros dos cierta simpatía. Manuela Sáenz sabía esto; cuando estaban a punto de dar las doce, pareció producirse cierta agitación en la compañía. Un amigo, un inglés, se me acercó y me murmuró al oído: "Juan, cuidado, que va a venir un cura."

Manuela Sáenz lo había traído sin que yo lo supiera con el propósito de casarnos, pero yo, prevenido ya, sin que nadie lo advirtiera, hice una prudente retirada.

Algunos días después me encontré con mi "fiancée". Le planteé esta vez la cuestión del matrimonio, a condición de que decidiera vivir en Europa. Consintió en hacer un viaje a Francia, pero me declaró francamente que no quería quedarse allí.

Me despedí, pues. Besé su mano diminuta, monté en mi caballo y me alejé. No he vuelto a ver a la menuda y graciosa señorita Paris.

Pero déjame que te hable de Manuela.

Y de este modo, gracias a la pluma de Jean-Baptiste Boussingault, fueron muchas las personas que comenzaron en París a saber cosas de esta extraordinaria mujer. Boussingault era un joven muy apuesto. De treinta y tres años —un año más que Manuela—, había nacido en París de madre alsaciana de habla alemana —que le llamaba Lolo—, y de padre francés, un modesto funcionario municipal. El muchacho estaba estudiando química en la Sorbona cuando llegó una carta de Bolívar dirigida a los sabios de Francia. Gran Colombia había quedado arruinada por la revolución; sus intelectuales habían sido deportados o fusilados; sus instituciones docentes, especialmente las técnicas, no existían ahora... El Libertador-Presidente pedía a los sabios franceses que eligieran a cinco jóvenes científicos y los enviaran

a Gran Colombia para que hicieran un estudio de la riqueza material del nuevo Estado y restablecieran su vida cultural. Los elegidos fueron Desiré Roulin, médico y artista; Jacques Bourdon, topógrafo; Goudot, Ribera y Boussingault. Jean-Baptiste de Humboldt para Bolívar. El Libertador se aficionó inmediatamente a este joven de generosa nariz, grandes y expresivos ojos castaños y alta frente coronada por alborotados cabellos. Lo hizo coronel, lo adscribió a su estado mayor y le dió como misión valorar los recursos naturales de Gran Colombia. Nadie creía en esta época que el joven y apuesto Lolo Boussingault se convertiría en un hombre de ciencia famoso. Ni tampoco que contenía un diario sobre sucesos y personas y que escribía constantemente a casa. Era, en realidad, un correo semanal de las noticias del Nuevo Mundo:

Pero, mamá querida, déjame que te hable de Manuela Sáenz.

Aunque Manuelita no confiesa su edad, parece tener veintinueve o treinta años; es, en la plenitud de su irregular belleza, una mujer hermosa, de rostro claro, ojos castaños, expresión indecisa, con un cutis rosado sobre fondo blanco; tiene el cabello negro...

Y continuaba así, contando a su "mamá querida" las maneras y los caprichos de Manuela, su casa y su historia, sus asuntos con Bolívar, con James Thorne, con Fausto d'Elhuyar en Quito, hacía tiempo... Pero algunos detalles no eran propios para los ojos de la decorosa *Hausfrau*. Y quedaban reservados para el hermano:

Y luego está Jonotás, la mulata esclava de la que Manuela nunca se separa; es una muchacha negra de cabello ensortijado y una mujer impresionante, siempre vestida de soldado, salvo en las circunstancias de que te hablaré. Es realmente la sombra de su ama y, aunque esto no es más que murmuración, se dice que es también su amante,

conforme a vicio corriente en el Perú. Con unos cuantos compañeros, he sido testigo de este vicio con mis propios ojos. En una tertulia formamos un grupo para asistir a esta ceremonia impura, pero muy divertida...

Pero esta Jonotás es un ser singular, una comediante, con un don asombroso para la mímica y la imitación. Su rostro es impasible y habla de las cosas más cómicas con una absoluta seriedad exterior...

La mulata se puso las ropas de su sexo, el vestido para bailar las ñapangas de Quito. Ejecutó, para nuestra gran satisfacción, la danza más lasciva. Giró primeramente con gran rapidez; luego, parándose y bajándose, con las faldas hinchadas por el aire, hizo lo que los chicos de ahí llaman un *fromage*; luego, con muchos retorcimientos y movimientos lascivos, se bajó hasta el piso durante un instante; luego se levantó y, haciendo giros, se alejó y se perdió de vista. Pero allí donde se había agachado, cabía ver el sitio donde su desnuda vulva había establecido contacto con el piso. Grandes aplausos, pero fué una obscenidad asquerosa. Muy pronto, Jonotás volvió, de nuevo con sus prendas militares, muy seria, como si nunca hubiera ofrecido esta escandalosa exhibición.

También dijo algo acerca de sus propios encuentros con la desconcertante Sáenz:

Una noche fuí a su casa en busca de una carta de recomendación que me había prometido. La carta estaba dirigida a su hermano, el general José María Sáenz, que vive en Quito, adonde yo iba, como sabes. Manuelita acababa de dejar la mesa y me recibió en un saloncito. Durante nuestra conversación, alabó el arte de sus paisanas con el bordado y, como prueba de ello, me quiso mostrar una enagua muy artísticamente trabajada. Sin el menor embarazo, del modo más natural del mundo, tomó el borde de la enagua y lo levantó, de manera que yo pudiera ver el trabajo verdaderamente notable de las mujeres de Quito.

Pero yo me veía así obligado a ver algo más que la enagua bordada.

—Mire, *mon cher Jean*, cómo se hace esto.

—A torno, *madame*, a torno —dije yo, haciendo alusión a sus piernas.

La situación estaba haciéndose realmente muy embarazosa para mi modestia, pero me sacó de ella la entrada del inglés William Wills, quien apareció sin anunciarse. Sin desconcertarse lo más mínimo, Manuela dijo:

—Estaba enseñando a Don Juan los bordados de Quito.

Desde el Sur llegaban noticias más turbadoras que los encajes y los bordados de las enaguas de Manuela. El ejército peruano había irrumpido en las tierras altas ecuatorianas y marchaba sobre Quito. Y había un peligro más inmediato: se decía que algunos jefes de las fuerzas colombianas meridionales de Bolívar estaban en contacto con los peruanos y dispuestos a unirse a ellos sobre el postrado cuerpo del Ecuador. El impetuoso general Córdoba fué separado de los brazos de su Fanny y, obrando a su manera sometió rápidamente a los presuntos rebeldes. Luego, para que los disidentes fueran ganados para el ejército cuando era inminente la batalla con los peruanos, Bolívar concedió una amnistía general. Córdoba echó sapos y culebras por la boca ante estos paliativos, pero Bolívar se mostró inexorable. Luego ordenó al general Sucre que saliera al campo y derrotara al enemigo. En un principio, Sucre se negó. Estaba muy amargado.

En Bolivia había reprimido una revuelta y resultado herido en la cabeza y un brazo; los acontecimientos políticos que se habían producido desde entonces habían matado sus últimos entusiasmos. Sucre era un hombre sin ambiciones ni pasiones, salvo las que sentía por su joven esposa. Se había casado con su Mariana, la heredera del título y los bienes del Marqués de Solanda, y, durante el intervalo que siguió al regreso de Bolivia, la refinada marquesita le había dado una hija, Teresa. Pronto advirtió el héroe que su matrimonio había sido una equivocación. Y toda su pasión por su esposa se convirtió en un cariño entrañable por la niña.

Pero, aunque con el brazo derecho paralizado por un balazo

y su corazón amargado por el fracaso de sus amores, Sucre no podía olvidar a su viejo compañero de armas. Sabía que Bolívar estaba demasiado enfermo para llevar las tropas a la batalla. En consecuencia, Sucre concentró las fuerzas y, durante las últimas semanas de febrero avanzó para enfrentarse con los peruanos. Era la tragedia de la desunión; los generales que se enfrentaban, Sucre y La Mar, habían combatido juntos en el llano de Ayacucho, pero ahora eran enemigos. Sucre, aunque superado numéricamente, conocía el terreno; además, las nuevas miras de sus fusiles causaron terribles estragos en las filas peruanas. Hasta entonces, las balas habían ido adonde el diablo las enviaba, pero ahora:

Hoy es un deleite; el cobarde y el bravo son segados en el campo de batalla con la sencillez con que se resuelve una ecuación de primer grado. Se muere matemáticamente, por reglas, sin errores en la suma o descuidos de la pluma, y, al fin de cuentas, esto debe ser un consuelo para quien se ve así privado de su envoltura mortal. Es indudable: hoy una bala de cañón es algo casi científico; nace con una educación y sabe exactamente adónde va. Esto es progreso, y todo lo demás es pamema.

Gracias a este artillugio, la batalla de Tarqui, librada el 27 de febrero de 1829, fué una arrolladora victoria para Sucre y Gran Colombia. La noticia tardó un mes en llegar a Bogotá; para entonces, se había incorporado un nuevo personaje al reparto que actuaba en el confuso escenario político de la República. Tenía ya un papel de importancia:

A 28 de marzo de 1829.

A Martin Van Buren, Secretario de Estado.

Señor:

Tengo el honor de informarle que un oficial del cuartel general del general Bolívar acaba de llegar con la noticia de la completa derrota del ejército peruano y la conclusión de la paz... No hay nada comparable a la alegría con que esta noticia ha sido recibida aquí.

WILLIAM H. HARRISON

El héroe de Tippecanoe, el general William Henry Harrison, llegó a Bogotá en condiciones realmente de prueba. El largo viaje a caballo desde el río Magdalena había provocado irritaciones en sus viejas heridas, la humedad de Bogotá había inflamado su gota y, desaparecido el encanto que al país había procurado la distancia, veía inconvenientes por todas partes. Veterano de las guerras contra los indios y los ingleses, de buena intención aunque chapucero —y a sólo doce años de la presidencia de su país—, era un viejo soldado terco que se puso fuera de tono en cuanto llegó.

"Es un viejo servidor de los Estados Unidos —escribió Boussingault en aquellos días—, de movimientos angulares, no muy instruído y que presume de opiniones demagógicas extremas. Considerando que ello era una exigencia de su posición oficial, invitaba a sus fiestas nocturnas a norteamericanos de la clase obrera, excelentes personas que, en realidad, se comportaban en público mucho mejor que su embajador."

Cuando, por ejemplo, en un gran banquete que se celebró en Bogotá en el aniversario de la batalla de Boyacá, el Yorktown colombiano, un señor propuso un brindis por los dos ilustres libertadores de América, Bolívar y Washington —era lo natural asociar los dos nombres, aunque hubiera poco parecido entre las personas—, el viejo general Harrison se enfadó y, agitando su copa con insistencia muy poco diplomática, declaró: "Washington muerto vale más que Bolívar vivo."

Nadie, y menos que nadie un embajador, debía decir esto cuando era todavía tan reciente el recuerdo del atentado contra la vida de Bolívar. Y especialmente cuando uno de los comensales era Manuela Sáenz, la mujer que había salvado la vida al asiludido. Desde aquel día, Manuela vió en Harrison un enemigo.

Y había otros enemigos. "La colonia anglonorteamericana —observó Boussingault— es muy hostil al Libertador." Había indicaciones de que se estaba organizando otra conspiración contra Bolívar. Esta vez, las cosas parecían girar en torno al general Córdoba. Estaba muy relacionado con los ingleses, y

sus amores con Fanny Henderson lo llevaban a las casas de muchos que eran enemigos declarados de Bolívar, lo que lindaba con la sedición. Córdoba era un hombre romántico, apasionado, inquieto y confuso. En cuanto Manuela se enteró de estas cábalas, desplazó su sistema de captación de rumores en una nueva dirección.

Sin embargo, cuando llegó a Bogotá la noticia de la victoria de Tarqui, Manuela ya no pudo contenerse; las semanas de ansiedad, de espera y de incertidumbre llegaron a su fin con la nueva del completo triunfo del general Sucre. Manuela organizó una comida campestre en honor del acontecimiento. Boussingault, como otros del círculo íntimo de Manuela, figuraba entre los invitados:

Estábamos en plena estación seca. Nos habíamos citado a las ocho de la mañana en la calle Carrera, frente a la casa de John Illingsworth.

Bien, a esa hora, cuando nos pusimos en marcha, advertí con sorpresa que marchaba muy por delante un grupo de jinetes que me había precedido y que entre ellos, de modo bastante extraño, iba un oficial superior. Era extraño porque se había convenido en que todos iríamos con ropas civiles. La presencia de un oficial me sorprendió.

Cuando me acerqué para saludar al coronel, éste maniobró para ocultar su rostro. El resultado fué por un instante un grotesco episodio de equitación. De pronto, "el hombre" se volvió y soltó una carcajada femenina. Vi que el "oficial" era una mujer, muy bonita; a pesar de los enormes bigotes que se había puesto sobre el labio, reconoció a Manuelita.

Nos dirigimos ahora hacia los llanos de Soacha, acompañados por una mula cargada con víveres y vinos. El tiempo era espléndido, una de esas deliciosas mañanas que sólo se ven en las templadas mesetas de las cordilleras. Los caballos se impacientaban y tascaban el freno, hasta que les permitimos ir al galope. Hubo entonces una carrera infernal y nos estábamos acercando al cerro de Canoas

cuando, de pronto, el "coronel" Manuela cayó del caballo de una manera que nos causó espanto a todos. Despedida de la silla, se fué al suelo. Aturdida por el golpe, quedó tendida e inmóvil.

Por fortuna, el Dr. Richard Ninian Cheyne, un apuesto escocés, estaba con nosotros. Soltó el uniforme del "coronel" y yo le dije: "Hágale un examen, doctor; está usted familiarizado con el cuerpo humano." En realidad, ya lo había hecho antes. "Es una mujer de una conformación singular", me dijo. Nunca logré que me explicara cómo estaba conformada. Todo lo que sé es que Manuela poseía un encanto secreto que la hacía adorable.

Manuela recobró el sentido, oyó mi observación acerca del examen, abrió un ojo con el que me miró fijamente y me dijo alegremente: "Don Juan, es usted un cochinito."

No hubo gran daño. El examen terminó rápidamente y no se descubrió nada serio: sólo una leve relajación en el hombro izquierdo. Yo estiré los bigotes del "coronel"—eran unos bigotes cortados a oficiales españoles muertos en Ayacucho, unidos en unos grandes mostachos artificiales y ofrecidos a Manuela por los vencedores de la batalla—; volvimos a montar y, manteniendo a nuestros caballos al trote, llegamos a Canoas. Aquí dejamos que nuestros caballos tomaran el estrecho sendero que terminaba en un lugar desde donde se podía contemplar la cascada.

La catarata de Tequendama recoge las aguas de las sabanas de Bogotá y las precipita estruendosamente a las rocas que se hallan a más de cien varas más abajo. El hermoso cuadro que he visto, propiedad del Barón Gros, el cónsul francés, aunque excelente, no procura una completa idea de la masa de agua; carece de emoción, vitalidad, movimiento; el agua es en él un agua inmóvil y silenciosa; en la naturaleza, la catarata es un tumulto acuoso que se precipita en una masa amarillenta de vapor y ruido.

Propuse que admiráramos primeramente la catarata de Tequendama y que luego almorzáramos. Illingsworth secundó esta idea; pero el coronel Manuelita anunció que íbamos a almorzar inmediatamente y tendió un mantel

sobre el suelo. En seguida este mantel quedó cubierto con los manjares más deliciosos y los vinos más exquisitos; el champaña se posesionó de todos. El paseo a caballo había estimulado los apetitos. Devoramos los víveres, bebimos demasiado y Manuelita se mostraba de una alegría desenfundada y contagiosa. Como éramos ocho, un número de mala suerte, dije que era de temer que, por lo menos uno de nosotros, fuera precipitado al torbellino de la retumbante catarata.

El misionero inglés que estaba con nosotros comenzó a improvisar unos malos versos sobre el cielo, el infierno y el fin del mundo; dos irlandeses atiborrados, y más que atiborrados, se echaron a dormir y comenzaron a roncar, como un insulto a la bella naturaleza. Yo estaba contemplándolos cuando, de pronto, vi a Manuelita, de pie en el mismo borde de la roca que avanzaba sobre el precipicio y haciendo ademanes frenéticos. El bramar del Tequendama nos impedía oír lo que gritaba. Yo salté inmediatamente hacia ella y, agarrándola por el cuello de su uniforme, traté de ponerla en lugar seguro. Imposible. Y la lucha en el borde del abismo se estaba haciendo peligrosa, porque yo me sentía deslizar en aquella resbaladiza cavidad rocosa. Tuve que agarrarme con más vigor a sus muslos. El Dr. Cheyne, que advirtió ahora el peligro en que nos colocaba esta alegre y calamocana bacante, acudió corriendo y se sujetó a un robusto árbol; luego agarró con su mano izquierda las largas y magníficas trenzas de la imprudente Manuela, en el momento en que parecía decidida a lanzarse al vacío.

De este modo, pasamos Cheyne y yo un cuarto de hora espantoso, hasta que nuestros gritos fueron oídos por los demás y Manuela fué llevada por todos a un lugar seguro.

Una vez a salvo, decidimos volver a Bogotá; los dos irlandeses seguían roncando; les vertí agua en las espaldas y se despertaron farfullando y creyéndose bajo la catarata. Antes de partir, arrojamos las botellas vacías al maelstrom; una de ellas se quedó allí y, finalmente, cubierta de musgo, descendió por todo aquel tumulto sin romperse. Es así

LAS CUATRO ESTACIONES DE MANUELA
 como nació la leyenda de la botella del comandante Don Juan.

Trotamos de retorno a Bogotá; tranquilamente, pero muy cansados. Por la noche, nos vimos de nuevo en el salón de Manuelita; estaba tan lozana como por la mañana, con flores naturales entrelazadas en sus cabellos negros. Se mostró encantadora, amable con todos, y habló con entusiasmo de la catarata.

—Tenemos que volver allí —decía—, y pronto...
¡Qué desconcertante es esta Manuelita! Con sus debilidades, sus ligerezas, su valentía, su afecto...

El general Harrison, para sí mismo: "Abril, 1829. Los representantes personales de Carlos X de Francia han sido recibidos con consideraciones muy especiales..."

La delegación francesa era muy nutrida y estaba encabezada por personas con grandes títulos o nombres muy prestigiosos: el duque de Montebello, hijo del gran soldado Mariscal Lannes, Charles de Bresson, el agente confidencial del Rey de Francia. Fueron recibidos con una deferencia que hizo enfurecer al campechano general Harrison, cuyos sentimientos fueron compartidos por el cónsul inglés. El recuerdo de Francia y de sus agresiones estaba todavía muy vivo en los espíritus ingleses, y el Gobierno de Londres se mostraba inquieto ante la intervención gala en el campo político de América del Sur, región que, desde la derrota de España, había sido exclusivo coto de caza de Gran Bretaña.

Como lo más natural del mundo, los agentes del Rey de Francia visitaron a Manuela. Lolo Boussingault asistió a la recepción:

Saludé al Duque de Montebello, uno de mis compañeros de clase en la Academia Imperial; estábamos entonces en el sexto grado, en la clase del profesor Couarme, un viejo dragón de Napoleón, a quien una bala de cañón había arrancado parte de su nalga derecha, por lo que llevaba un cojincillo de seda para llenar la cavidad; una

especie de almohadilla. ¿Recuerda —¿no era humillante?— el modo en que teníamos que arrodillarnos junto al pupitre del maestro, a la menor falta? Bien, mientras el profesor continuaba con sus cosas, nosotros, instalados a sus pies, solíamos divertirnos clavando alfileres en su nalga almohadillada. Y sucedió un día que mi amigo, al que vi en casa de Manuela, fué puesto al otro lado del dragón y, equivocándose, clavó un largo alfiler en la nalga sana.

Los franceses habían venido a Bogotá con serios propósitos. Durante la ausencia del Libertador en el Sur, el descontento había ganado de nuevo al país, esta vez desde una dirección distinta. Desde luego, el partido de Santander se había dispersado y poco podía hacer, pero ahora había disensiones entre los propios partidarios de Bolívar. Algunos querían el retorno de la monarquía para dar continuidad a Gran Colombia; a su juicio, las elecciones generales sólo servirían para abrir de nuevo las heridas a la anarquía. ¿Quién sucedería a Bolívar? Ningún otro poseía el talismán de su gloria, ningún otro podía a juicio de las gentes unir a los discrepantes, conquistar la distancia y la geografía. ¿Quién sino un rey, algún príncipe que asumiera el poder bajo una monarquía constitucional, podía hacer esto?

¿Qué pensaba el mismo Bolívar de este plan? Su hermana María Antonia hubiera podido contestar por él, como lo hizo a raíz del ofrecimiento de una corona en Lima en 1826: "El título de Libertador es tu verdadero título; ha puesto tu nombre entre los grandes de la tierra. Debes rechazar a todo aquel que te ofrezca una corona."

Bolívar estaba al tanto de las negociaciones, pero no hacía nada para alentarlas o desalentarlas. Sin embargo, fué el general Rafael Urdaneta —el jefe del Gobierno durante la ausencia de Bolívar— quien presentó el proyecto. Si Gran Colombia no podía sobrevivir bajo su actual forma republicana, debía asegurar su permanencia bajo la égida de la monarquía. Al parecer, Colombia había agotado sus posibilidades. Los nuevos disidentes, con su profesado amor por Bolívar, tenían una terrible sangre

fria. Sabían que el Libertador era un hombre enfermo. No un *moribundus* tal vez, pero el médico había dicho que padecía tuberculosis y que la enfermedad lo consumiría si no descansaba pronto de sus trabajos. También sabían que Bolívar, a pesar de sus afirmaciones en contrario, era estéril.

No, al paso a que se estaba consumiendo, Bolívar no podía vivir mucho. Por tanto, se le ofrecería la corona de Gran Colombia bajo la protección del Rey de Francia, y a su muerte el trono pasaría a Luis Felipe, duque de Orléans.

El retorno a la idea monárquica tenía, sin duda, mucho apoyo en las clases superiores y el alto clero. El esplendor de los representantes franceses —las últimas modas, los refinados aromas de París, el prestigio de sus títulos, la sensación de protección que suponía quedar bajo la égida del Rey de Francia— impresionaba a quienes vivían en la austera sencillez de Bogotá como una bella quimera, como un fascinador escape del caos republicano.

El factor de perturbación en este plan era Manuela. No había modo de separarla ahora de Bolívar, especialmente desde la noche en que ella le había salvado la vida. Eran el uno del otro. Por tanto, si Simón Bolívar se convertía en rey de Gran Colombia, ¿qué sería de Manuela? ¿Se convertiría en reina? El consejo que estudiaba el establecimiento de una monarquía constitucional dedicó a este asunto más atención que a cualquiera de los demás problemas que planteaban semejantes decisiones. Bien, podía ser una favorita-consorte, una especie de Madame Du Barry...

* * *

El general Harrison, también para sí: "23 de julio, 1829. Los asuntos del país se acercan rápidamente a una crisis."

Así era. Además, Harrison estaba muy al tanto de todo, porque, en cierto sentido, prestaba un apoyo implícito al movimiento contra Bolívar; era un confidente del levantamiento que proyectaba el general Córdoba.

El Consejo estaba dividido en relación con Manuela, pero el secretario de Estado no lo estaba en su opinión sobre toda esta especulación. José Manuel Restrepo, orgulloso y honrado, se enfurecía ante semejante metafísica política. Su hermosa cabeza de poderosa nariz adquiría una dignidad aun mayor que la habitual en ella. Adujo contra estos planes tronitantes argumentos y venerables aforismos y, cuando vió que iba a ser derrotado, después de diez años de ejercicio del cargo, renunció.

Además, la delegación francesa comenzaba a estar de mal humor. Llevaba meses en el país y todavía no había visto a Bolívar. Era como Boussingault decía:

Llegaron cuando Bolívar estaba en el sur, en Quito, me parece. M. de Bresson le escribió pidiéndole permiso para ir allí y presentarle sus cartas. No hubo contestación... Se podía ver fácilmente que no tenía empeño en recibir a la delegación francesa. Los diplomáticos se molestaron ante esta falta de entusiasmo revelada por el Libertador en sus relaciones con ellos; no podían comprenderla. Los ministros les habían recibido con la mayor deferencia y el jefe del Estado apenas parecía interesado en recibirlos.

Obtuve la clave del enigma por Pepé Paris, quien, aunque nunca aceptó una posición oficial, era el amigo íntimo y el confidente de Bolívar. Me dijo qué difícil era para Bolívar recibir, en su triste y pobre residencia, a los enviados franceses, uno de los cuales era hijo del Mariscal Lannes, del gran imperio. Cuando miraba en torno sólo veía carencia de recursos y hasta pobreza; su palacio era una choza y sus soldados estaban en harapos. Su vanidad sufría con esto. Mirado a distancia, parecía rodeado de una aureola de gloria, pero ésta se desvanecía gradualmente cuando alguien se acercaba a su persona. Lo sabía, y este era el motivo de que eludiera a los delegados franceses. Aunque dependía mucho del mundo diplomático, prefería, siempre que fuera posible, permanecer invisible...

El gobierno de los Borbones siempre se había mostrado hostil a la insurrección de las colonias españolas; sin embargo, cuando la República fué reconocida por los

Estados Unidos, Inglaterra y Holanda, Francia decidió enviar su real comisión a Colombia. Pero la comisión nunca obtuvo una audiencia del Libertador... Era, como cabe verlo, cuestión de orgullo.

También era cuestión de orgullo lo de Córdoba. No se había encontrado sitio para él en la administración interina y, desde hacía años, estaba al margen del Gobierno del Libertador; era un hombre de guerra. Y Bolívar conocía las debilidades fundamentales del carácter de su subordinado:

El general Córdoba tiene un raro valor militar, pero tiene también un carácter duro e inflexible, una arrogancia ridícula y una excesiva vanidad, que son únicamente virtudes para el campo de batalla; fuera de él, son peligrosas.

¿Hacia dónde se desplazaban las ideas de Córdoba? Manuela había tratado de determinarlo desde hacía tiempo, pero el odio que el general le inspiraba matizaba excesivamente los descubrimientos. Había indudablemente cierta relación entre los rumores de revuelta y los contactos de Córdoba con la colonia anglonorteamericana. Manuela sabía, como todos, que a los ingleses les desagradaba el plan monárquico trazado en los consejos íntimos de Bolívar, y Córdoba estaba manifiestamente influenciado por el cónsul británico. Al fin y al cabo, era el prometido de la hija del cónsul y cabía muy bien que, mientras aparentemente visitaba a su novia, mantuviera conversaciones traidoras con el padre.

Córdoba era un héroe muy popular. Después del mismo Simón Bolívar, nadie en Gran Colombia inspiraba tanto entusiasmo público. Soldado a los catorce años, había participado en todas las batallas de la revolución. Había sido su carga lo que había decidido la batalla de Quito. Y había sido su valor ante el enemigo en el último encuentro en el Perú lo que había señalado el comienzo del triunfo patriota. Era un guerrero apuesto, con una hermosa cabeza, ojos endrinos y porte militar. En un principio, las gentes se congregaron a su alrededor en el valle de

Cauca, donde su popularidad era grandísima. Tenía delegados que juraban personalmente por él más que por el Gobierno, y los batallones que mandaba bajo las banderas de Gran Colombia juraron seguirlo contra las tropas de Simón Bolívar. Pronto llegó a saberse todo esto, pero, al escribir acerca del problema a Bolívar, el general Urdaneta propuso una transacción: "Trataré de meterlo en el Gabinete."

Pero no era fácil apaciguar a Córdoba. Su revuelta se estaba extendiendo por todo el valle. Hasta ahora no había tomado medidas militares, pero su desafecto aumentaba. Era algo tan peligroso para Córdoba como para Bolívar, porque el joven incendiario actuaba bajo una fatal ilusión. Confundía las aclamaciones del pueblo con la voluntad popular. Además, pronto comenzaron a manifestarse los defectos de su personalidad. Primeramente se mostró entusiasta; luego cayó en una melancolía derrotista. Se sentía halagado por las atenciones del general Harrison, quien lanzaba sapos y culebras por la boca cada vez que se le mencionaba la palabra "monarquía", y creía ingenuamente que, al casarse con la hija del cónsul británico, estaba haciendo una alianza militar con Gran Bretaña. Córdoba sabía poco de los procesos cerebrales.

* * *

En la noche del 8 de setiembre, Manuela estaba cenando con Urdaneta cuando un correo, empapado de lluvia y barro, trajo la noticia de que el general Córdoba había iniciado su revuelta. Se había apoderado de los cuarteles de Medellín y estaba concentrando importantes fuerzas. Al parecer, el desafecto tenía mayores dimensiones que las supuestas. A menos que el Gobierno se moviera rápidamente, la rebelión podía ganar terreno. Las cosas habían sucedido exactamente como Manuela había dicho a Bolívar que sucederían. Siempre ella había sospechado de Córdoba. Además, Córdoba merecía su odio implacable, su inalterable resentimiento. Sin embargo, Urdaneta no atribuyó ex-

cesiva importancia a la revuelta: "Creo que podré solucionar fácilmente este problema de Córdoba."

Sin embargo, hizo llamar a su mejor oficial, el general Daniel O'Leary: iba a tomar novecientos soldados escogidos, sacados en su mayoría del Batallón Albión, y liquidar la revuelta. A través de sus lágrimas, Fanny Henderson escribió a Córdoba, pidiéndole que fuera prudente, diciéndole, en frases de amor gastadas por el tiempo, que ella se moriría de pena si algo le sucediera.

Pero Córdoba, que había tomado de nuevo las aclamaciones por la voluntad popular, vió que sus fuerzas se disolvían apenas tropezaban con oposición. Superado numéricamente por los soldados de O'Leary, separado de los refuerzos por la caballería, se atrincheró en una fuerte posición y vendía a alto precio la vida de cada uno de sus hombres. Finalmente, O'Leary decidió utilizar una vieja estratagema; fingió que se retiraba para sacar al enemigo de su reducto. El héroe de Ayacucho intentó inútilmente impedir que sus bisoños soldados cayeran en la trampa. Se lanzaron espontáneamente al contraataque y fueron segados por racimos. El mismo Córdoba, gravemente herido, tuvo que arrastrarse hasta una casa. Quedó allí tendido en su propia sangre, espada en mano, dispuesto a luchar con quienquiera se presentara. Conducido por delatores, pronto apareció O'Leary con sus hombres. Se dirigió a un joven legionario rubio de origen irlandés, Rupert Hand, y le dijo:

—Aquí tiene usted el camino que lleva a esa casa. Si Córdoba está en ella, mátelo.

La nación quedó profundamente impresionada con la muerte de su joven héroe. Hombres como Córdoba eran necesarios para la construcción de la República. Toda la culpa fué echada sobre Bolívar, cuya popularidad llegó a su nivel más bajo. Una vez más, aparecieron en las paredes de Bogotá letreros que decían: "*¡Abajo Bolívar! ¡Muera el dictador!*"

En cuanto a Bolívar, que cabalgaba penosamente por las provincias, nada sabía de la muerte de Córdoba ni de la batalla

que se había librado. Se enteró del trágico incidente al mes de ocurrido éste. Se sintió terriblemente amargado por "el lamentable y trágico fin" de Córdoba, a pesar de haber estado distanciando de él. Se desesperaba ante la muerte de la República y la perfidia que lo rodeaba:

Mi dolor no tiene límites. La calumnia me ahoga como las serpientes ahogaban a Laocoonte. No puedo aguantarlo más; estoy cansado, harto... Durante veinte años de fatigas, hice lo que pude. ¿Quién tiene derecho a pedirme más? He cumplido cuarenta y seis años; y lo peor es que he pasado estos años sin ser un dios, que está por encima del sufrimiento. No puedo más. No puedo más. El corazón me lo dice cien veces al día.

Los aplausos eran ahora huecos ecos. Cuando finalmente volvió a la capital el 15 de enero de 1830, avanzó a caballo entre silenciosas hileras de público. Sobre las cabezas, entre los colores de la República, se leía constantemente: "*¡Viva Bolívar!*" Las calles estaban decoradas con arcos de triunfo con abundante laurel; los generales, con muchas condecoraciones y altas botas, acompañaban al Libertador mientras retumbaba el cañón y repicaban las campanas. Los niños de las escuelas disfrutaban de un día de fiesta. Se había gastado el dinero a manos llenas —arañando el fondo de una Tesorería casi exhausta—, en fuegos artificiales, gallardetes, arcos, colgaduras y banderas, a fin de crear la ilusión de un delirio por el retorno del Libertador. Pero Bolívar podía ver en las paredes de las casas volantes recién pegados, húmedos todavía con la baba de la calumnia.

Era una fila interminable de manifestantes —recordaba Boussingault—. La gente se apretujaba en la larga calle.

—Don Francisco —dije a un maestro de escuela que estaba en la manifestación—, sus alumnos parecen patriotas fervorosos.

—¿Éstos? —contestó el maestro, señalando las caras morenas recién lavadas—. ¿Éstos? Nada de eso. Ya habrá

LAS CUATRO ESTACIONES DE MANUELA
advertido al hombre que está detrás de ellos para admi-
nistrar un buen azote al que no grite lo bastante. Estos
medios son infalibles.

Así aplaudía, pues, la gente. Pero Bolívar no hacía caso a estas cosas. Estaba enfermo, con las mejillas chupadas, los labios lívidos y los ojos demasiado brillantes en el rostro febril y tostado. Todos quedaban impresionados por este aspecto; les hacía el efecto de que estaban asistiendo, si no a los funerales de la República, al *Götterdämmerung* de su héroe por lo menos.

Bolívar se enfureció al advertir las condiciones que imperaban en Bogotá. Culpó a sus ministros de todo, lo mismo del desorden de los asuntos locales que de los innecesarios insultos a las potencias extranjeras. Porque, cuando el Gabinete comprobó que el general Harrison había sido uno de los instigadores de la revuelta de Córdoba, le pidió que abandonara su función de ministro. "Sólo dejaré mi puesto por la fuerza", contestó el rudo general, poniéndose en jarras, al correo. Posteriormente, se retiró por órdenes de Washington. También se fué el cónsul británico Henderson, con su Fanny, la joven de las mejillas rosadas, que pronto se olvidó de su dolor por Córdoba casándose con un abogado londinense.

Pero Bolívar estaba muy enfadado con las tonterías del Gabinete. Habían matado a Córdoba cuando se hubiera podido aplacarlo; habían provocado una situación tensa con los Estados Unidos y Gran Bretaña cuando más necesaria era la amistad de los dos países; habían introducido la idea de la monarquía en los planes de Gran Colombia cuando sabían que no estaba dispuesto a aceptarla. Inculpó a sus ministros hasta que todos ellos renunciaron. Luego, sacudido por la tos, muy enfermo, se retiró a su villa, en busca de los cuidados de su Manuela.

Manuela nunca le había visto como ahora. No solamente estaba enfermo, sino que se mostraba indiferente a todo. Los médicos acudían cada vez con más frecuencia, pero nada podían hacer frente a aquella tos profunda, convulsa y devastadora. Después de un acceso de tos, Bolívar quedaba tendido, con la

palidez de la muerte, mientras Manuela le limpiaba los labios de una espuma sanguinolenta. Pasaba muchas horas leyéndole, cuando el tiempo lo permitía, bajo los cipreses revestidos de musgo. Fueran los cuidados de Manuela o el amor, Bolívar mejoró durante estas semanas, recobrando las fuerzas suficientes para dar la bienvenida al general Sucre cuando éste llegó.

Sucre había recorrido a caballo los mil quinientos kilómetros que separaban Quito de Bogotá para atender el último llamamiento de su amigo. Había venido a presidir el nuevo Congreso, convocado para que un cuerpo debidamente elegido decidiera de los destinos de la nación. ¡Sucre! Era el amigo completo que Bolívar tenía entre los militares. Carecía de ambiciones personales y, a pesar de su pasión por la causa de la libertad, nunca presumía de sus títulos, lo que ya bastaba para que fuera una excepción en aquellos tiempos. Pero el curso del caos había dejado sus huellas en él; su cuerpo, nunca robusto, parecía ahora extenuado y su rostro, de expresión a la vez sencilla y recia, desaparecía casi bajo el cabello y las patillas que caían en cascada sobre su cetrina frente. Pero había algo más que fatiga en aquellos grandes ojos, según Manuela lo advirtió en seguida. ¿Qué sucedía a Sucre? ¿Por qué aquellos expresivos ojos castaños reflejaban el ensimismamiento en cuanto la conversación decaía?

Era su matrimonio. Había ganado todas las batallas militares —las cuatro grandes victorias de la guerra de la independencia—, pero había perdido la batalla consigo mismo. La joven marquesa, su esposa, tenía un amante, un general de su propio estado mayor, apellidado Barriga. Sucre solamente lo sospechaba —no había pruebas—, pero la idea lo tenía abrumado. No hablaba del asunto; el honor no se lo permitía. Pero trasladó todo su amor y toda su pasión a su hijita, Teresa, a la que idolatraba. Cuando dejó Quito para venir a Bogotá, hizo un curioso testamento que comenzaba: "En este momento, mi esposa, Mariana, no está embarazada. Si yo muriera, mi hija Teresa adquirirá todos mis bienes; sólo en el caso de que mi hija muera antes que yo pasarán mis bienes a mi esposa."

Con Sucre en Bogotá para hacerse cargo del Congreso, Simón Bolívar hizo lo que tenía pensado desde hacía algún tiempo. El 1º de marzo anunció que renunciaría a la Presidencia:

Hoy he dejado de gobernar. Escuchad mis últimas palabras. En el momento en que mi carrera política llega a su fin, os pido, os reclamo en nombre de Gran Colombia que permanezcáis unidos.

Después de ofrecida la República a la anarquía con este acto, Bolívar permaneció exteriormente en la indiferencia. Pero, en el fondo, quería que la gente acudiera a él, le suplicara que continuara actuando de Presidente. Luego, consumido por la enfermedad, se dejó llevar a uno y otro lado por los caprichos de sus pasiones. Volvería a Francia, donde él y Manuela podrían pasar plácidamente los años que le quedaban de vida. ¡No! Sería el principio unificador de Gran Colombia, sin ejercer cargo público alguno; utilizaría su gloria para mantener unida a la nación. Al poco tiempo, vencido por la melancolía, se tapaba los oídos y no quería escuchar la narración del caos, a medida que llegaban los despachos y Gran Colombia se desintegraba.

Luego, cayó el rayo: Venezuela se había separado de Gran Colombia. Se había declarado independiente. Negó a Bolívar el derecho de cruzar sus fronteras y borró su nombre de la lista de héroes venezolanos. Esto sacó a Bolívar de su letargo. Se puso el uniforme azul y oro y convocó al Consejo de Ministros, que todavía funcionaba. Tan pronto como sus antiguos colaboradores tomaron asiento, les dirigió un fervoroso discurso. Denunció a José Antonio Páez, ese cándido demagogo, por separar Venezuela de la unión. Pidió que el Gabinete le devolviera la Presidencia y lo facultara para hacer la guerra a Venezuela.

Hubo un embarazoso silencio. Bolívar sólo necesitaba contemplar aquellos rostros para saber qué estaban pensando todos. Habían perdido la confianza en él y en su infalible toque de victoria. Otra guerra, y con Venezuela, sería impopular. Bolívar se sintió sacudido por la ira, devorado por la fiebre. El Gabinete

te se retiró a deliberar. Luego, incapaz de enfrentar con su decisión a Bolívar, le envió una carta. Era de Castillo y Rada, un hombrecito de alma pequeña, que había servido a Bolívar como secretario de la Tesorería. Bolívar tuvo un acceso de furor al leer la carta, porque su sentido se traslucía claramente a través de las expresiones corteses. Las realidades del momento eran manifiestas. Gran Colombia se desintegraba. Todos los otros estados de la República se iban a separar, dejando únicamente el territorio colombiano. Después de este penoso exordio, la carta continuaba diciendo que debía formarse un nuevo Gobierno basado en la nueva realidad. Debía ser un Gobierno fuerte y representativo... pero no debía incluir a Bolívar.

Era la primera indicación. Bolívar la comprendió sin duda, porque tuvo un paroxismo de rabia. Luego, apoyado en el brazo de Manuela, salió al jardín, tosiendo convulsivamente en su pañuelo de cambray.

Tocó a sus viejos amigos traerle, pocos días después, el funesto mensaje: su presencia en Bogotá, en Colombia, era una amenaza para la tranquilidad de la nación. Antes de que se formara un nuevo Gobierno, Bolívar debía marcharse.

Iba a ser desterrado.

* * *

Faltaban pocos días para la partida. Bolívar paseaba por su villa junto a Manuela. Había mucho que decir, pero decía muy poco. La noche anterior había regalado esta casa a su querido amigo Pepé Paris, quien a su vez la destinó a su hija, la misma diminuta Manuelita que estuvo a punto de casarse con Jean-Baptiste Boussingault. Distribuyó sus retratos y recuerdos entre otros amigos. No sabía adónde iba y las pertenencias no harían más que molestarle. José Palacios, con sus ojos azules encendidos por las lágrimas, sacó la vajilla de oro y plata que habían regalado a Bolívar en el apogeo de su fama y la catalogó para la venta. ¿Era posible? Todo aquello sólo produjo diecisiete mil pesos. Y

este era todo el dinero que Bolívar poseía en el mundo. Había sido el hombre más rico de la América del Sur; ahora, todo lo que poseía en dinero era esta miserable suma procedente de la venta de su vajilla.

"Sin embargo —comentó Boussingault— tuvo quince años de ilusiones, quince años... Es mucho en el breve curso de una existencia humana."

Los viejos amigos de Bolívar acudían ahora para las despedidas. El coronel Posada Gutiérrez lo encontró en el jardín, paseándose por el hermoso prado de la Quinta:

El paso de Bolívar era lento y cansado; apenas se oía su voz. Caminamos juntos por la orilla del arroyo que serpentea por el silencioso paisaje. Bolívar, cruzado de brazos, contempló la corriente: la imagen de la vida humana.

—¿Cuánto tiempo —dijo— tarda este agua en mezclarse con la infinitud del océano? El mismo que el hombre, en la descomposición de la tumba, en mezclarse con la tierra de donde procede. Algunas partes se evaporan como la gloria humana...

Luego se llevó las manos a la cabeza, se apretó las sienes y exclamó con temblorosa voz:

—¡Mi gloria! ¡Mi gloria! ¿Por qué la destruyen? ¿Por qué me calumnian?

La noche anterior al día del destierro, nadie pudo dormir. Todos se mantenían alertas. Manuela, vestida, con una manta ligera encima, dormitaba cerca de la puerta de Bolívar. La guardia había sido doblada. Habían circulado rumores de que Bolívar no partiría vivo. Y algunos de sus regimientos leales, al enterarse del inminente eclipse del Libertador, estaban en franca rebeldía. Los oficiales temían que hubiera derramamiento de sangre. Durante toda la noche, Manuela pudo oír los amortiguados pasos de la tropa en las inmediaciones de la villa; los soldados se cambiaban el santo y seña para reconocerse. Poco importaba. Para Manuela, no había sueño. El futuro era un

futuro desnudo y amenazador. No podía aceptar la decisión del destierro; había luchado contra ella como se puede luchar cuando todo se transforma en hostilidad. La tensión de estos últimos días había dejado sus huellas: Manuela nunca se había permitido estar tan cerca del abatimiento. El futuro... ¿Es que había futuro? Había insistido en que, esta vez, Bolívar le permitiera acompañarle, en que no la dejara atrás como en el pasado. Todo lo que quería y cuanto tenía eran cosas irrevocablemente ligadas al destino de Simón Bolívar.

Pero Bolívar no quiso dar su autorización. No sabía adónde iba. Tal vez fuera a Francia; tal vez a Jamaica. Su camino no era claro. Pero, en cuanto lo supiera, la llamaría. Había, además, la cuestión del dinero. Todo lo que tenía eran diecisiete mil pesos. Verdad era que el Gobierno le había acordado una pensión anual vitalicia de treinta mil pesos, pero era manifiesto, según cabía deducirlo de su proceder en el pasado, que rechazaría esta ayuda. También había sido para él un día terrible. Comprendía que ahora su nombre no significaba nada; en cuanto se fuera, los lobos se echarían sobre Manuela. Se despidieron en la noche del 7 de mayo, en la intimidad de la villa. Manuela no lo acompañaría en este último viaje.

Llegada la mañana, los montes estaban iluminados por una clara luz. La noche había traído una tormenta que había despejado el ambiente y procurado a Bogotá un fresco y delicioso olor a tierra. Luego, apareció el sol. Llegó una fila de jinetes para esperar a Bolívar. Estaban allí todas las personalidades de Bogotá, incluidos muchos diplomáticos de países extranjeros. Permanecían silenciosamente en sus caballos; sólo se oía el golpear de los cascos contra el suelo. Cuando apareció Bolívar, se oyeron algunos vítores, pero él apenas los advirtió, mientras José Palacios le ayudaba a montar. Con su nudosa mano, el viejo servidor se secó las lágrimas que corrían por sus mejillas, dirigió una última mirada a la Quinta y siguió a su amo por el camino que cruzaba la ciudad.

Las estrechas calles adoquinadas estaban bordeadas de gentes

silenciosas. El rumor, como llevado por la brisa, viajó de casa en casa hasta que todos, sin ningún otro aviso, lo supieron: estaban desterrando a su Libertador. Su dolor no necesitaba ahora de claque; todos comprendían lo que estaban perdiendo. Aquel día corrieron muchas lágrimas y nadie trató de ocultarlas. En una esquina, una chiquilla corrió delante del caballo de Bolívar, se puso de puntillas y ofreció al Libertador un ramillete de flores. Luego, volvió apresuradamente junto a las faldas de su madre y, con sus grandes ojos negros muy abiertos, contempló cómo la cabalgata se perdía a lo lejos.

A todo lo largo del camino, los hombres, uno a uno, montaban a caballo y se incorporaban al silencioso cortejo, hasta que sumaron casi un centenar. Estaban allí cuantos habían compartido las victorias y las derrotas de Bolívar; estaban todos, salvo el general Sucre. Bolívar le había dado deliberadamente una falsa hora de partida, a fin de que los dos pudieran evitarse el penoso momento de los últimos adioses. Bolívar se encontraba ya lejos de la ciudad cuando fué alcanzado por un correo con una carta. La cabalgata se detuvo mientras Bolívar leía la misiva:

Quando he ido a casa de Ud. para acompañarlo, ya se había marchado. Acaso es esto un bien, pues me ha evitado el dolor de la más penosa despedida. Ahora mismo, comprimido mi corazón, no sé qué decir a Ud.

Mas no son palabras las que pueden fácilmente explicar los sentimientos de mi alma respecto a Ud.; Ud. los conoce, pues me conoce mucho tiempo y sabe que no es su poder sino su amistad la que me ha inspirado el más tierno afecto a su persona. Lo conservaré cualquiera sea la suerte que nos quepa y me lisonjeo que Ud. me conservará siempre el aprecio que me ha dispensado. Sabré en todas las circunstancias merecerlo.

Adiós, mi general, reciba Ud. por gaje de mi amistad las lágrimas que en este momento me hace verter la ausencia de Ud. Sea Ud. feliz en todas partes y en todas partes

cuenta Ud. con los servicios y con la gratitud de su más fiel y apasionado amigo.

A. J. DE SUCRE.

Algunos kilómetros más allá, donde la sabana llegaba a su fin y una espesa niebla envolvía la tierra, Bolívar levantó su delgada mano e hizo que todos se detuvieran. Jean-Baptiste Boussingault, con el uniforme azul de coronel, estaba en el grupo:

La cabalgata se detuvo entre Chipalo y Piedras. Era el momento de los adioses finales. Cuando yo me acerqué respetuosamente a Bolívar para hacerle el saludo militar, detuvo mi mano y me echó los brazos al cuello en un abrazo. "Le veré pronto", me dijo.

Yo sabía que no sería así. Su rostro llevaba el sello de la muerte. Yo sabía que ya no le volvería a ver.

Uno a uno, Bolívar fué abrazando a cuantos habían salido con él. Tenía los ojos secos, como si los momentos de angustia hubieran agotado todas sus lágrimas. De cuando en cuando, con su pañuelo perfumado, secaba las lágrimas de algún viejo camarada. Luego, como si ya no pudiera soportar más aquello, ordenó con voz ronca a su séquito que montara. Quienes se iban con él al destierro salieron por delante y se perdieron en las blancas ondulaciones de la niebla.

Bolívar puso el pie en el estribo, pero falló en su primer intento de montar. Un amigo corrió en su ayuda. Bolívar rechazó con impaciencia la mano que se le ofrecía y, con un gran esfuerzo, montó en su caballo blanco. Sin volverse, cabalgó lentamente hasta perderse en la niebla. Todas las silenciosas figuras se descubrieron y contemplaron cómo Bolívar era tragado por la vacía blancura. Luego, el coronel Patrick Campbell, un antiguo legionario británico, rompió el silencio. Levantó su negro morrión de húsar y habló con una emoción profunda:

—Se ha ido, se ha ido... el caballero de Colombia.

"SU INMENZA PÉRDIDA"

Guaduas, a 11 de mayo de 1830.

Mi amor:

Tengo el gusto de decirte que voy muy bien y lleno de pena por tu aflicción y la mía por nuestra separación. Amor mío, mucho te amo, pero más te amaré si tienes ahora más que nunca mucho juicio. Cuidado con lo que haces, pues, si no, nos pierdes a ambos perdiéndote tú.
Soy siempre tu más fiel amante.

BOLÍVAR

"Cuidado con lo que haces..." Tanto valiera que Bolívar hubiese reclamado cuidado a los tributarios del Amazonas. Los ataques contra Manuela comenzaron antes incluso de que se hubieran dejado de oír los cascos del caballo de Bolívar entre los pelados montes. En un principio, fueron murmuraciones; luego, los miembros de la oposición, liberados de la cárcel, lanzaron sus dardos envenenados. Como ya no tenían a Bolívar para desahogar su odio, dedicaron sus fulminaciones a Manuela Sáenz. Los engrudadores pegaban sus vilipendios en las blancas paredes de los conventos y una chusma descalza distribuía por las estrechas calles de Bogotá las *papeluchas* en que se caricaturizaba toscamente a la víctima. Todos sabían que esto era la obra del peor enemigo de Manuela, de Vicente Azuero, porque nadie en la República podía ganarle en el arte del insulto. Había salido de la cárcel el mismo día de la partida de Bolívar y recibido un cargo en el Gobierno de coalición.

Debieron haber previsto que Manuela no aceptaría esto man-

samente. Se puso el uniforme, tomó su lanza y cabalgó por la calle. Pronto encontró a un indio vendiendo las ofensivas *papeluchas*. Bajó la lanza, la clavó en el expuesto trasero y envió al indio dando desesperados gritos Calle del Comercio abajo. Aquella noche, los servidores de Manuela se dedicaron a arrancar los insultos de los muros apenas eran pegados.

Vicente Azuero, rezongando delante de su taza de chocolate, dirigía todas estas hostilidades contra Manuela. Al fin y al cabo, era ahora secretario del Interior y había decidido poner un término a la grotesca actividad de la lengua de Manuela. Como primera andanada de la campaña, reclamó que Manuela devolviera al Gobierno todos los papeles de los archivos privados de Bolívar, guardados por ella desde hacía años. La contestación de Manuela fué inequívoca.

En contestación a la reconvencción de usted, digo no tener nada absolutamente en mi poder que pertenezca al Gobierno.

Es cierto que he recibido papeles que sin mi conocimiento los condujeron a la secretaría de Relaciones Exteriores, los mismos que me fueron entregados por el señor ministro Osorio, porque pertenecían particularmente a S. E. el Libertador.

Ni los papeles, ni los libros, no los entregaré, a menos que me prueben por una ley que este señor está fuera de ella.

Más aun: en la tranquilidad de la noche de Bogotá, después de pasada la ronda, Manuela envió a sus servidores con volantes, a fin de que los distribuyeran por toda la ciudad; las hojas pedían el retorno de Bolívar. Por la mañana, cuando Vicente Azuero se dirigió a su despacho, vió, como erráticas huellas de un monstruo de sedición que caminara por los muros, avisos en que se proclamaba en toscas letras: *Viva Bolívar, Fundador de la República*.

Rabioso, crispado, Azuero dirigió personalmente la labor de retirar aquellos carteles. Luego, entró como una furia en el des-

pacho del alcalde de la ciudad y pidió que se hiciera algo con esta Manuela Sáenz:

—Existen pruebas de que una negra, vestida con una chaqueta blanca y un sombrero de anchas alas, estuvo pegando estos pasquines subversivos en los edificios a lo largo de la Catedral y en los muros de la Iglesia de San Francisco. Y la negra responsable de este acto pertenece a Manuela Sáenz.

Nadie creía que Manuela era meramente una "amable loca"; había evidentemente detrás de estos actos algo más que la satisfacción infantil de molestar al prójimo. Manuela estaba mirando deliberadamente la confianza pública en el Gobierno de coalición. Con el general Urdaneta, que se mantenía en las sombras, estaba tratando de provocar la caída del Gobierno y el retorno de Simón Bolívar a la Presidencia. No tenía necesidad de crear un caos; éste se desarrollaba por sí mismo, porque, sin la luz orientadora del nombre de Bolívar, el país se estaba hundiendo en el particularismo. Nadie hacía mucho caso de las autoridades centrales; cada provincia seguía su propio camino. Entretanto, Manuela cortejaba a los soldados del Regimiento del Callao, compuesto de veteranos de las batallas del Perú. Procuraba que mantuvieran vivo el recuerdo de las victorias que habían obtenido bajo la dirección de Bolívar; iban a ser necesarios cuando el Libertador volviera del destierro.

• • •

Si había alguien en Bogotá con la creencia de que la santa fiesta del Corpus Christi traería un armisticio en aquella guerra de palabras, se debía únicamente a que desconocía la violencia de las pasiones en juego o la malignidad profunda del natural de Vicente Azuero. Para la mayoría de las gentes, la fiesta de Dios trascendía de la política. La ciudad estaba llena de forasteros —en su mayoría campesinos mestizos, descalzos y envueltos en sus ruanas— que habían venido a presenciar la procesión y a participar en los santos oficios. El último día de las celebra-

ciones, las imágenes de los Santos habían sido llevadas a la Catedral y la gran plaza enfrente de ella quedó despejada para los fuegos artificiales.

Manuela había pasado aquella mañana componiendo su última diatriba contra el Gobierno y había ido luego a la imprenta de Bruno Espinosa para que le reprodujera el escrito. Jonotás, vestida por una vez de mujer, se paseaba por la plaza, bebiendo chicha y divirtiéndose con los patanes y las despreocupadas gentes de la feria. Junto a la fuente, unos obreros indios estaban levantando una plataforma de bambú; era aquí donde iba a hacerse la exhibición de pirotecnia. Bajo lo que parecía ser un castillo, estaban construyendo dos toscas figuras. Se les añadirían fuegos artificiales y serían quemadas como culminación del espectáculo. Una de las figuras era un hombre con uniforme de general. No cabía duda: era Bolívar. La otra, una caricatura terrible, con el rostro de una arpía, se estaba transformando en una mujer. Tampoco cabía duda sobre quién era ella. Las gentes alrededor de la plataforma, animadas por la chicha, reían y aprobaban. Jonotás se abrió paso entre la multitud, salvó la escasa distancia hasta el alojamiento de Manuela y contó a su ama lo que había visto.

—Están poniendo las caricaturas del Libertador y de usted en la plaza.

A media tarde, la plaza estaba casi vacía, si se exceptuaba la fila de indios que iba y venía de la fuente con sus botijos color de siena. Junto a la plataforma, descansando sobre sus fusiles con bayonetas caladas, había unos cuantos soldados con el uniforme verde de la República. Los muñecos de bambú estaban terminados; tenían atados con toscos bramantes los fuegos de artificio y todo estaba preparado para la llameante ignominia. Debajo del hombre había un gran cartel: *Despotismo y Bolívar*. Y debajo de la mujer: *Tiranía y Manuela Sáenz*.

En un principio, los soldados no se fijaron en los tres jinetes que se les acercaban; eran tres húsares, armados con sus lanzas habituales. Sólo cuando el primer jinete estuvo ante ellos y se vieron encañonados por un par de pistolas, comprendieron que

era Manuela Sáenz. Manuela ordenó a sus esclavas que destruyeran las figuras. Una cuerda atada a la frágil estructura de bambú permitió que con un solo tirón todo se viniera abajo; en seguida, Manuela apuntó e hizo un disparo contra la masa de fuegos artificiales. Hubo un estrépito indescriptible, las monturas se encabritaron y un soldado lanzó un bayonetazo contra el caballo de Jonotás. Manuela picó espuelas y bajo una granizada de tiros mal dirigidos escapó al galope de la plaza.

A la mañana siguiente, Manuela fué vigorosamente denunciada. Vicente Azuero pasó la noche preparando una temprana edición de su *papelucha*, el *Conductor*, donde, con los tipos mayores, se pedía la guillotina para Manuela Sáez:

Tenemos entendido que la Corporación Municipal preparaba un castillo de fuegos artificiales adornado con figuras... ideadas para excitar el patriotismo en los corazones del pueblo y convencerle de que debe odiar la tiranía. Pero una mujer engreída, que siempre ha estado junto al General Bolívar y que anda vestida de varón a plena luz del día, salió a la calle con sus esclavas, también vestidas en manera que insulta a todas las leyes morales. Esta mujer extendió su insolencia a toda la ciudad. Vestida de húsar, se fué a la plaza con dos o tres de sus servidoras, a las que mantiene en su casa con el dinero que le ha dado el Estado, atacó a los guardias, prendió los fuegos artificiales con la pistola que llevaba y lanzó gritos contra el Gobierno, contra la libertad y contra el pueblo. Por atacar a la guardia, debería ser castigada conforme a las ordenanzas militares y sufrir la pena de muerte. En lugar de esto, el Vicepresidente la visitó. Nunca se produjo una reacción tan extraña y lamentable como cuando el Vicepresidente fué personalmente a la casa de esta extranjera para apaciguarla...

La guerra de palabras se hacía cada vez más dura. Manuela estaba creando precisamente la confusión que era necesaria para mostrar la impotencia de este Gobierno interino. Pero los ataques eran ahora demasiado personales para no ser contestados di-

rectamente. Manuela abandonó su lanza y compuso un vibrante llamamiento:

Bogotá, a 20 de junio de 1830.

Al público:

A causa de las opiniones de quienes me atacan, me veo obligada a hablar al pueblo, para que mi silencio no haga de mí una criminal.

No he ofendido a ninguna autoridad. Lo que he hecho no es deshonoroso. Quienes me calumnian lo hacen porque no pueden perseguirme ante la ley; esta es mi vindicación, porque todos saben cómo he sido injuriada, calumniada, vilipendiada...

Confieso que no soy tolerante... pero mi serenidad descansa en la conciencia de lo justa que es la causa de Su Excelencia, el Libertador. Nunca, nunca retrocederé un paso de la amistad y la gratitud que tengo por el General Bolívar, y, si alguien cree que esto es un crimen... demuestra la pobreza de su alma.

Al autor del artículo de *La Aurora*, quien debería saber que la libertad de prensa no significa necesariamente libertad para atacar a las personalidades, le contesto con estas palabras: me ha vituperado de la manera más vil; yo le perdono, pero, ¿se me permite una pequeña observación? ¿Por qué llaman a los del sur "hermanos" y a mí extranjera? Los que son como él pueden escribir cualquier cosa. *Mi patria es todo el continente americano*; nací bajo la línea ecuatorial.

Los muertos están siempre muy dispuestos a la reconciliación, no así los vivos. Manuela estaba rodeada de un odio que lindaba en lo patológico. Sus detractores parecían destilar escándalo por todos sus poros. Los volantes que injuriaban a Manuela caían sobre la ciudad como papel picado; eran puestos en las manos de los devotos que salían de la iglesia; los soldados los llevaban en las puntas de sus bayonetas, como si fueran órdenes; las *papeluchas* lo invadían todo, poniendo a Manuela en la picota con vitriolo y tinta de imprenta. Pero no había retirada posible

para la víctima; Manuela tenía que mantenerse firme y devolver los golpes. El espectáculo de Manuela haciendo frente a la manada de lobos, de una mujer luchando por el hombre que amaba, estaba ahora impresionando a muchos en Bogotá. Manuela recibió de pronto ayuda de un sector inesperado, de quienes habían sido sus grandes detractores, las mujeres de la ciudad:

Muchos piden que la señora Manuela Sáenz sea llevada a la cárcel o al destierro... pero el Gobierno debería recordar que, cuando tuvo, como todos saben, una enorme influencia, la utilizó para el bien público, antes y después de esa famosa noche del 25 de setiembre. Nosotras, las mujeres de Bogotá, protestamos de esos provocativos libelos contra esta señora que aparecen en los muros de todas las calles.

Esta llamada a la razón no puso fin a las cosas. Cada día, la crisis aumentaba, porque el Gobierno se sentía incapaz de hacer frente a la intranquilidad pública. El torbellino de los volantes y *papeluchas* seguía girando por toda la ciudad, con Manuela como blanco. No había noche en que no se pegara en los muros algún nuevo ataque contra Manuela; durante el día, los carteles eran desgarrados con furia. Las mujeres de Bogotá, esta vez con el título de "Las Mujeres Liberales", hicieron otro intento:

Consideramos honrosos, aunque no los compartamos, los sentimientos manifestados por una persona de nuestro sexo...

La señora Sáenz, a la que nos referimos, no es sin duda una delincuente. Insultada y provocada de diversos modos por personas a las que no había ofendido, estos insultos han causado una gran irritación... ha sido exasperada hasta la imprudencia. Pero la imprudencia no es un crimen. Manuela Sáenz no ha violado las leyes ni atacado los derechos de ningún ciudadano.

Y si la señora Sáenz ha escrito o gritado "Viva Bolívar", ¿dónde está la ley que lo impida?

La persecución de esta señora tiene su origen en bajas

e innobles pasiones. Sola, sin familia en esta ciudad, debería ser objeto de consideración y estima más que víctima de la persecución. ¡Qué heroísmo ha demostrado! ¡Qué magnanimidad! Es de esperar que los cielos alberguen sentimientos tan nobles como los expresados por Manuela Sáenz y que estos sentimientos nos sirvan de ejemplo a todos.

El Gobierno estaba casi dispuesto a tener en cuenta estos sentimientos y el Presidente se preparaba a intervenir cuando llegó a manos de los gobernantes un folleto particularmente procaz. Se titulaba *La Torre de Babel* y era un ataque frontal contra el Gobierno, un ataque en el que se ponían de manifiesto la ineficacia y la anarquía de los rectores del país. Revelaba secretos que sólo podía conocer quien tuviera acceso a altas fuentes. El escritor era anónimo, pues firmaba únicamente "Un amigo de Bolívar". Pero el nombre del impresor estaba en el papel y pronto Bruno Espinosa fué sacado de la imprenta por el corbatín negro. Se le amenazó con una paliza, se le apretaron las espulgueras y pronto reveló entre chillidos el nombre del autor del folletín. Luego, se desmayó.

Al Regidor del Distrito de la Catedral, Señor Domingo Durán:

De acuerdo con la autoridad de que estoy investido, procederá a detener y encarcelar a Manuela Sáenz, autora del impreso titulado *La Torre de Babel*, acusada de actos provocativos y sediciosos. Procederá sin demora a apresarse a la susodicha Manuela Sáenz y, una vez hecho esto, justificará el cumplimiento con el que suscribe.

ISIDORO CARRIZOZO, Juez

Bogotá, a 19 de julio de 1830.

Domingo Durán se dirigió animosamente a la Plazuela de San Carlos. Armó con picas a los más fornidos de sus corchetes y, como precaución especial, se ciñó a su voluminoso vientre un sable tan largo que le arrastraba por el suelo. Alineó a sus hombres al fondo de los alojamientos fronteros a la iglesia de

los jesuitas y subió solo hasta la puerta de Manuela, llevando por delante la orden de detención. Había esperado resistencia, pero no encontró ninguna. La puerta estaba abierta y fué invitado cortésmente a entrar en el dormitorio de la dama. Allí estaba tendida Manuela, con un delicioso *desbabillé* y un paño húmedo sobre la frente, mientras su mano libre era frotada por Jonotás. Domingo Durán presentó la orden de arresto, pero Manuela ni siquiera la leyó; se limitó a preguntar al regidor si, siendo un caballero, se atrevería a exponer al público a una mujer tan enferma. Domingo Durán no esperaba esto. No tenía instrucciones para un caso así. Y, mientras Manuela, con voz baja y ronca, seguía alegando su enfermedad, el hombre retrocedió hasta la puerta, bajó por las escaleras y volvió a su oficina, sin darse cuenta en ningún momento de que había dejado incumplidas las órdenes que había recibido. Informó al juez de lo que había visto; aquella mujer estaba muy enferma y su señoría no supondría que...

El juez se puso fuera de sí.

—La razón que usted me da, que Manuela Sáenz está enferma y no pudo usted, en consecuencia, cumplir la orden de llevarla a la cárcel, no tiene valor alguno. Hay enfermerías en nuestras cárceles. Por tanto, le ordeno por la presente que lleve inmediatamente a la enfermería de la prisión a la susodicha Manuela.

Una vez más, Domingo Durán, fortalecido por un largo trago de ron y con el aspecto de un rechoncho Sileno, subió al alojamiento de Manuela. No se dejaría seducir ahora por lindas palabras.

Pero esta vez se encontró con una Manuela muy diferente. Manuela estaba en lo alto de las escaleras con su uniforme de húsar. El cuello de la pelliza estaba abierto y revelaba —el regidor tuvo tiempo de advertirlo— un pecho jadeante. En su mano derecha, Manuela tenía un sable desenvainado.

—Señor regidor, si da un paso más, le atravesaré de parte a parte y haré una viuda de la gorda señora de Durán.

Don Domingo retrocedió apresuradamente escaleras abajo y casi se llevó por delante a varios de sus estúpidos corchetes. Se batió en precipitada retirada, mirando por encima del hombro, temeroso de que aquella amazona lo persiguiera. Volvió media hora después. Esta vez venía acompañada por el alcalde, el juez, diez soldados y ocho presos a los que se sacó de la cárcel para que ayudaran a capturar a la temible Manuela.

Desde luego, todo aquel movimiento atrajo a la multitud. Era precisamente lo que el Gobierno no quería. El arresto debía hacerse calladamente, sin publicidad, pero ahora se estaba convirtiendo en una especie de *opéra bouffe*. ¡La mitad de la policía y el mismo alcalde de la ciudad para detener a una sola mujer! La multitud llenó la calle y se extendió por la plaza; algunos, desafiando la frialdad del agua del surtidor, se subieron a la fuente para ver mejor las cosas.

Se conquistó el balcón. Allí no estaba Manuela. Tantearon las puertas y las encontraron cerradas. Don Domingo aplicó su voluminoso vientre a ellas, otros empujaron por detrás y las hojas finalmente cedieron. La mitad de los atacantes irrumpieron en la habitación y cayeron los unos sobre los otros; cuando se recobraron, se vieron ante los cañones de un par de pistolas turcas. Manuela permanecía de pie, inmóvil. Nadie intentó avanzar hacia ella; la expresión de su rostro revelaba que aquello no era un juego. (Su amante le había escrito: "Cuidado con lo que haces, pues, si no, nos pierdes a ambos perdiéndote tú.") Fué un momento muy crítico. En esto, Pepé Paris, advertido de lo que pasaba, llegó, abriéndose paso entre soldados y curiosos. Manuela tenía simpatía por Pepé, tan correcto y cumplidor. Y por eso, sin bajar nunca las pistolas, negoció con él una transacción. Manuela Sáenz se entregaría para no dejar en ridículo al Gobierno, cuyo prestigio ya había quedado quebrantado con este asunto. Se sometería al arresto y acompañaría a los corchetes a la prisión. Pero todo sería puro formalismo. Sería puesta en libertad inmediatamente. De esta manera, en las condiciones por ella misma impuesta, Manuela fué a la cárcel.

Se había producido la desintegración, como Simón Bolívar lo había previsto. La provincia de Venezuela, que se había separado de la unión, estaba envuelta en una guerra civil. Ecuador, que también se había retirado de Gran Colombia, tenía igualmente sus dificultades. Por todas partes, los caudillos estaban en acción, rompiendo la unión en pequeños pedazos que gobernaban con los métodos de los jenízaros. Bogotá ya no tenía sobre sus ciudadanos más poder del que tenía sobre los solsticios. Los soldados asesinaban a sus oficiales y los oficiales actuaban sin consultar a sus superiores. Se decía que cada cual llevaba un cartelito en el que se leía: "Este ciudadano puede hacer lo que se le antoje."

Como fuera, el Gobierno sobrevivió. Verdad era que carecía de identidad; la idea de la continuidad reclamaba identidad y la composición del Gobierno cambiaba con cada crisis. Desaparecido Bolívar, no existía un ideal capaz de mantener unidas todas aquellas partes discordantes. Cada día, Manuela se decía que era el último del Gobierno, pero éste, de un modo u otro, fué tirando. Y cuando finalmente cayó, el empujón vino de un lugar inesperado. Un solo tiro de pistola echó toda la estructura abajo.

"El general Sucre, que regresaba a Quito, ha sido asesinado en los montes Berruecos."

Sucre había sido prevenido: "No vuelva a Quito sin escolta." No tenía, era verdad, enemigos personales. Sin embargo, se le consideraba el heredero presunto de Bolívar, a pesar de que rehuía los cargos públicos. "No me niego a servir al Estado —había dicho—. Pero quiero conocer el sistema y la finalidad. Desde hace tiempo, estamos sin uno ni otra y estoy demasiado cansado y enfermo para trabajar al azar."

Sin embargo, Sucre era tenido como la encarnación del ideal bolivariano y, por esta razón, si no por móviles más oscuros, era

un hombre marcado. Antes de su decisión de marcharse sin escolta, Manuela le había enseñado una frase misteriosa en una de las hojas de escándalo de Bogotá: "Tal vez el coronel Obando, en el sur de Colombia, haga con Sucre lo que nosotros hemos hecho con Bolívar."

Pero Sucre no se consideraba amenazado. Sonrió ante la prevención de Manuela, olvidándose de que estaba delante de quien, a su modo, era una Casandra. Los asesinos conocían el camino, el más corto que conducía a Quito. En los montes Berruecos, un sendero, abierto profundamente por los pasos del tiempo, serpenteaba entre la baja vegetación. Aquí, en una mañana de niebla, se oyó un disparo y Sucre cayó de su caballo. El orificio en su cabeza era grande como un puño. El general estaba muerto antes de que su cuerpo tocara el suelo. El criado indio miró un instante el cadáver con ojos muy abiertos, picó espuelas y desapareció.

La noticia, que llegó a Bolívar en la costa, rompió su silencio.

—¡Cielos! —exclamó—. Han derramado la sangre de Abel. Es imposible vivir en un país donde sus más famosos generales, los hombres a los que América debe su libertad, son cruel y bárbaramente asesinados... Creo que la finalidad del crimen era privar a la patria de mi sucesor. No puedo ya servir a un país así.

¿Hablaba sinceramente al expresarse de este modo? ¿O la expresión "no puedo ya servir a un país así" era únicamente una exclamación de dolor e ira? Porque la nación lo necesitaba ahora. El Gobierno interino había caído y el general Urdaneta se había hecho cargo del poder, a la espera del regreso de Simón Bolívar. Durante todo el otoño esperaron en Bogotá una respuesta a sus súplicas. Le pedían que hiciera una declaración pública, algo que les procurara la esperanza de su pronto regreso y de que reasumiría la Presidencia. El tiempo era implacable y también tenía su importancia; ¿por qué, pues, no contestaba? Y, a medida que transcurrían los lluviosos días de noviembre, la preocupación de Manuela se hizo personal. Hacía semanas

que no tenía carta de Bolívar y los rumores que llegaban de la costa decían que estaba muy enfermo. Pero Manuela los rechazaba:

Que abandonen los santanderistas toda esperanza, porque el Libertador es inmortal. Nunca morirá, aunque lo quemem. ¿Y no tienen suerte con esto? Pero pensad que muriera... ¡Esa miserable oposición! Todo el mundo erigiría al Libertador en su santo. Hasta yo, si fuera tan floja que le sobreviviera, haría de él mi santo; la desesperación de su muerte me llevaría a hacer toda clase de temeridades. Pero pensad que muriera...

Manuela no sabía, nadie lo sabía en Bogotá, que cuanto se hacía era en vano. El Gobierno neo-bolivariano tendría que arreglarse sin su símbolo. El Libertador se estaba muriendo.

• • •

Habían llegado los días duros para Bolívar. Resistió al principio con fuerza indomable, creyendo que su voluntad, aquella voluntad que había conquistado el espacio y los hombres de América del Sur, podría triunfar en esta última lucha. Rechazaba la asistencia médica y permanecía en el calor de la costa envuelto en mantas, con sus dientes castañeteando como si estuviera en los helados páramos de los Andes. Mantuvo esta ficción frente a la muerte que se acercaba. Entre acceso y acceso de dolor, dictaba cartas, una corriente continua de correspondencia, hasta que, agotado, se dejaba caer con el rostro lívido sobre la almohada y tosía con sanguinolentos esputos en el paño que tenía su sobrino, Fernando Bolívar. Comprendió finalmente que necesitaba un médico; pensó en Jamaica y envió una carta a su viejo amigo Maxwell Hyslop, quien le había ayudado durante su destierro en 1814. Luego, preparado para el viaje, fué llevado por un bergantín a Santa Marta. En este puerto colombiano, rodeado por el azul del Caribe, fué examinado por un Dr. Night, de un barco norteamericano, así como por un médico

francés que se hallaba milagrosamente en la pequeña localidad. El Dr. Night, cuyo apellido "Noche" era su propio augurio, estuvo de acuerdo con el francés: el Libertador estaba moribundo y no podría sobrevivir a un largo viaje. El 1º de diciembre de 1830 fué desembarcado.

Santa Marta se halla en una bahía en forma de media luna, bordeada por frondas de cocoteros. Dos fuertes españoles en ruinas, que representaron su papel en la creación del imperio, montan la guardia. El diáfano Caribe refleja el lapislazuli del cielo. La única hilera de edificios se adapta a la forma de la bahía y sigue el Malecón, hasta detenerse en las estribaciones de los Andes. Al fondo se alzan los verdes montes de Santa Marta, que culminan en la blancura de Sierra Nevada. Al pie de estos montes hay tierras fértiles, transformadas por el hombre en campos de caña de azúcar.

Simón Bolívar permaneció aquí una atormentadora semana. Sus ojos estaban vidriosos, su piel seca y apergaminada y su voz era en ocasiones tan ronca y débil que apenas podía murmurar. Y en esto, la ironía. Un antiguo realista, Don Joaquín de Mier, que antes pudo ser su enemigo, enterado de la situación del gran Bolívar, acudió en persona a caballo para ofrecer su propia hacienda, distantes unos cuantos kilómetros de la localidad. Cariñosamente, como si llevara a un niño, José Palacios tomó a su amo en los brazos y lo trasladó a un carro de bueyes cuyo piso había sido cubierto de paja. ¡Un carro de bueyes! Así hizo su último viaje Simón Bolívar.

San Pedro Alejandrino era un ingenio azucarero. La casa de un solo piso, con tejas rojas según la costumbre y piso de frescas baldosas, se hallaba entre árboles de poderosos troncos. Se percibía el aroma de los tamarindos y llegaba también el penetrante olor de la zafra que transformaba el jugo de la caña en azúcar morena. El mobiliario revelaba la opulencia y el buen gusto de su propietario español: grandes cómodas muy adornadas, mesas ricamente talladas de palo de rosa, macizos muebles de caoba y lechos con caprichosas columnas protegidos por mos-

quiteros de sutilísima gasa. En uno de estos lechos, en el dormitorio del dueño, quedó instalado lo que quedaba del cuerpo de Simón Bolívar.

Se llamó al joven médico francés, quien examinó al enfermo y luego convocó a las gentes de Bolívar al salón. El Dr. Alexandre Révérend, alto, serio, ponderado, fué directamente al fondo del asunto. El Libertador estaba en la última fase de la tuberculosis y no cabía duda sobre el diagnóstico. En cuanto al pronóstico, era la muerte. El Dr. Révérend añadió que publicaría boletines diarios, pero que, entretanto, quienes rodeaban al Libertador no debían revelar, en sus rostros o sus maneras, lo que sabían.

Hubo un breve lapso de leve esperanza. En el nuevo ambiente las fuerzas volvieron. Bolívar pudo incorporarse y comenzó a interesarse de nuevo en todos los asuntos. Más cartas. Llamó a su secretario y dictó varios documentos sobre la política del país, sobre el pueblo, sobre el propio destino. Sólo muy de cuando en cuando descubría su debilidad diciendo: "Estoy muy enfermo." Luego se presentó la debilidad cardíaca; confundía las cosas y, engañado, se sentía optimista. Creía que un largo viaje por mar lo curaría, y pensó en las Indias occidentales.

—Iré a Jamaica a curarme.

Luego, secamente, ordenó a José Palacios que preparara el viaje.

—Bien, vamos. ¿A qué esperamos? Lleva mi equipaje a bordo. No nos quieren en este país.

Así transcurrió una semana.

El 11 de diciembre volvió repentinamente a un discurrir normal. Ahora *sabía*. Aunque manteniendo la ficción y preservando la *bienséance* hasta el final, aceptaba su condición y esperaba la muerte con plena conciencia. Pero no comunicó a nadie este conocimiento hasta que llamó a su amanuense para que le escribiera la última carta a un amigo:

Te escribo estas líneas en los últimos momentos de mi

vida para pedirte la única prueba de amistad que todavía puedes darme.

Luego, por indicación del médico, puso sus cosas en orden. Permitió que el obispo le hablara sobre la salud del alma y dictó su testamento. Luego, sólo entonces, pensó en su persona. El Dr. Révérend hizo cuanto pudo para que estos últimos momentos transcurrieran sin dolor. En una ocasión, cuando se inclinó sobre el lecho, Bolívar le habló:

—¿Por qué vino usted a América?

—Por amor a la libertad, Excelencia.

—¿Y la encontró aquí, Monsieur le Docteur?

—Desde luego, Excelencia.

—Pues ha tenido más suerte que yo.

Volvió la debilidad cardíaca; Bolívar deliraba y hablaba de ir a Francia con su médico, para vivir bajo la bandera tricolor. Luego volvió el juicio y con él la impaciencia. El humo del tabaco lo irritaba. Durante los años últimos había permitido que algunos de sus compañeros fumaran en su presencia, cosa que nunca había hecho antes. Ahora las antiguas irritaciones retornaban con fuerza. Su buen amigo el general Sarda estaba sentado junto a la cabecera, fumando una pipa. Bolívar abrió los ojos y, con voz ronca y tono conminatorio, dijo:

—Sarda, aleja esa butaca. No... más, más.

Sarda, dolido por aquel tono de mando, dijo con cierto enfado:

—Mi general, el olor del tabaco nunca le molestaba cuando era de Manuela.

El rostro de Bolívar adquirió una expresión de infinita tristeza; sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Manuela... ¡Ah, bien!...

* * *

Y Manuela estaba ahora muy alterada, porque no había habido cartas desde hacía varias semanas. Sabía lo que tardaba una carta: tenía que bajar a todo lo largo del río Magdalena

en canoa e ir luego a campo traviesa hasta donde Bolívar estaba; sin embargo, tampoco habían sido contestadas las cartas del general Urdaneta. Llegaban rumores de que Bolívar estaba muy enfermo, muriéndose. ¿Y si fueran ciertos estos rumores, si no fueran invenciones de los enemigos políticos? Bolívar le había dicho que no fuera junto a él, pero ella entendía que debía hacerlo ahora. Convino, sin embargo, con el general Urdaneta un último intento de obtener una respuesta antes de emprender el viaje. Esta vez no se llamó a un correo ordinario. Manuela acudió a Péroux de Lacroix. Era el confidente de Bolívar; su secreto *Diario de Bucaramanga* detallaba las francas discusiones que había tenido con el Libertador todos estos agitados años. Sin embargo, Péroux de Lacroix no había dejado traslucir nada. Era un hombre en el que cabía confiar. Era también amigo de Manuela y deseaba aliviar aquella ansiedad que la consumía. Partió de Bogotá al galope el 29 de noviembre y llegó a la costa antes de las dos semanas. Aquí se enteró de que Bolívar se estaba muriendo en Santa Marta. Se embarcó en una pequeña embarcación de cabotaje y llegó al puerto con el alba, cuando las campanas saludaban plañideramente al nuevo día. Se abrió paso entre los grupos que escuchaban silenciosamente y oyó la última proclama de Bolívar. Estaba siendo leída frente a la imprenta:

Colombianos:

Habéis sido testigos de mis esfuerzos para establecer la libertad donde antes prevalecía la tiranía. He trabajado sin egoísmos, sacrificando mi fortuna y mi tranquilidad. Cuando me convencía de que desconfiabais de la integridad de mis intenciones, renuncié al poder. Mis enemigos han abusado de vuestra credulidad y han pisoteado lo que yo tenía por tan sagrado: mi reputación y mi amor por la libertad. He sido sacrificado a mis perseguidores; me han traído al borde de la tumba; yo les perdono.

En este momento en que me separo de vosotros, mi corazón me dice que debo expresar mis últimos deseos. No aspiro a más gloria que a la consolidación de Gran Colombia.

Colombianos: mis últimos deseos son por la felicidad de mi país. Si mi muerte pudiera contribuir en algo a la reconciliación de las partes antagónicas para la unificación del país, iría a la tumba en paz.

Ahora hasta Manuela lo supo. La voz llegaba en el jadeante aliento de los indios que subían por los Andes y se filtraba a través de las personas que arribaban en canoas por el río Magdalena. Bolívar estaba muy enfermo y tal vez muriéndose. Manuela esperó dos semanas, sabiendo que una respuesta no podía llegar tan pronto, pero siempre con la esperanza de que llegara; luego, dejó Bogotá y, al cabo de dos días a caballo, alcanzó el puerto fluvial de Honda. Aquí preparó el largo viaje a la costa. Se contaba con una gran canoa tallada en un tronco y cuyo fondo estaba cubierto por una *tolla* de hojas de banana; se encontraron ocho remeros indios. Jonotás andaba de un lado a otro adquiriendo víveres para el viaje. Todo quedó dispuesto para el descenso. Manuela estaba a punto de embarcarse en la piragua cuando llegó un soldado sobre un caballo salpicado de barro. Saludó, buscó en su manchada casaca y sacó una carta. Era de Péroux de Lacroix y estaba fechada en Cartagena, el 18 de diciembre de 1830.

Manuela se fijó en la última frase:

"Permítame, mi bondadosa señora, que mezcle mis lágrimas a las tuyas por su inmensa pérdida."

Manuela se sentó lentamente en tierra, miró unos instantes el barroso río y, luego, a través de sus lágrimas, leyó toda la carta:

Mi respetada y afligida Señora:

Prometí escribirle y le dije la verdad. Ahora, terminada mi misión, le comunicaré la más triste de las noticias.

Llegué a Santa Marta el 12 de setiembre y partí en seguida para la hacienda, donde vi al Libertador. Su Excelencia estaba ya en un estado terrible y fatalmente enfermo. Quedé en San Pedro hasta el 16 y, cuando me fuí, Su Excelencia se hallaba ya en la última fase de la agonía.

LAS CUATRO ESTACIONES DE MANUELA

Los amigos que le rodeaban, incluido yo, no podían contener las lágrimas. Estaban con él los generales Montilla, Silva, Portocarrero e Infante; los coroneles Cruz, Paredes y Wilson; el capitán Ibarra, el teniente Fernando Bolívar y algunos otros amigos.

Sí, mi afligida Señora; cuando me fuí, este gran hombre se disponía a abandonar esta ingrata tierra y a pasar a las mansiones de los muertos, donde ocupará su sitio en la posteridad y la inmortalidad junto a los héroes que más han figurado en este mundo miserable. Lo repito, con un sentimiento que hace más profundo mi vivo dolor y con el corazón lleno de amargura, que dejé al Libertador, el 16, en agonía tranquila, pero en la que no puede durar mucho. Estoy esperando en cualquier momento la fatal noticia. Entretanto, me siento saturado de agitación, de tristeza y de lágrimas por el padre de nuestro país, el infeliz y gran Bolívar, matado por la perversidad, por la ingratitud de todos los que eran sus deudores y recibieron de él tantas pruebas de generosidad. Esta es, pues, la triste y terrible noticia de lo que yo mismo vi y que debo ahora comunicarle. Confío en que los cielos, que tienen más justicia de la que despliegan los hombres, miren ahora por la pobre Colombia...

Permítame, mi bondadosa Señora, que mezcle mis lágrimas a las suyas por su inmensa pérdida.

La carta cayó de la mano de Manuela. Una ráfaga la tomó y la arrastró en giros a lo largo de la ribera del cenagoso río. Jonotás corrió detrás del papel y lo alcanzó antes de que cayera al agua. Pero, cuando volvió para devolver la carta a su ama, Manuela había montado de nuevo y se dirigía lentamente hacia los montes, emprendiendo el regreso.

INVIERNO

Los años 1830-1856

CUARTA PARTE

PAITA

LOS FARALLONES GRISES DE PAITA

El puerto de Paita, al ancla en el yermo del desierto peruano, mira al Pacífico. Antes era una bahía en forma de media luna y la ilimitada vastedad de un mar azul y un cielo azul. La misma existencia del pueblo constituía una burla al natural ingenioso del hombre; era una localidad sin agua, sin árboles, desolada, con una desolación peor que la de más allá de Idumea. Al fondo, en la puerta zaguera que daba al desierto, había unos altos farallones de desnuda roca, gastados, agrietados y desmoronándose; más lejos se extendía el gran desierto peruano, una tierra sin lluvias abrasada por un sol implacable. Al pie de los farallones estaban las viviendas de los pobres, apenas mejores que los refugios de los trogloditas. Construidas de adobe y dispuestas sin orden alguno, las chozas recordaban los nidos de barro de las golondrinas de establo.

La misma Paita —la "Payta-town" de los balleneros norteamericanos— era una sola calle y un muelle. A ambos lados de la calle se alineaban comercios y viviendas, edificios de uno o dos pisos, construidos como cestas de mimbre con caña entretrejida, revestida de una delgada capa de barro y otra de pintura de diversos tonos. Las paredes de las casas eran delgadísimas y tan frágiles que cabía con un poco de presión pasar la mano por ellas. La única calle estaba recubierta de un polvo gris; el transeúnte levantaba con cada paso una nube del color de la piedra pómez, que dejaba una película sobre todas las cosas, vivas o muertas. Hasta las almas parecían del color del polvo. Los únicos otros seres vivos de Paita, fuera de la escasa población

y de unos cuantos árboles achaparrados y raquíuticos, cuyas existencias se mantenían con baldes de agua sacrificados, eran legiones de repugnantes buharros negros y miríadas de termes de vientre blanco.

Sin embargo, Paita tenía algo de un nirvana. No conocía ni primavera ni otoño; sólo ofrecía el invierno al espíritu. Había allí una monotonía eterna que procuraba a quienes no conocían otra cosa el alivio de un narcótico; a quienes venían de afuera, quebrantados de cuerpo o alma, proclamaba un misericordioso adormecimiento. Más allá del alcance del tiempo, Paita nada sabía de las mejoras que el tiempo procura.

Había sido fundada en el alborear del Nuevo Mundo por Francisco Pizarro, como puerto para desembarcar las armas que precisaba la conquista del Inca. Pero el discurrir del tiempo no había dejado huella en el pueblo; las conflagraciones periódicas y los termes cuidaban de que fuera así. Como puerto más septentrional del Perú, había sido en el fecundo pasado el lugar donde desembarcaba con su séquito cada nuevo virrey; las corrientes eran muy fuertes y el viaje hacia el sur por tierra ahorra una navegación interminable. Luego, Paita se convirtió en el puerto de las poblaciones que estaban más allá del desierto. En 1835, en uno de sus periódicos sollevamientos, quedó transformada en el último puerto de escala de los balleneros. Los barcos que salían de New Bedford se avituallaban aquí; el agua traída en barriles de puntos a cien kilómetros en el interior pasaba a bordo para la larga navegación por el Pacífico.

También era Paita una especie de limbo para los expatriados. Las revoluciones y contrarrevoluciones que convulsionaban a las nuevas repúblicas confinaban en Paita a muchos políticos. Su aislamiento y su desolación hacían de ella una Elba ideal; estaba a casi mil kilómetros de Lima, por lo que el Gobierno ejercía sobre ella una jurisdicción meramente nominal. Estaba también a escasa distancia de los puertos del Ecuador. Los contactos que tenía con el mundo exterior eran los que proporcionaban los balleneros y las pequeñas embarcaciones de cabotaje que a los

balleneros abastecían. Nada había allí que despertara al ogro de la política; Paita estaba tan cerca de la muerte como puede la vida estarlo.

Allí donde el destartado muelle entraba en la única calle de Payta-town, había un edificio muy conocido de los balleneros norteamericanos. Estaba curiosamente ladeado y, a través de las grietas de su argamasa mostraba el tejido de caña como las costillas de una ballena desollada. Se ofrecían aquí a la venta toda clase de cosas preciadas por los marineros, pero el cebo principal estaba constituido por el tabaco, en hoja, en cigarrillos o en largos y fortísimos cigarros. Sobre la entrada había un letrero, absurdamente ladeado, como los edificios de Paita:

TOBACCO

ENGLISH SPOKEN

MANUELA SÁENZ

Manuela se sentaba a la puerta, haciendo labor de punto. Los bien modelados dedos, todavía bonitos, aunque no tan cuidados como en el pasado, se movían ágiles entre los hilos y formaban un bello dibujo. El peinado no había cambiado; las dos trenzas de lustroso pelo formaban una especie de tiara y, como siempre, había allí una flor natural, ahora una rosa, traída de cuando en cuando, nadie sabía cómo, por un maduro galán.

El rostro de Manuela todavía impresionaba, a pesar de que el correr del tiempo había dado cierto grosor a la barbilla. Los ojos negros todavía tenían un intenso brillo, aunque habían perdido su expresión maliciosa. Se observaba ahora una placidez que transformaba a toda la persona. Manuela parecía disfrutar de una completa paz. La rueda de su fortuna había dado un giro completo. En este día de octubre de 1837 había adoptado una decisión irrevocable: permanecería en el destierro. Había rechazado un salvoconducto para volver al Ecuador:

Un terrible anatema del infierno, comunicado por Rocafuerte, me tiene a mí lejos de mi patria y de mis amigos.

Lo peor es que mi fallo está echado: no regresaré al suelo patrio, pues usted sabe, amigo mío, que es más fácil destruir una cosa que hacerla de nuevo.

Así escribió al general Flores, a quien más adelante, en carta sobre temas políticos, dijo: "Estoy muy contenta con la paz... Muy contenta con la paz... Había dejado atrás el fuego y esto originó una alteración en su carácter. Se sentaba sola en su oqueque para ella tenía valor. ¿Qué había producido esta transformación? Era la experiencia de las llamas, pues había sido quemada en la pira de la opinión humana. Ahora, con Simón Bolívar muerto y su nombre execrado en todas partes, sólo podía decir: "Mientras vivió, amé a Bolívar. Muerto, lo venero."

Porque no solamente había perdido a Simón Bolívar, cuando éste murió en 1830, sino también un modo de vida, una dirección, un objetivo. Su mundo pareció hacerse pedazos el día en que recibió la carta con la noticia de la muerte. Hizo que sus criadas le trajeran la más mortal de las serpientes, la terrible *fer-de-lance*. E indujo al reptil a que la mordiera, como lo deseaba, en el hombro derecho.

Llegué a Guaduas de noche —escribió Boussingault—, y el coronel Acosta, en cuya casa paré, salió gritando diciéndome que Manuelita se estaba muriendo, que había sido mordida por una de las serpientes más venenosas.

¿Era un intento de suicidio? ¿Quería morir como Cleopatra?

Fuí a su casa y la encontré tendida en un sofá, con su brazo derecho colgando e hinchado hasta el hombro. ¡Qué hermosa era Manuelita!

Apenas fué mordida, le hicieron beber ron caliente. Es un remedio empleado por los naturales del país, porque se cree que la embriaguez detiene la acción del veneno. Yo apliqué una cataplasma al brazo... Manuelita se durmió y al día siguiente estaba bien. La dejé convencido de que había intentado deliberadamente quitarse la vida.

Bogotá era un purgatorio para Manuela. Desaparecido el Libertador, sin miedo a sus represalias, los ataques llegaban de todas partes. Unos cuantos meses después de que Bolívar fuera sepultado en la cripta de la Catedral de Santa Marta, su antiguo enemigo Santander volvió a Bogotá... y al poder. Los amigos aconsejaron a Manuela que abandonara la ciudad. Manuela vendió sus joyas por sólo mil pesos y se trasladó con todas sus cosas a Guanacas del Arroyo. Pero este traslado no mitigó los recelos que inspiraba su recia personalidad; Santander sospechaba que los opositores se congregaban en torno a la odiada mujer. No se puso fin al derramamiento de sangre. Todos aquellos de quienes se sospechaba que conspiraban contra el nuevo Gobierno fueron juzgados sumariamente... y fusilados. Ni la misma Manuela pudo escapar a la persecución. Fué acusada abiertamente:

Dicen que mi casa, donde vivo ahora, en la Sabana, es lugar de cita de todos los descontentos. ¿Debo preguntar a mis amigos cuando me visitan si están contentos o descontentos?

Santander me atribuye un valor inimaginable, al decir que soy capaz de los más monstruosos engaños.

Lo que soy en realidad es un carácter formidable, amiga de mis amigos y enemiga de mis enemigos; no tengo nada de común con ese miserable Santander.

Todo esto era muy sagaz, pero lo hubiera sido más si Manuela no lo hubiese dicho. El 1º de enero de 1834, Santander firmó el decreto que la desterraba. Le dió tres días para abandonar Bogotá. ¡Manuela contra los dioses! No podía durar mucho. Resistió, pero un pequeño ejército de corchetes, soldados y presos se apoderó de ella, la empaquetó y, al poco tiempo, en unión de sus esclavas, fué llevada, todavía con su uniforme de húsar, escoltada por fuerte guardia, río Magdalena abajo.

Fueron los largos días pasados en el calabozo de Cartagena, durante los primeros meses de 1834, los que provocaron la primera metamorfosis de Manuela. Las paredes, las celdas y las rejas nada habían significado hasta entonces para ella; siempre

había podido eludirlos y hasta pasarlos a través. Había habido siempre algo por lo que luchar; fuera, en algún sitio, estaba Simón Bolívar. Ahora la prisión resultaba inexpugnable. La fortaleza, construida en el siglo XVI, estaba en una lengua de tierra, fuera del alcance de las estratagemas de Manuela. Estaba aislada, sola, abandonada, sin ayudas ni esperanza. Cuando llegó un barco inglés y se la llevó, se vió camino de Jamaica, desterrada a perpetuidad de su tierra natal. En la verde isla se encontró con Maxwell Hyslop, el antiguo amigo de Bolívar, quien había ayudado al Libertador en su destierro de veinte años antes. Ahora ayudó a Manuela. Pero no había aquí felicidad para ella, nada que la sujetara; sentía la nostalgia de su patria. El 6 de mayo de 1835 se dirigió a su viejo amigo el general Flores, Presidente del Ecuador:

Espero que ésta llegue a sus manos desde esta isla. Le escribí muchas veces desde Bogotá, pero sin la menor de las respuestas. Como sabe, mi mala letra es famosa...

Pero ahora los tiempos son duros. Existe en mis manos su correspondencia íntima con el Libertador y pienso hacer completo uso de ella. Mucho trabajo me costó salvar estos papeles el año 1830, y estos papeles siguen siendo mi propiedad, muy mía... Ya sabe las reglas de mi conducta. Ya sabe cómo gobierno mi vida, y este es el camino que seguiré hasta la tumba. *El tiempo me justificará.*

Nadie me escribe ahora. Y usted me ve sola en esta isla, abandonada por mi familia. Siempre recuerdo con agrado nuestra vieja amistad, y en su nombre le pido que me ayude...

Había más de una amenaza implícita en esta carta, y Flores sabía muy bien lo que Manuela quería decir. Tenía en su poder una fastidiosa correspondencia. La carta de Manuela era de súplica, pero al mismo tiempo encañonaba con una pistola cargada al hombre que, por la fuerza, se había impuesto en el Ecuador. En aquellos mismos días, el hermano de Manuela, el general José María Sáenz, era el enemigo de Flores. Se había opuesto a

la secesión del Ecuador de la unión con Gran Colombia, había levantado bandera de rebeldía y se había proclamado adversario del nuevo Presidente. Mientras Manuela escribía su carta, su hermano caía bajo las balas de un piquete de ejecución.

Manuela recibió en Jamaica una carta de invitación para volver a su país natal, un pasaporte y un salvoconducto firmado por el general Flores. Cansada de sus viajes homéricos, desembarcó una vez más, en octubre de 1835, en el puerto tropical de Guayaquil. ¡Cuántas veces había hecho ya la jornada entre la húmeda costa y los Andes! ¡Y en qué condiciones tan diversas! Cada episodio importante de su vida se relacionaba con aquellas montañas. Por este camino abierto por tantas pisadas había bajado, escoltada por frailes, cuando fué expulsada del Convento de Santa Catalina. Por aquí había subido, con lucido séquito, en 1822, de regreso a Quito y a encontrarse con Bolívar. Por aquí había subido también en 1827, después de su destierro de Lima. Y ahora tomaba de nuevo este camino. Lo conocía muy bien.

Llegó a la aldea montañesa de Guaranda, a las sombras de un glaciar, pero no siguió más adelante. En la noche del 9 de octubre —recordaba la fecha perfectamente— golpearon furiosamente la puerta de la casa donde paraba. Fueron golpes tan fuertes que despertaron al sereno e hicieron ladrar a todos los perros. A la luz de las antorchas Manuela vió en la puerta a varios soldados con la bayoneta calada. Un señor, con una pesada capa española y un panamá de anchas alas, hizo su propia presentación:

—Antonio Robelli, a sus órdenes... El Gobierno central me ha encargado que detenga su viaje a Quito. Tengo también la orden de hacerla volver al punto de donde procede. Le ruego, pues, que se ponga inmediatamente en camino de Guayaquil...

Y con esto... el decreto oficial del destierro. Durante su viaje desde Jamaica, Flores había sido depuesto y el nuevo presidente no quería saber nada con Manuela:

Acaba de saber el Presidente, de un modo muy positivo, que la señora Manuela Sáenz, que ha llegado de

Jamaica a Guayaquil, se ha puesto en camino para los pueblos del interior y ha protestado hacer suya la causa de su hermano, el General Sáenz, que murió en el año 1834, combatiendo contra el Gobierno legítimo, el perdonar sacrificio alguno, por costoso que parezca, sin satisfacer su temeraria venganza. Aunque el Presidente despreciaría semejantes especies, como eran de despre- ciarlas en circunstancias menos complicadas que las presen- tes, se ve obligado, en obsequio de la tranquilidad pública, a prevenirme diga a usted que, hasta tanto se consolide el orden que acaba de establecerse, haga regresar a Guayaquil a la precitada señora Sáenz, de dondequiera que esté, bien entendido que el Señor Gobernador de aquella provincia, al que se comunicarán las órdenes sobre este particular, le impondrá el deber de salir del país a la prontitud posible.

Manuela quedó bajo custodia e hizo su última resistencia. Se revolvió con furia, pero una vez más, como en el calabozo de Cartagena, sólo pudo oír los ecos de su frenesí. Los soldados se apartaban prudentemente, mientras aquella mujercita se paseaba por el piso de barro, golpeando sus botas con una fusta con puño de plata. Hizo un último intento, escribiendo a su amigo el general Flores:

Ayer salí para Cusuchie y hoy, obedeciendo las órdenes del Gobierno, tengo que volver. Ud. sabe por la copia que acompaño con esta carta que la orden ha debido de ser dictada por un borracho y firmada por un imbécil. ¿Qué razón existe para esta canallada, basada en el argumento de mi antigua conducta? La obedeceré con gran dolor. Seré sumisa a Ud. y sólo a Ud. y con esto me despido.

La continuidad eterna del sol, del polvo gris y de una adormecedora monotonía había procurado la tranquilidad a Manuela en Payta-town. Esta metamorfosis, como todas las variaciones fundamentales en un carácter, fué un cambio lento, casi imperceptible. Llegó la pobreza, y Manuela le hizo frente con sereno coraje. Muchas de sus cosas estaban todavía en Bogotá; vendió

sus últimas joyas y sus ropas —no las necesitaría en Payta-town—, y, con lo que sacó, alquiló aquella desvencijada casa de mimbres y abrió en ella un pequeño almacén. De todo su séquito de esclavas y criadas, sólo tres optaron por desterrarse con ella. Jonotás, la indomable Jonotás, fué tragada por la oscura corriente de la vida, lo mismo que Natán. Una a una, sus otras esclavas fueron vendidas, recuperaron su libertad, se fueron, murieron. Ahora sólo quedaban Juana Rosa, con su gran corazón y un afecto casi de madre por su ama, y dos negritas huérfanas, Dominga y Mendoza, criadas a las que la compasiva Manuela no se decidió a abandonar en Colombia.

Llegaban noticias y rumores, pero, en el polvo gris del ambiente, las reacciones de Manuela eran muy apagadas. Quien no había sabido nunca distinguir entre una persona y un argumento aceptaba ahora los acontecimientos de la vida como una cruel enfermedad por la que hay que pasar. En 1837 se enteró de que su viejo amigo De Lacroix, el que le había enviado la fatal carta sobre la muerte de Bolívar, se había ido... Desterrado y sin dinero, se había hundido en la pobreza y la ignominia y acabó saltándose los sesos en una guardilla parisiense. Luego, fué Pepé Paris. Un brazo herido... la gangrena... la amputación... Y el amable Pepé fué recogido por la Madre Tierra.

Durante todo este tiempo, Manuela hacía su interminable labor de punto y vendía sus espantosos cigarros negros.

Llegaron también noticias de Lima; procedían de su antiguo amigo y corresponsal Cayetano Freyre. De nuevo a bien con el Gobierno, era ahora un abogado; estaba al tanto de cuánto pasaba en Lima. Algunas de las noticias se referían al marido de Manuela; al fin y al cabo, seguía legalmente casada con James Thorne. Don Jaime había sido primeramente albacea testamentario de los bienes de su extinto amigo el general Domingo Orué; pronto, como fuera, quedó convertido en dueño del gran ingenio azucarero del difunto; era ahora un hombre muy rico. Tenía mucha intimidad con la viuda del general, y los hijos que ésta tenía ahora eran indudablemente del marido de Manuela...

Ahora bien, si Manuela, que seguía siendo la esposa legal... ¡No, no! Manuela no tenía ya interés alguno en las cosas de su marido.

Había terminado con todo eso.

Después de 1837, Manuela ya no necesitó escribir en sus cartas: "Nunca sucede nada en este miserable puerto." La bahía en media luna estaba ahora casi siempre llena de balleneros de New Bedford. Paita era el último puerto de estos barcos que, en persecución de la ballena, se abrían paso por las inmensidades del Pacífico. Encontraban en Paita agua traída a lomo de mula desde las montañas, algunas verduras frescas, tal vez algún venado y tabaco; todos los balleneros paraban aquí. Había, desde luego, deserciones, riñas y muchas borracheras; la cárcel de Payta-town tuvo que ser ampliada, pero aun así resultó insuficiente para contener el alud. Todo esto y las protestas de los propietarios ante el Gobierno de Washington por el exorbitante costo de avituallar a los barcos en Paita, hicieron que llegara un representante oficial de los Estados Unidos. El 1º de julio de 1839, Alexander Ruden, de Cincinnati, sacudió el polvo gris de su alto sombrero de copa, se instaló en un pequeño edificio infestado por los termites y puso en la puerta un letrero: *American Consul*.

Alexander Ruden —la gente del pueblo le llamaba Don Alejandro— llegó muy joven al escenario sudamericano; fué por mar a Chile y se desplazó hacia el norte, a la busca de algo digno de su esfuerzo. Aprendió un poco de español y adquirió los conocimientos necesarios sobre barcos y grasas de ballena. Luego, a los veintinueve años, fué nombrado cónsul norteamericano en Paita; iba a permanecer allí dieciséis años, hasta que la industria ballenera comenzó a decaer. Fué, como cónsul, bastante diligente, aunque hay una queja sin fecha, enviada al Presidente de los Estados Unidos por el capitán de un ballenero, en la que se dice: "El Sr. Ruden está tan metido en transacciones comerciales, que no atiende los asuntos del Consulado." Para Alexander Ruden, Paita fué menos difícil gracias a la presencia de Manuela Sáenz. Conversaban entre sí en inglés, y Manuela le ayudaba en las

gestiones con las autoridades locales y le hacía traducciones cuando el español resultaba demasiado engorroso.

La desterrada fué de gran ayuda cuando el cónsul tuvo el conflicto del *Acushnet*, un ballenero de 358 toneladas procedente de New Bedford. Echó el ancla en Paita a mediados de noviembre de 1841 y, antes de que las velas fueran recogidas, la mayoría de sus veintiséis tripulantes desembarcaron en actitud levantisca y se dirigieron al consulado. Eran cosas de su capitán, un lobo de mar ordenancista que los trataba como criminales. A todas las quejas y protestas replicaba con el pasador de hierro, administrado generosa y convincentemente.

Fueron tres días muy agitados; hubo peleas en las calles con intervención de los serenos. El segundo oficial desertó y el capitán reclamó exasperado protección legal para las pertenencias del barco. Manuela Sáenz, con su experiencia de cárceles y encarcelamientos, fué invitada a ayudar en la redacción de los documentos legales por parte de las autoridades locales. A la temblorosa luz de una vela, con los alados termites describiendo erráticos círculos en torno a la llama. Manuela fué vertiendo al español el salobre inglés de los marineros del *Acushnet*.

Uno de los últimos en prestar testimonio fué un joven callado y de ojos grises. Tenía veintidós años, y su nombre, cuando fué consignado en el documento, no dijo a Manuela más de lo que dijo a los compañeros: Herman Melville. Pero después, mucho después, cuando la fama lo cortejó y luego lo abandonó, se acordó de Manuela. "Humanidad, recio ser, te admiro, no en el vencedor coronado de laureles, sino en el vencido." Y pensó en el gris opaco de Paita y en Manuela montada en los cuartos traseros de un burro: "...entraba en Payta-town montada en un borriquillo gris, con la mirada fija en las paletillas, en el juego de la cruz heráldica de la bestia..."

"Si el tiempo pudiera detenerse...", había dicho Manuela en una ocasión, cuando, en una expansión del sentimiento, quiso retener un momento delicioso. "Si el tiempo pudiera detenerse..." Sin embargo, el tiempo se detenía en Paíta. ¿O era que la espantosa monotonía del lugar se imponía al tiempo? Manuela sólo se daba cuenta de esto cuando llegaban noticias del exterior, siempre con gran retraso. Uno a uno, sus amigos y sus enemigos desaparecían. El general Rafael Urdaneta, manteniendo las convenciones hasta el final, expiró con la gracia de un caballero, excusándose ante el arzobispo, que cuidó su alma, de morir en su presencia. "¡Hágalo, por favor, hágalo!", exclamó el príncipe de la Iglesia, agitando su enojada mano izquierda. Santander, el alma de escribano, había desaparecido hacía tiempo; fué immortalizado en el recuerdo de Manuela únicamente por su nombre, asignado a uno de los gatos de la casa de mimbres. En 1846 tocó el turno al general La Mar, el que había combatido en la batalla de Ayacucho, el último de los famosos generales en el destierro. Los restos de La Mar tocaron brevemente en Paíta, y Manuela dió cuenta del suceso: "Hay aquí un barco de guerra con los restos del general La Mar, que el señor Otoyá trae de Costa Rica."

* * *

Los años asaltaban a Manuela en vano; parecía sin edad, como la misma Paíta. Su esbelto y sinuoso cuerpo, al que había hecho duro y firme una vida activa, mantenía a distancia los asaltos del tiempo. Su piel conservaba la blancura del alabastro, la carne seguía firme y los ojos negros lleno de brillo. Sólo de cuando en cuando aparecía alguna cana en el negror de obsidiana de los cabellos. Pero pesaba más el invierno gris de la pobreza. Manuela apenas podía sostenerse. No podía llegar a un arreglo para que el Gobierno de Bogotá le devolviera sus cosas, y con Quito

las relaciones eran todavía peores. La parte de los bienes de su madre, por la que había luchado con tanta tenacidad, seguía en un embrollo jurídico. Aun con buenos amigos allí, no podía liberar el dinero que le pertenecía, y el dinero no llegaba. Lima no tenía nada para ella. Aunque con derecho a una pensión como poseedora de la Orden del Sol, su nombre era todavía un anatema para las autoridades limeñas. Pero Manuela no se entregó: vendía ristras de ajos, medía los granos de arroz, distribuía tabaco y cigarros, actuaba de consejera de jóvenes y viejos y, como fuera, conservaba su eterna juventud.

Cuando llegó el desastre, tuvo un origen inesperado y trivial. Manuela había desafiado los horrores de la selva y de los Andes; había pasado por guerras y revoluciones durante más de la mitad de su vida; había sobrevivido a la cárcel y al destierro. Ninguna de estas pruebas había dejado marca alguna en ella. Su vida se acercaba al medio siglo cuando, al bajar por las inclinadas escaleras de su infestada casa, cedió un escalón devorado por los termites. Manuela rodó por toda la escalera. Fué llevada arriba, donde quedó tendida hasta que un médico, obtenido con dificultades en Piura, a bastantes kilómetros de distancia, pudo atenderla. Los días de actividad habían terminado. Manuela se había dislocado una cadera. Ya no podía montar ni caminar. Quedaría para siempre confinada en su hamaca.

Sentía todavía el dolor de la caída cuando le llegó la noticia. Estaba escribiendo a un amigo y ya no pudo escribir más:

A 11 de agosto de 1847.

...no le escribo otra haora pr. que estoi enferma con la notisia del horrible asesinato de mi marido, pues aun que no vivía con el no puedo indiferente aeste lamentable suseso. Ya he mandado a Lima a que bean lo que se pueda haser y tamién los documentos que tenia. Mi cabeza esta muy fatal con este suseso.

Era verdad. El 19 de junio de 1847, una banda de enmascarados sorprendió al viejo James Thorne paseando con su querida,

cayó sobre ellos y mutiló horriblemente los cuerpos. Nadie supo quién había matado al inglés y a Ventura Concha, ni por qué. Cabe que fuera un drama de celos, porque Thorne llevaba varios años viviendo con la viuda del general Orué, de quien había adquirido vastas tierras. O cabe que los asesinos fueran alquilados para vengar el apoderamiento de estas tierras, que parientes más cercanos consideraban como propias. El hecho sigue siendo un misterio. Todo lo que se supo fué que James Thorne había muerto dejando muchos bienes. Cayetano Freyre fué alertado en seguida para que actuara en nombre de Manuela. Esperó que se registrara el testamento y obtuvo una copia del documento. Thorne, indudablemente hombre probo, había pensionado en él a Manuela. Le dejaba precisamente los ocho mil pesos que el suegro le había dado como dote más los intereses de los años transcurridos. Esto era todo.

Sin embargo, esta suma hubiera sido un maná para Manuela. Estaba ahora hundida en la pobreza, inválida por la caída, tendida perpetuamente en su hamaca, que sólo podía abandonar con la ayuda de dos personas. Este dinero hubiera procurado cierto alivio a su vida.

Pero no había contado con la malevolencia de sus enemigos. El albacea de la herencia de su marido era el capitán Manuel Escobar, a quien Manuela había inspirado en el pasado un odio implacable. Por medio de Cayetano Freyre, la viuda pidió sus ocho mil pesos... y se los negaron legalmente. Se presionó. Cuantos conocían en Paíta la extrema pobreza de Manuela suscribieron documentos atestiguando lo mucho que se necesitaba ese dinero. Pero estos documentos, presentados al tribunal de Lima, sólo sirvieron para acrecentar la oposición. "Por muy doloroso que sea recordar estos sucesos de su vida pasada, es preciso indicar que la mujer que se separa de su consorte y entabla relaciones públicamente, de un carácter reprobado, con otra persona, pierde entre otras cosas el derecho a la dote. Todo el mundo sabe que doña Manuela incurrió en este defecto lamentable y que sus procedimientos en esta parte fueron tan patentes,

tan públicos y tan generalmente reconocidos, que ni su mismo apoderado los negara, ni tampoco existe en esta ciudad un solo individuo que los desconozca." Así hablaban los documentos legales en interminable dilación, mientras Manuela se hundía lentamente en la penuria.

Manuela Sáenz había envejecido repentinamente.

"EL TIEMPO ME JUSTIFICARÁ"

Llegó como un solaz en su pobreza, suavizando los desabridos vientos invernales de su alma; llegó como un símbolo de la plenitud de su vida y como una vindicación de cuanto había hecho y dicho. Llegó de un modo que nada tenía de extraño en un mundo sin ley natural, que sólo tenía consecuencias naturales, que con tanta frecuencia sintetizaba las cosas en un retorcimiento irónico. Simón Bolívar había encontrado su gloria.

Había transcurrido lentamente una década desde que Simón Bolívar había sido sepultado en la Catedral de Santa Marta, con un cedido camisón de noche como sudario. No se le otorgaron honores, y el gobernador de Maracaibo pareció hablar por todos cuando lanzó su anatema: "El espíritu del mal, el autor de todas nuestras desdichas, el opresor de la nación, ha muerto." Y se ordenó que el nombre de Simón Bolívar fuera extirpado de la memoria humana. Sólo quedaban unos cuantos amigos que defendían abiertamente su pasada gloria; eran muy pocos los que, como Manuela, se atrevían a desafiar a las autoridades. Manuela, sólo Manuela, para quien su amor por él era una fe, tuvo el valor de protestar contra la degradación pública de tan gran hombre: "Nunca morirá... Todos tendrán al Libertador como un santo. Yo misma, si fuera tan floja que le sobreviviera, haría de él mi santo."

Ahora, con la emoción de la distancia, observaba la transfiguración de su Simón. Veía desde lejos la deificación. Durante doce años, las hermanas de Caracas suplicaron que se les permitiera llevar los restos del Libertador al hogar de su infancia;

siempre se rechazó esta petición. Finalmente, en 1842, el Gobierno cedió; fué concedido el permiso. Y de la noche a la mañana, en todas las tierras que lo habían conocido, el pueblo se dejó llevar espontáneamente por un frenesí sentimental. El traslado de los restos constituyó un acontecimiento internacional. Barcos de guerra de muchos países saludaron con salvas los restos, cuando éstos fueron colocados a bordo del navío que debía conducirlos a la tierra natal. Las calles de Caracas presenciaron el más impresionante cortejo de toda su historia. Quienes habían calumniado a Bolívar en vida lo honraban ahora en la muerte, llevando el féretro sobre sus hombros por las empedradas calles.

Luego vino la idealización. Quienes escribieron sus alabanzas se olvidaron de que, hacía muy poco tiempo, había sido un hombre en vida y, como un vasto paisaje de muy diversos climas, un hombre de muchas contradicciones. Ahora se idealizaba cuanto se relacionaba con su vida; estaban ya en acción las fuerzas de la mitogénesis. Sobre todas las tierras bolivarianas se estaba desarrollando el proceso de la santificación. En la gran plaza de Bogotá, donde Manuela había destruído en 1830 una horrible caricatura del Libertador, los colombianos erigieron a Bolívar un monumento que era obra del famoso escultor italiano Tenerani. Los monumentos surgían como los hongos en todas las tierras que habían sido el crisol de las derrotas y la gloria del héroe.

En un principio, Manuela sintió una emoción agridulce cuando se enteró de cómo Bolívar era alzado a la posición que ella nunca dudó que se le atribuiría un día. A medida que las noticias de cuanto estaba sucediendo llegaban a Paita, Manuela comprendía mejor lo que la transfiguración de Bolívar significaba para ella. Para los idealizadores, se había convertido en la gran mancha de la vida del héroe; estaba siendo inmolada a la musa de una historia deformada. No sabían cómo abordar estos desconcertantes amores; incapaces de comprenderlos o de percibir su fuerza, encontraban más fácil pasar por alto los ocho espinosos años. ("La escandalosa historia de esta mujer es bien conocida,

así como su carácter arrogante, inquieto y audaz.") Manuela manchaba la memoria del gran hombre. Manuela, pues, debía desaparecer.

A medida que la estrella de Bolívar ascendía, la de Manuela declinaba. La que había sostenido al Libertador durante sus años de trabajo, la que le había salvado la vida, la que le había amado con una entrega completa de alma y cuerpo, sin reservas, sin condiciones, transformando su amor en una fe; la que había luchado por preservar la cara memoria y había sido desterrada por su tenacidad en esta lucha, esta mujer, esta Manuela, tenía que desaparecer para que no desentonara en el deformado retrato que los apologistas estaban pintando del héroe.

Había, sin embargo, un viejo amigo que no suscribía esta campaña de silencio. Sabía lo que Manuela había significado para Simón Bolívar y no tenía la menor intención de expurgarla de su biografía. Era el general Daniel O'Leary. En 1847 estaba de nuevo en Bogotá, como cónsul general de Gran Bretaña, y preparaba una biografía de Simón Bolívar basada en sus cartas públicas. Iba a ser la fuente literaria de la gloria del Libertador, y, como Manuela tenía muchos documentos que no estaban en las colecciones de O'Leary, fué buscada en Paita. Manuela escribió sus recuerdos personales de lo que había sucedido durante aquella dramática noche del 25 de setiembre para las memorias de O'Leary. Y luego, atendiendo un ruego del irlandés, reveló a éste el escondite de los papeles que tenía en Bogotá y le permitió que examinara el cofre que contenía todas las cartas de aquellos ocho años de sus amores:

En cuanto a su petición de un autógrafo de Bolívar —escribió O'Leary a un amigo—, que le envió ahora, me ha oído hablar indudablemente de Doña Manuela Sáenz, la pródiga y querida amiga del General Bolívar. En estos días ha sido puesto en mis manos en Bogotá un cofre revestido de cuero que contiene muchos cientos de cartas que envió a Doña Manuela su ilustre amante, algunas escritas de puño y letra. Sólo he tenido tiempo para reco-

rrerlas muy rápidamente. Según lo revelan estas cartas, nunca hubo amante más fervoroso y apasionado y, sin embargo, se trasluce también un profundo afecto por ella y cierta preocupación por la ilicitud de sus relaciones...

Luego, después de haber retirado del cofre lo que necesitaba, O'Leary envió las cartas por correo especial a Manuela Sáenz, en Paita.

* * *

Después de todos estos años, Manuela tenía de nuevo las cartas en su poder. Y con ellas fué encontrada, recostada en su hamaca, cuando un viejo amigo subió penosamente por las escaleras medio devoradas por los termites.

—¿Vive aquí la Libertadora?

Y desde el interior llegó una voz conminatoria:

—¡Adelante! ¿Quién desea hablar con la Libertadora?

Entró Simón Rodríguez. En el ocaso de su vida se las arregló para estar junto a Manuela. Tenía ahora ochenta años; conservaba sus mejillas rosadas y el cabello blanco formaba un halo alrededor de su cabeza. Sólo sus ropas hablaban de los mil infiernos por los que había pasado. Cuando murió su ilustre discípulo, publicó a su costa una *Defensa de Simón Bolívar*, en la que, como Manuela, defendía con vehemencia la vida pública del Libertador. Tras lo cual se le pidió que abandonara sin demora el Perú. Se fué a Quito, donde el Gobierno lo contrató para que enseñara su nuevo sistema educativo, pero se olvidó de pagarle los veinte pesos mensuales. Se fué hacia el norte, a Ibarra, donde organizó una fábrica de velas, pero, como dedicaba más atención a las mujeres que a sus intereses, no tardó en quebrar. Ideó seguidamente un plan para colonizar el curso superior del Amazonas, pero, por fortuna para él, el grandioso proyecto se evaporó antes de que pudiera colocar sus viejos huesos sobre una mula. Finalmente, en Latacunga, organizó una fábrica de pólvora, como artículo de uso general, pero, apenas satisfecho su primer con-

trato, el establecimiento voló una noche. Esto señaló el fin de sus actividades durante su fabuloso paso por este mundo; no quería ya saber nada de nada. Puso sobre una mula las cosas que había logrado salvar de sus aventuras y partió para Paita. Encontró una cabaña en las inmediaciones, en la aldea de Amotaje, en pleno desierto. Se ganaba aquí la vida escribiendo cartas; cuando podía, montaba en una mula y acudía a visitar a Manuela.

* * *

Manuela tenía ahora una dignidad de matrona. Había engordado y su cabello estaba entrecano; sin embargo, su rostro, a pesar de los años y la pobreza, conservaba su juventud. Cuando podía ser movida, se sentaba "en una mecedora como una reina en su trono". Aceptaba los obsequios de los vecinos con una orgullosa dignidad. Tal era su medio de vida; vivía de la piedad de los vecinos de Paita, esa piedad que es el más grato de los sentimientos para quienes no tienen mucho orgullo o perspectivas de grandes conquistas. Pero Manuela no permitía que esta piedad la abrumara. Su discurso seguía siendo fácil, correcto, sin pretensiones, con una ironía que pasaba por encima de sus sencillos benefactores. Era un día gris de diciembre y Simón Rodríguez lo compartía. Juntos pasaban sus años invernales estos dos enamorados de Simón Bolívar; juntos leían las cartas que les hablaban del pasado.

Así estaban un día de 1851, cuando un caballero subió por las desvencijadas escaleras y preguntó por la Libertadora.

—¡Adelante quien desee hablar a la Libertadora!

Era un hombre de aspecto distinguido, con ojillos azules, larga nariz, cabello soleado y nutrida barba. Hablaba bien el castellano, pero con el acento preciso de un extranjero. Se llamaba Giuseppe Garibaldi. Estaba febril, y Manuela despejó de cartas un gran canapé tapizado con cuero e insistió en que el visitante se recostara. Aquel nombre no le era enteramente desconocido. Sabía que Garibaldi había luchado por la libertad del Uruguay

y había estado al frente de la Legión Italiana ante los muros de Roma; luego, vencido, buscó sucesivamente refugio en Tánger y Liverpool y, finalmente —"aunque nadie me quiere"—, en la isla Staten, donde había fabricado velas. Se dirigía ahora a Chile, pero estaba sufriendo con las fiebres contraídas en Panamá. Cuando el barco hizo escala en Paita, se enteró de que Manuela estaba allí y quiso oír de los propios labios de ella los detalles íntimos de la vida de Bolívar. Garibaldi, en su grandeza posterior, recordaba aquel día:

Desembarcamos en Paita, donde pasamos el día. Fuí amablemente recibido en la casa de una afectuosa dama que estaba clavada al lecho por un ataque de parálisis que le impedía el uso de sus miembros; pasé la mayor parte del día en un sofá, junto al lecho de la dama...

Doña Manuelita de Sáenz era la más amable y cortés matrona que haya visto jamás. Había disfrutado de la amistad de Bolívar y conocía los más minuciosos detalles del gran Libertador...

Después del día pasado con Manuelita, que, por contraste con tantos otros pasados con dolor y debilidad, puedo llamar delicioso —como pasado en la interesante compañía de esta inválida—, me despedí de ella muy emocionado. Los dos teníamos lágrimas en los ojos, sabiendo con seguridad que era nuestro último adiós en esta tierra.

El año 1854 fué malo para Manuela. Había mantenido correspondencia con el general O'Leary, llenando los días con los recuerdos del pasado, añadiendo sus propias reseñas de aquellos agitados años. Y este irlandés que veneraba a Bolívar había terminado sus memorias, en veintinueve volúmenes: doce, según explicó a Manuela, iban a ser de la correspondencia de Bolívar, catorce de documentos y dos de narración. El volumen final, el apéndice, sería aquel en el que ella aparecería. Pero, cuando las autoridades de Venezuela, que iban a imprimir toda la obra, vieron aquellos pasajes que detallaban los amores de Manuela

con el Libertador, se horrorizaron y suprimieron el volumen. En Bogotá, un gran legajo de papeles, titulado *Correspondencia y documentos relacionados con la señora Manuela Sáenz, que demuestran la estimación que en ella hacían varios jefes y particulares*, desapareció misteriosamente de los estantes de los archivos nacionales. La eliminación de Manuela de la vida del hombre que había amado era casi completa.

Pero Manuela estaba ya fuera del alcance de la malicia. Sentada en su frágil vivienda, confinada eternamente en el lecho o la butaca, contemplaba durante horas el mar, la piel cambiante, suave y trémula del Pacífico. Estaba totalmente en paz consigo misma y con el mundo que había sido suyo. Pero el año 1854 fué malo para ella. Murió el general O'Leary. Después tocó el turno a Simón Rodríguez. Se habían echado de menos sus visitas semanales, porque el anciano estaba ahora en una extrema miseria y se sentía demasiado débil para montar en su burro. Estaba expirando en una oscura y pequeña habitación. Manuela lo supo, pero no podía moverse; todo lo que pudo hacer fué encomendar a los dioses aquella alma epicúrea. Y finalmente, con el cura de la aldea como único testigo de su muerte, Simón Rodríguez terminó su vida al estilo clásico, con el lenguaje de sus antepasados espirituales. Se despidió citando el *Comoedia finita est* y se fué, dejando que Manuela enfrentara sola la escena final de la comedia humana.

No tardó en llegar. A mediados de noviembre de 1856 un marinero fué desembarcado con fiebres. Las autoridades locales trataron de contener el curso de la enfermedad, pero era un mal que desconocían; el marinero murió pidiendo aire, luchando con sus propias flemas. Y antes de que fuera sepultado, dos vecinos contrajeron la misma enfermedad, se consumieron de fiebre y murieron literalmente ahogados. Pasados unos días, aquello era ya una epidemia; los casos se sucedían ininterrumpidamente; apenas había una hora sin que un silencioso cortejo fúnebre no se arrastrara calle abajo, levantando una espesa nube de polvo gris. Cuantos podían hacerlo huían del *bobbio*, la difteria. Los barcos se

negaban a recibirlos, por miedo al contagio, y partían, a pie, en mulas o en carros, a través del desierto, hacia las localidades del interior. Para fines de noviembre, la plaga se había enseñoreado de la población. Ya no había tiempo para enterramientos individuales. El enmascarado grupo encargado de retirar a los muertos llegaba a las casas, cargaba los cadáveres en un carro y los arrojaba a la fosa común. Detrás de este grupo llegaba un arrugado viejo, tan seco que no era capaz de albergar a ningún microorganismo, y actuaba de cuerpo de sanidad de Paita. Reunía los efectos de las víctimas de la plaga, los arrojaba a la calle y los quemaba.

Manuela estaba condenada. Así se lo dijo a su viejo amigo el general Antonio de la Guerrero, sorprendido en Paita por la epidemia. La inválida no podía huir. Tampoco podía tomar precauciones, porque, ¿qué precauciones cabe tomar cuando todo el aire está saturado de los miasmas de la enfermedad? Fallecieron dos de las criadas, y el carro de la muerte se las llevó. Luego, sucumbió la vieja esclava y compañera, Juana Rosa; el general, actuando en representación de Manuela, sepultó personalmente a la fiel servidora.

Cuatro días después murió Manuela.

Paita, Dic. 5 de 1856.

Amadísima Pepa:

...El 23 del pasado, a las seis de la tarde, dejó de existir nuestra amiga Doña Manuela Sáenz y tres días antes enterraron a su sirvienta Juana Rosa; ambas fallecieron de la abominable e infernal enfermedad de la garganta...

Así escribía Antonio de la Guerrero a su esposa. Intentó, cuando llegó el grupo de los enmascarados, impedir que dieran a Manuela el mismo trato que a los demás. Pero la muerte no conoce favoritos; se llevaron el cadáver en su hamaca escaleras abajo y lo pusieron en aquel carro de la muerte, abierto y de dos ruedas. Fuera de la ciudad, los sobrevivientes habían abierto una

fosa común, al pie de los grises farallones de Paita; los restos de Manuela Sáenz fueron descendidos a este anonimato de la muerte.

• • •

Cuando el viejo general volvió de la misa de difuntos, quedó horrorizado al ver que el cuerpo de sanidad había cumplido su obligación muy bien, demasiado bien. Tan pronto como fué retirado el cadáver de Manuela, aquel viejo disecado subió por las escaleras y arrojó a la calle todas las pertenencias personales de la extinta. Frente a la destartada casa, en la polvorienta calle, amontonó ropas, cuadros, medallas, recuerdos de la guerra y la paz. Y encima de todo puso el cofre revestido de cuero castaño que contenía los cientos de cartas del amante. Luego prendió fuego a todo. La destrucción fué completa. Pero cuando el general apartó melancólicamente con el pie las cenizas de un amor que había agitado antaño a toda la América del Sur, encontró una sola hoja renegrida cuyo mensaje todavía podía ser leído:

El hielo de mis años se reanima con tus bondades y gracias. Tu amor da una vida que está expirando. Yo no puedo estar sin ti, no puedo privarme voluntariamente de mi Manuela. No tengo tanta fuerza como tú para no verte; apenas basta una inmensa distancia. Te veo, aunque lejos de ti. Ven, ven, ven luego.

TABLA CRONOLÓGICA

- 1783 Simón Bolívar nace en Caracas, Venezuela.
- 1789 Revolución Francesa.
- 1792 Francia se convierte en República.
- 1793 Reino del Terror.
- 1797 Manuela Sáenz nace en Quito, Ecuador.
- 1799 Fallecimiento de Washington.
Golpe de estado del 18 de Brumario; Napoleón, primer cónsul.
- 1800 Estallidos revolucionarios en Venezuela.
- 1801 Bolívar va a España.
- 1802 Bolívar se casa con María Teresa del Toro, quien fallece ocho meses después.
- 1803 Adquisición de la Lousiana.
- 1808 Guerras napoleónicas en España; Fernando VII depuesto y José Bonaparte coronado Rey de España; intranquilidad en las colonias.
- 1809 James Madison, Presidente.
Revolución en Quito, los "Hombres de Agosto".
- 1811-1814 Bolívar lucha en Venezuela.
- 1814 Napoleón desterrado a la isla de Elba.
- 1815 Batalla de Nueva Orléans.
Bolívar desterrado en Jamaica.
Batalla de Waterloo.
Fernando VII vuelve al trono de España.
Manuela Sáenz expulsada del Convento de Santa Catalina; se va a Panamá.
- 1817 Manuela Sáenz se casa en Lima con James Thorne.
- 1819 Batalla de Boyacá.

LAS CUATRO ESTACIONES DE MANUELA

Creación de la República de Gran Colombia.

- 1821 Lima cae en poder de las tropas patriotas del general José de San Martín.
- 1822 Manuela Sáenz condecorada con la Orden del Sol. Batalla de Pichincha por la posesión de Quito. Manuela Sáenz se convierte en la amante de Simón Bolívar.
- 1823 Bolívar entra en Lima.
- 1824 Batalla de Ayacucho. Muerte de Lord Byron.
- 1827 Revuelta en Lima. Manuela Sáenz desterrada; se une a Bolívar en Bogotá.
- 1828 Manuela Sáenz salva a Bolívar del asesinato.
- 1830 Bolívar desterrado de Colombia; muere. Revolución de julio en Francia.
- 1834 Manuela Sáenz desterrada a Jamaica.
- 1835 Manuela Sáenz en Paita, Perú.
- 1841 Willian H. Harrison, Presidente. Herman Melville ve a Manuela en Paita.
- 1846-1848 Los Estados Unidos en guerra con México.
- 1847 Asesinato de James Thorne.
- 1848 Revolución en toda Europa.
- 1851 Garibaldi visita a Manuela Sáenz en Paita.
- 1854-1856 Guerra de Crimea.
- 1856 Muerte de Manuela Sáenz.

BIBLIOGRAFÍA

En la que el autor dice cómo se hizo Manuela

La vida de Manuela —por mucho que parezca a veces una novela barroca— es biografía, una biografía en el sentido de Strachey. Nada se inserta que no haya sido minuciosamente investigado. El libro ha sido escrito deliberadamente sin notas; las pruebas precisas y detalladas se hallan en los legajos del autor y, publicado separadamente, pero al mismo tiempo que esta biografía de Manuela, hay un volumen en español titulado "Historia Documentaria de Manuela Sáenz". Quienes deseen examinar las fuentes encontrarán todos los documentos en un número especial del Boletín de la Academia Colombiana de Historia de Bogotá. Tan rico y variado es el material recién descubierto sobre la vida de Manuela y, por tanto, de Simón Bolívar, que no cabe ya escribir sobre el Libertador sin utilizar estos documentos; son documentos que disipan las leyendas sin crear otras nuevas; muestran a Bolívar privado de su túnica de inmortal y hacen de él lo que era, un hombre apasionado que luchaba por un ideal, un hombre de actitudes complejas y, como un vasto país, de diversos climas y grandes contradicciones. Para apreciar bien lo que sabemos de esta "amable loca" de Bolívar, basta que tengamos presente lo inadecuado de las pasadas biografías del Libertador, que repiten con demasiada frecuencia toda clase de necedades y leyendas acerca de Manuela: su "fiel esposo el Dr. Thorne" que le suplica que vuelva; ella negándose; él enviándole dinero que ella rechaza; el "doctor" falleciendo en 1840 y dejando a la infiel la mayor parte de sus bienes; y ella rechazando de nuevo esta generosidad. Manuela sin mitos es así: Thorne no era un doctor, sino un naviero. Después de 1827 perdió todo contacto con Manuela. No murió en Lima en 1840, sino que fué asesinado en 1847 en Pativilca, cuando se paseaba con una de sus queridas. Tuvo dos amantes y engendró

cuatro hijos ilegítimos, a todos los cuales menciona en su testamento. No asignó en éste a Manuela más que los ocho mil pesos de su dote; aunque ella nunca los recibió, planteó pleito para ob- tenerlos.

¿Cómo, pues, todas estas tempranas constancias escaparon a los biógrafos? ¿Cómo nadie las encontró en el siglo que siguió a la muerte de Bolívar? La respuesta —y es una respuesta— está en la personalidad de Manuela. Cuando Simón Bolívar fué metamorfoseado en un semidiós por aquellos mismos que diez años antes lo habían execrado, Manuela Sáenz, por decisión de los historiadores, tuvo que hacer sitio al mito. Se suprimieron oficialmente todos los detalles de su vida, desaparecieron los documentos que la mencionaban y ella tuvo que vivir sus últimos veinte años en la oscuridad de Paita. Y luego, para que la inmolación fuera completa, casi todas las apasionadas cartas de amor que cambió con Bolívar fueron destruídas después de su muerte, como consecuencia de la epidemia. Durante más de medio siglo, los historiadores mantuvieron un acuerdo de caballeros: Manuela no debía ser mencionada nunca. Sin embargo, el vigor de su estrambótica personalidad mantenía vivo el recuerdo, un recuerdo que subsistió —y todavía subsiste— en todos los lugares de América del Sur donde puso el pie. Luego, en 1897, el acuerdo de caballeros quedó abrogado por la publicación de las memorias de Jean-Baptiste Boussingault, el hombre de ciencia francés. Era un hombre que había conocido personalmente a Manuela, que estaba muy al tanto de los motivos secretos de la fama de esta mujer. Y no había sido un viajero corriente. Pertenece a la misión francesa que fué a Colombia en 1822 y permaneció en el país diez años. Había ido con una carta de presentación de Humboldt para Bolívar. Era un gran hombre de ciencia, un autor de renombre, un profesor de la Sorbona y un miembro de la Academia de Ciencias de Francia. Y todavía más: no tenía molino al que llevar el agua. *Manuela Sáenz no podía ya ser ignorada.*

Mas la pista se había ya borrado para entonces. Casi todas las cartas reveladoras que Manuela había cambiado con su amante fueron destruídas en Paita; el volumen de las *Memorias* del general O'Leary que hablaba de los amores entre Manuela y Simón Bolívar fué suprimido; y el volumen señalado con el número 56, *Correspondencia y documentos relacionados con la Señora Manuela Sáenz, que*

demuestran la estimación que en ella hacían varios jefes y particulares, y la parte que tomaba en los asuntos de la política, desapareció de los archivos de Bogotá. Quedaban únicamente leyendas, tradiciones y actitudes para trazar el retrato de la mujer amada por Simón Bolívar. ¿Quién o qué era esta inquietante mujer que levantaba una tempestad de protestas allí donde se presentaba? Todos los biógrafos de Bolívar fantasearon en relación con ella, trazando cuadros deformados, amontonando mitos sobre mitos, hasta que la verdadera Manuela perdió toda realidad. Hubo artículos sobre "la verdadera Manuela"; fué descrita en la *Vida Secreta de Simón Bolívar* y recordada en *Los Amores de Bolívar*, pero todo esto se basaba en material legendario. Manuela Sáenz había escapado a la historia. Sin embargo, las leyendas de esta extraña e inquietante mujer no se aquietaban; los eruditos que buscaban en los vastos depósitos de los documentos nunca consultados comenzaron a desenterrar fragmentos, auténticos fragmentos, de la existencia de Manuela.

Mi interés activo por esta extraña y deleitosa vida comenzó en 1944; entonces el material real deducido de sus cartas conocidas apenas cubría dos hojas de papel de oficio. Durante los años en que me dediqué a escribir otros libros sobre la América Latina, leí toda la literatura acerca de Bolívar y su tiempo y, por medio de un complejo sistema de notas, obtuve una impresión adecuada del medio en que la Sáenz había vivido. Para 1947 se había iniciado ya la verdadera búsqueda de Manuela: fueron sondeados minuciosamente los archivos, visitados los lugares donde Manuela había vivido, repetidos, a mula y a caballo, los viajes que Manuela había realizado. En el Ecuador, donde una larga residencia anterior me había procurado un conocimiento a fondo del país, encontré numerosos documentos desconocidos, sepultados en registros no catalogados de los archivos públicos; de nuevo viví aquí la extravagante vida de Manuela. Pero fué en Lima donde quedaron aclarados los enigmas del matrimonio de la Sáenz; los archivos secretos del Arzobispo de Lima entregaron sus amonestaciones y los detalles de su casamiento con James Thorne. Aquí, en los archivos, el tan difamado cornudo del triángulo convertido en *chronique scandaleuse* se hizo finalmente de carne y hueso como uno de los principales personajes del drama.

Luego, los Archivos Nacionales del Perú se convirtieron en la fuente de las andanzas de Manuela Sáenz. Y por razones muy sen-

cillas. En el sistema colonial español, todo acto comercial —la compra de un esclavo, la adquisición de un coche, un mandato— tenía que ser otorgado ante notario público, sobre *papel sellado*. Estos instrumentos —que proporcionaban muy buenos ingresos a la Corona— eran una historia de las transacciones comerciales de cada cual. Comenzaban poco más o menos así: "Yo, Manuela Sáenz, que atestiguo la verdad de lo que sigue haciendo el signo de la cruz, de veinticuatro años de edad, casada con Don James Thorne, domiciliada en la Magdalena, fuera de los muros de Lima, comparezco... y digo..." Y seguía la transacción. Las partes en la transacción siempre recibían una copia del documento —en el caso de Manuela, estas copias fueron destruidas—, pero el original quedaba en poder del notario, quien reunía ordenadamente en su protocolo las escrituras matrices y acababa depositándolas, contribuyendo así a la cifra de muchos millones de documentos —que se remontan hasta 1539—, que forma las colecciones de los Archivos Nacionales del Perú. No hay índices y el único modo de abrirse paso por este laberinto de papel amarillento es elegir los años conocidos de la residencia de Manuela en Lima y recorrer los innumerables volúmenes en una búsqueda hoja por hoja. Se hizo esto —fué una labor de más de un año—, y el resultado fué un conocimiento casi mes por mes de lo que Manuela hacía en los alrededores de Lima.

Las huellas de Manuela fueron seguidas por todas partes: por la dura región de roca de los Andes hasta el lago de Junín, donde se libró una batalla por encima de las nubes, y luego hasta Ayacucho y hasta Trujillo, antes amurallada como Lima, donde Manuela presencié cómo el general Bolívar organizaba el ejército que iba a derrotar a las legiones españolas. Y también hasta el puerto de Paita, en el linde del desierto, para captar la nada en que Manuela se convirtió allí, y hasta la localidad de Piura, donde permaneció durante muchos calurosos días hundido materialmente en registros notariales desmoronados, tratando de descubrir algún hecho biográfico en las polvorientas páginas. Así se continuó. Se indagó en todo rincón o escondite de la historia cuanto podía ofrecer algún detalle que procurara a esta biografía el dramatismo de la realidad: los almanaques para las circunstancias del clima, los museos para una minuciosa descripción de los trajes, las casas para el estudio de los interiores, las cartas de las colecciones privadas para el resuello del escándalo. Es

así como se volvió a crear la vida de Manuela. Nada se inserta aquí que la investigación no pueda probar. Por encima de las fechas y de los hechos históricos, la historia de Manuela es una historia independiente del tiempo, y el más fecundo de los novelistas se vería en dificultades para encontrar una trama que expusiera la vida de esta mujer con más elocuencia que siguiendo paso a paso lo que realmente ocurrió. Cabría cambiar los nombres de los personajes, disponer de distinto modo las batallas o reemplazar lo típico de América del Sur en la época de su revolución; hasta cabría procurar un medio distinto, añadiendo brillo y oropel a expensas de la realidad. Pero esto no alteraría nada. Los hechos son lo que importa y estos son los hechos de Manuela.

AGRADECIMIENTOS

Esta biografía de Manuela Sáenz fué iniciada por mi ex esposa, ahora Christine Powell, quien efectuó bajo mi dirección buena parte de las investigaciones; gracias a esta "discusión" fué tomando forma la personalidad de Manuela, a la que después hizo de carne y hueso la trabajosa búsqueda. Todo el material de investigación, en la forma de documentos, cartas y libros, salió de América del Sur en un período de diez años. En Venezuela, el Dr. Vicente Lecuna, el eminente editor de las coleccionadas cartas de Simón Bolívar, fué de mucha ayuda durante varios años. En Bogotá, que fué hace un siglo la capital de la Gran Colombia de Bolívar, se contó con la eficaz ayuda del Dr. Luis Augusto Cuervo, quien permitió que sus colecciones fueran fotografiadas; también se tuvo el apoyo del doctor Enrique Ortega Ricaurte, Director de los Archivos Nacionales, así como la colaboración del Dr. Enrique Otero D'Costa y de J. R. de la Torre Bueno, el amable "Bill".

En Quito, "bajo la línea ecuatorial", donde nació Manuela y su memoria ha adquirido con el tiempo una bella aureola, tuve la ayuda del General Ángel Isaac Chiriboga, cuya familia fué hace un siglo íntima de la Sáenz; del extinto Sr. Don Jacinto Jijón y Caamaño, cuya biblioteca incluía la correspondencia de su antepasado el general Flores con Manuela; y del Dr. Enrique Arroyo, ex subsecretario de Relaciones Exteriores, quien me procuró muchas facilidades y orientaciones. En Lima, donde Manuela hizo su historia y dió su escán-

LAS CUATRO ESTACIONES DE MANUELA

dalo, obtuve la histórica carta que habla de la muerte de Manuela de las colecciones del Sr. Don Aurelio Miró Quesada, director de *El Comercio*. El Sr. Don Francisco Moreira y Paz Soldán puso a mi disposición su biblioteca privada, en la que los papeles de sus antepasados, los Condes de San Isidro, proporcionan un excelentísimo material colonial. Pero fué en los Archivos Nacionales del Perú donde obtuve el material más rico. Mi buen genio, en la persona del Sr. Don Felipe Márquez, buceó en miles de documentos a la busca de detalles de la vida de Manuela. Estos archivos contienen una de las más ricas colecciones de manuscritos sobre la vida privada de Simón Bolívar que hayan sido encontradas desde hace un siglo.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

La enumeración que sigue no pretende ser una bibliografía formal, que puede ser hallada en el detallado estudio del autor "La Historia Documentaria de Manuela Sáenz" (*Boletín de Historia y Antigüedades*, Academia Colombiana de Historia, Bogotá, febrero de 1952). Los libros y artículos son citados por el orden de su aparición.

1827 Manuel de Vidaurre, *Suplemento a las cartas americanas, etcétera: correspondencia con los generales Bolívar, Santander y La Mar*, Lima, 1827.

(Manuel de Vidaurre [1773-1841] fué ministro de Relaciones Exteriores en 1827, por la época en que Manuela Sáenz trataba de provocar una contrarrevolución en Lima. Vidaurre ordenó la expulsión de Manuela, y la carta de expulsión está incluida aquí.)

1830-1845 *Correspondencia y documentos relacionados con la señora Manuela Sáenz que demuestran la estimación que en ella hacían varios jefes y particulares, y la parte que tomaba en los asuntos de la política.*

(Señalado como "Volumen 56" en la antigua Biblioteca de Bogotá, este volumen se ha perdido. Fué visto hasta en 1875, fecha en que su contenido fué comentado por los autores Leónidas Scarpeta y Saturnino Vergara.)

1840 Augusto Le Moyne, *Viajes y estancias por la América del Sur*, Bogotá, 1945. Reimpreso.

(Le Moyne pertenecía a la misión del Rey de Francia que vino a ofrecer a Bolívar una corona bajo la protección de Su Muy Cristiana Majestad. Describe a Manuela en la quinta de Bolívar.)

1858 P. Prouvonena, *Memorias y documentos para la historia de la independencia del Perú y causas del mal éxito que ha tenido ésta*, 2 vols., París, 1858.

(Prouvonena es el seudónimo de José de la Riva Agüero, quien estableció una república rival mientras Bolívar estaba en el Perú. Fué desterrado por Bolívar. Este trabajo es un virulento ataque contra Bolívar y Manuela Sáenz.)

1879-1888 Daniel Florencio O'Leary, *Memorias*, 32 vols., Caracas, 1879-1888.

(Es la famosa compilación de cartas, documentos y memorias que hizo el general O'Leary, amigo de Bolívar y Manuela. O'Leary escribió sobre Manuela en el apéndice del volumen 3 de esta colección. Este volumen fué suprimido y sus ejemplares quemados; sólo tres sobrevivieron. El volumen fué reimpresso en Bogotá en 1914.)

1887 Venancio Ortiz, "Recuerdos de un pobre viejo". *Papel Periódico Ilustrado*, abril de 1887, Bogotá.

(Ortiz, que tenía más de ochenta años cuando escribió sus recuerdos, se refiere a Manuela en Bogotá, según la recordaba.)

1887 Manuel J. Calle, *Leyendas del tiempo heroico*, Quito, 1887.

(Publica por primera vez la tradición de un famoso episodio en la historia de Manuela: cómo lanzó una corona de laurel a la cabeza de Bolívar cuando éste entró en triunfo en Quito, en 1822.)

1889-1903 J.-B. Boussingault, *Mémoires*, 5 vols., París, 1889-1903.

(Son las muy raras *Mémoires* de Jean-Baptiste J. D. Boussingault [1802-1887], de las que sólo hay un ejemplar en los Estados Unidos, el de la Harvard College Library. Hombre de ciencia francés, pertenecía a la misión que fué invitada por Simón Bolívar a Gran Colombia, en 1822, para que ayudara a la reforma de los centros de instrucción científica. Permaneció en América hasta 1832. Famoso químico, "padre de la agronomía química", profesor de la Sorbona y miembro de la Academia Francesa, era autor de numerosos libros y trabajos científicos. En su ancianidad dictó sus memorias a su hija, Madame Holzer. Narrador muy ameno, que siempre veía el lado curioso e irónico de las cosas, Boussingault parecía recordarlo todo. Apenas hay un personaje del drama de la independencia de América del Sur que no merezca su atención: Bolívar, Santander, Córdoba, Harrison y, principalmente, Manuela. El volumen 4 está en buena parte dedicado a ella; es ella quien merece el más detallado *feuilleton* entre todos los personajes que desfilan por la memoria de Boussingault. Por lo general, los historiadores latinoamericanos miran con malos ojos estas memorias, pues Boussingault escribe de Bolívar sin sentimentalismos. Pero todo lo que dice de Manuela —fué él la única figura literaria de nota que la conoció

íntimamente— está tan confirmado por las constancias, que he utilizado su reseña de la *amable loca* plenamente y sin reservas, ya que es el único retrato contemporáneo sin ocultaciones ni adornos que se hizo de esta deliciosa y peligrosa Manuelita.)

1890 Arístides Rojas, *Leyendas históricas*, 2 vols., Caracas, 1890.

(Es precisamente lo que el título dice; son "leyendas históricas", especialmente la parte titulada "El Libertador y la Libertadora del Libertador". Estas leyendas carecen de valor.)

1892 *Vida de Rufino Cuervo*, 2 vols., París, 1892.

(La vida de una de las grandes figuras literarias del Bogotá del siglo XIX, quien recordaba algo de Manuela Sáenz.)

1892 Giuseppe Garibaldi, *Memorie autobiografiche*, 9ª edición, Roma, 1892.

(Un breve recuerdo personal de Manuela. Garibaldi, él también desterrado de Italia, conoció a Manuela, quien lo recibió cariñosamente, en Paita, en 1856.)

1893 José María Cordovez Moure, *Reminiscencias*, 6 vols., Bogotá, 1946.

(Cordovez Moure [1835-1918] no conoció a Manuela Sáenz, pero conoció a la mayoría de los personajes que participaron en el drama de la vida de esta mujer y recordaba lo que quienes la conocieron dijeron de ella. Manuela aparece en el volumen 4, páginas 111-118.)

1895 Ricardo Palma, "La Protectora (Rosita Campusano) y la Libertadora (Manuela Sáenz)" en *Tradiciones peruanas*, 6 vols., Madrid, 1935.

(El gran narrador limeño Ricardo Palma [1833-1919], a quien no agradaba incluir en un buen relato los hechos sórdidos, es el origen de algunas de las leyendas sobre Manuela. Palma dice que vió a Manuela Sáenz en el puerto de Paita en 1856, el año de la muerte, cuando él era contador en un barco de cabotaje llamado *Loa*. No hay por qué discutir este aserto. Sin embargo, más de la mitad de las "tradiciones" de esta obrita son desmentidas por las constancias.)

1896 Próspero Pereira Gamba, *Memorias*, Madrid, 1912.

(Contiene un recuerdo personal del aspecto de Manuela durante los años 1830-1835.)

- 1908 Eduardo Posada, "La Libertadora", *Trofeos*, Bogotá, diciembre, 1908.
- 1908 Jacinto Jijón y Caamaño, "Doña Manuela la Libertadora". *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Quito, julio-diciembre, 1908.
(Un intento por parte del extinto Jijón y Caamaño, conocido por su obra sobre la prehistoria del Ecuador, de dar a Manuela la aureola de una heroína nacional.)
- 1911 A. Arcos, *Historias, leyendas y tradiciones*, 4 vols., Cartagena, 1911-1914.
(De la escuela de las *Tradiciones* de Ricardo Palma. Hay, sin embargo, algunos recuerdos personales de Manuela Sáenz camino del destierro.)
- 1925 Luis Augusto Cuervo, *Apuntes historiales*, Bogotá, 1925.
(El amable erudito Dr. Cuervo, miembro de la Academia de la Historia de Bogotá, incluye en un capítulo titulado "Amores de Bolívar" —páginas 174-222— muchas de las leyendas acerca de Manuela Sáenz.)
- 1927 Jorge Bailey Lembcke, "La verdadera Manuelita Sáenz". *El Universal*, 9 de setiembre de 1927, Caracas.
(Una traducción literal del *feuilleton* de J.-B. Boussingault sobre Manuela, recalándose la conducta discolpa de la heroína. Es un intento de la escuela de Caracas de desacreditar a Manuela, a fin de mantener intacto el aspecto de semidiós de Simón Bolívar.)
- 1934 Hugo Moncayo, "Evocación de San Francisco de Quito y elogio a Doña Manuela Sáenz". *Boletín del Instituto Nacional Merjia*, Quito, 1934, noviembre-diciembre 1934.
(La escuela de Quito en abierta oposición con la de Caracas, dispuesta a ver en Manuela una Mesalina; en Moncayo, Manuela aparece sin mácula; sus devaneos son meros pecadillos.)
- 1936 Camilo Destrugge, "Doña Manuela Sáenz". *El Ejército Nacional*, págs. 337-386, Quito, 1936.
(Más de la escuela de Quito sobre Manuela.)
- 1936 Cornelio Hispano, *Historia secreta de Bolívar*. Ediciones Literarias, París-Madrid, 1936.
(“Manuelita la Bella” ocupa todo un capítulo en esta “vida secreta” de Bolívar por Hispano (Ismael López); como literato, este autor trata bien el tema, presentando todos los hechos según eran conocidos cuando escribió, en 1936.)

- 1938 Augusto Arias, *Manuela Sáenz en Paita*, Caracas, 1938.
(Una vislumbre de Manuela en Paita durante sus años de destierro.)
- 1939 Alberto Miramón, *Los Septembrinos*, Bogotá, 1939.
(La noche del 25 de setiembre y el atentado contra la vida de Bolívar, con la participación de Manuela en el drama, por un conocido historiador colombiano.)
- 1940 Ramón Núñez del Arco, "Los hombres de Agosto". *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, Quito, vol. 20, julio-diciembre 1940.
(Los Aispuru, la familia materna de Manuela, son descritos aquí como patriotas; se reseña el papel que representaron en el levantamiento contra el dominio realista.)
- 1941 Joaquín Tamayo, *Nuestro Siglo XIX: la Gran Colombia*, Bogotá, 1941.
(Una de las mejores y más juiciosas historias de la revolución sudamericana, con atención especial a Colombia. Manuela se muestra en su verdadera perspectiva histórica en el capítulo "César o nada", págs. 241-301.)
- 1942 Fernando Bolívar, "Recuerdos de Fernando Bolívar", un ensayo escrito únicamente para edificación de sus hijos por Fernando Bolívar. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, volumen 25, octubre-diciembre 1942.
(El sobrino favorito de Bolívar, a quien el general envió primero a la Germantown Academy, en Filadelfia, y luego a la Universidad de Virginia. Llegó a Bogotá inmediatamente antes del atentado contra la vida de Bolívar. Las observaciones de Fernando Bolívar sobre Manuela, aunque breves, son valiosísimas como reseña contemporánea.)
- 1942 General A. I. Chiriboga, "Los Sáenz en el Ecuador". *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, de Quito, vol. 22, julio-diciembre 1942.
(El general Chiriboga, cuyo antepasado mantuvo correspondencia con Manuela Sáenz, facilita información sobre la familia quiteña de los Sáenz.)
- 1944 Jorge Pérez Concha, "Manuela Sáenz, Libertadora del Libertador". *América*, Quito, enero-marzo 1944.
(Más de la escuela de Quito.)
- 1944 Alfonso Rumazo González, *Manuela Sáenz: la Libertadora del Libertador*. Buenos Aires, 1944.
(Es el primer libro que se intenta sobre Manuela Sáenz.)

- 1944 Concha Pena, *La Libertadora: el último amor de Simón Bolívar*, Panamá, 1944.
- 1944 E. Naranjo Martínez, "Bolívar y la bella norteamericana Jeanette Hart". *Boletín de Historia y Antigüedades*, vol. 31, noviembre-diciembre 1944, Bogotá.
(Una reseña basada en material original de los amorfos de Bolívar y Jeanette Hart y del papel que Manuela presentó en el rompimiento.)
- 1945 Vicente Lecuna, "Papeles de Manuela Sáenz". *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, vol. 28, octubre-diciembre 1945.
(La primera publicación de algunos papeles de Manuela Sáenz; trabajo importante, porque supone el comienzo de la destrucción de leyendas.)
- 1946 Luis F. Borja, "Epistolario de Manuela Sáenz". *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, vol. 26, julio-diciembre 1946, Quito.
(Más material original: las cartas de Manuela a sus viejos amigos de Quito durante el destierro en Paita.)
- 1946 Alberto Miramón, *La vida ardiente de Manuelita Sáenz*, Bogotá, 1946.
- 1948 Gehard Masur, *Simón Bolívar*. Universidad de Nueva México, Albuquerque, 1948.
(Es el mejor libro que se haya publicado hasta ahora sobre la vida de Simón Bolívar. Escrito por un historiador alemán con larga residencia en Colombia, su material sobre las repúblicas de Colombia y Venezuela es muy completo. Manuela Sáenz es tratada con detalle en el capítulo 26, "Interlude", y, aunque el Dr. Masur se basa en Rumazo González, cuida de eludir tanto el "descrédito" que busca la escuela de Caracas como "la aureola de santidad" de la escuela de Quito. Es un trabajo excelente.)
- 1949 Dimitri Aguilera-Malta, "La Caballera del Sol". *El Norte*, junio 1949.
(Se informa que es un extracto de un libro sobre Manuela Sáenz basado en material original.)
- 1951 Waldo Frank, *Birth of a New World*, Boston, 1951.



El material original en que se basa esta biografía se halla en los lugares siguientes:

- LIMA (Perú)
 - Archivos del Arzobispado.
 - Archivos de la Iglesia de San Sebastián.
 - Archivos Nacionales del Perú.
 - Archivos del Ministerio de Hacienda y Comercio.
 - Biblioteca privada de Francisco Moreira y Paz Soldán, San Isidro, Lima.
 - Biblioteca privada de Luis Ortiz de Cevallos, Miraflores, Lima.
 - Colecciones de don Aurelio Miró Quesada.
- PIURA (Perú)
 - Archivos Notariales del Sr. Sánchez Condemarín.
- PANAMÁ
 - Archivos Nacionales de Panamá.
- QUITO (Ecuador)
 - Archivos del Ayuntamiento de Quito.
 - Archivos Nacionales de Quito.
 - Archivos del Arzobispado de Quito.
 - Biblioteca privada de Jacinto Jijón y Caamaño.
- BOGOTÁ (Colombia)
 - Archivos Nacionales de Bogotá.
 - Biblioteca privada de don Luis Augusto Cuervo.

Manuscritos no publicados:
Diario de la Jornada de Ayacucho (1834), por "F. C." (Un manuscrito de 300 páginas por un testigo ocular y participante de la batalla de Ayacucho.)
La batalla de Ayacucho, por el Dr. Justo Sahuaranca Inca. (Fragmento de un manuscrito desconocido y no utilizado hasta ahora sobre los acontecimientos que llevaron a la última batalla por la independencia.)



Escaneado con CamScanner

ÍNDICE ALFABÉTICO

- Aceval, Toribio de, 147.
 Acosta, Coronel Joaquín, 314.
Acushnet (ballenero), 321.
 Adams, John Quincy, 96, 112.
 Aispuru, familia, 55, 59, 60, 80.
 Aispuru, Joaquina (madre de
 Manuela Sáenz), 20, 21, 23,
 54, 55.
 Aispuru, Mateo José de (abuelo
 materno de Manuela), 22.
 Albión, batallón, 280.
 Altolaguirre, León de, 147.
 Alvarez, José María, 210, 211.
 Amazonas, valle del, 59, 129,
 329.
 Amotaje, Perú (localidad), 330.
 Amuero, Cristóbal, 187, 188, 189,
 190.
 Añaquito. *Véase* Quito.
 Arganil, Dr., 238.
 Argentina, 17, 69, 83, 123.
 Ayacucho, 134, 138, 140, 269.
 Ayacucho, batalla de, 139, 140,
 141, 142, 143, 155, 322.
 Aylesbury (localidad), 148.
 Azuero, Vicente, 222, 290, 291,
 292, 294.
 Baltimore, 163.
 Bello, Andrés, 39.
 Bogotá, 32, 52, 86, 87, 124, 164,
 179, 195, 196, 201, 202, 206,
 212, 222, 225, 232, 233, 235,
 236, 241, 253, 254, 257, 258,
 262, 275, 276, 285, 296, 301,
 306, 315, 318, 322, 327, 328.
 Bolivia, 167, 169, 179, 180, 237,
 268.
 Bolívar, Fernando (sobrino del
 Libertador), 235, 236, 245,
 247, 302.
 Bolívar, Simón (1783-1830), 16,
 27, 30; en la batalla de Bo-
 yacá, 32; descripción de, en
 1822, 37; nacimiento y educa-
 ción, 39; matrimonio, 39; se
 instala en París, 39, 40; inspi-
 rado por Humboldt, 40; luchas
 en Venezuela, 40; ve a Ma-
 nuela por primera vez, 41; sus
 legionarios extranjeros, 45, 46;
 su afición al baile, 51; actitud
 con las mujeres, 51, 52; sedu-
 ce a Manuela, 52, 53; trabajo
 en Quito, 56; amores noctur-
 nos con Manuela, 55, 56, 57,

58, 61; ideas políticas, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70; toma a Guayaquil, 71, 72, 73; se entrevista con San Martín, 74, 75; *citado*, 76; triunfo diplomático sobre San Martín, 76, 77, 78; vuelve a Quito, en 1822, 79; recibe a Monteagudo, 82, 83, 85; prepara el ejército para el Perú, 85, 86; *citado*, 87; huye de Manuela y se va al Perú, 89, 90; ídolo de Lima, 93, 94, 95, 96; política en el Perú, 97, 98; vive en la Magdalena, 98; *citado*, 104; sale para Trujillo, 104, 105; enfermo en Pativilca, 109; escribe a Torre Tagle, 110; *citado*, 116; su asunto con Manuelita Madroño, 119; prepara el ejército en Trujillo, 123, 124, 125; pasa revista en Junín, 129; su victoria en Junín, 122, 123; la Ley de Autorización revocada, 136; vuelve a Lima (1824), 138; se entera de la victoria de Ayacucho, 143; ordena el sitio del Callao, 151; reacciona ante la muerte de Monteagudo, 151, 152, 153; hace una exposición al Congreso, *citado*, 154, 155; dictador del Perú, 155, 156; visita la fragata *Unites States*, 156; asunto con Jeannette Hart, 156, 157, 158; escribe a Manuela, *citado*, 162, 163; en Bolivia, correspondencia con Manuela, 167, 168, 169, 170; abrumado de honores, 173, 174, 175; rumores de monarquía, 175, 176, 177; revueltas en las Repúblicas, 178, 179, 180, 181; deja el Perú, 183; escribe a Manuela (1827) que vaya a Bogotá, 197; es calumniado, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 201; rompimiento con Santander, 200, 201; su aspecto enfermizo (1828), 208; política, 213, 214, 215, 216, 217, 218; se intenta su asesinato, 221, 222; dictador, 223; enfadado con Manuela, 225, 226; rumores de asesinato, 232, 233; se libra en un baile de máscaras, 234, 235; conspiración contra, 236, 237, 238, 239, 240, 241; se intenta su muerte, 241, 242, 243, 244, 245; escondido en una alcantarilla, 245, 246, 247; juicios contra los conspiradores, 250, 251, 252; desilusionado y enfermo, 253, 254, 255; en un baile (Bogotá), 258; guerra con el Perú (1829), 260; parte, 261; enfermo después de la victoria de Tarqui, 270, 271, 272, 273, 274; centro de los rumores sobre monarquía, 274, 275, 276, 277, 278; observaciones acerca de Córdoba, 278; dolor por la muerte de Córdoba, *citado*, 281; entra en Bogotá en triste triunfo, 281, 282; reclama la

guerra contra Venezuela, 284; desterrado (1830), 285, 286, 287, 288, 289; escribe a Manuela desde Guaduas, 290, 295, 296, 297; comentario sobre la muerte de Sucre, 301; muere enfermo de tuberculosis, 302, 303, 304, 305; menciona a Manuela por última vez, 305; la muerte, 306, 314; encuentra su gloria, 326, 327; cartas, correspondencia publicada, 331, 334.

Bonaparte, José, 63.

Bonaparte, Napoleón, 17, 40, 51, 63, 122, 132, 140, 175, 177, 181, 216.

Boston, 177.

Bourdon, Jacques, 266.

Boussingault, Jean-Baptiste (1802-1887), 164, 165, 220, 228, 229, 230, 237, 244, 245, 247, 264, 265, 266, 267, 268, 270, 271, 272, 273, 274, 275, 281, 285, 286, 289, 314.

Boyacá, batalla de, 40, 270.

Brasil, 66.

Bresson, Charles de, 274, 277, 278.

Bruiz, Capitán A., 121.

Bucaramanga (Colombia), 215, 216, 217, 218, 219, 220, 221, 222.

Bustamante, Coronel José, 184, 185, 186, 187, 188.

Byron, George Gordon, Lord, 174.

Cali (Colombia), 52.

Callao (Perú), 93, 94, 95, 96, 107, 110, 111, 112, 114, 138, 150, 161, 166.

Campbell, Coronel Patrick, 289.

Campo, Juana María del (esposa de Simón Sáenz), 23.

Campusano, Rosita, 68, 70, 79.

Canterac, General, 112.

Carlos III (1716-1788), 43.

Carlos IV (1748-1819), 95, 122.

Carlos X (Rey de Francia, 1824-1830), 274.

Cartagena, 52, 214, 217, 256, 307, 318.

Carujo, Comandante Pedro, 238, 240, 241, 242, 243, 244, 245, 246, 247, 248, 252.

Casa Boza, Condes de, 147.

Casa Matas (prisión de mujeres, Lima), 188, 189.

Castillo y Rada, 220, 283.

Castillo y Rada, Teresa del, 220.

Cheyne, Dr. Richard, 254, 259, 263, 272, 273.

Chile, 17, 34, 65, 70, 114, 129.

Clay, Henry, 166, 174, 177, 218.

Cochrane, Thomas, Lord, 70.

Colombia, 66, 80, 85, 158, 179, 195, 217, 219, 285.

Coliseo, Teatro (Bogotá), 233, 234.

Concha, Ventura, 223.

Congreso de Ocaña, 205, 206, 214, 215, 222, 223.

Congreso de Panamá, 107.

Congreve, cohetes, 114.

Conquista del Perú, La (Prescott), 115.

- Corday, Charlotte, 238.
 Córdoba, General José María (m. 1829), 47, 99, 140, 141, 190, 206, 222, 225, 226, 234, 258, 268, 271, 276, 277, 279, 280.
 Crofston, Coronel Richard, 224, 249.
 D'Elhuyar, Fausto, 18, 19, 20, 266.
 Demarquet, Coronel Charles, 181, 198, 202, 204.
Derechos del Hombre, Los, 227.
Diario de Bucaramanga (Lacroix), 306.
 Don Quijote, 66, 165, 242.
 Duckbury, Capitán T., 46.
 Durán, Domingo, 297, 298, 299.
 Ecuador, 17, 66, 67, 260, 262, 312, 313.
 Escobar, Capitán Manuel, 324.
 España, 32, 39, 40, 63, 64, 69.
 Espinosa, Bruno, 293, 297.
 Estados Unidos de América del Norte, 63, 64, 146.
 Fergusson, Coronel William, 46, 49, 82, 99, 121, 122, 205, 221, 222, 231, 234, 237, 244, 245, 252.
 Fernando VII (de España), 204.
 Filadelfia, 235.
 Flores, General Juan José, 317, 318.
 Francia, 63, 305.
 Freyre, Cayetano, 168, 170, 182, 185, 319, 324, 325.
 Fuerte González, Conde de, 147.
 Garibaldi, Giuseppe (1807-1882), 330, 331.
 Gauchos, 130.
 Germantown, Academia de, 236.
 Godos, 13, 14, 17, 32, 51, 62, 70, 78, 85, 87, 96, 99, 111, 117, 125, 130, 131, 134.
 Godoy, Manuel de (1767-1851), 39.
 Gómez, Manuela, 179.
 González, Florentino, 222, 240, 241, 242, 243, 244, 245, 246, 247, 248, 249, 250, 252.
 Gran Colombia, 13, 16, 17, 27, 63, 66, 67, 68, 74, 75, 78, 85, 88, 135, 179, 180, 186, 201, 206, 213, 214, 235, 250, 260, 265, 266, 269, 270, 275, 279, 282, 284, 300, 317.
 Guaduas (Colombia), 290, 314.
 Guaranda (Ecuador), 317.
Guasos, 130.
 Guayaquil (Ecuador), 59, 67, 71, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 85, 90, 191, 229.
 Guerrero, General Antonio de la, 333, 334.
 Guerrero, Coronel Ramón, 239.
 Hallows, Capitán E., 46.
 Hand, Rupert, 47, 280.
 Harrison, General William Henry (1773-1841), 257, 270, 271, 272, 273, 274, 276, 279, 282.
 Hart, Capitán Elisha, 157.

- Hart, Jeannette, 157, 158.
 Henderson, cónsul general de Gran Bretaña, 257.
 Henderson, Fanny, 222, 257, 268, 279, 280, 282.
 Heres, Tomás D., 99, 103, 112, 150, 168, 181, 185.
 Holbach, Paul von, 163.
 Honda (Colombia), 307.
Hondu (baile), 122.
 Hormet, Auguste, 238, 249, 250.
 Huamachuco (Perú), 117, 119.
 Huancayo (Perú), 136.
 Huanuco (Perú), 127.
 Huaras (Perú), 116, 117, 119, 120, 125.
 Hull, Comodoro Isaac (1773-1843), 156.
 Humboldt, Alejandro von (1769-1859), 25, 40, 63.
 Huriaca (Perú), 127.
 Hyslop, Maxwell, 302, 316.
 Ibáñez, Bernardina, 52.
 Ibarra (Ecuador), 182, 329.
 Ibarra, Teniente Andrés, 237, 241, 243, 245.
 Ibarra, Coronel Diego, 103, 205.
 Ica (localidad), 162.
 Illingsworth, John, 83, 263, 271.
 Indios (Quito), 25, 26.
 Inglaterra, 63.
 Irlandeses, legionarios, 46, 47, 85.
 Italia, 40, 331.
 Jamaica, 25, 286, 303, 304, 316, 317.
 Jauja (Perú), 134.
 Jefferson, Thomas, 236.
 Jonotás (esclava de Manuela), 14, 15, 60, 111, 112, 162, 188, 191, 219, 220, 224, 230, 234, 240, 245, 262, 266, 291, 293, 294, 307, 308, 319.
 Junín, 129, 131, 133.
 Junín, batalla de, 129, 130, 131, 134, 135, 136.
 Lacroix, Coronel Louis Péroux de, 216, 217, 306, 307, 319.
 La Fayette, Marqués Maria-Joseph de (1757-1834), 156, 174, 236.
 La Magdalena (Lima), 98, 105, 154, 171, 189.
 La Mar, Mariscal José de (1777-1846), 139, 140, 239, 322.
 La Perricholi. Véase Villegas, Micaela.
 Lara, General Jacinto, 99, 100, 102, 112, 117, 126, 140, 158, 185, 189, 190.
 Larrea, Juan D., 18, 32, 36, 41, 42, 43, 48.
 La Sáenz. Véase Sáenz, Manuela.
 La Serna, Virrey, 142.
 Lasso de la Vega, Pedro, 228.
 Latacunga (Ecuador), 329.
 Legiones extranjeras, 44, 45, 46, 47, 85, 229, 231.
 Le Moyne, Auguste, 255.
 Ley de Autorización, 87, 136.
 Lima (Perú), 17, 33, 34, 35, 66, 68, 70, 78, 80, 83, 84, 89, 93, 94, 95, 96, 97, 98.

99, 100, 104, 105, 109, 110,
111, 112, 129, 138, 148, 150,
154, 161, 162, 166, 168, 170,
173 a 190, 312, 322, 323.
Londres, 163, 167, 174.
Loos, Carolina de, 108.
Luis XVIII (1755-1824), 175,
214, 216.
Luis Felipe, Duque de Orléans
(1773-1850), 276.
Llaneros, 47, 85, 130.
Madrid (España), 39.
Madroño, Manuelita, 119.
Magdalena, río de Colombia, 305.
Marat, Jean-Paul, 238.
María Antonia (hermana de Bo-
lívar), 175, 235, 274.
María Luisa (Reina de España),
39.
Mariana, Marquesa de Solanda
(esposa de Antonio de Sucre),
46, 122, 278, 283.
Melville, Herman (1819-1891),
234.
Menby, Capitán Thomas, 205.
Mier, Joaquín de, 303.
Miller, General William (1795-
1861), 111, 112, 114, 123,
130, 131, 132.
Miranda, Coronel, 259, 260.
Monet, General, 141.
Monte Alegre, Marqués de, 105.
Monteagudo, Bernardo (1786-
1825), 68, 70, 76, 83, 84, 85,
106, 107, 110, 112, 117, 129,
151, 152, 153.
Montebello, Duque de, 274.
Montoneras, 113, 114, 115, 130.
Montúfar, Carlos, 18, 27.
Moore, Dr. Charles, 82, 109,
129, 205, 231, 245, 254.
Moscú (Rusia), 122, 123, 130,
132.
Nariño, Antonio (1780-1823),
227.
Natán (esclava de Manuela), 59,
188, 319.
Nazarenas, Convento de las (Li-
ma), 187.
Night, Dr., 303.
Noticias secretas de América, 22.
Numancia, Regimiento de, 35.
Núñez, Josefina ("Pepita"), 52.
Napanga (baile), 49, 122, 267.
Obando, Coronel, 301.
O'Connor, General Francis Bur-
dett (1791-1871), 46, 99, 121,
122, 135.
O'Leary, General Daniel F.
(1800-1854), 46, 99, 102,
105, 136, 172, 180, 215, 280,
328, 332.
Orden del Sol, 24, 36, 48, 70,
101, 323.
Orué, General Domingo, 147,
319, 324.
Padilla, Almirante, 217, 218,
251, 252.
Páez, General José Antonio
(1790-1873), 218, 257, 284.

ÍNDICE ALFABÉTICO

357

Paine, Tom, 83.
Paita (Perú), 311, 312, 313,
319, 320, 322, 324, 327, 328,
329, 330, 331, 333, 334.
Palacio de San Carlos, 223, 233,
236.
Palacios, José, 56, 57, 101, 102,
138, 158, 206, 209, 232, 237,
240, 243, 285, 287, 305.
Panamá, 17, 50, 66, 76, 145, 179.
París, José ("Pepe"), 205, 229,
232, 242, 249, 263, 277, 299,
319.
París, Juana María, 264.
París, Manuelita, 264, 265.
Payta-town. *Véase* Paita.
Pérez, General José, 163, 185.
Perú, 17, 34, 58, 59, 65, 68, 70,
72, 74, 75, 76, 78, 83, 84, 85,
86, 90, 93, 97, 100, 105, 114,
117, 124, 125, 137, 159, 175,
176, 177 a 191, 260, 262, 329.
Piura (Ecuador), 323.
Pizarro, Francisco, 312.
Plazuela de San Carlos (Bogo-
tá), 227, 241, 299.
Pombo, Ana, 220.
Popayán, 52, 198.
Portocarrero, José Antonio, 287.
Josada Gutiérrez, Coronel, 286.
Prescott, William H., 115.
Prevost, Magistrado J., 96, 112.
Puna, 113, 114, 115, 149.
Quinta de Bolívar, 203, 207,
208, 209, 210, 211, 212, 213,
219, 223, 287.
Quito (Ecuador), 18, 20, 21,
22, 23, 24, 25, 28, 29, 30, 31,
33, 36, 37 a 41, 42, 43, 44,
52, 54, 58, 59, 71, 74, 79, 81,
84, 88, 100, 181, 191, 196,
237, 260, 266, 267, 277, 322,
329.
Quito, batalla de, 47, 129.
Ravenga, José, 235.
Restrepo, José María, 221, 277.
Revérend, Dr. Alexandre, 304,
317.
Revolución francesa, 63, 84, 238.
Ribera, Mariano, 266.
Riva Agüero, José de la, 68, 97,
103, 104, 107, 108.
Robelli, Antonio, 317.
Robinson, Samuel. *Véase* Rodrí-
guez, Simón.
Rodil, General José Ramón, 150,
153, 166, 167 a 173.
Rodríguez, Simón (m. 1854), 179,
180, 329, 330, 331, 332.
Rosamel, Almirante, 177.
Roulin, Désiré, 266.
Rousseau, Jean-Jacques, 39, 163,
165.
Ruden, Alexander, 220, 321.
Rusia, 122.
Sáenz, General José María (1797-
1834), 35, 49, 74, 196, 267,
316.
Sáenz, Manuela (1797-1856), des-
cripción de, en 1822, 15, 16;
sus recuerdos de los primeros
días de la Revolución, 17, 18;
en el Convento de Santa Ca-

negada a Lima, en 1817, 33; actividades revolucionarias en Lima, 34, 35; análisis de su carácter, condecorada con la Orden del Sol (1821), 33, 36; arroja a Bolívar una corona, 41, 42; en el baile de la Victoria, 48; baila la famosa *ñapanga*, 49; se convierte en la amante de Bolívar, 54; su esclava Jonotás, 55; visita a Bolívar por las noches, su pasión, 56, 57; como patriota, 59, 60, 61; su actitud frente al amor y el matrimonio, 61, 62; se identifica con los ideales de Bolívar, 62 a 69; conocimiento de Lima, 68; el marido se entera, 79, 80; luchas con la familia, 80, 81; primera carta a Bolívar, 81; cuida a Bolívar enfermo, 82; presenta a Monteagudo, 83, 84, 85; revela su odio a Santander, 87, 88, 89; llega a Lima, en 1823, 100, 101; se incorpora al Estado Mayor de Bolívar, 103, 104; *Maitresse-entitre* de La Magdadena, 106, 107; correspondencia con Santana, 107, 108, 109, 110; huye de los *godos*, 111, 112, 113; cruza los Andes, 114, 115, 116, 117; enfadada con Bolívar (carta citada), 119, 120; asiste a una fiesta, 121, 122; en Tru-

en los Andes con el ejército, 126 a 130; sigue al ejército, 133, 134; en Jauja, 134, 135; con Bolívar en Lima, 138; sus problemas maritales, 144, 145, 167, 168, 169; casada con James Thorne, en 1817, 148; la "Señora de Thorne", 148, 149; en el movimiento revolucionario, 148; problemas, 149; sus celos, 154, 155; pone fin al asunto con Jeannette Hart, 158; se separa de Bolívar, 159; vuelve junto a James Thorne, 159, 160, 161; conoce a Simón Rodríguez, 162, 163, 164; se separa de James Thorne, 170; ¿la Reina Manuela?, 177, 276; queda sola en Lima, 180, 181, 182, 183; detenida en la revuelta, 186, 187; amenazada con la cárcel, 189; desterrada, 191, 192; va a Bogotá (1827), 191 a 202; llega a la Quinta de Bolívar, 204, 205, 206; descripción de, 209, 210; sus locuras, 212, 213; escribe a Bolívar, 218; sus vestidos en Bogotá, 219; diversiones en la Quinta, 220, 221; fusilamiento de la efigie de Santander, 224, 225; vida en San Carlos (Bogotá), 229; afición a los animales, 229, 230; centro de información, 230, 231, 232; salva a Bolívar en un baile de máscaras, 233, 234; distancia-

ÍNDICE ALFABÉTICO

359

miento con Bolívar, 234, 235; va a Palacio en 1828, 239, 240; salva a Bolívar de la muerte, 242, 243; herida, 244; se opone a la clemencia, 250; cuida a Bolívar en la Quinta, 254; aspecto en 1828, 255, 256; asiste a un baile con Bolívar, 258; su vida íntima, 260 a 267; Manuela cuida a Bolívar, 279 a 285; se queda en Bogotá, 285, 286, 287, 288, 289; luchas con el gobierno, 290; destruye su efigie, 293, 294; se defiende, 295; ayudada por las mujeres de Bogotá, 296; escribe la *Torre de Babel*, 297; detenida, 298, 299; ensalza a Bolívar, 302; envía a Lacroix junto a Bolívar, 306; recibe la carta anunciando la muerte de Bolívar, 307, 308; desterrada en Paita, 312, 313, 314; desterrada de Colombia en 1834, 315, 316; en Jamaica, 316; escribe al General Flores, 316, 317, 318; vuelve al Ecuador (octubre de 1835), 317; se resigna al destierro en Paita, 320; visitada por Herman Melville, 321; se rompe la cadera, 323; se entera de la muerte de Thorne, 323, 324; intenta percibir su parte en la herencia, 324; vilipendiada, 324; presencia la glorificación de Bolívar, 326, 327, 328; recibe a Rodríguez, 329, 330, 331; recibe a Garibaldi, 330, 331; víctima de la epidemia, 332, 333; muere, el 23 de noviembre de 1856, 333, 334. Sáenz y Tejada, familia, 147. Sáenz y Vergara, Simón (padre natural de Manuela), muerto en 1827, 20, 22, 26, 55, 145. Sámano, Juan (virrey de Nueva Granada), 32. San Ignacio (Iglesia de Bogotá), 228, 262. San Ildefonso de Caras (Perú), 117. San Isidro, Condesa de, 37. San Martín, General José de (1778-1850), 17, 34, 35, 56, 59, 67, 68, 69, 70, 74, 75 a 79, 83, 84, 96, 105, 129. San Pedro Alejandrino (Colombia), 303. San Sebastián (Lima), 146, 147, 161. Sandes, General Arthur, 99, 121, 122, 185, 190, 197, 231. Santa Catalina, Convento de, 16, 19, 317. Santa Cruz, General Andrés (1794-1865), 50. Santa Marta (Colombia), 302, 306. Santana, Coronel Juan, 103, 108, 109, 119, 127, 129, 133, 136, 138, 143, 154, 159, 169, 206, 237. Santander, Francisco de Paula (1792-1840), 86, 87, 88, 89, 90, 124, 125, 135, 136, 137,

- 174, 179, 185, 200, 201, 212, 218, 223, 225, 232, 237, 238, 240 a 247, 250, 252, 253, 256, 315, 322.
- Sarda, General, 305.
- Saya y manto, 34, 161.
- Selva Alegre, Marqués de la, 27, 32.
- Sitio del Callao, 149, 172.
- Sierra, Gregoria (abuela de Manuela), 22.
- Simpson, Capitán, 100, 121.
- Soroche, enfermedad de montaña, 116.
- Soublette, Isabel, 52.
- Sowerby, Coronel Charles (m. 1824), 121, 122, 132.
- Spinoza, Baruch, 163.
- Steward, Cónsul, 259, 260.
- Stuart, Gilbert, 156, 174.
- Sucre, General Antonio José de (1795-1830), 17, 47, 56, 60, 81, 86, 89, 98, 120, 122, 135, 137, 140, 141, 142, 179, 237, 268, 271, 283, 288, 289, 300.
- Surumpi (ceguera de la nieve), 134, 135.
- Tarqui, batalla de, 269.
- Tequendama, cataratas (Colombia), 272, 273.
- Thorne, James (1770?-1847), vida misteriosa, 28, 33, 34; se casa con Manuela en el año 1817, 50, 51; sus celos, 144; su cortejo a Manuela, 145; misterio de, 145, 146; lugar de nacimiento de, 147; prisionero en Cádiz, 148; casado con Manuela en 1817, 148, 159; sus celos, 160; aspecto, 161; pierde la paciencia con Manuela, 166, 167, 168; se eclipsa, 171, 172, 266; se hace rico, 219; asesinado con su amante, 323, 324.
- Thorne, Manuela Sáenz de. *Véase* Sáenz Manuela.
- Toro, María Teresa (esposa de Bolívar), 39.
- Toro, Marqués de, 39.
- Torre Tagle, José de (muerto en 1825), 68, 97, 108, 110, 111, 112, 153.
- Torre Tagle, Marquesa Josefa (m. en 1825), 37, 110.
- Triana, Capitán, 329.
- Trujillo (Perú), 104, 107, 112, 123.
- Tudor, William (1779-1830), 135, 155, 163, 177, 178, 179, 184, 185, 188, 189.
- United States*, fragata, 156.
- Urdaneta, General Rafael, 205, 219, 239, 243, 245, 250, 251, 256, 262, 263, 265, 279, 280, 290, 306, 322.
- Ustaris, Marqués de, 39.
- Valdés, General, 140.
- Van Buren, Martín, 269.
- Vargas, batallón de (Colombia), 245, 251.
- Vargas Tejada, Luis, 239.
- Vega, Condesa de la, 37.
- Venezuela, 17, 32, 40, 47, 63, 66,

- 85, 175, 218, 236, 284, 331.
- Victoria, baile de la (Quito, 1822), 42 a 49, 122.
- Villars, Fanny de, 40, 52, 215.
- Villegas, Micaela ("La Perrichon"), 1739-1819, 33, 152.
- Virginia, 236.
- Washington, Jorge (1732-1799), 156, 174, 270.
- Waterloo, batalla de, 45, 115, 123.
- Whittle, Coronel Charles, 247.
- Wills, William, 263, 268.
- Wilson, Capitán Bedford, 205, 238.
- Wright, Capitán John, 86.
- Yucanquer (localidad), 81.

ÍNDICE

PRIMAVERA

El año 1822

PRIMERA PARTE

QUITO

1. Una mujer de Quito	13
2. La venida del semidiós	30
3. El baile de la victoria	42
4. Triunfos de una cortesana	54
5. El precio del triunfo	73

VERANO

Los años 1823-1827

SEGUNDA PARTE

LIMA

6. Lima, ciudad del caos	93
7. Paso de vencedores	111
8. El triángulo	144
9. Las leyes del honor	173
10. Elevación y caída	184

LAS CUATRO ESTACIONES DE MANUELA

OTOÑO

Los años 1827-1830

TERCERA PARTE

BOGOTÁ

11. Bogotá, ciudad de la Santa Fe	195
12. La dialéctica del amor y del odio	207
13. Una noche de setiembre	227
14. Danza macabra	249
15. Y siempre... Manuela	262
16. "Su inmensa pérdida"	290

INVIERNO

Los Años 1830-1856

CUARTA PARTE

PAITA

17. Los farallones grises de Paita	311
18. "El tiempo me justificará"	326
<i>Tabla cronológica</i>	335
<i>Bibliografía y agradecimiento</i>	337
<i>Índice alfabético</i>	351